



ANA ALONSO & JAVIER PELEGRÍN

EXCALIBUR

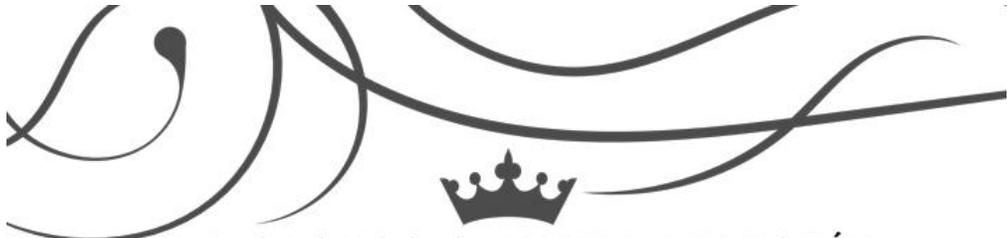
BRITANNIA

LIBRO UNO

La huida
de la princesa,
el caballero
y el mago



SUMA
de lectura



ANA ALONSO & JAVIER PELEGRÍN

EXCALIBUR

BRITANNIA

LIBRO UNO



SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A todos los amantes de la leyenda Artúrica. A los que creen en el poder de las historias para engendrar universos y transformar nuestras vidas.

«Toda tecnología lo suficientemente avanzada es indistinguible de la magia».

Perfiles del futuro, Arthur C Clarke

(tercera ley de Clarke)

LIBRO
El reino invisible

Capítulo 1

Cuando una dama de Ávalon te roza con los dedos es imposible no estremecerse. Su piel parece mármol vivo, como si por sus venas corriese agua del primer deshielo de marzo en lugar de sangre. Agua helada de las tierras altas del norte, donde los pictos tiñen de azul sus pómulos antes de ir a la batalla. Donde ellas, las mujeres mágicas, acuden a veces a buscar las bayas mortales que necesitan para sus pociones.

Gwenn se incorporó en la oscuridad. Abrió los ojos y trató de interpretar, más allá de las telarañas confusas del sueño interrumpido, el rostro siempre en calma de Nimúe.

—Sabía que eras tú antes de verte —dijo—. Hay algo raro en tus manos. ¿Es verdad que la sangre de las damas de Ávalon es blanca, como la savia del diente de león? Lo he oído decir.

—No te he despertado en mitad de la noche para escuchar tonterías, Gwenn. Tienes que prepararte. Los planes se han adelantado. Nos vamos ahora.

Gwenn miró hacia la ventana. El resplandor de las llamas que aún devoraban las ruinas de la muralla al oeste de la ciudad se reflejaba en el cielo como en un espejo negro.

—¿Ya han entrado? —preguntó.

—¿Los sajones? No, no han entrado todavía, pero es cuestión de horas. Eso dice Merlín, y ya sabes que él tiene sus fuentes de información. Está abajo, esperándote.

Nimúe se volvió hacia la puerta y, con un gesto mínimo, ordenó a las doncellas que pasaran. La habitación se llenó de resplandores temblorosos y de sonidos tan vacilantes y tímidos como las luces. El olor grasiento de las velas de sebo contrajo el estómago de Gwenn. Siempre le provocaba náuseas.

Odiaba aquellos primeros instantes después del despertar, cuando se veía obligada a ver el mundo como en realidad era.

Se fijó en la niña de cara macilenta y mejillas hundidas que sostenía la copa para la primera libación. Tenía aspecto de no haber comido en varios días, pero sus ojos brillaban de entusiasmo, y sonreía. A pesar de lo temprano que era, estaba claro que ya había tenido tiempo de cumplir el ritual. Se encontraba bajo el velo protector de Britannia.

—La piedra —pidió, mirándola—. Rápido.

La niña se volvió hacia Nimúe a la espera de su permiso, y cuando la dama se lo concedió, tendió la copa de cristal antiguo a la princesa. Gwenn extrajo la gema púrpura que reposaba en el interior, la desmenuzó rápidamente entre el pulgar y el índice. Otra doncella inclinó una jarra de barro sobre la copa y vertió un chorro de vino dulce.

Con el dedo, Gwenn removió el líquido para mezclarlo con la gema pulverizada. Después, se lo bebió de un trago.

Aun antes de que hiciese efecto se sintió mejor. Si hubiera sabido que la iban a despertar en plena noche, le habría pedido a Nimúe una última libación antes de irse a dormir. La noche sin el velo de Britannia resultaba demasiado aterradora. Sobre todo allí,

en Londres, tan cerca de la guerra.

Cerró los ojos, como ordenaba el ritual, y esperó muy quieta. Supo que la magia empezaba a despertar en su interior cuando notó el aroma delicado de la cera derretida.

Velas de cera, como en Tintagel. Como en casa.

Pensativa, le devolvió la copa a la joven doncella que se la había dado. Su trenza brillaba ahora como si fuera de oro, y una cinta de seda verde se entretejía entre sus cabellos, a juego con su vestido. No quedaba en ella ni rastro de la criatura hambrienta y sucia que Gwenn había atisbado un momento antes.

Las doncellas se arremolinaron a su alrededor. Maquinalmente, alzó los brazos para que pudieran quitarle la camisa de dormir. Alguien puso a sus pies un barreño de agua humeante que, bajo la influencia sutil de la magia de Britannia, parecía de cobre recién bruñido. Introdujo en él los pies descalzos; dejó que una de las muchachas deslizase sobre su cuerpo la esponja tibia y húmeda.

Después de secarla, le pusieron un sencillo vestido de lana gris. Gwenn estiró el tejido sobre su talle, alisando las arrugas. El gris no era un color apropiado para la heredera del trono. Bastó un toque preciso en la manga derecha y un instante de concentración para transformar el color de la tela en un rojo claro y alegre. Otro pensamiento, y en las mangas y el escote comenzó a entretejerse un bordado de oro y perlas.

—Gwenn —dijo Nimúe.

No necesitaba fruncir el ceño ni alzar la voz para imprimirle a su nombre aquel tono de reproche que la princesa conocía tan bien.

—¿Qué pasa? No le hago daño a nadie.

La niña que sostenía la copa la estaba observando con ojos maravillados.

—¿Te gusta? —le preguntó.

—Es precioso —contestó la sirvienta en voz baja.

—Acércate.

La niña dio un par de pasos tímidos hacia ella. Gwenn estiró la mano y, muy concentrada, tocó su vestido verde a la altura del hombro. Un ribete de diminutas perlas blancas creció en el borde de su escote y de sus mangas.

—Yo no sé cómo agradeceréoslo —murmuró la sirvienta, y esbozó una torpe reverencia—. No lo merezco.

—No es nada.

Un poco alejadas, las otras doncellas observaban a la afortunada con expresiones que oscilaban entre el asombro y la envidia. Quizá esperaban que la princesa repitiese su gesto con ellas.

—Ya hemos perdido demasiado tiempo —dijo Nimúe—. Vamos. Merlín no es un hombre paciente.

Salieron las dos juntas al corredor. Nimúe caminaba tan deprisa que Gwenn tuvo que apresurarse para alcanzarla.

—¿A qué ha venido eso? —le preguntó la dama sin aflojar el paso—. Ha sido completamente inapropiado.

—Solo quería hacerle un pequeño regalo. ¿Qué tiene de malo? Únicamente son unas perlas inexistentes. No tienen ningún valor.

Nimúe se giró bruscamente y se encaró con ella, en un gesto que la sobresaltó. La dama nunca reaccionaba así. Nunca perdía el control.

—Gwenn, esto no es Tintagel —dijo en voz baja y apresurada—. Es Londres; es la guerra. Aquí la gente ha sufrido mucho. Britannia es lo único que tienen para seguir

adelante. Y no les gusta que les recuerden que hay otras «Britannias», otras formas de experimentar su poder superiores a la que ellos conocen. Lo que has hecho es una imprudencia. Una princesa no debe hacer ostentación de sus privilegios delante de los menos afortunados.

—Solo intentaba compartir esos privilegios, aunque fuera por una vez. Y estoy segura de que no les ha molestado.

Mientras hablaban, habían bajado las escaleras, cuyos peldaños de piedra pulida reflejaban el resplandor rojizo de las antorchas.

—No lo entiendes, Gwenn —suspiró Nimúe—. Esto no es un viaje de placer. No puedes ir vestida como una princesa, aunque lo seas. ¿Qué quieres, ir llamando la atención por dondequiera que pases? Eso es justamente lo que debemos evitar.

—La capa de viaje cubrirá el vestido. Nadie lo verá, no hace falta que te pongas así. Además, si es tan importante, lo cambiaré. Pero antes le preguntaré a Bal. Él es el que va a guiar mi escolta, ¿no? Él me dirá si es apropiado o no.

—Uno de los mejores caballeros del reino decidiendo sobre un vestido.

Nimúe meneó la cabeza. Sus párpados, orlados de largas pestañas, se abatieron un instante sobre el azul sereno de sus ojos. Parecía cansada, algo inusual en ella.

—Entremos —dijo, señalando hacia una puerta alta con relieves de serpientes esculpidos sobre la madera—. Merlín estará furioso por la tardanza.

La dama abrió la puerta y se apartó con una leve inclinación de la cabeza para dejar paso a Gwenn. Dentro del salón, iluminado por el fuego que ardía en la chimenea, aguardaban Merlín y Bal. Este último llevaba puesta su armadura.

—Siento el retraso —se disculpó Gwenn con cierta precipitación—. Estoy lista para partir. Bal, si consideráis que mi atuendo no es adecuado para viajar puedo cambiarlo en un instante.

Merlín abarcó en una misma mirada a la princesa y a su dama de compañía.

—Nimúe y su obsesión con la sobriedad —dijo, con un brillo de diversión en los ojos—. Hay cosas que nunca cambian. Aunque en este caso, debo decirte que tu dama te ha aconsejado bien. Ese vestido resplandece como una hoguera. No te conviene llamar tanto la atención.

Gwenn asintió, secretamente irritada. No era difícil entender por qué su madre, Igraine, aborrecía a aquel hombre. Se consideraba tan superior que incluso se atrevía a tutear a la heredera del trono.

—Le he dicho que la partida se ha adelantado —intervino Nimúe—. Estamos preparadas, Bal. Cuando queráis.

Merlín se aproximó a la dama y le puso una mano en el hombro. Aquel gesto de familiaridad sorprendió a Gwenn. Había oído rumores sobre una antigua relación entre los dos, pero nunca antes había visto entre ellos nada que confirmase las habladurías.

—Tú partirás más tarde, Nimúe. Con Bal y con toda la comitiva de la princesa. Será justo antes del amanecer. Gwenn, tú te vas ahora. Tu escolta te está esperando.

Nimúe se desprendió con suavidad de la mano de Merlín.

—Eso no tiene ningún sentido. ¿Por qué va a irse la princesa antes? ¿Y con quién? Es la heredera del trono, necesita toda la protección posible.

—Y la mejor protección posible es conseguir que pase inadvertida. Las circunstancias han cambiado en las últimas horas. Todavía no sabemos bien qué está pasando, pero creemos que los sajones pueden haber encontrado la forma de entrar en Britannia.

—¿Atravesar el velo? —La dama sonrió con desdén—. No, eso es imposible. Te lo estás inventando para apartarme de Gwenn.

—¿A ti? —Merlín la miró con la cabeza ladeada—. No quiero ofenderte, querida, pero no eres tan importante. Esto no es un juego, se trata de la seguridad de la princesa. Los sajones esperan que la saquemos de la ciudad; tienen espías. Necesitamos engañarlos, tenderles una trampa. La comitiva partirá tal y como estaba previsto, bajo el mando de Bal. Tomará la ruta que habíamos preparado. Todo se hará como estaba dispuesto salvo que la princesa no os acompañará.

—Es la opción más segura, mi señora —dijo Bal dirigiéndose a Gwenn—. Merlín tiene razón, no podemos correr riesgos. Y os aseguro que estaréis tan bien protegida como si os acompañase una escolta entera, aunque vayáis con un solo hombre. No hay mejor guerrero que él, os lo garantizo.

—¿Mejor que vos? Me cuesta creerlo, Bal. Jurasteis que me protegeríais delante de mi madre, con la rodilla en tierra. ¿Y ahora me confiáis a otro?

Las cejas rubias del caballero se contrajeron como si las palabras que acababa de escuchar le hubiesen golpeado.

—Lo hago para cumplir mi juramento. Confío en ese joven tanto como en mí mismo. Sé que no vacilaría en dar la vida por vos si fuera necesario. Pero no será necesario; él se encargará de que no lo sea. Nunca le faltan recursos.

—¿Quién es? —preguntó Nimúe—. ¿A quién habéis elegido?

—Se llama Lance —explicó Merlín—. No lo conoces, Gwenn, no suele visitar la corte. Pero tengo total confianza en él, lo mismo que Bal. Te sacaré de la ciudad por un pasaje subterráneo que casi nadie frecuenta. Viajaréis los dos solos hasta la encrucijada de Baude, mientras Bal y el resto de la comitiva distraen a los sajones. En ese lugar volveréis a reuniros todos, y desde allí podréis seguir juntos hasta Tintagel.

—¿Quieres que vaya sola hasta la encrucijada de Baude con un muchacho? No voy a consentirlo —dijo Nimúe con firmeza—. Gwenn, necesito hablarte a solas un instante. No puedes negarme eso, Merlín.

El mago se encogió de hombros. Su rostro moreno y apuesto no se alteraba con facilidad, aunque en esta ocasión parecía ligeramente impaciente.

—Un instante, Nimúe. Cada segundo cuenta. No necesitáis salir, podéis tejer un cono de silencio en aquel rincón, junto a la ventana. Así será más rápido. Os estaremos esperando.

Nimúe vaciló un momento. Finalmente asintió y, tomando a la princesa de la mano, se la llevó al rincón que había señalado Merlín. Un gesto de sus dedos bastó para alzar a su alrededor el muro de cristal que aislaría sus voces.

—No aceptes. No te fíes —musitó la dama, sin soltar la mano de Gwenn—. Puede ser una trampa. Merlín es un intrigante. Tu madre nunca ha confiado en él.

—Mi madre nunca ha confiado en nadie. Nimúe, él es quien manda aquí. Si hubiese querido matarme, lo habría hecho hace mucho tiempo. No necesita tenderme trampas, estamos en su territorio.

—No; esto es muy extraño. ¿Por qué ha elegido a ese guerrero al que ni siquiera conoces? ¿Por qué no uno de los hombres de Bal?

—Porque cree que es lo mejor, ¿no te das cuenta? Bal está de acuerdo, y es imposible dudar de su lealtad. Y no solo de la suya. Merlín me quiere viva, Nimúe. No sé por qué, no sé qué le ha llevado a aceptarme como heredera a pesar de todo lo que le ha hecho mi madre, pero me apoya. No estás tan ciega como para dudar de eso.

—Entonces, pídele que sea Bal el que te acompañe. Los demás partiremos en la otra comitiva. Es casi el mismo plan.

—No, Bal es la cabeza visible de mi guardia. Los sajones se extrañarán si no lo ven junto a sus hombres. Merlín tiene razón, es mejor que sea otro.

—Pues elige a otro; a cualquiera.

Gwenn miró a la dama asombrada.

—¿No te fías de ese tal Lance? ¿Lo conoces?

—Eso no viene al caso.

—Yo creo que sí. ¿Qué sabes de él, Nimúe? Si hay algo que debas contarme...

La dama clavó un instante sus ojos azules en el artesonado del techo. Era lo más parecido a un gesto de frustración que Gwenn había visto en su rostro desde que la conocía.

—Es impropio que la heredera del trono lleve a un solo hombre por toda escolta. Cuando tu madre se entere se pondrá furiosa.

Gwenn estudió en silencio los rasgos perfectos de Nimúe, pero no llegó a encontrar su mirada.

—Puede que tengas razón, pero eso no es lo que te preocupa —dijo finalmente—. ¿Qué es, Nimúe? Si no me lo dices, no puedes esperar que te haga caso.

—¿Por qué no? ¿Por qué no puedes seguir mis consejos sin cuestionarlos por una vez en tu vida?

A través del cristal mágico del cono de silencio, Gwenn miró hacia Merlín y Bal, que seguían aguardando junto al fuego. No podía hacerles esperar más. Ellos conocían la situación de la ciudad asediada mejor que Nimúe. Si habían decidido adelantar la partida y elegir a aquel muchacho para que la acompañase, sería por algo.

Con delicadeza, Gwenn tocó el cristal mágico que las aislaba y lo quebró en mil pedazos que flotaron a su alrededor un momento antes de disolverse en el aire. La conversación había terminado.

Pero antes de que pudiera apartarse de Nimúe, esta la asió por una de sus muñecas.

—No insistas, por favor —dijo Gwenn, molesta—. Ya he tomado una decisión.

Mientras seguía reteniendo a la princesa con una mano, Nimúe se llevó la otra a los pliegues de su vestido, para sacarla de nuevo con el puño cerrado y los nudillos tan apretados que el hueso se transparentaba bajo la piel tensa.

Gwenn vio cómo aquel puño se alzaba por encima de la cabeza de la dama y luego descendía hacia su pecho, decidido a golpearla. No le dio tiempo a reaccionar pero alguien lo hizo por ella. Un segundo antes de que el puño de Nimúe la alcanzara, el brazo firme de Merlín detuvo el gesto de la dama.

Durante unos instantes se mantuvieron así, inmóviles los dos, mirándose con fiereza, forcejeando en silencio. Hasta que, con un gesto rápido y preciso, Merlín retorció la muñeca de Nimúe.

Gwenn contuvo un grito. Había algo en la mano de su dama de compañía, algo que no estaba allí un momento antes. Un puñal, o más bien un cuchillo, un cuchillo con el mango de piedra negra y la hoja oxidada.

Nimúe, cediendo al dolor, lo dejó caer al suelo.

Sin poder apartar los ojos de él, la princesa se agachó para recogerlo. Era solo eso, un viejo cuchillo. Un arma gastada por el uso, antigua, imposible. Sobre todo, imposible. Porque, que ella supiera, no existía ningún objeto en el mundo real capaz de burlar las leyes de Britannia.

Capítulo 2

—No lo entiendo. —Gwenn acarició el mango áspero del cuchillo y deslizó el dedo sobre el metal sin brillo de la hoja—. ¿Cómo es posible que no lo viera? Britannia no puede volver los objetos invisibles.

Sus ojos se alzaron hacia Nimúe, que la observaba con su expresión reflexiva de siempre. Sintió un nudo en la garganta, y en los ojos la humedad caliente de las lágrimas.

—¿Ibas a matarme? ¿Por qué? ¿Qué te he hecho?

—No se trata de lo que hayas hecho hasta ahora, sino de lo que podrías hacer. No lo entiendes, Gwenn, nunca lo has entendido. Ni tú ni yo importamos, solo somos instrumentos en manos del destino. Pero tú no lo aceptas.

Bal, que mientras tanto se había acercado al grupo, tomó con cuidado el cuchillo que Gwenn sostenía en la mano. Las suyas temblaban.

—Es un maleficio. Un sortilegio de esas malditas brujas de Ávalon. ¿Cómo es posible? Nunca había visto nada igual desde que Uther Pendragón fundó Britannia.

—Bal, no podemos permitir que esto retrase el plan —observó Merlín con firmeza—. Reúne a tus hombres, disponlo todo para la partida. Tenéis que estar listos para salir antes de que amanezca; mañana podría ser demasiado tarde.

Bal asintió, pero permaneció inmóvil donde estaba, con los ojos fijos en Nimúe.

—¿Qué vais a hacer con ella?

Merlín miró a Gwenn. Por primera vez desde que lo conocía, ella lo vio vacilar. No tenía respuesta para la pregunta de Bal.

—Dame el cuchillo, amigo —fue todo lo que dijo—. Y parte; en cuanto la comitiva esté lista, dirígete con ellos al portón del norte. Lance ya se encuentra abajo. La princesa se irá con él enseguida.

Bal obedeció, se inclinó ante Gwenn en señal de despedida y, después de echar una última mirada a Nimúe, abandonó la estancia.

Todo quedó atrapado en un silencio de cristal. Hasta el crepitar de las llamas en la chimenea parecía de hielo. Merlín estaba ensimismado, perdido en sus pensamientos. Nimúe, sin mirarle, sonreía como una antigua estatua de mármol del Imperio, bella e indiferente.

—Gwenn, tú también debes irte. Llamaré para que vengan a buscarte —dijo el mago, reaccionando al fin—. Lance ya aguarda en el patio desde hace rato.

—No. No pienso irme sin saber por qué. Lleva conmigo desde que cumplí diez años. Quiero saber si lo tenía pensado desde el principio.

Nimúe se volvió hacia ella. Sus bellas facciones no reflejaban odio ni temor alguno. Si acaso, una pálida sombra de piedad. Gwenn tuvo que dominarse para no lanzarse sobre ella y abofetearla.

—Eso no debe preocuparte ahora, princesa —insistió Merlín—. Yo haré que hable,

pero necesito tiempo.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Nimúe con un suave deje de burla en la voz—. ¿Crees que vas a amedrentarme con tu magia? Eso no te va a servir conmigo. A estas alturas ya deberías saberlo.

Gwenn se acercó a ella. Estuvo a punto de cogerle la mano. Quería sentir aquel contacto de seda fría una última vez. Quería apretarle los dedos hasta hacerle gritar. ¿Se podría hacer gritar a una dama de Ávalon?

Probablemente no. Ni siquiera valía la pena intentarlo.

—Solo quiero una explicación —insistió con voz ronca—. Solo quiero saber por qué. Después me iré.

—He intentado educarte —contestó Nimúe clavando en ella sus ojos intensamente azules—. He intentado inculcarte los principios de mis hermanas, arrancarte los defectos de carácter que han arruinado la vida de tu madre y la prosperidad del reino. Pero no es posible. Has heredado su arrogancia, su incapacidad para escuchar. Si llegases a reinar, cometerías los mismos errores que ella. Nadie podría impedirlo.

—Y entonces decidiste que no debía seguir viviendo —concluyó Merlín—. ¿Tú sola? ¿Lo saben tus hermanas de Ávalon? ¿Estás siguiendo órdenes de la dama del Lago?

Mientras el mago la interrogaba, Gwenn no había apartado la mirada del rostro perfecto de Nimúe. No era posible, pero allí estaba. En el fondo de sus ojos de zafiro, se distinguía un temblor como el que provoca una gota de lluvia al caer en las aguas quietas de una charca.

—Está mintiendo —murmuró.

Merlín se volvió hacia ella.

—No, Gwenn. Las damas de Ávalon no pueden mentir, eso las condenaría al exilio eterno de su isla. No hablará si no quiere hablar; pero si habla, dirá la verdad. Nunca ha sucedido que...

—Está mintiendo. Te digo que es falso. No se trata de mi carácter. No se trata de mí.

—¿Qué quieres decir?

Gwenn se pasó una mano por la frente. Aunque no sabía por qué, había comenzado a sudar. Una idea trataba de abrirse paso en su mente, pero temía no encontrar las palabras adecuadas para expresarla.

—Podría haberme matado muchas veces antes de hoy —continuó, descubriendo las respuestas a medida que las iba formulando en voz alta—. ¿Por qué iba a esperar a estar delante de ti? Piénsalo, Merlín. Ese hechizo, ese truco para volver invisible en Britannia un objeto del mundo real. Yo no lo habría descubierto. Vi su puño alzado sobre mí, sin nada en él. Creí que iba a golpearme. Podría haberme matado en cualquier momento con ese cuchillo, nadie habría sido capaz de impedirselo. Tú eras el único que podía hacerlo. ¿Por qué iba a esperar a estar delante de ti?

—Tienes razón —dijo el mago, observándola asombrado—. Ha sido pura improvisación. Lo decidí aquí mismo, mientras hablábamos; es lo único que tiene sentido. Pero ¿por qué?

Nimúe los observaba con su sonrisa lejana, inalcanzable.

—Por el cambio de planes —murmuró Gwenn—. Algo en el cambio de planes hizo que quisiera matarme. ¿Qué pudo ser? Me trajo al cono de silencio, intentó convencerme de que no aceptase. Estaba de acuerdo con lo de la comitiva que debía servir como cebo, pero quería que a mí me acompañase Bal. Bal o cualquier otro. Cualquiera que no fuese ese

caballero, Lance.

De nuevo aquel temblor conmovió el fondo de los ojos de la dama, pero esta vez duró más tiempo, propagándose en ondas casi imperceptibles a través de su rostro. Por una vez, por una sola vez desde que la conocía, Gwenn creyó ver a Nimúe como la mujer que habría podido ser sin la máscara de mármol de su perfección. Sin Ávalon.

—Apártate de él, Gwenn —dijo en tono de súplica—. Apártate, no tuerzas su destino. Lo arruinarías todo.

—¿De qué hablas? ¿Por qué?

Nimúe sonrió. Sonrió como sonríen las mujeres de carne y hueso, con una sonrisa llena de vida. Había aparecido algo en su cuello, algo verde y fino que se deslizaba, que crecía enroscándose alrededor de su piel de nieve. Con un gesto instintivo, Gwenn alargó la mano para arrancárselo, pero Merlín la sujetó.

—No lo toques. Si lo tocas, tú también quedarás atrapada. Así conseguiría lo que desea.

Otros tallos empezaron a brotar de sus brazos, de su cintura. Crecían alrededor de sus piernas; en un instante se endurecían, se volvían leñosos, se cubrían de yemas que estallaban en hojas verdes y oscuras.

—¿Qué le has hecho? —Gwenn trató de desprenderse de Merlín, que seguía reteniéndola—. Páralo, por favor, te lo suplico.

—Yo no puedo pararlo. Es un conjuro de Broceliande. Lo ha desatado ella misma.

Las ramas seguían creciendo, anudándose al cuerpo blanco de la dama, hundiendo en ella sus tallos, sus raíces.

—¿Va a morir?

—Tal vez. Creo que tenía miedo de que le arrancarás la verdad.

Gwenn se desasíó del mago. Lo miró sin comprender.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—No lo sé, Gwenn. ¿Por qué tú? No tengo una respuesta para eso. Pero sí sé una cosa: tienes que irte. Esto no va a ser hermoso de contemplar. Lance está en el patio. Baja, búscalo, vete con él.

—Pero lo que acaba de decir... ¿A qué se refería?

—No lo sé. Pero quizá tú puedas averiguarlo. Acabas de demostrar que tienes ciertas dotes para leer en el corazón de las personas más allá del velo de Britannia. Úsalas con Lance. Vas a pasar bastante tiempo con él: averigua lo que puedas. Descubre si conocía de algo a Nimúe. Pero, pase lo que pase, no le reveles lo que ha ocurrido aquí.

Capítulo 3

Los incendios del asedio teñían las nubes de rojo, como si también arriba, en el cielo nocturno, los dioses antiguos estuviesen librando una batalla. Quizá la misma batalla, pensó Lance observando la silueta negra del torreón principal, que se recortaba a contraluz sobre aquel resplandor sangriento. La rabia de los hombres desbordaba la tierra, las ruinas, las ciudades. Necesitaba devorar también el cielo. Conquistarlo.

La silueta frágil de una muchacha emergió de las sombras de la torre y, con paso decidido, se dirigió hacia él. El corazón empezó a latirle más deprisa. Cada vez más deprisa. Con una rapidez casi dolorosa.

Había llegado el momento.

Era tan hermosa como la había imaginado. Y al mismo tiempo, muy distinta. Más joven, más vulnerable, con unos ojos que no reflejaban miedo, sino ese asombro anterior al miedo de los que todavía no saben lo que significa sufrir.

Recordaba aquel sentimiento. Era uno de sus recuerdos más antiguos.

—¿Y vuestra capa? —preguntó, después de intentar una reverencia que le avergonzó por su torpeza.

La princesa traía los brazos cruzados sobre el pecho, como si tuviera frío.

—Lo siento, la he olvidado.

—Podéis volver a por ella, si queréis. Yo os espero.

—No. —Se miraron por primera vez a los ojos, y él se dio cuenta de que había estado llorando—. Merlín cree que debemos irnos ya. ¿Dónde están los caballos?

—No hay caballos. No los habrá hasta que salgamos de Londres. No os preocupéis, será más rápido de lo que os imagináis.

Vaciló un momento antes de tomarla de la mano. Le sorprendió la suavidad de su piel. Quizá fuese un artificio, una ilusión creada por Britannia.

La condujo hasta el portón de los almacenes, siguiendo las indicaciones que le había dado el mago. Salieron a una calle estrecha, de suelo embarrado. No había nadie, pero se oían voces a lo lejos. Una canción grosera, de borrachos.

Se detuvo y se volvió a mirarla.

—¿Qué sucede? —preguntó ella.

—Vuestro vestido. Hace juego con el cielo de esta noche.

—¿Demasiado llamativo? Perdonad. Me lo habían advertido, pero no me he acordado. Permitidme un instante.

Cerró los ojos para concentrarse. Lance aprovechó la oportunidad para mirarla sin miedo a resultar descortés. Estaba tan pendiente de su rostro que al principio no notó la transformación del vestido. Se había vuelto gris, y parecía menos ceñido a su cuerpo; sin duda el cambio les ayudaría a pasar inadvertidos.

Lance cerró los ojos a su vez y trató de ordenar sus pensamientos. Se estaba

distrayendo, y el mago tenía razón. Faltaba poco para el alba, no había tiempo que perder.

—A partir de ahora, no os despeguéis de mí ni me soltéis la mano. Si os cuesta seguir el ritmo de mis pasos, decídmelo. Pero no habléis si no es estrictamente necesario. Caminad con la cabeza baja, vuestra belleza podría llamar la atención. ¿Estáis acostumbrada a andar?

—Sí.

—Eso es bueno. Vamos.

Empezaron a caminar a buen ritmo. Ella seguía sus instrucciones al pie de la letra. Avanzaba con la vista fija en el suelo, dando dos pasos por cada uno que daba el joven para acomodarse a su ritmo. Cuando se cruzaban con alguien se encogía aún más. Por fortuna las calles se encontraban casi desiertas en esa parte de la ciudad, donde apenas había tabernas ni burdeles.

Casi habían llegado a la casa de Eoghan, cuando Lance se dio cuenta de que le estaba apretando demasiado la mano. Seguro que le había hecho daño. Aflojó un poco la presión.

—Tengo un amigo que vive cerca de aquí y que va a ayudarnos. Os parecerá bastante peculiar, pero podéis fiaros de él, es de total confianza. Además, él no sabe quién sois.

—¿Qué le habéis contado?

—Cree que sois mi amante y que estamos huyendo del asedio. No me miréis así, fue idea de Merlín. De esa forma nadie os molestará.

Esa fue la primera vez que la vio sonreír. Sus palabras habían sonado petulantes, lo sabía; pero, al menos, no se había enfadado.

Comenzaron a bajar las escaleras de bronce que conducían al refugio de Eoghan. Lance se había preguntado a menudo por qué Britannia cubría sus viejos peldaños con aquella apariencia metálica. Por fortuna, el velo mágico no ocultaba las grietas ni disimulaba su ruinoso estado. Britannia no mentía.

—Olvidaba deciros que Eoghan es un alquimista de la vieja escuela —comentó Lance, justo después de golpear la puerta de tablones que daba acceso al taller para avisar de su llegada—. ¿Habéis conocido a alguno?

—No, pero he oído hablar de ellos. Dicen que conservan una parte de la sabiduría antigua. Y del poder.

—No sé si a alguien como Eoghan se le puede considerar poderoso. Pero es un buen tipo. Ya viene.

La puerta se abrió lo justo para que el rostro rubicundo de Eoghan pudiese asomarse. Cuando reconoció a Lance se apartó para dejarlos pasar.

—Mi buen amigo. Y su bella enamorada. Eres afortunado, Lance. Ojalá pudiese huir como vosotros. Pero no debo abandonar mi madriguera. Los espíritus de mis ancestros jamás me lo perdonarían.

Hablaba medio en serio medio en broma, como siempre. Y mientras hablaba, los guiaba a través de su vieja casa en ruinas hasta la verdadera entrada del taller, donde empezaba el siguiente tramo de escaleras que descendía hacia las entrañas de Londres.

Bajaron detrás de él sin decir palabra. La princesa había soltado su mano para agarrarse al balaustre de terciopelo dorado. Eoghan, delante de ellos, llevaba una antorcha para iluminar el camino. Continuaron descendiendo durante un buen rato, un tramo de escaleras detrás de otro. Los sajones lo tendrían difícil para encontrar el taller del alquimista.

Como otras veces, llegaron hasta lo que parecía un muro macizo. Eoghan posó una mano sobre él, y el contorno de una puerta empezó a revelarse poco a poco. El símbolo del antiguo gremio de los alquimistas, una manzana mordida, brillaba sutilmente en la parte de arriba.

—Bienvenidos a mi humilde morada —dijo Eoghan, ejecutando una grotesca reverencia.

Una vez dentro, Lance observó con disimulo la expresión aturdida de la princesa. La primera visita a un taller de alquimia siempre provocaba una reacción similar: incredulidad. Incluso Lance, que había estado allí muchas veces, no podía dejar de maravillarse al contemplar todas aquellas mesitas de mármol cubiertas de extraños objetos relacionados con la vieja magia.

—No me imaginaba que existieran lugares así —murmuró la muchacha, pasando con cuidado entre las mesas—. ¿Por qué nadie me lo había dicho?

—¿Lance no te había hablado de mí? —preguntó Eoghan con una sonrisa—. Bueno, no me extraña. No es muy hablador. Y me imagino que cuando estáis juntos tenéis cosas mejores que hacer que hablar de un miserable proscrito como yo. Me imagino...

—No te imagines nada —le cortó Lance, turbado—. Tenemos poco tiempo. Si pudieras llevarnos ya al pasadizo...

—Tranquilo, hombre, ya vamos. Déjame que vaya a por las llaves.

Gwenn se quedó mirándolo mientras pasaba al otro lado del mostrador y se perdía en el laberinto plateado de las cocinas, pero después de un instante lo siguió. Lance estuvo a punto de pedirle que volviese, que dejase a Eoghan en paz, aunque finalmente no se atrevió. Después de todo, era la heredera del trono.

—¿Qué hay en esa caldera? ¿Qué es lo que hacéis aquí, exactamente? —oyó que preguntaba.

—Ahora mismo, no mucho —contestó el alquimista—. Remedios para el enfriamiento, bálsamos, emplastos para heridas y quemaduras... Nada relacionado con las artes antiguas. Es demasiado peligroso.

—¿Por qué?

Eoghan regresaba con una llave en la mano, seguido de la princesa. Se detuvo pensativo junto a una de las mesas y acarició una placa metálica sobre la que se entretejían finos hilos de cobre, algunos ensartados en pequeñas piezas rectangulares.

—¿No lo sabéis? El rey Uther lo prohibió —dijo—. Nos convirtió en proscritos, en apestados. La familia de mi padre llevaba siglos conservando los viejos saberes. No hay nada malo en ellos. Y justo cuando parecía que nuestro momento había llegado, que podríamos resucitar el poder antiguo, Uther lo arruinó todo. Según él, para salvar Britannia.

—¿Y no fue así?

Eoghan miró a los ojos a la muchacha.

—Casi nadie lo recuerda, pero nosotros creamos la primera versión de Britannia. Bueno, yo no participé, claro, era demasiado joven. Pero mi padre y mi abuelo trabajaron como locos en la primera simulación. Ellos y todos los demás. El duque Gorlois los contrató. Los alquimistas eran el alma del proyecto, jamás habría existido sin ellos. Pero luego, cuando el duque murió..., todo se vino abajo. Uther quería exterminarnos, quería apartarnos para siempre de su Britannia, la que él y Merlín crearon. El mago trató de impedirselo, pero no hubo forma. Ordenó arrasar la mayoría de los talleres. Y lo poco que logramos salvar tenemos que ocultarlo así, como veis.

Eoghan se calló al notar sobre él la mirada impaciente de Lance.

—Ábrenos el pasadizo, rápido. Tenemos que llegar a la salida antes de que amanezca.

—Vamos, hombre, no te pongas así. ¿Te molesta que tu amiga hable con un pobre eremita como yo? No me digas que estás celoso.

El alquimista buscó la complicidad de la joven con una sonrisa, pero no la encontró. La princesa seguía con la mirada fija en la mesa cubierta de artilugios antiguos.

Eoghan se encogió de hombros y dirigió sus pasos hacia una puerta situada en el lado derecho de la estancia. Giró la llave en la cerradura y abrió.

—Podéis llevaros la antorcha si queréis. Aunque si vuestra conexión a Britannia es buena, no vais a necesitarla. Veréis perfectamente el camino.

Lance se acercó a Eoghan. Prefería que la princesa no oyese lo que le iba a decir, aunque no estaba seguro de poder evitarlo.

—Hablando de eso, voy a necesitar a alguien que me proporcione gemas cuando llegue a Tintagel —dijo en un susurro—. Alguien de los tuyos. ¿Puedes darme nombres?

—Busca a Le Fou. No te será difícil encontrarlo. Si necesitas para el viaje...

—No, llevo suficientes.

La princesa los miraba con evidente curiosidad. Tratando de ocultar su malestar, Lance volvió a tomarla de la mano y prácticamente la arrastró hacia el pasadizo.

—¡De nada! —exclamó Eoghan a sus espaldas—. Dejaré la puerta abierta hasta el amanecer, por si tenéis que regresar.

No era la primera vez que Lance se internaba en las antiguas galerías. Le bastaron unos segundos para situarse. En realidad, solo tenían que seguir el túnel hacia la izquierda. El suave resplandor que emitía la piedra de las bóvedas les bastaría para ver por dónde iban.

La princesa se había detenido y miraba a su alrededor impresionada.

—¿Qué es esto? ¿Quién construyó esta maravilla? Y el doble camino de plata en el centro, ¿adónde conduce?

—En los tiempos de la magia antigua, dicen que por aquí circulaban carruajes tan rápidos como el viento. No necesitaban caballos. Rodaban solos sobre los caminos de plata. Eso he oído.

—¿Os lo ha contado Eoghan?

Mientras tiraba de ella con delicadeza para reanudar la marcha, Lance la observó un instante.

—Siento lo que ha dicho sobre vuestro padre. Supongo que tendría sus razones para prohibir el Gremio. Además, la Britannia que él y Merlín crearon hizo innecesaria la antigua.

Ella volvió a detenerse, obligándole a volverse para mirarla.

—¿Creéis que Uther Pendragón era mi padre? No soy su hija, sino del duque Gorlois. Pensaba que todo el mundo lo sabía.

Lance se maldijo a sí mismo por su estúpido error.

—Perdonadme. Como sois la heredera del trono, di por sentado que erais hija suya.

—Mi padre, Gorlois, fue el primer marido de Igrai-ne. Cuando él murió, mi madre se casó con Uther y este la convirtió en reina. Uther era mi padrastro, no mi padre.

—Lo siento. Quiero decir... Siento el error. No estoy muy al tanto de los asuntos de la corte.

—Eso ya lo veo. ¿No sois britano?

—No, nací en la costa de Armor, al otro lado del mar.

Él mismo se sorprendió de la naturalidad de su respuesta. Había sonado completamente sincera.

Caminaron en silencio durante un buen rato, sin aflojar el ritmo de sus pasos.

—¿Habéis estado en Ávalon? —preguntó ella de pronto.

—No. Nunca.

Eso, al menos, era verdad. Pero se trataba de una pregunta extraña. Todo el mundo sabía que el viaje a Ávalon era solo de ida, excepto para unos pocos elegidos.

Además estaba aquel sueño, el del día en que lo hirieron en el campo de batalla. La mujer oscura inclinada sobre su pecho ensangrentado, cantando suavemente, poniéndole una mano sobre la herida. Por alguna razón, cada vez que oía el nombre de Ávalon le venía a la mente aquel recuerdo.

Pero eso nadie lo sabía. Nadie podía saberlo.

—¿Sabéis? —prosiguió la princesa al cabo de un breve silencio—. No necesitáis preocuparos por las gemas. Yo os proporcionaré todas las que queráis cuando lleguemos a Tintagel.

—No necesito nada, gracias.

—Perdonadme, entonces. Me pareció entender que le estabais pidiendo a Eoghan un contacto en la corte para que os proporcionase gemas clandestinas. Solo quería que supieseis que no será necesario.

—Habéis entendido mal.

—Está bien. Supongo que no es asunto mío.

Lance no dijo nada. En realidad, prefería que ella no siguiera hablando. Le distraía. Le hacía perder la concentración. Además, tenía la sensación de que, dijese lo que dijese, cometería un error. Conversar con una princesa resultaba mucho más difícil de lo que había imaginado.

—Creo que estamos llegando a la salida —anunció ella con timidez, y señaló hacia la débil claridad al final del túnel—. ¿Qué haremos cuando estemos fuera?

—Hay una posada muy cerca de aquí donde podremos descansar y conseguir caballos. Hasta podréis dormir un rato, si queréis.

—¿Y vos? ¿No estáis cansado?

—Estoy bien. Pero si tardan en traernos las monturas, también aprovecharé para dormir un poco.

Siguiendo los dos surcos de plata, salieron por fin a un terreno boscoso y descuidado. La luz del amanecer se filtraba entre las ramas desnudas de los árboles.

—Si avanzamos hacia el norte, saldremos al camino de Witancester. La posada está al otro lado. No es de las mejores, pero podremos sentarnos un rato junto al fuego y desayunar algo. Después seguiremos hasta la encrucijada de Baude. Con un poco de suerte, estaremos allí antes de mediodía.

Ese había sido el plan desde el principio. Nada tenía por qué fallar. Unos cuantos pasos hasta llegar a su destino, y la etapa más difícil del viaje habría concluido. A partir de allí todo resultaría más fácil.

Sin embargo, en cuanto entraron en el patio de la posada Lance comprendió que ocurría algo fuera de lo normal. Las criadas se arremolinaban alrededor de un carro y apilaban en él colchones y mantas. Había sacos de harina y forraje en el suelo y estaban sacando unas mulas del establo para cargarlas. El hogar se encontraba apagado, no salía humo de la chimenea.

—¿Qué pasa? —preguntó, acercándose al hombre que parecía estar al mando de los

que cargaban las mulas—. ¿Está cerrada la posada?

—Nos vamos —contestó el posadero, que tenía el rostro bañado en sudor—. Los sajones han entrado en Londres. ¿No lo habéis oído en el camino? Han matado a la princesa y a toda su comitiva cuando trataban de huir.

Capítulo 4

—No me estáis haciendo caso, ¿verdad? Por aquí no se vuelve a Londres. Lance, tenemos que regresar. Tenemos que arreglárnoslas como sea para encontrar a Merlín. Él nos dirá lo que debemos hacer.

Lance no se volvió a mirar a la princesa. Quizá se estaba equivocando al desoír sus instrucciones, pero incluso si estaba tomando la decisión correcta, sabía que tendría problemas por haberla desobedecido.

Le habría gustado explicarle sus motivos. Mirarla a los ojos y decirle que él sabía lo que hacía, que debía fiarse. Él conocía a los sajones mejor de lo que nadie se imaginaba. No podían arriesgarse a caer en sus manos. Si habían averiguado lo de la comitiva de Bal, también sabrían dónde se escondía Merlín. El rey Aellas se jactaba siempre de pagar bien a sus espías. Era muy probable que el antiguo consejero de Uther Pendragón ya estuviera muerto.

Pero tantas explicaciones le habrían distraído. Sobre todo, le habrían distraído los ojos claros y salvajes de la princesa. Y necesitaba concentrarse para alejarla del peligro cuanto antes.

El camino era un caos de gentes y animales que huían de los invasores. Detrás, las nubes cargadas de lluvia se teñían de rosa allí donde las alcanzaba el resplandor de los incendios. Incluso estando tan lejos de las fortificaciones de la ciudad, el olor a humo y a madera quemada lo llenaba todo.

Quizá ella no percibiera aquel olor a destrucción, a muerte. Su conexión a Britannia debía de ser, por fuerza, mejor que la que él tenía. Después de todo era la hija de Igraine, la heredera del trono.

—Vamos a abandonar la calzada —dijo sin volverse—. Hay demasiada gente. Podría convertirse en una trampa mortal si apareciese un destacamento sajón.

—No vamos a abandonar la calzada. Vamos a volver por donde hemos venido. Os lo repito, Lance. Es una orden.

Esta vez, instintivamente, el caballero se giró al oírla y sus ojos se encontraron. Se maldijo a sí mismo por no haberlo evitado.

—No es buena idea —se limitó a contestar—. El bosque empieza ahí mismo, unos pasos más adelante. Avanzaremos un poco más despacio, pero aun así llegaremos a la encrucijada de Baude antes de que anochezca.

La princesa le sostuvo la mirada con fiereza. No estaba acostumbrada a que le llevaran la contraria, era evidente.

El color de sus ojos oscilaba entre el gris y el azul. Unos puntos dorados moteaban el fondo de sus iris. Eran espléndidos. Y algo le decía que su belleza no se debía únicamente a los efectos ilusorios del velo de Britannia.

Por un momento se le olvidó la causa de su irritación. Siguió mirándola, sin más.

No quería dejar de hacerlo; lo único que deseaba era que aquel momento se prolongase tanto como fuese posible.

Pero entonces ella se dio la vuelta y, antes de que pudiera reaccionar, echó a correr sobre el camino embarrado de lluvia en dirección a Londres.

—¡Espera! —le gritó—. ¿Qué haces?

«Es una princesa, no puedes hablarle así», recordó mientras la observaba deslizarse entre unas mulas que avanzaban en dirección contraria, su vestido de lana ondeando levemente en el viento húmedo.

Por fin reaccionó. Se lanzó tras ella como se habría lanzado tras un enemigo a la fuga en el campo de batalla. Tardó muy poco en alcanzarla, y cuando lo hizo le sujetó primero un brazo y después el otro, dejándola inmobilizada contra su cuerpo.

Enseguida aflojó la presión. No quería lastimarla; pero tenía miedo de que volviese a escaparse, así que no la soltó del todo.

—Lo siento, Alteza. No puedo dejar que volváis, no me lo perdonaría —susurró atropelladamente—. Me han encargado la misión de escoltaros sana y salva hasta Tintagel, y es lo que voy a hacer.

Un destello de ironía atravesó los singulares iris de la princesa. Con un gesto brusco, se desasíó de su escolta, pero sin dejar de mirarlo a los ojos.

Al final, fue Lance quien apartó la mirada. Alargó el brazo para tomarla de nuevo de la mano, esta vez con suavidad. Los dedos de ella permanecieron rígidos e inertes entre los suyos.

Así reanudaron la marcha. Se mezclaron con los grupos de campesinos y comenzaron a avanzar uno al lado del otro como una joven pareja de recién casados en busca de un refugio que los alejase de la guerra. Todavía les quedaba un trecho de carretera por recorrer antes de llegar al desvío del bosque.

Para ser una princesa, Gwenn caminaba con una agilidad extraordinaria. A pesar de su pequeña talla comparada con Lance, este apenas podía seguirle el ritmo en algunos tramos. No se quejaba ni aflojaba la velocidad de sus pasos a menos que el tumulto de gentes y animales le obligase a hacerlo. Con la vista fija en los adoquines de la antigua calzada, no dejaba de avanzar, ajena a todo lo que ocurría a su alrededor.

Caminaron sin detenerse hasta el mediodía, cuando llegaron al desvío que conducía a la encrucijada de Baude. Se trataba de un camino de tierra que discurría bordeando un riachuelo de aguas oscuras, entre fresnos y sauces. Eran muy pocos los que se adentraban en él; la mayoría de los campesinos continuaban su avance por la calzada principal. Lance se relajó un poco. El murmullo del agua y el silencio de los árboles le tranquilizaban.

Le habría gustado que la princesa le hablase, pero Gwenn no había pronunciado palabra desde el forcejeo en el camino principal. Debía de estar furiosa con él. Tan furiosa, que su enfado la llenaba de una extraordinaria energía, haciéndole ignorar el cansancio acumulado. Con sus suaves botas de piel de ternera, avanzaba sobre la tierra endurecida del camino como si se deslizase por ella. Sus pies apenas hacían ruido al tocar el suelo.

Un viento desapacible removió las ramas de los árboles, todavía a medio vestir con los primeros brotes de la primavera.

—¿Queréis hacer un alto para descansar un poco? —se atrevió a preguntar Lance.

Al mismo tiempo se detuvo, obligándola a ella a hacer lo mismo. Para su sorpresa, la joven no le soltó la mano. Sus miradas volvieron a encontrarse.

—No quiero descansar. Pero decidme una cosa: ¿qué tenéis pensado hacer cuando lleguemos a la encrucijada de Baude? Porque habréis pensado algún plan.

Lance sintió que enrojecía. No, no había pensado ningún plan. Él no funcionaba así. Una de las primeras cosas que había aprendido en su época de mercenario era que las estrategias son para los palacios, no para los campos de batalla. Las estrategias te nublan la visión, te hacen ver lo que tu mente ha anticipado que deberías ver. Ante el peligro, es mejor mirar a tu alrededor sin ideas preconcebidas. Sin estrategias, sin planes. Analizar cada detalle del terreno y permanecer abierto a todo lo que pueda pasar.

—Pensaré un plan cuando lleguemos a la encrucijada —se limitó a contestar.

—Vaya. Así que vuestro plan es improvisar. —Gwenn se rio—. ¡Qué inteligente!

Lance se obligó a seguir caminando en silencio. Sin darse cuenta, había soltado la mano de la princesa. En cualquier caso, estaba seguro de que no volvería a intentar huir. Habían avanzado demasiado como para retroceder de nuevo hacia Londres.

Tal y como esperaba, ella lo siguió. No trató de alcanzarle; al parecer prefería mantenerse detrás, avanzando a su ritmo. Lance tuvo buen cuidado de no volverse en ningún momento a comprobar a qué distancia la tenía o el ritmo de su avance, pero sus cinco sentidos estaban pendientes del leve sonido de sus pasos sobre la tierra del sendero.

Oyeron a los soldados antes de verlos. Lance se fijó en la luz grisácea del cielo abierto, más allá de la última línea de árboles. Debían de hallarse muy cerca de la encrucijada.

Se detuvo.

—Con cuidado —dijo en voz baja—. Vamos a ver a quién nos encontramos en el camino.

Gwenn avanzó hasta situarse al lado de su escolta. Miraba, como él, hacia el cielo nublado más allá de los árboles.

—¿Creéis que habrá alguien esperándonos? —preguntó.

—No lo sé. Puede que lo que nos dijeron en la posada no fuese más que un rumor. Pero si es cierto, si es verdad que los sajones asaltaron la comitiva..., no creo que dejen ningún superviviente.

Le pareció que la princesa se estremecía.

—Por si acaso, tenemos que acercarnos con precaución. Mejor, si es posible, que no nos vea nadie desde la calzada principal.

—Si me dejáis concentrarme, eso no será problema —dijo Gwenn.

Lance la miró sin comprender. ¿A qué se refería? Se preguntó si se trataba de una especie de broma, pero la intensa palidez de la princesa le hizo comprender que no era así.

Quizá fuera en ese momento cuando distinguió a lo lejos la voz inconfundible de Eoin. Su timbre hueco, de campana rota, resonaba como un murmullo de bronce entre las demás voces.

Al principio se dijo que debía de ser un error. La última vez que había oído aquella voz había sido en el campo de batalla de Caraeghr, en la costa oriental. Y de eso hacía, ¿cuánto? ¿Dos años? Quizá más.

Sin embargo, por mucho que intentase convencerse a sí mismo de que no estaba equivocado, de que era imposible que Eoin se encontrase tan cerca de Londres, estaba seguro de que aquella voz no podía pertenecer a nadie más.

Y si Eoin estaba allí también debían de estar los otros. ¿Todos?

—Mirad, Lance. ¡Son los nuestros! —dijo Gwenn aferrándose a su brazo—. Ese es Calogrenant, uno de los hombres de confianza de Bal. ¿Lo veis?

El rostro de la muchacha dejaba traslucir el inmenso alivio que sentía. Estaba sonriendo. Era la primera vez que la veía sonreír en toda la jornada.

Él también veía ahora al hombre armado al que se refería la princesa. Sí, la armadura era la de Calogrenant, y llevaba el águila de hierro pintada en el escudo. Pero no era él. No podía serlo.

Detuvo a la joven poniéndole una mano en el hombro. Le habló al oído.

—Es una trampa.

—Pero ¿qué decís? —La princesa se volvió a mirarlo—. Son los nuestros, nos están esperando, ¿no lo veis?

—No. Son mercenarios britanos al servicio del rey Aellas. Han cogido las armaduras de los hombres de Bal y se las han puesto para engañarnos.

—¿Cómo estáis tan seguro?

Aunque oyó la pregunta, no contestó. Intentaba analizar la situación, ubicar a los otros componentes del grupo.

Susurró la plegaria de los guerreros, la que activaba la conexión en modo combate de Britannia. «Invoco la sombra, leo la sombra, que el velo desvele el secreto del enemigo, que el velo me oculte de los que me acechan».

Las voces le llegaron más nítidas, algunos rostros se le aparecieron ampliados. Y más allá de los árboles, al otro lado del camino, percibió los fantasmas rojizos con los que Britannia señalaba los cuerpos emisores de calor. Calor humano. Eran los otros, el resto del destacamento de Dyenu.

Capítulo 5

Gwenn se giró sobre el lecho de ramas para quedarse boca arriba, de cara al cielo. Las estrellas brillaban entre las hojas jóvenes de los robles: incontables puntos de plata en la oscuridad, serenos faros que dibujaban costas invisibles en aquel infinito océano de negrura.

No podía dejar de pensar en los hombres que habían visto en la encrucijada de Baude. No los que aguardaban en el camino disfrazados con las armas de Igraine, sino los otros, los que habían descubierto emboscados entre los árboles, acechando su llegada. Aquellas pinturas de guerra en la cara, aquellas bandas negras y azules que deshumanizaban los rostros y hacían que pareciesen monstruos o cadáveres. Esa debía de ser su intención, que cuando el enemigo los viese se dejase consumir por el miedo.

No eran demasiados, entre veinte y treinta como mucho. Algunos parecían medio dormidos, acurrucados sobre las raíces de los árboles. Otros, sin embargo, miraban fijamente el camino desde sus posiciones detrás de los troncos, con el arco dispuesto para disparar en cuanto recibiesen la orden.

Y luego estaba él: mucho más alto que los demás, con un cuerpo flexible y joven cubierto con un peto de cuero como única armadura. Aunque no le había visto la cara, estaba segura de que, si volvía a encontrárselo, reconocería aquellos hombros anchos, el porte ligeramente encorvado, su grácil delgadez. ¿Cómo sería su rostro? La máscara de oro que lo cubría no reflejaba ninguna emoción. Era rígida e inexpresiva como los monstruos de piedra que adornaban las ruinas de los templos antiguos, cerca de Tintagel. Un semblante vacío que observaba cuanto le rodeaba con la frialdad de lo que no se deja conmover ni transformar por la vida.

Se había quedado un buen rato mirándolo desde su refugio entre los árboles, fascinada. Lance había tenido que alejarla de allí casi a rastras. No le había hablado hasta que se encontraron lo bastante lejos de los mercenarios como para estar seguros de que nadie los oiría.

—Es un milagro que no nos hayan visto —fue lo primero que él acertó a decir—. Ha sido una locura, Alteza. En el futuro estaré más atento para impedirlos que volváis a arriesgaros así. ¿Es que no tenéis miedo?

Gwenn le sonrió. Le sonrió mirándole a la cara, atenta a su reacción. Quería comprobar qué efecto ejercía su sonrisa sobre aquel joven salvaje, sin modales ni conocimiento alguno de los usos de la corte.

Si aquella sonrisa lo turbó, tuvo buen cuidado en que no se le notara. Estaba entrenado para ocultar sus sentimientos. Pero eso no significaba que no los tuviera. Gwenn sabía juzgar esas cosas. Desde el primer momento había captado que él era vulnerable, a pesar de su aparente indiferencia.

—Si no nos han visto, ha sido porque yo se lo he impedido —explicó con

deliberada arrogancia—. Puedo volverme invisible cuando quiero, y puedo proteger a quienes me acompañan para que tampoco los vean.

—Eso es imposible —afirmó Lance desafiante—. El velo de Britannia no hace desaparecer ni a las personas ni a las cosas. Las disfraza, las transforma, pero no las borra.

—Por supuesto que no las borra. —Gwenn recordó como en un fogonazo el cuchillo de Nimúe. No tenía intención alguna de contárselo a Lance—. Lo que yo hago es adaptar el velo a mis deseos. Esos hombres quizá nos vieron, pero no nos identificaron como extraños. Su mente asimiló nuestra apariencia a la de sus compañeros, nos mezcló con ellos.

Lance la miró extrañado.

—He oído hablar de esa clase de hechizos. Encantamientos de extrapolación. Se supone que solo algunos magos de primer orden pueden hacerlos. ¿Es que sois una hechicera o algo así?

—No lo sé. Sé que tengo esa facultad desde que era una niña. No recuerdo que nadie me enseñase.

Estaba siendo sincera, pero tuvo la sensación de que Lance no la creía. Tampoco podía reprochárselo: dicho en voz alta, sonaba disparatado.

En realidad, ni siquiera sabía por qué se lo había dicho. Su capacidad para pasar inadvertida bajo el velo de la simulación era algo que jamás le había revelado a nadie. ¿Por qué contárselo a su escolta? Seguramente en el fondo se había propuesto impresionarle.

Gwenn se giró una vez más sobre el lecho de ramas. El efecto de la última gema sobre su mente se había desvanecido casi por completo a aquella hora de la madrugada. Pensó en renovar la nitidez del velo antes del amanecer con una nueva, pero no lo hizo.

Hacía mucho tiempo que no contemplaba el mundo en toda su crudeza, desnudo de los artificios del reino invisible. Y allí, en el bosque, tan cerca de Lance, que dormía a su lado, decidió que podía arriesgarse.

Ya sentía el contacto punzante de las ramitas de su lecho en la espalda, a través de la capa. Y la incómoda sensación la hacía sentir viva. Entre las hojas de los árboles, las estrellas habían perdido parte de su brillo, tal vez porque ya no resplandecían con la intensidad del velo. Aparecían desvaídas, pálidas, aunque no por eso menos hermosas.

Si algún día llegaba la hora, podría sobrevivir sin la protección del velo de Britannia.

Una vez más le vino a la mente la máscara inexpresiva de Dyenu. Ese era su nombre, según le había explicado Lance.

Le había contado también que, a pesar de su juventud, se trataba de un guerrero legendario. En las aldeas pesqueras del sureste de Britannia se contaban por las noches sus historias alrededor del fuego de las hogueras. Según decían, cuando no era más que un niño llegó entre los restos de un naufragio a una playa en las costas de Oriente. Llevaba puesta ya su máscara de oro, que crecía con él. Y reveló el secreto de las gemas a aquellas gentes pobres de las aldeas pesqueras. Él los introdujo en Britannia. Más tarde, las damas de Ávalon repararon en él y se lo llevaron a su isla, donde permaneció oculto durante años. Reapareció durante la invasión sajona, combatiendo junto al rey sajón Aellas. Se decía que había llegado a un pacto con este para que protegiese a las mujeres mágicas de Ávalon a cambio del secreto de las gemas. Pero todo aquello no eran más que rumores.

Gwenn se quedó adormilada bajo la claridad gris del alba. Cuando se despertó, sintió un malestar que no recordaba haber experimentado en mucho tiempo. Era un frío húmedo que le acuchillaba el rostro y los brazos bajo el fino vestido de lana.

Cuando se incorporó, sus ojos se encontraron con los de Lance. Estaba sentado con la espalda recostada sobre el tronco caído de un roble, mirándola.

La intensidad de su atención la estremeció.

—¿Ocurre algo? —preguntó a la defensiva.

—No quería interrumpir vuestro sueño, pero me alegro de que hayáis despertado.

Nos espera una larga jornada de viaje.

—¿Y adónde vamos a ir? El camino hacia el puerto de Rochester está cortado.

Tendríamos que atravesar la emboscada de Dyenu.

—No hará falta. No iremos a Rochester. Vamos a tomar la carretera de Witancester. La alcanzaremos unas leguas más allá del río; seguro que la hallaremos medio vacía. Si logramos avanzar lo suficiente durante la jornada de hoy, esta noche podríamos llegar a Caleva. ¿Habéis estado allí?

—No, pero he oído hablar de su feria de ganado y de su mercado de tejidos. Es un buen sitio para conseguir provisiones. Me muero de hambre.

—Provisiones y caballos. ¿Creéis que resistiréis una jornada entera andando en estas condiciones? Si lo preferís, podéis esperarme aquí mientras yo intento cazar algo. Así no haréis el camino con el estómago vacío.

—No. Si vos podéis resistir, yo también —contestó Gwenn con sequedad—. Quiero llegar a Tintagel cuanto antes. Ya casi es de día. Pongámonos en marcha.

Lance le ofreció agua de una pequeña cantimplora que llevaba para que pudiera celebrar la libación de la mañana antes de salir al camino. A él no lo vio beber. Tal vez hubiese hecho su ofrenda antes, mientras ella dormía.

Gwenn sacó una segunda gema de la bolsa de piel que llevaba atada a la cintura y se la tendió al caballero en silencio. Él la rechazó.

—La Britannia de una princesa no es la Britannia de un soldado —dijo—. Tengo mis propias gemas; no os preocupéis por mí.

—Gemas de contrabando, es inútil que lo neguéis. Esas falsificaciones son peligrosas, Lance. No deberíais usarlas.

—No tenéis por qué inquietaros, sé lo que hago.

Después de la libación, el frío y la sensación de hambre remitieron. Gwenn dejó de sentir el cansancio, a pesar de lo poco que había dormido. Avanzaba por el empedrado irregular de la antigua calzada del Imperio con absoluta concentración, sin pensar en nada más que en ir poniendo un pie delante del otro.

Iban tan deprisa que adelantaron a una recua de mulas cargadas con sacos de grano y conducidas por un par de campesinos jóvenes. Les preguntaron si les podían vender algo de comer. Dijeron que no al principio, pero después de intercambiar una mirada sacaron de las alforjas de uno de los animales un pedazo de queso y se lo dieron.

Gwenn extrajo de su bolsillo un par de denarios de plata para pagarles. Lance, al darse cuenta, le quitó uno de la mano justo en el momento en que el hombre que le había dado el queso se disponía a cogerlos. El individuo miró a Lance con enfado, pero no protestó.

Cuando se alejaron, Gwenn se encaró con él.

—No volváis a hacer eso —le advirtió con aspereza—. El dinero es mío, y se lo doy a quien quiero.

—No sabemos cuánto vamos a tardar en llegar a Tintagel. Puede que esta moneda la necesitemos más adelante. Ignoro la cantidad que lleváis, pero, por el tamaño de vuestra bolsa, no puede ser muy elevada.

A Gwenn le irritó que tuviese razón. En realidad, empezaba a irritarle todo lo que él hacía. Y también lo que no hacía. No le preguntaba continuamente si se encontraba bien, si quería detenerse a tomar aliento, si necesitaba algo, como habría hecho un caballero familiarizado con los usos de la corte. Ni siquiera se esforzaba por intentar acomodar su paso al de ella, ahora que estaba manifiestamente cansada y tenía dificultades para seguirle el ritmo.

Lo más desconcertante era que no la miraba con la mezcla de temor y deslumbramiento a la que estaba acostumbrada. Cuando los ojos de Lance se detenían en su rostro, lo hacían con una tranquilidad que rozaba el descaro. Serios, sí, pero curiosos. La estudiaban con detenimiento, como si tuviesen derecho a hacerlo.

Estaba tan furiosa con él que decidió no dirigirle la palabra durante el resto del día. De todas formas, no tenía nada que decirle. Lance no era más que un guerrero, un muchacho sin ninguna educación, se notaba a la legua. ¿Por qué lo habría elegido Merlín?

Además, ocultaba algo. Su forma de hablar de Dyenu intentaba sonar indiferente, pero la aparición del joven de la máscara dorada lo había turbado. Y no porque le tuviese miedo; era otra cosa. Era ¿nostalgia? No, no podía ser, no habría tenido el menor sentido.

Gwenn se preciaba de distinguir con claridad el matiz de las emociones que reflejaban los rasgos de cualquier ser humano. Formaba parte de ese poder que a veces se veía obligada a reprimir, y que estaba vinculado de algún modo inexplicable con el poder de Britannia. Si percibía nostalgia en una mirada, era porque la había. Pero ¿cómo podía Lance sentir nostalgia ante la visión de una banda de asesinos al servicio del rey Aellas?

Tras el incidente de las monedas, Lance no volvió a hablarle hasta el atardecer. Caminaban por la carretera de Witancester y llevaban un buen rato sin cruzarse con nadie. El sonido de sus pasos sobre las losas de piedra se mezclaba con el de los trinos dispersos de los pájaros en las ramas de los árboles. El cielo se había vuelto violeta por el oeste.

—No lo entiendo —dijo el joven—. Hace rato que deberíamos haber llegado. Por la altura del sol, ya tendríamos que haber dejado atrás el desvío de Caleva, a nuestra izquierda.

—Lo hemos dejado atrás. Un camino de piedras regulares, más estrecho que este, pero en buenas condiciones. ¿No lo habéis visto? —preguntó Gwenn desconcertada.

—No, y es imposible. Venía fijándome todo el rato.

—Volvamos atrás. No hará ni una hora que lo pasamos.

Regresaron sobre sus pasos. Era extraño que no hubiese ningún campesino volviendo de los campos a aquella hora de la tarde. Ni tampoco fugitivos de los que intentaban abandonar Londres. Nadie. Era una de las principales calzadas del Imperio Antiguo, pero estaba desierta.

Se les hizo de noche retrocediendo en busca del desvío de Caleva. Pero no lo encontraron.

—Esto es muy raro —dijo Gwenn—. El desvío era bien visible, me fijé antes. No ha podido desaparecer.

—Esto es ya la linde del bosque de Ormes. El desvío se encuentra más allá. Lo hemos vuelto a pasar sin darnos cuenta —murmuró Lance.

La luna acababa de salir por detrás de una hilera de colinas, a su derecha.

Entonces fue cuando Gwenn lo sintió. De allí, de las colinas, emanaba una fuerza apenas perceptible, una fuerza que te impelía a ignorarlas, a mirar a otro lado.

Se obligó a observar sus siluetas oscuras. Había un velo dentro del velo. Y era un velo transparente, que cualquiera podía traspasar si se percataba de su existencia.

Siguió mirando hasta que el contorno de un recinto amurallado comenzó a perfilarse sobre la colina más alejada. Dentro del recinto, las torres de los templos y los palacios de la ciudad se erguían ahora contra el azul profundo de la noche como si siempre hubiesen estado allí.

Se dio cuenta, por la expresión de Lance, de que él también lo había visto.

Después de unos instantes de estupor, se miraron.

—Es Caleva, ¿no? —preguntó Gwenn.

Lance asintió despacio.

—Sí. Es Caleva. Vamos, si nos damos prisa, llegaremos antes de que cierren los portones. Esperemos que mientras tanto no vuelva a desaparecer.

Capítulo 6

No había soldados ante el portón de la muralla, que se encontraba abierto. Sus dos hojas de madera y hierro, intactas, oscilaban en el viento, que hacía chirriar los goznes.

La luna, que acababa de salir, bañaba la calzada de piedra que se adentraba en Caleva más allá de sus muros. No se veía a nadie en ella, ni se oía otro ruido que el del aire filtrándose entre las casas. Nada más; ni voces humanas ni los ladridos de los perros.

—Qué raro —observó Gwenn—. ¿Por qué habrán abandonado las puertas? No parece que hayan sido forzadas.

—¿De qué os extrañáis? La ciudad entera está bajo los efectos de un hechizo —contestó Lance examinando de cerca los pesados cerrojos incrustados en la madera—. ¿Cómo se explica si no que no la viésemos? Britannia no permite un ocultamiento así, es imposible.

—Eso creía yo también, pero ahora no sé qué pensar.

Gwenn vaciló un momento antes de proseguir.

—Antes de salir de Londres, ayer por la mañana, ocurrió algo —continuó, decidiéndose por fin a hablar—. Nimúe, mi dama de compañía, intentó matarme. Y lo hizo con un cuchillo invisible. Todavía no consigo comprender cómo lo consiguió. El velo de Britannia no permite borrar un objeto de nuestra percepción.

—Pero vos, cuando nos encontramos con los hombres de Dyenu, hicisteis que no nos vieran...

—Sí, pero solo alteré su interpretación de lo que veían; no borré nuestras imágenes —explicó Gwenn con cierta impaciencia—. Lo del cuchillo fue diferente. No estaba. En Britannia no estaba. En la realidad, sí. ¿Veis adónde quiero ir a parar? Lo que nos ha sucedido con Caleva podría ser algo semejante.

Se había prometido a sí misma no contarle nada a Lance acerca del episodio del cuchillo, pero de pronto había sentido la necesidad de hacerlo. Quizá no fuera casualidad que en tan poco tiempo hubiese presenciado dos encantamientos tan parecidos. Si existía una relación entre el cuchillo de Nimúe y el ocultamiento de Caleva, iba a necesitar que Lance la ayudase a descubrir cuál era.

—¿Vuestra dama de compañía intentó mataros? —Lance parecía asombrado—. ¿Por qué? ¿Fue por iniciativa propia o le pagaron para ello?

Gwenn se encogió levemente de hombros.

—No lo sé. Creo que fue por iniciativa propia. Pero quizá alguien la ayudara.

—¿No sabéis quién?

—Podría ser cualquiera. No me faltan enemigos, precisamente. Pero ella... ¿Por qué iba a querer hacerme daño? No es una mujer ambiciosa. ¡Es una dama de Ávalon!

—¿Ha intentado mataros una dama de Ávalon? —Lance parecía asombrado—. La gente admira a las mujeres mágicas. Se supone que ayudan a la gente, que curan a los

enfermos... No me imagino a una de ellas como una asesina.

—Nimúe llevaba años cuidándome, desde que yo era pequeña. Me ha enseñado muchas cosas, es la persona que me ha educado. Yo confiaba en ella.

Sintió el peso de una lágrima a punto de resbalar sobre sus pestañas. Lance la estaba mirando a los ojos. E hizo algo que ella no esperaba: alargó la mano y, suavemente, detuvo la lágrima con su dedo índice antes de que llegase a caer.

Siguieron mirándose unos instantes sin decir nada. En los ojos de Lance, Gwenn descubrió una calidez aterciopelada que hasta entonces no había percibido.

Fue él quien volvió primero a la realidad. Desvió la mirada hacia las siluetas oscuras de las casas que se distinguían más allá del portón.

—Es una ciudad grande —dijo—. Raro sería que no encontrásemos a alguien dispuesto a ofrecernos comida y cama esta noche. Y mañana, en cuanto amanezca, buscaré quien me venda un par de caballos o unas mulas. Nos quedan seis o siete jornadas hasta Witancester, no podemos seguir a pie.

Atravesaron el portón. Lo hicieron caminando despacio, procurando que sus pasos no resonasen con excesiva fuerza sobre las desgastadas piedras de la calzada. Se trataba de evitar que los oyesen.

Pero desde el primer momento, Gwenn supo que era una precaución inútil.

Allí no había nadie. Allí no había nadie que pudiese oírlos. La ciudad estaba desierta.

No dijo nada, porque no habría sido capaz de explicarle a Lance por qué estaba tan segura de que todos los habitantes de Caleva habían desaparecido. No tenía ninguna evidencia de que fuese así salvo su propia convicción.

Avanzaron sin hablar por la calzada principal hasta una plaza rodeada de galerías que se sostenían sobre pilares de madera. Si no hubiera sido por la luna, les habría costado trabajo distinguir por dónde iban. Ninguna luz se filtraba a través de las puertas y las ventanas de los edificios. Ningún signo de vida brotaba de su interior.

Pasaron bajo un arco que comunicaba la plaza con una ancha calle empedrada. Los edificios a ambos lados de la calle sorprendieron a Gwenn por su arquitectura. Algunos eran muy altos, y parecían hechos de cristal. Otros exhibían hileras simétricas de ventanas rectangulares, sin relieves ni decoraciones de ningún tipo.

—Parecen construcciones del Mundo Antiguo —murmuró Lance, impresionado—. Nunca había oído hablar de ellas.

—Seguramente Britannia las cubre con una apariencia más moderna. Pero Britannia ha desaparecido de Caleva. El velo no protege la ciudad, ¿os habéis dado cuenta?

—Sí. Faltan todos esos detalles que estamos acostumbrados a ver en las fachadas. Y falta la luz. Britannia hace que las ciudades brillen por la noche con un resplandor muy diferente al de la luna.

Siguieron caminando un rato por aquella calle que parecía un vestigio de otro tiempo, congelada en la inmovilidad de un sueño o quizá de una pesadilla. Los dos sabían que aquella búsqueda no tenía objeto: en Caleva no quedaba ni un solo habitante. Todos habían desaparecido.

Lance se detuvo frente a una puerta sencilla, de acero y cristal. En la parte de arriba, justo en el centro, colgaba un medallón de esmalte azul con un pájaro blanco.

Al empujarla, la puerta cedió sin ningún esfuerzo.

Cuando Lance cruzó el umbral, una luz pálida iluminó de golpe el interior del recinto. Gwenn nunca había visto una luz así: brotaba de un par de tubos blancos anclados

al techo.

En un largo mostrador contra la pared vio una especie de instrumentos musicales de forma rectangular, compuestos por diminutas teclas cuadradas.

Se acercó a mirar. Cada tecla tenía dibujada una letra. Algunos de los instrumentos eran blancos, otros negros o grises.

—Son teclados —murmuró Lance—. Teclados antiguos. Esto es un taller de alquimistas.

—¿Como el de vuestro amigo de Londres?

—Sí. Pero mi amigo no habría podido pagar estos materiales. La luz del techo, esas placas cableadas..., y fijaos en los espejos negros. Monitores, así los llaman. Eoghan habría vendido a su madre para conseguir uno.

Gwenn cogió con cuidado un círculo plateado que vio en el mostrador, junto a uno de los monitores. Le sorprendió lo poco que pesaba. Aquello no era metal, aunque lo parecía. Se trataba de otro material mucho más ligero.

—¿Qué le habrá pasado a esta gente? —se preguntó en voz alta—. No pueden haberse esfumado. En algún lugar tienen que estar.

—¿Podría Britannia hacer que desaparecieran?

Gwenn miró a Lance pensativa.

—No, no creo —dijo—. Una cosa es que oculte cosas como el cuchillo de Nimúe, incluso la ciudad entera. Pero ¿seres humanos? Todo el mundo sabe que los protocolos de Britannia no permiten ni tan siquiera modificar la apariencia de un rostro si el cambio lo deja irreconocible.

Acarició distraída las teclas de uno de aquellos instrumentos que Lance llamaba teclados.

—¿Para qué servirían?

—Para escribir. Había que ir pulsando una letra tras otra para componer las palabras. Las palabras iban saliendo dibujadas en los monitores, y luego se podían imprimir en papel. Se lo oí contar a un amigo del Gremio.

—¿Tienes muchos amigos alquimistas? —preguntó Gwenn.

—Más que amigos, conocidos. Gente con la que he tenido que tratar.

—¿Para conseguir gemas de contrabando?

Lance vaciló antes de asentir.

—Entre otras cosas —dijo.

Gwenn lo observó con curiosidad.

—¿Por qué no se las pediste a Merlín? Os habría dado todas las que le hubieseis pedido. Estáis escoltando a la heredera del trono de camino a la corte. Es una misión importante, Merlín os habría facilitado la mejor versión posible del velo de Britannia.

Lance hizo un gesto vago con la cabeza.

—Tenemos que decidir qué hacemos ahora —dijo, con evidentes deseos de cambiar de tema—. Una opción es volver al camino de Witancester y seguir avanzando a pie, pero se trata de una ruta importante y antes o después alguien podría identificaros. Eso, sin contar con que los sajones probablemente se dirigirán hacia allí también. Después de todo sería lo más lógico, una vez que han controlado Londres.

—Entonces, ¿qué propones?

—Al norte de Caleva empieza el bosque de Broceliande. Atravesándolo en diagonal también podríamos llegar a Witancester, aunque la ruta sea más larga. Creo que es la mejor opción. Ya hemos comprobado que algo está empujando a los viajeros a ignorar Caleva, y

sin pasar por Caleva no se puede llegar al bosque. Eso nos evitaría encuentros peligrosos y nos protegería de los sajones.

Gwenn lo miró indecisa.

—Ese bosque... Dicen que es el más espeso de toda Britannia. En algunos libros lo llaman «el bosque oscuro». Corren muchas leyendas.

—Todo eso juega a nuestro favor. Incluso si llegaran a encontrar Caleva, pocos se animarían a internarse en el bosque. Lo temen.

—¿Y vos no? ¿Por qué?

Por primera vez, Lance esbozó una sonrisa.

—Los bosques y yo nos entendemos —dijo—. Me siento cómodo en ellos. Supongo que son mi lugar natural. Creedme, me imponen más respeto los salones de la corte con todas sus intrigas que los paisajes más agrestes y salvajes.

Capítulo 7

Esperaron al amanecer para internarse en la penumbra verde del bosque. Broceliande, el robledal inmenso de las leyendas, se extendía como un cielo infinito de ramas y hojas oscuras sobre sus cabezas, y la princesa avanzaba junto a su escolta maravillada, con una huella de sonrisa en los labios, escuchando el silencio.

Lance no podía evitar mirarla de reojo cada cierto tiempo. Se movía como un hada entre los troncos de los árboles, como si no le costase ningún esfuerzo; sus pisadas no hacían ruido sobre la alfombra de hojas rojizas.

—La primavera en las copas, el otoño en las raíces —dijo, para atraer su atención—. A lo mejor es verdad que el bosque está encantado.

—El hechizo de Britannia. Aquí sí nos encontramos bajo su velo protector —contestó Gwenn en voz baja, quizá para no asustar a los pájaros—. Pero con o sin hechizo, los árboles son reales. Tan viejos, tan fuertes... ¡Las cosas que habrán visto! ¿No te parecen hermosos?

Lance asintió. Claro que se lo parecían. Eran más que hermosos: eran criaturas vivas, extrañas, que crecían con lentitud, ignorando los tiempos de los hombres, construyendo el suyo propio. Sentía algo cálido al mirarlos, algo que rara vez le inspiraban los seres humanos: un vínculo antiguo, poderoso como los lazos de sangre entre los miembros de una misma familia.

Orientarse en aquel bosque infinito no habría resultado fácil de no haber sido por la ayuda del velo. En las encrucijadas, Lance veía sobre un tosco pilar de piedra una cruz metálica cuyos brazos, uno de oro y otro de plata, señalaban el sur y el norte respectivamente. Sabía que la princesa no percibía la cruz como él, pero no tenía forma alguna de saber cómo la veía. Quizá no fuera para ella más que una vieja cruz herrumbrosa, quizá un vestigio indescifrable de los tiempos antiguos. No iba a preguntárselo, desde luego.

Cada vez que Lance se decidía por uno de los senderos en aquellos cruces de caminos, Gwenn lo miraba con cierta desconfianza. Después de pasar la tercera encrucijada se decidió a preguntar.

—¿Cómo sabéis que es por aquí? —preguntó—. Se supone que no conocéis este bosque.

—Sé qué dirección debemos seguir para acercarnos lo más posible a Witancester, y la estamos siguiendo.

Gwenn no preguntó más, pero se la veía descontenta. Aunque habían dormido algo al abrigo de las murallas de Caleva, el cansancio empezaba a hacer mella en su aspecto. En dos días no habían comido más que un pedazo de queso y algunas frambuesas que habían encontrado en la linde del bosque, poco después de ponerse en camino. No podrían continuar de ese modo mucho más tiempo. Lance se mantenía alerta, por si algún corzo o

alguna liebre se ponían a su alcance. Pero en toda la mañana no habían llegado a ver ni tan siquiera una ardilla. Era evidente que los animales de Broceliande sabían cómo protegerse de los hombres.

El sol debía de hallarse ya en lo más alto del cielo cuando se detuvieron a descansar en un lugar donde los robles se encontraban algo más dispersos que en el resto del bosque. Gwenn se dejó caer sobre la hierba, cerró los ojos y pareció quedarse dormida instantáneamente.

Lance también se tumbó. Con los brazos cruzados bajo la cabeza, contempló la claridad que se filtraba a través de las hojas del árbol que lo cobijaba. Sí, debía de ser ya mediodía. Pensó que también él podría descansar. Le vendría bien. Después de todo, no tenía ni idea de cuánto tiempo más tendrían que seguir caminando. ¡Quizá varios días!

Se estaba hundiendo en una placentera somnolencia cuando se dio cuenta de que, más allá del rumor del viento entre las hojas, se oía un murmullo de agua.

Se puso en pie como movido por un resorte.

Donde había agua podía haber animales sedientos. Y si los había, tenía que intentar abatir alguno. Necesitaban comer.

Se dejó guiar por el susurro cristalino del agua, tan débil al principio que apenas se distinguía del sonido de la brisa. Debía de haber un arroyo por allí cerca. Cada vez se oía con más nitidez. Se aproximaría con cautela y, si no encontraba corzos ni venados bebiendo, buscaría una roca o un tronco tras el que esconderse y acechar. Antes o después, algún animal bajaría a beber. Lo cazaría y se lo llevaría a la princesa. Encendería un buen fuego mientras ella seguía dormida y esperaría a que la despertase el olor de la carne tostada. Ya estaba viendo su sonrisa soñolienta mientras se desperezaba y miraba en todas direcciones, buscándolo.

Le daría las gracias.

Estaba tan abstraído imaginándose la escena que al principio, al ver la fuente, no se dio cuenta de que había llegado a su destino.

Allí no había ningún arroyo. El sonido del agua procedía de un manantial en una pared de roca. Una lámina de agua transparente caía desde lo más alto, llenando una poza oscura y burbujeante bajo la sombra de un pino que se alzaba hasta una altura imposible.

Lance se quedó mirando el agua y el árbol, embobado. ¿Por qué había un pino en medio de aquella selva de robles? ¿Cómo podía ser tan alto?

Captó un destello oscilante entre las ramas. Un objeto se mecía adelante y atrás, reflejando el sol. Lentamente, procurando no hacer ruido, rodeó el pino para tratar de verlo mejor.

Era un plato. Un plato de oro. Colgaba de una de las ramas bajas del árbol y se balanceaba con la brisa.

Alargó un brazo para cogerlo.

—Quieto —dijo una voz femenina a su espalda—. Si lo tocas, tendrás que someterte a la prueba. Y quizá no sea eso lo que quieres.

Se volvió. La advertencia le había llegado demasiado tarde. Ya había tocado el plato.

La mujer que le había hablado parecía muy joven. Sus cabellos, recogidos en una complicada trenza, eran tan oscuros como sus ojos. En cambio tenía la piel muy blanca. Iba armada con una espada corta que sujetaba con firmeza en su mano izquierda.

Llevaba una coraza metálica sobre una túnica de un gris sucio y descolorido.

—¿En qué consiste la prueba? —le preguntó Lance.

—En morir —contestó ella.

Tenía una voz grave, serena, que contrastaba con la amenaza de su respuesta.

—Morir no es una prueba —dijo Lance—. Puede ser, como mucho, el castigo por no haber superado una.

—Morir a todo lo que conoces y dejarte en este bosque la memoria, o arriesgarte a morir de verdad por mi espada.

—¿En un combate?

—Quizá. Quizá en un sacrificio. O quizá no mueras. Eso lo decidiré más tarde, cuando hagas lo que debes hacer.

—¿Y qué es lo que debo hacer?

Con un gesto de la cabeza, la mujer le indicó el plato de oro.

—Debes llenarlo con el agua del manantial. Y debes verter el agua en el escalón de luz dormida que se oculta al otro lado de la poza.

Lance pensó en negarse. Al fin y al cabo, no tenía por qué hacer caso de lo que le dijese aquella desconocida. Su espada no le impresionaba, y sus crípticas palabras tampoco. Bien sabía él que, en Britannia, el misterio solía ser el disfraz de los débiles que querían pasar por poderosos.

Además, Gwenn podía despertarse en cualquier momento, y a pesar del coraje que había demostrado, sabía que se asustaría si no lo encontraba junto a ella. Pensaría probablemente que la había abandonado y no podía soportar la idea.

Sin embargo, no fue capaz de ignorar a la mujer.

—¿Cómo os llamáis? —le preguntó.

—Te lo diré cuando pases la prueba. Si la pasas. Qué ocurre, ¿no te atreves a intentarlo?

La provocación surtió efecto. Con gesto de fastidio, Lance estiró el brazo derecho y descolgó el plato dorado.

En el mismo momento deseó no haberlo hecho. Pesaba, pesaba horriblemente. No podría sostenerlo sin un esfuerzo insostenible. Se le caería en cualquier momento.

No podría llevarlo hasta el manantial. No quería. Solo deseaba soltar aquella cosa que le repugnaba como las telas de araña, como las alas de un murciélago. Era imposible que fuera de oro, no podía serlo. Sin duda se trataba de un material inmundo que jamás había tocado. Todo en él se resistía a llevarlo entre las manos.

No obstante, lo hizo. A pesar del peso y del rechazo que le inspiraba, consiguió llegar hasta el manantial y poner el plato bajo la lámina de agua.

Todavía fue peor cuando estuvo lleno. Necesitaba tirarlo, dejar que el agua lo arrastrase. No podía pensar en otra cosa. La mujer había hablado de morir. Casi lo deseaba. Intentó mirarla, leer en su expresión algo que le desvelara la clave, pero no fue capaz de fijar la vista en ningún lado.

Aun así, sostuvo el plato lleno. Sujetándolo con las dos manos, empezó a rodear la poza. Observaba aquel círculo de agua sombría, tan profunda que no se adivinaba el fondo. La joven había hablado de un escalón de luz.

Era cierto. Justo por debajo del nivel del agua, pudo ver un peldaño toscamente tallado en la pared de la poza, justo donde la roca dejaba de ser piedra áspera para convertirse en cristal. Se trataba de un cristal verde, una esmeralda de un tamaño inconcebible. Luz dormida. La luz de Broceliande petrificada, congelada en una gema purísima.

Inclinó el plato de oro para que el agua cayese sobre el escalón. Sintió un profundo

dolor en la palma de las manos, como si el metal hubiese sido calentado al fuego y le estuviese quemando. Quizá podía soltarlo ya.

No lo hizo. Era un guerrero, lo habían entrenado para sufrir. Y quería saber. Más que nada, quería saber qué le esperaba una vez terminada la prueba, y qué le tenía reservado la mujer de la espada.

Lo malo del dolor cuando se vuelve demasiado intenso es que te nubla los sentidos. Lance iba a desmayarse, lo presentía. Las piernas le temblaban, cederían en cualquier momento, se doblarían y le harían caer de bruces en el agua de la poza.

Quizá ya había caído. Flotaba. Y se ahogaba, el aire no le llegaba a los pulmones. Pero no sentía el agua. No sentía más que la falta de aliento.

Debió de ocurrir todo en un instante. Terminó cuando notó el filo de una piedra contra la frente. Respiró. Ahora le dolía la piel rasgada, sentía la humedad de la sangre en la raíz del cabello. Al menos aquel era un dolor que podía comprender. Y respiraba de nuevo.

Abrió los ojos: algunas ramas de pino se recortaban a contraluz sobre el fondo gris del cielo. El árbol, ahora, no le parecía tan grande. ¿Por qué?

Consiguió sentarse en el musgo, y solo en ese momento advirtió que estaba rodeado de gente. No eran guerreros, sino gente del pueblo, hombres, mujeres y niños vestidos con ropas descoloridas y mugrientas; entre doscientas y trescientas personas que lo miraban como si estuviesen contemplando un espectáculo de feria.

Pero no podía ser. Debía de tratarse de un engaño, de una ilusión de los sentidos.

Reconoció a la mujer de la espada, que se arrodilló junto a él y, sin miramientos, le palpó la brecha que se le había abierto en la frente.

—Sanará —dijo—. Has tenido suerte, extranjero. Si llegas a caer con peor fortuna, podrías haberte golpeado en la sien. Te habrías matado.

Sonreía. Pero él no tenía ganas de devolverle la sonrisa.

—Sácame de este hechizo, mujer mágica —murmuró con las escasas fuerzas que pudo reunir—. No sé qué has hecho conmigo, pero quiero volver al mundo real. Todos esos fantasmas... Apártalos de mí.

La mujer ensanchó su sonrisa.

—No entiendes nada. El mundo real es este, joven Lancelot. Me llamo Laudine, y estas gentes son algunos de los habitantes de Caleva. Si puedes verlos, es porque has pasado la prueba. Has atravesado el velo de Britannia y estás al otro lado. Estás viendo el mundo como realmente es.

Capítulo 8

Lance había olvidado lo que era la noche más allá del velo de Britannia. La oscuridad impenetrable del bosque al otro lado del círculo de antorchas resultaba sobrecogedora. La mayor parte de las gentes de Caleva había establecido su nueva morada a un par de leguas de la fuente, junto a un riachuelo del que obtenían agua para beber y lavarse. Laudine los había llevado, a él y a Gwenn, a visitar el poblado, formado por sencillas chozas de madera y ramas que ocupaban cada claro entre los árboles hasta donde alcanzaba la vista.

Cuando llegaron, el rumor de la hazaña de la princesa al pasar la prueba de la fuente se había extendido por todas partes. Todos sabían ya que había logrado traspasar el velo sin someterse a la tortura del plato de oro. Había detectado la presencia de los habitantes de Caleva en el bosque como si para ella fuese algo natural, sin el menor esfuerzo. Y nadie comprendía cómo lo había hecho.

La gente la miraba con desconfianza, pero no con miedo. Después de todo, la mayor parte de ellos habían trabajado en algún momento de sus vidas para el gremio de los alquimistas y sabían que la magia de Britannia tenía siempre una explicación, aunque a veces resultase imposible descubrirla.

Durante la visita al poblado, Gwenn se comportó como una auténtica princesa. Sonreía a los niños, saludaba a las mujeres, se detenía de vez en cuando a hablar con alguna. Mostraba curiosidad por todo lo que veía, y su interés era tan sincero que las gentes olvidaban sus recelos y le hablaban abiertamente de las penalidades que habían sufrido. Resultaba admirable verla en su papel de heredera oficial de la Corona. Sus gestos, su forma de caminar, hasta su mirada irradiaban serenidad y poder. A Lance no le pasó inadvertida la forma en que Laudine seguía todos sus movimientos, como si estuviese estudiándola. Ella había sido, sin duda, la más confundida ante la reacción de Gwenn al acercarse a la fuente sagrada. Estaba claro que no dejaba de darle vueltas a lo ocurrido, buscando alguna explicación. Quizá por eso había decidido prolongar la velada e invitarlos a un festín en medio de la oscuridad del bosque para celebrar su llegada a Broceliande. En teoría, se trataba de agasajar a la princesa. En la práctica, probablemente lo que pretendía Laudine era mantenerla vigilada.

La Señora de la fuente había organizado un ambicioso despliegue en medio de las estrecheces de aquella vida salvaje que había elegido para socorrer a los refugiados de Caleva. De algún modo se las había arreglado para ofrecer vino e hidromiel en la cena, y la carne de venado que sus damas guerreras habían servido en platos de oro estaba aderezada con canela y azafrán, especias que ni siquiera en la corte eran fáciles de conseguir.

Sentada a la derecha de Lance, Gwenn disfrutaba de la comida con una expresión de deleite que casi resultaba cómica. Sin duda, el ayuno forzado de aquellos dos días de ruta le había hecho sufrir más de lo que había dejado entrever. Fascinado, Lance no podía evitar

mirarla a cada instante, a pesar de que Laudine, sentada a su izquierda, no cejaba en sus esfuerzos por mantener viva la conversación.

Gwenn parecía ajena al prodigio que había protagonizado ante la fuente. Tal vez ni siquiera fuera consciente de lo que había hecho. Laudine había insistido en que ella también debía someterse al ritual del plato de oro. Estaba dispuesta a acoger a la hija de la reina en su feudo del bosque, pero a condición de que la princesa se despojase del velo de Britannia para ser una más entre las gentes que vivían allí. No le permitió a Lance explicarle a Gwenn en qué consistía el ritual ni cuál era su propósito. Sencillamente, le envió a buscarla, y cuando llegó ante la fuente ella misma le mostró el plato de oro y le dijo lo que debía hacer.

Fue entonces cuando Gwenn miró más allá de la poza de aguas oscuras, hacia las gentes que observaban en silencio su reacción. Lance todavía se encontraba a su lado, y notó cómo se estremecía.

—¿De dónde han salido? —preguntó, señalando hacia los ciudadanos de Caleva—. No estaban ahí hace un momento. ¿Quiénes sois? Lance, ¿los ves?

Lance asintió. Por supuesto que los veía; pero no los había visto antes de someterse al tormento del ritual. Se suponía que había que verter el agua del plato de oro sobre el escalón esmeralda para liberarse del velo de Britannia. No existía otra forma.

Gwenn, sin embargo, había atravesado el velo sin necesidad de pasar la prueba de Laudine. No le había costado ningún esfuerzo. ¿Por qué? ¿Cómo lo había hecho? ¿Qué tenía de especial su conexión a Britannia, para que le permitiese quebrantar sus reglas?

—No os veo comer desde hace un rato —dijo Laudine, interrumpiendo sus reflexiones—. ¿Qué ocurre? ¿La canción del bardo os ha quitado el apetito?

Lance lo negó, sorprendido. Ni siquiera estaba escuchando la música, pero la pregunta de Laudine le hizo prestar atención. La melodía le resultaba desconocida, y sin embargo no tardó en reconocer la historia que el bardo desgranaba con el acompañamiento de su cítara: era la leyenda del niño náufrago que llegó a la costa oriental en una balsa de velas negras, y que mató a la mujer que lo admitió en su casa. La leyenda del niño de la máscara de oro.

Había oído aquel relato muchas veces, en diferentes versiones: era la historia de la infancia de Dyenu. La repetían los sajones y los britanos, sus aliados y sus enemigos. La maldad gratuita del pequeño huérfano fascinaba a todos por igual. Dyenu le había asegurado una vez que nada de aquello había sucedido de verdad. No era más que una leyenda. Una leyenda terrible, eso sí, a la altura del personaje. A Dyenu le interesaba que se difundiera. Así se lo había explicado: si el enemigo le creía un monstruo, lo temería, y sería más fácil derrotarlo.

Lo extraño era que Laudine hubiese deducido que aquella canción podía haberle hecho perder el apetito. ¿Cómo lo había adivinado? Era imposible que ella supiera que se conocían. Nunca antes la había visto.

—No nos habéis contado cómo llegasteis a convertirnos en la Señora de la fuente —dijo en aquel instante Gwenn, inclinándose sobre la mesa para mirar a su anfitriona—. ¿Lleváis mucho tiempo protegiéndola? ¿Sois una de las mujeres mágicas de Ávalon?

La pregunta hizo reír a Laudine.

—¿Una de las damas grises? No princesa, ni mis guerreras ni yo tenemos nada que ver con ellas. Yo uní mi destino al de la fuente de Barenton cuando la fuente me salvó la vida. Es un enclave antiguo, uno de los pocos lugares de poder que sobrevivieron al advenimiento de Britannia. Las mujeres guerreras ya estaban aquí cuando llegué yo. Vine porque me dijeron que aquí encontraría el conocimiento que el gremio de alquimistas me

negaba.

—¿Queríais ser alquimista? Pero solo los nacidos en las familias del Gremio pueden serlo. ¿Por qué queríais ser alquimista?

—Porque quería entender, princesa. Quería saber qué hay detrás del velo. Los engranajes. Los mecanismos.

—Habláis de un modo extraño. ¿Qué mecanismos? Britannia no es una máquina, es el Reino Invisible, el corazón de la realidad. Britannia nos hace ver las cosas como las soñamos. Más verdaderas, más nítidas.

—Utilizáis el lenguaje de los bardos —se burló Laudine—. Pero ¿nunca os habéis preguntado cómo consigue Britannia teñir la realidad con los colores de los sueños? Lo llamamos magia, princesa, pero no es magia. Es saber. Es ciencia.

—Habláis como lo hacía mi maestra Nimúe. Ella también afirmaba que Britannia no era magia, sino artificio.

—Nimúe, según creo, es una de las damas de Ávalon. Mi visión de Britannia no tiene nada que ver con la de esas fanáticas. Yo no aspiro a conocer Britannia para destruirla, sino para protegerla. Por eso les he dado refugio a los alquimistas de Caleva. No quiero que caigan en poder de los sajones. Eso sería como entregarles a estos una llave maestra para forzar Britannia.

—Sobrevaloráis a los alquimistas —dijo Lance con la vista fija en la oscuridad del bosque, más allá del círculo de fuego—. No es tanto lo que saben.

—Yo pienso que los subestimáis. Saben más de lo que revelan. Entre otras cosas, saben cómo leer en las brumas de Britannia el pasado de un hombre y cómo utilizarlo contra él.

Capítulo 9

El tapiz que alfombraba el suelo de la cabaña en el roble había sido confeccionado con hebras de seda de la mejor calidad y con los tintes más costosos del mercado, pero el tiempo y el uso lo habían desgastado, robándole buena parte de su esplendor original. Gwenn se preguntó de dónde lo habría sacado su anfitriona. Un tapiz así tenía que resultar casi imposible de encontrar fuera de Britannia, estaba segura. Laudine debía de ser una mujer muy poderosa para poseer una pieza como aquella.

No podía dormir. No quería. Desde el episodio de la fuente se sentía invadida por una euforia que rayaba en la ebriedad. Era una sensación física y mental a la vez, que la llenaba de plenitud, energía y poder. Deseaba plantarse frente al mundo entero y desafiarlo. Como si fuera inmortal. Como si ningún daño pudiera alcanzarla. Era absurdo, por supuesto, pero le daba igual. No quería dejar de experimentar aquella nueva confianza en sí misma.

Todavía no entendía del todo lo que había ocurrido junto a la fuente del escalón esmeralda. Ella no había necesitado el ritual. Le había bastado acercarse a la fuente para atravesar el velo. Pero, al contrario de lo que todo el mundo parecía pensar, no lo había hecho sin esfuerzo, ni tampoco inconscientemente. Justo antes de atravesarlo, había percibido algo. Su mente se había despertado. Sí, esa era la mejor manera de explicar lo que había experimentado: estaba dormida y, de repente, despertó. Vio lo que la rodeaba y tuvo la certeza de que no era un sueño. También se dio cuenta de que no lo estaba viendo todo. Necesitaba esforzarse más. Necesitaba alcanzar la realidad. Se encontraba más cerca que nunca.

Extendió su memoria y su deseo hacia los árboles que rodeaban la fuente como si estuviese alargando los brazos. Quería llegar a lo que había detrás.

Fue entonces cuando los vio. Mujeres, hombres, niños, todos de pie, en silencio, observándola. Ni siquiera podía afirmar que su presencia la hubiese sobresaltado. Antes de verlos, los había intuido. Su mente ya sabía que estaban allí. No entendía por qué, pero lo sabía.

En su lecho de heno fresco y sábanas de lino, Gwenn se desperezó y dejó que una sonrisa lenta y consciente le iluminase la cara. Muchas veces, desde que era niña, había tenido el presentimiento de que era poderosa, pero siempre había pensado que se trataba de un espejismo, de la proyección de un deseo más que de una realidad. Ahora sabía que su intuición era cierta. Dentro de ella había auténtico poder. Y era un poder vinculado a Britannia.

Además, esta vez los otros también se habían dado cuenta. Había sido toda una demostración. Si su madre hubiese estado presente... Gwenn se estremeció. ¿Cuál habría sido la reacción de la reina Igraine? Probablemente se habría sentido orgullosa aunque, conociéndola, tal vez también amenazada.

No quería seguir pensando en su madre, ni en cuál sería su reacción si se enteraba del episodio de la fuente de Laudine. Pero ¿a quién podía preguntarle sobre lo que acababa de ocurrirle? Merlín, si estaba vivo aún, se hallaba demasiado lejos. Y, a decir verdad, nunca le había inspirado demasiada confianza.

Si hubiese tenido a Nimúe...

No, no debía recordar a Nimúe. Ella la había traicionado. Había intentado matarla. Gwenn la había admirado durante toda su vida, y a veces había llegado a creer que la dama la quería más que la propia Igraine. Claro que tampoco había que esforzarse mucho para eso. Igraine no había sido jamás una madre cariñosa. En cambio, Nimúe... bajo su manto de frialdad, siempre había sabido cómo transmitirle seguridad, apoyo. Con ella nunca se había sentido sola.

Nimúe habría podido darle respuestas. Era una dama de Ávalon, conocía algunos de los secretos más antiguos de Britannia. Ella quizá hubiera podido explicarle por qué había atravesado el velo sin ayuda de ningún ritual.

Pero Nimúe no volvería. El hechizo que la mantenía prisionera era, en la práctica, equivalente a la muerte. Nadie podía deshacerlo sin contar con la voluntad de la propia dama; Merlín lo había dejado claro.

Sin embargo, el mago no sabía lo que ella acababa de hacer en Broceliande. Y si allí había podido quebrar un viejo sortilegio del velo de Britannia, ¿por qué no en otros lugares? El hechizo en el que se había encerrado Nimúe también llevaba el nombre de aquel bosque: Broceliande. ¿Y si su poder en el Broceliande real se extendía al Broceliande de los sortilegios de Ávalon?

Necesitaba despejarse. Se arrastró fuera del lecho, salió de la cabaña y descendió por una de las ramas que había debajo de la plataforma sobre la que estaba construida. A la luz de la luna se distinguía el color ceniciento de sus viejas enaguas. Sin los matices de Britannia para embellecerla, la prenda no parecía la ropa propia de una princesa.

Iba a descolgarse a la siguiente rama cuando vio aparecer a Lance con Laudine en un claro entre los robles. Caminaban cogidos del brazo. Laudine se apoyaba en el joven, descansando sobre él casi todo su peso. Lance avanzaba con la cabeza inclinada para escuchar lo que la mujer le susurraba al oído.

Gwenn permaneció inmóvil en su puesto debajo de la cabaña, tratando de escuchar. Laudine hablaba en susurros, resultaba imposible entender lo que decía. La luna bañaba su semblante, en el que danzaba una sonrisa traviesa. El rostro de Lance, en cambio, quedaba oculto por las sombras. Seguramente él también estaría sonriendo.

Cuando desaparecieron entre los árboles, Gwenn se deslizó silenciosamente por el tronco del roble y los siguió.

Descalza y sin la protección de Britannia, sentía la humedad de las hojas muertas bajo sus pies. A veces se le clavaba una piedrecita, el filo crujiente de una hoja seca recién caída. El rumor de los pasos de la pareja era fácil de distinguir en el silencio del bosque.

Los espío mientras hablaban en el umbral de la choza de madera y pizarra que Laudine llamaba «su palacio». Luego los vio entrar.

Quería volver a su cabaña en el árbol, meterse en aquella cama que olía a heno fresco, cerrar los ojos y dormirse. Sin embargo, se quedó allí, agazapada sobre aquel manto de hojas semipodridas, notando cómo la humedad empapaba la fina tela de las enaguas y le llegaba hasta la piel. Tenía los brazos desnudos, e intentó calentarse abrazándose a sí misma. En el fondo, no le importaba el frío. Ardía por dentro. Una ira sorda le devoraba los pensamientos, la asfixiaba con el humo que desprendían al consumirse. Se sentía

traicionada como hija de la reina, pero no era eso lo que había comenzado el incendio. No era eso, era otra cosa: se sentía abandonada. Lance había preferido a Laudine.

Lo odiaba.

Cuando por fin el caballero salió de la cabaña de Laudine, Gwenn llevaba un rato medio adormilada. Por eso, cuando lo vio era ya demasiado tarde. Él la había visto también a ella.

Se maldijo por no haberlo pensado antes. Las enaguas eran demasiado claras, reflejaban la luz de la luna y llamaban la atención en medio de la espesura.

Se incorporó lo más rápido que pudo y trató de correr, pero las piernas se le habían entumecido mientras aguardaba, y él era mucho más rápido. No había avanzado ni veinte pasos cuando la alcanzó.

La aferró por un hombro, y cuando ella intentó liberarse la rodeó con el otro brazo por la cintura. Cuantos más esfuerzos hacía ella por desprenderse, más la apretaba él contra su cuerpo, intentando inmovilizarla.

Como pudo, Gwenn se revolvió para quedar frente a Lance. Sin pensar en lo que hacía, descargó una bofetada en su mejilla derecha. Él la miró asombrado.

Por un momento, ella creyó que iba a devolverle el golpe. La forma en que la miraba...

Pero, en lugar de eso, inclinó su rostro sobre el de ella y la besó.

A partir de ese instante, Gwenn no supo muy bien lo que ocurría. El beso de Lance lo ocupaba todo, llenaba el universo. Sintió que sus pies perdían el contacto con el suelo: él la había levantado y la llevaba en brazos entre los árboles. Sus labios seguían unidos. No se habían separado en ningún momento.

O quizá sí, porque ahora estaban en el suelo, sobre la capa extendida de Lance. Gwenn podía sentir bajo su espalda la mullida y crujiente alfombra de hojas, más allá del tejido de lana.

Un instante después, la alfombra se aplastó hasta que ella notó, debajo, la superficie dura. El peso de Lance la oprimía contra el suelo. La anclaba a la tierra antigua de Broceliande, como si quisiera obligarla a echar raíces en ella. Y su cuerpo se dejaba clavar en la oscuridad del bosque como una semilla clara. Obedecía.

Él no le dijo «te quiero» en ningún momento. Pero un par de veces susurró su nombre muy cerca de su oído: «Gwenn. Gwenn».

Nunca su nombre le había parecido tan mágico.

Era la primera vez que amaba a un hombre. Lo había imaginado infinidad de noches mientras daba vueltas en su cama, carcomida por una inquietud placentera y cruel al mismo tiempo. Y ahora que estaba ocurriendo, se daba cuenta de la pobreza de sus sueños.

Porque no se trataba solo de la piel. No se trataba solo de aquellas caricias que se deslizaban como plumas por su espalda y su cintura, que subían y bajaban recorriendo su piel como si fuese una tela de seda nueva. Era, sobre todo, el aliento de Lance, su respiración agitada, su sed, su urgencia por poseerla.

Todo lo que él era. Su pasado. Su misterio.

La atravesó como un fogonazo de luz.

Se asustó. Lance tenía un secreto.

Pero un instante después lo olvidó. Su propio deseo reclamaba toda su atención.

Quería aferrarse al placer. No dejarlo marchar.

Si aquello era el amor, haría lo que fuera preciso para no perderlo.

Capítulo 10

La claridad del amanecer se atisbaba ya entre las copas de los árboles, y Gwenn seguía dormida. ¿Cómo podía dormir? Su respiración era suave y rítmica, y su rostro, sin aquel fulgor peligroso que a veces atravesaba sus ojos, parecía tan sereno como el de una niña.

Lance estuvo contemplándola hasta que ya no pudo soportarlo más. No quería sufrir, no podía permitírselo. Necesitaba concentrarse y reservar todas sus energías para llevar a la princesa sana y salva hasta Tintagel.

Una vez más, se maldijo por haberse dejado arrastrar. En el campo de batalla, siempre había sabido ganarse el respeto de camaradas y adversarios por su dominio de sí mismo. No cedía ni un paso aunque estuviese deseando huir. No atacaba antes de tiempo aunque la sangre le hirviese por dentro. Durante los años que había permanecido bajo el mando de Dyenu, este siempre alabó su sangre fría. Pero aquella máscara de autodisciplina se había desmoronado en el mismo momento en que la había visto huir de él en medio de la noche, un torbellino de seda blanca entre los árboles. Por un instante creyó que se le iba a escapar, que nunca volvería a verla, y supo que, si eso ocurría, nada de lo que sucediera después en su vida tendría ningún significado. No podía perderla todavía; Gwenn ni siquiera había llegado a conocerlo. No sabía de lo que era capaz, no sabía hasta qué punto podía confiar en él. Sobre todo, no podía imaginar cuánto necesitaba mirarla, cómo se había acostumbrado en las horas —apenas días— que llevaban juntos, a espiar su expresión, los cambios en la profundidad serena de sus ojos, su manera de moverse. Cómo se había habituado a su presencia. Solo deseaba tenerla cerca, seguir a su lado mucho tiempo, hasta Aquae Sulis; hasta el castillo de su madre, en Tintagel. Y también después, quizá. Si hacía bien su trabajo, tal vez la reina lo asignaría a la guardia personal de la princesa. Iba a necesitar guerreros de confianza para ese cometido, hombres que velasen por ella día y noche, ahora que era la heredera del trono.

Corrió tras ella. Y luego, cuando la tuvo entre sus brazos, no supo lo que hacía. Dejó de pensar, olvidó que era un impostor, que si bajaba la guardia un solo instante, la verdad podría aflorar y él tendría que salir corriendo, abandonar la identidad que con tanto trabajo se había ido construyendo e inventarse una nueva vida.

En ese momento quería a Gwenn; quería tenerla, era lo único que deseaba, lo único por lo que se habría dejado matar.

Lo extraño era que ella se hubiese entregado con tanta sencillez, sin un solo gesto de duda o miedo, como si fuese algo que necesariamente tenía que pasar, con lo que ya contaba. Gwenn, la altiva Gwenn, la princesa, la hechicera que apenas unas horas antes había demostrado ante los refugiados de Broceliande su inmenso poder rasgando sin esfuerzo el velo de Britannia, se había transformado en una mujer dulce y alegre entre sus brazos. Tan intensa, tan audaz por momentos que le había hecho temblar. Y a la vez tan

vulnerable, tan frágil que temía hacerle daño. Al menos al principio.

Cómo se habría reído Merlín de él si lo hubiese visto dejarse arrastrar por el deseo de aquella manera. Probablemente lo habría mandado matar, pero antes se le habrían desencajado las costillas de tantas carcajadas. Ni siquiera comprendía cómo había logrado que llegase a confiar en él para aquella misión. Quizá Laudine tuviese razón y los hilos de las damas de Ávalon llegasen más lejos de lo que él había llegado a intuir. De otro modo no se explicaba que lo hubiesen elegido como guía y protector de la princesa.

Laudine... Le preocupaba que hubiese descubierto su secreto. Ella también era poderosa, a su manera. Había visto en su pasado, había llegado más lejos incluso de lo que él recordaba.

La escena del campo de batalla, cuando cayó combatiendo por Dyenu contra un ejército britano bajo el mando del rey Lot, Laudine había hecho que le volviese a la memoria. Aquella tarde creyó que le había llegado la hora. La herida en el abdomen era profunda, y estaba perdiendo mucha sangre. Si la mujer del manto negro no hubiese aparecido, habría muerto. Ella lo curó. Lo hacían de vez en cuando, caían como cuervos benignos sobre los despojos del combate y aplicaban sus pociones y emplastos a los heridos, fuesen del bando que fuesen. Era uno de los poderes que Britannia les había permitido conservar fuera de Ávalon. Y él, al principio, había creído que estaba entre los afortunados a los que habían salvado por casualidad. Pero luego se dio cuenta de que no. Su curación tenía un precio. Las damas tejieron para él un nuevo destino en Britannia. Le proporcionaron una historia, un pasado que todo el mundo a partir de entonces aceptó como si estuviese instalado en sus recuerdos desde siempre. Cuando recuperó la conciencia, lo habían trasladado a un viejo fuerte britano, y todos los que le rodeaban lo trataban como a un caballero extranjero que había llegado a Britannia a combatir a los sajones. Él, que no era más que un chico pobre de la costa oriental que había salvado el pellejo después del ataque de los sajones entrando a su servicio, podía de repente presumir de linaje, de venir del otro lado del mar, donde un imaginario padre noble lo aguardaba para convertirlo en su heredero.

Quizá las damas de Ávalon sabían que alguna vez se había atrevido a soñar con un destino así. Pero ¿lo habían escogido por eso? Laudine opinaba que no. Opinaba que él era el Elegido. Cuando le preguntó para qué, ella le clavó una mirada entre incrédula y divertida. «Para destruirnos a todos, probablemente», fue su respuesta. Y después se echó a reír, como si le estuviese tomando el pelo.

La voz de Gwenn lo sobresaltó, obligándolo a abandonar sus elucubraciones. ¿Qué había dicho? Estaba sentada sobre su capa, mirándolo con una sonrisa.

—Es una mañana hermosa, ¿verdad? —añadió cuando él la miró—. ¿Qué vamos a hacer ahora, Lance? Espero que la luz del día no te haga apartarte de mí. ¡Sin el velo de Britannia se ven tanto los defectos!

Lance desvió bruscamente la mirada. Los ojos de Gwenn lo hacían todo más difícil. No se dejaría arrastrar de nuevo. Tenía que alejarla. Tenía que hacerle entender cuanto antes que lo que había sucedido aquella noche no volvería a repetirse. Nunca.

—Me alegro de que hayáis despertado —dijo con la voz más fría que pudo encontrar—. Debéis regresar a vuestra cabaña antes de que Laudine envíe a buscaros. Sus mujeres guerreras van a conducirnos a través del bosque hasta las inmediaciones de Aquae Sulis. Es mejor no hacerlas esperar.

No quiso mirarla para ver cómo reaccionaba. Si lo hacía, su entereza se desmoronaría, su máscara de frialdad se derretiría como el hielo en una mañana de sol.

Ella tardó unos instantes en contestar.

—Creía que nos dirigiáramos a Witancester —observó en tono apagado.

—No, hay que cambiar la ruta. Laudine me ha dicho que los sajones ya han llegado a Witancester y controlan toda la zona. Desde Aquae Sulis podremos ir a Glevum para tomar un barco y llegar por mar hasta Tintagel. Es la mejor opción.

Como Gwenn no contestaba, por fin la miró. Se había puesto en pie y estaba alisándose las enaguas con el dorso de la mano.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Aquae Sulis? —preguntó sin alzar la vista.

—Según parece, una jornada es todo lo que necesitamos —le explicó—.

Llegaremos antes de que anochezca.

—Mejor —dijo ella. Con cada palabra que pronunciaba su voz se volvía más distante, más seca—. Cuanto antes volvamos a la protección de Britannia, más tranquila me sentiré.

Fue la última vez que le dirigió la palabra en todo el día.

La dejó en su cabaña y regresó tan deprisa como pudo a la choza de Laudine. La dama estaba organizando la escolta que debía conducirlos a través del bosque. Lance quedó admirado al ver los caballos: eran más altos y ágiles que los corceles de Britannia, probablemente los habrían traído del Continente. Dejó para Gwenn el más brioso de todos y él eligió para sí una yegua blanca. Estaba seguro de que la princesa sabría manejar a aquel magnífico animal. Y quería verla sobre él. Sería un hermoso espectáculo.

Le costó reconocerla cuando, después del desayuno, la condujeron adonde la escolta aguardaba para la partida. La habían peinado con un arreglo de trenzas que se repartían simétricamente a ambos lados de la cabeza, entrelazándose unas con otras. Un peinado de corte para la heredera del trono. Y el vestido, que debía de pertenecer a Laudine, no era menos espléndido: estaba cubierto de bordados de hilo de oro y de plata que componían una selva de flores sobre el brocado blanco.

Sin embargo, el cambio más visible no se hallaba en la vestimenta de la princesa, sino en la expresión de su rostro. Sonreía a cuantos le dirigían la palabra, pero era una sonrisa altiva, desplegada para marcar distancias. Una sonrisa de reina. Incluso Laudine pareció intimidada cuando Gwenn le expresó su gratitud por todas las atenciones recibidas. Sus mejillas se ruborizaron cuando trató de contestar. Se despidió con una reverencia.

Durante toda la jornada, Lance no perdió ocasión de observar a Gwenn cada vez que las circunstancias se lo permitían. Siempre que podía cabalgaba a su lado, y cuando la senda resultaba demasiado estrecha, le cedía el paso y se quedaba detrás, contemplando su espalda erguida, su cabeza orgullosa, que ni una sola vez se volvió a mirarle.

Cuánto debía de odiarle en esos momentos. Tanto como le había amado durante la noche. Tanto como él la amaba.

Estaba seguro de que ella nunca le perdonaría la voz distante, la frialdad cuando se despertó. Y eso le provocaba una alegría absurda, una especie de euforia desesperada.

No volvería a tenerla como la había tenido en la oscuridad del bosque, a su merced, completamente suya. Aquello no se repetiría, porque él lo había hecho imposible.

Si le hubiese hablado de otra manera al despertar... Si la hubiese besado...

Quizá se habrían convertido en amantes. Y Gwenn se las habría arreglado para mantenerlo a su lado después de llegar a Tintagel. Hasta que se aburriese de él o hasta que alguien descubriese su secreto. Hasta entonces, habría sido suya cada noche.

Pero él lo había impedido. Lo había tirado todo por la borda.

No se arrepentía de lo que había hecho. Sabía que, en el fondo, no tenía otra opción.

No podía convertirse en el amante de la princesa, habría supuesto demasiado riesgo. Antes o después, alguien habría empezado a indagar en su vida; tal vez la propia Gwenn. Habrían descubierto que era un impostor, y entonces la habría perdido definitivamente.

No. Había hecho lo único que podía hacer. Pero eso no significaba que no le doliera: dolía más que las heridas del campo de batalla, más que el miedo a la muerte. Y ese dolor no se iría nunca, porque se aferraría a él para no perder el recuerdo de aquella noche. ¡No quería olvidar!

Las mujeres guerreras de Laudine estaban acostumbradas a cabalgar en silencio. La jornada transcurrió, interminable y tediosa, entre los robles siempre iguales y siempre diferentes de un bosque que parecía no tener fin.

Fue justo antes del ocaso cuando los árboles empezaron a clarear. El camino se volvió ligeramente empinado, y ascendieron por una colina de hierba fresca.

Al llegar arriba, vieron las torres doradas de Aquae Sulis, la ciudad de los dioses antiguos.

Por primera vez en todo el día, Gwenn se volvió hacia él.

—Lo habéis conseguido, Lance —dijo con una leve sonrisa—. Hemos llegado... Aquae Sulis es una ciudad civilizada, y estoy convencida de que en ella encontraremos a algún caballero leal a mi madre que os rescate del peso de servirme, así que muy pronto os libraréis de mí.

LIBRO II
El escudo de Britannia

Capítulo 11

Comenzaba a caer el sol, y algunos comerciantes habían empezado ya a desmontar los toldos de sus puestos y a recoger la mercancía. La mayor parte, sin embargo, seguía en su sitio, intentando acaparar la atención de los escasos curiosos que aún deambulaban por la plaza. Arturo observó desde lejos el tenderete del vendedor de pócimas, el único que le interesaba de todo el mercado. Por fortuna, este aún no estaba recogiendo.

Aquae Sulis olía diferente en los días de mercado. El olor sulfuroso de las aguas benéficas que habían dado fama a la ciudad desde los tiempos antiguos apenas se percibía en la marea de aromas que traían consigo los tenderos y comerciantes: fragancia de fruta y flores frescas, de carne roja, de cuero curtido y de pan recién hecho, hedor de estiércol de caballo, de gallinas que aleteaban en sus jaulas... ¿Cómo se percibiría aquella mezcla de olores más allá del velo de Britannia? A Arturo le habría gustado desconectarse aunque solo fuese por un breve espacio de tiempo para captarlos. Lo peor del velo era que siempre se interponía entre las sensaciones y la realidad; lo embellecía todo, pero también lo adulteraba.

Arturo interrumpió sus reflexiones al ver a la muchacha que acababa de irrumpir a caballo en la plaza por la calle empedrada que venía de la puerta de Londres. Supo que era ella en cuanto la miró, aunque nunca antes la hubiera visto.

Cabalgaba como una reina, y su belleza distante atraía todas las miradas, pero al mismo tiempo hacía que la gente se apartase instintivamente a su paso. Bajo su manto de lana gris, llevaba un vestido blanco que casi parecía irradiar luz. ¿Cómo era posible que llegase a la ciudad tan perfectamente ataviada, después de todo lo que le había pasado? Según las noticias que él había recibido, ella había conseguido escapar viva de Londres de milagro. Y aunque su conexión a Britannia fuese mejor que la de sus súbditos, eso no bastaba para explicar la riqueza del vestido ni el espléndido caballo que montaba.

Los ojos de Arturo se deslizaron con interés hacia el joven que escoltaba a la princesa. «Demasiado apuesto», fue lo primero que pensó. ¿De quién habría sido la idea de poner la seguridad de la heredera del trono en manos de un simple caballero con aspecto de príncipe? Porque le habían asegurado que el acompañante no era nada más que eso, un guerrero que se había destacado en un par de ocasiones en el campo de batalla. Lo había imaginado un hombre tosco, curtido en luchas, quizá con una cicatriz atravesándole la mejilla izquierda.

Sí, lo sabía, tenía demasiada imaginación.

Siguió observándolos mientras el caballero ayudaba a la princesa a desmontar. Se dio cuenta de que evitaban mirarse a los ojos. Mala señal, pensó. Muy mala.

Tendría que vigilar de cerca a aquel advenedizo. Por lo visto, había sido Merlín quien lo había elegido para la misión. Pero eso para Arturo no suponía una garantía; más bien al contrario. Los objetivos de Merlín eran suyos únicamente, y rara vez coincidían con

los de los demás. Si había aupado al joven apuesto, lo habría hecho por algún motivo egoísta y retorcido. Y la forma en la que él había rodeado con sus brazos la cintura de la princesa para ayudarla a desmontar, la manera en la que ambos habían evitado deliberadamente que sus ojos se encontrasen... Algo había pasado entre ellos, estaba seguro.

Al menos, lo estuvo durante unos instantes; pero después vio a la princesa caminar sobre el empedrado de la plaza hasta la Fuente Máxima y sentarse en el borde de piedra dorada. La vio inclinar el cuerpo sobre el chorro de agua y formar un cuenco con las manos justo debajo para poder beber. Y se rio de sí mismo por haber pensado que aquella criatura semejante a un hada pudiese haber permitido acercarse a ella al soldado que la acompañaba. No, esa no era la razón de que sus ojos se rehuyesen. Quizá ella desconfiaba del hombre de Merlín. Tal vez le había regañado, y por eso él se mostraba hostil. Sí, seguramente ese sería el motivo.

Reaccionó cuando tuvo que apartarse para dejar pasar a unas mulas cargadas de ollas de barro. El dueño le gritó por obstaculizar su camino. Era uno más de los mercaderes que se retiraban después de la larga jornada de mercado. Arturo se giró con viveza para comprobar si el vendedor de pócimas seguía allí. Sí, no se había movido.

Rápidamente se dirigió hacia él sorteando a un grupo de verduleras que también se batía en retirada.

El mercader lo contempló incrédulo cuando se detuvo ante el batiburrillo de talismanes baratos y frascos polvorientos que exhibía sobre un tablón sujeto por caballetes. Enseguida, no obstante, consiguió reaccionar.

—¿Qué se os ofrece, joven caballero? ¿Mal de muelas? ¿Un emplasto para heridas de espada? ¿O tenéis alguna moza por ahí que se os resiste? De todo tengo para aliviar vuestros males, mi noble señor.

Sin dignarse contestar, Arturo rebuscó entre los objetos del puesto hasta dar con lo que buscaba. El viejo libro de fórmulas para combatir el mal de ojo. Con deliberada lentitud, abrió el grueso volumen de tapas desgastadas e introdujo en él, sin disimulo, las dos monedas de oro que acababa de sacar de su bolsa. Luego, con la misma parsimonia, cerró el libro.

Los ojos azules del tendero se clavaron en él con cierto temor.

—¿Qué queréis?

—Enviar un mensaje —contestó Arturo—. Esta noche.

—Para eso os recomiendo que vayáis a la posada de la Yegua Roja. Siempre hay muchachos dispuestos a llevar un mensaje, y si pagáis por un buen caballo además...

—No quiero un mensajero corriente.

Arturo se enrolló la manga derecha para mostrarle al hombre la pulsera de cuero que llevaba. Sobre un rectángulo metálico, en el centro, brillaba la manzana mordida, símbolo del gremio de los alquimistas.

El dueño del puesto contempló la pulsera con ojos codiciosos.

—¿De dónde la habéis sacado? Eso vale una fortuna.

—¿Me dejaréis que envíe ese mensaje de una vez, o no? Es urgente.

El hombre resopló. Parecía acalorado bajo su gruesa túnica de lana sin teñir.

—Primero decidme quién es el destinatario.

Arturo se aseguró de anclar la mirada del hombre a la suya.

—Lailoken —dijo—. El mensaje es para él.

El tendero sonrió, dejando al descubierto una hilera superior de dientes irregulares y

ennegrecidos.

—Lailoken ya no pertenece al Gremio —contestó con suficiencia—. Hace tiempo que fue expulsado.

Arturo mantuvo la vista fija en él mientras sopesaba las alternativas que se le ofrecían. Obligar a aquel tipo a entregarle el pergamino de agua no resultaría difícil. Cedería a la primera amenaza.

Sin embargo, no le interesaba llamar la atención en ese momento, con la heredera del trono tan cerca.

De mala gana, abrió la bolsa que llevaba prendida al cinturón y extrajo dos monedas más. Pero cuando se las tendió al hombre, este las rechazó apartando la mano.

—No quiero dinero, quiero la pulsera —dijo.

Arturo clavó los ojos en el símbolo de la manzana prendido a su muñeca.

—Es demasiado valiosa. Una pieza única. Me pides demasiado, amigo.

—No. Vos me pedís a mí demasiado. Lailoken es un proscrito, en el Gremio no se le quiere bien. Me arriesgaría mucho con esto, y si lo hago quiero tener un beneficio. Conozco bien esa pieza que lleváis en la muñeca. Quedan muy pocas como ella, se consideran una reliquia. ¿Sabíais que, en los tiempos antiguos, se utilizaban para medir el paso del tiempo?

Arturo abrió la hebilla que sujetaba la pulsera, se la desprendió de la muñeca y se la tendió al mercader.

—Algo había oído —contestó, malhumorado.

Era un precio excesivo por utilizar el pergamino de agua, pero no podía perder el tiempo regateando con aquel tipo, ni podía amenazarle con la espada si no quería llamar la atención.

Visiblemente complacido, el mercader se guardó la pulsera en su bolsa. Después, se agachó para coger algo de un pequeño arcón que había debajo del mostrador. Era el pergamino de agua.

Se lo tendió a Arturo junto con un punzón oxidado para escribir en su superficie.

En el recuadro reservado al nombre del destinatario, Arturo trazó el nombre de Lailoken con el punzón.

El objeto, que hasta entonces parecía un pergamino corriente, comenzó a cambiar y a brillar bajo sus dedos. Apareció un nuevo rectángulo para escribir en su interior.

Arturo anotó una sola frase: «Está viva».

No era momento para perderse en detalles. Lo importante era que el mensaje llegase cuanto antes. Además, los detalles los ignoraba. Solo sabía que era ella, que la había visto. Poco más podía contar.

Devolvió el pergamino, dio media vuelta y se dispuso a abandonar la plaza para dirigirse al palacio de Pelinor, donde sabía que lo esperaban.

Capítulo 12

Pelinor, el dux de Aquae Sulis, había instalado su cuartel general en una antigua fortaleza que se alzaba sobre el lado occidental de la muralla. Cuando llegaron a la entrada del puente levadizo, ya los estaban esperando. Al parecer, alguien había reconocido a la princesa y se había dado mucha prisa en llevar la noticia hasta el castillo. Mejor, pensó Lance. Había temido una larga discusión con los hombres de la guardia para convencerlos de que los dejaran entrar, pero no tendrían que pasar por eso. Gawain, el hijo del rey Lot de Lothian, aguardaba su llegada con un pequeño destacamento de hombres armados.

Lance no había visto nunca a Gawain antes de aquel día, pero su conexión a Britannia era lo bastante precisa como para indicarle, en cuanto apareció en su campo de visión, el nombre del guerrero. A pesar de su juventud, este ya se había distinguido por su valor —que algunos llamaban temeridad— en un par de enfrentamientos con las tropas de Aellas. Empezaban a correr de boca en boca los cantares sobre sus hazañas, y el hecho de que fuese hijo de Morgause, que tenía fama de bruja, contribuía a engrandecer su leyenda.

Morgause era, además, hermana de la reina Igraine. Eso quizá explicaba, según los usos de la corte, el beso en la mejilla con el que Gawain saludó a su prima Gwenn en el umbral de la fortaleza.

A Lance le pareció, sin embargo, que en su forma de abrazar a la princesa y de retenerla unos instantes antes de separarse de nuevo había un exceso de confianza que no podía justificarse con su relación de parentesco.

—Temíamos por ti. —Fue lo primero que oyó decir al hijo de Lot. Sus cabellos rubios se arremolinaban en el viento alrededor de su rostro, pálido y atractivo—. Llegaron rumores de que habías caído en una emboscada en Londres. Llegaron a decir...

—¿Que estaba muerta? Es un milagro que no lo esté. Un milagro que no habría ocurrido de no ser por mi escolta, Lance de... —Gwenn se detuvo y lo miró con expresión interrogante.

—No tengo un feudo importante que añadir a mi nombre —dijo él con voz ronca—. Llamadme solo Lance.

—Sed bienvenido, Lance sin Tierra —saludó Gawain en tono levemente burlón—. Acompañadme, mi padre y Pelinor os están esperando.

—¿Tu padre está aquí, con Pelinor? —se extrañó Gwenn—. Nunca se han soportado. ¿Qué hace en Aquae Sulis?

—La guerra forja extrañas alianzas. Mi padre ha traído de Lothian un ejército de más de tres mil hombres. Hay que contener a los sajones como sea, son órdenes de tu madre, la reina. Pelinor ha aceptado de buen grado la ayuda. Es un buen comandante, cuando le dejan tomar las riendas. Solo espero que no surjan conflictos entre los dos en el peor momento; sería una catástrofe.

—Afortunadamente, aquí estás tú para impedirlo —dijo Gwenn sonriendo—.

Siempre, desde pequeño, has sido el más diplomático de la familia.

—Tratándose de esta familia, no hacía falta mucho para conseguir el título. Un linaje pendenciero y despiadado, todo el mundo lo sabe.

—No es cierto. Tú no eres así. Ni yo tampoco.

Gawain tomó entre las suyas una mano de la princesa y la apretó con calor. Se le notaba contento de verdad por su llegada. Y ella también parecía feliz de verle. «Son primos», se dijo Lance. «Eso lo explica todo».

Todo menos el malestar que sentía al verlos juntos. Fue un alivio que, al llegar al salón donde aguardaban Pelinor y el rey de Lothian, el protocolo obligase a Gawain a tomar asiento lejos de la princesa.

La mesa a la que les hicieron sentarse era rectangular. Lot presidía uno de los extremos, y Pelinor, el otro. Gwenn se vio obligada a situarse a la derecha de su tío, y a Lance le asignaron un asiento a su lado, una deferencia que no esperaba. Junto a él se situó un anciano que le saludó con respeto y se identificó como Aedorint, lugarteniente de Lot.

Gawain fue el último en ocupar el asiento que le habían reservado, a la derecha de Pelinor.

Por un momento, Lance pensó en lo que habría dado Aellas el sajon por caer sobre el pequeño grupo reunido en torno de aquella mesa y aniquilarlo. Sin las fuerzas combinadas de Lot y Pelinor, el ejército de Britannia ni siquiera habría sido digno de tal nombre. Y en cuanto a Gwenn, tal vez, al verla, Aellas habría decidido perdonarle la vida y llevársela como rehén. O como esposa, el matrimonio con la heredera de Uther Pendragón habría servido para conferirle un barniz de legitimidad a la invasión sajona. Se estremeció solo de pensarlo. La brutalidad de Aellas con las mujeres era de sobra conocida en su corte.

Gwenn en manos de aquel salvaje... Y lo peor era que podía ocurrir; sucedería antes o después si los hombres reunidos en aquel salón de piedra no acertaban a detener el avance de Aellas y los suyos.

Nunca antes había pensado en aquella posibilidad, pero ahora que le había venido a la mente, estaba seguro de que no podría quitársela de la cabeza.

La voz ronca y pausada de Pelinor le hizo volver finalmente a la realidad.

—Teneros aquí no es solo un honor, Alteza —le estaba diciendo a Gwenn—. Es, sobre todo, un alivio. Si se hubiese confirmado vuestra muerte en la batalla de Londres, nuestros hombres habrían acusado el golpe. Necesitan creer en Britannia para enfrentarse a los sajones, y creer en Britannia es también creer en su futuro, es decir, en vos.

—Me honran vuestras palabras, aunque me vais a permitir que os corrija en una de vuestras afirmaciones. Habláis de Londres como si realmente hubiese habido una batalla, cuando lo único que ocurrió fue que los sajones se las arreglaron para tomar las murallas y, desde allí, echarse sobre nosotros como caen los lobos sobre los corderos.

Lot observaba a su sobrina con una sombra de sonrisa en sus carnosos labios. Gawain, en cambio, no sonreía. Al contrario, la precisión de Gwenn le ensombreció el rostro.

—Que Londres haya caído... Todavía me cuesta asimilarlo —murmuró.

—Lamentarse sobre lo que ya no tiene remedio no sirve de nada —dijo Pelinor sin dejar de mirar a la princesa—. Ahora debemos concentrarnos en lo que está por llegar. No sé si lo sabéis, Alteza, pero el enemigo está concentrando sus fuerzas al noroeste. Nuestros informantes nos han advertido de que una flota de más de doscientos barcos sajones ha desembarcado cerca de Dubris, y queremos atacar a Aellas antes de que consiga reunirse con sus refuerzos.

—Me parece una excelente decisión —opinó Gwenn—. Mi madre, la reina, se alegrará de saberlo cuando se lo cuente.

A Lance no le pasó inadvertida la mirada que intercambiaron Lot y Pelinor.

—Deduzco por vuestras palabras que estáis pensando en continuar el viaje hasta Tintagel —dijo Pelinor—. Sin embargo, debo aconsejaros que cambiéis de idea. No hay ruta segura para vos de aquí a la corte; no en medio de esta guerra. Tendréis que esperar a que venzamos a Aellas para que pueda ofreceros un destacamento de hombres armados que os conduzca sin peligro hasta Cornualles.

Lance creyó que había llegado el momento de intervenir.

—No hará falta un destacamento, Excelencia —aseguró—. Yo puedo proteger a la princesa como he venido haciendo desde que salimos de Londres. Bastará con que nos facilitéis buenos caballos y provisiones para el viaje, además de información sobre las posiciones enemigas y quizá...

—No, no bastará con eso —interrumpió Gwenn—. Agradezco mucho vuestros esfuerzos en estos días, sir Lance, y os aseguro que serán recompensados como merecen cuando lleguemos a la corte; pero tenéis que reconocer que si hemos llegado hasta aquí con vida, es porque hemos sido afortunados. No puedo permitirme arriesgarme más de lo necesario, estaréis de acuerdo conmigo. Y viajar solo con vos ha sido un riesgo. No teníamos otra alternativa cuando salimos de Londres, pero ahora sí la tenemos. Sir Pelinor, estoy segura de que encontraréis la forma de procurarme una escolta adecuada sin que eso suponga un grave inconveniente en nuestros planes.

Pelinor inclinó levemente la cabeza en señal de acatamiento.

—Si es lo que deseáis, lo dispondré todo para que tengáis vuestra escolta, y será lo bastante numerosa como para garantizar vuestra seguridad hasta Tintagel. En mi opinión, lo más sensato es que os dirijáis hasta Glevum, donde podréis tomar un barco que os lleve directamente hasta la costa de Cornualles. La vía terrestre es demasiado peligrosa en estos días.

A Lance le costó trabajo contenerse mientras Pelinor hablaba. Le ardían las mejillas, y una rabia sorda le quemaba por dentro. ¿Qué pretendía Gwenn avergonzándole delante de algunos de los hombres más poderosos de Britannia?

—Con vuestro permiso, Excelencia —se atrevió a decir—. Una escolta numerosa es una mala idea, porque llamaría demasiado la atención, y eso es lo último que necesita la princesa. Si lo deseáis, aceptaré a tres o cuatro hombres que nos acompañen, pero tendrán que ser rastreadores profesionales que sepan pasar inadvertidos.

Gwenn se encaró con él, fulminándolo con la mirada.

—Os agradecemos vuestra opinión, sir Lance, pero esto no es algo que podáis decidir vos. La decisión es mía, y yo quiero aceptar la oferta de sir Pelinor.

—Pues yo creo que deberías escuchar a este caballero, prima —dijo Gawain—. Mejor dicho, Alteza, Lance tiene razón, no conviene que os hagáis notar demasiado por esos caminos. Los sajones tienen espías por todas partes, vos lo sabéis muy bien, padre, y vos también, sir Pelinor. Un destacamento de hombres armados alrededor de una mujer suscitara mucha curiosidad y muchas preguntas. Y además, estamos a punto de entrar en batalla, y cada hombre cuenta. Cuantos menos perdamos en otras «misiones», mejor.

—Vaya, Gawain, eso no es muy considerado por tu parte —observó Gwenn sin ocultar su enfado—. Francamente, creía que te preocuparía más la seguridad de tu prima.

—Y le preocupa —aseguró Lot con viveza—. Os aseguro que si ha hablado así, es porque piensa que es lo mejor para vos, Alteza. Y además, está bien claro adónde quiere ir

a parar: se está ofreciendo para liderar ese pequeño grupo que debe acompañaros, ¿no es así, hijo mío?

Gawain lo miró asombrado.

—No puedo prescindir de uno de mis mejores comandantes en vísperas de una batalla —dijo Pelinor con firmeza—. Lo siento, sir Lot, pero necesito a vuestro hijo aquí, conmigo.

—Mi hijo no es vuestro vasallo, sir Pelinor, y hará lo que su padre decida. Acompañarás a tu prima a la corte, Gawain, y la reina Igraine te quedará eternamente agradecida por ello.

—Quedará más agradecida si ganamos a los sajones, padre. Con vuestro permiso, yo deseo quedarme. En cualquier otro momento me sentiría muy honrado aceptando esta misión, pero no ahora, cuando estamos a punto de entrar en combate.

—No me has entendido, Gawain. —Lot desplegó una forzada sonrisa en su rostro grasiento—. Te estoy dando una orden. Elige a veinte de tus mejores hombres y prepárate para acompañar a Gwenn hasta Glevum. Encuéntrale un barco que esté dispuesto a llevarla a Cornualles, y una vez que la princesa esté embarcada, puedes volverte a Aquae Sulis, si quieres. Quién sabe, si te das prisa, quizá regreses a tiempo de participar en esa batalla con los sajones y de salvarnos a todos el pescuezo. Porque eso es lo que crees, ¿no? Que todo el ejército del poderoso reino de Britannia no bastará para derrotar a Aellas si no participas tú.

Capítulo 13

—Lance... Sois sir Lance, ¿no es cierto? Levantaos, pronto, Gawain nos está esperando. Quiere conoceros mejor.

Lance se incorporó bruscamente y, por instinto, llevó la mano derecha al puñal que había escondido bajo la almohada. El joven que lo había despertado miró el arma sorprendido, pero no asustado.

—Siempre alerta, por lo que veo —dijo—. Mejor así. No estamos hechos para la tranquilidad de los palacios, ¿verdad? Por fortuna, no durará mucho. Ya estoy deseando que llegue el día de la batalla. Esos malditos sajones no saben lo que les espera.

—Perdonadme, pero ¿quién sois? Por vuestro modo de hablar, deduzco que un caballero.

—Soy Yvain, hijo de Uriens. Disculpad que no os haya dicho mi nombre, aquí todo el mundo me conoce. Pero, claro, vos no sois de aquí.

Lance asintió. El nombre de Yvain no le resultaba desconocido. Al igual que Gawain, era uno de esos jóvenes cortesanos cuyas idas y venidas se convertían en fuente inagotable de rumores que se iban propagando de aldea en aldea y de castillo en castillo. Cualquier cosa que hiciese parecía despertar el interés de la gente: participar en un torneo, salir de caza o bailar con una de las doncellas de la reina en una fiesta cortesana. Tenía fama de galante con las mujeres y de ser muy hábil con la espada.

—¿Os envía Gawain? —preguntó Lance—. Ciertamente no busca mensajeros insignificantes.

Los ojos castaños de Yvain refulgieron con un brillo travieso.

—En realidad, me he ofrecido yo a venir —confesó medio riendo—. Quería tener un momento a solas con vos para preguntaros una cosa. Me han dicho que llegasteis hasta Aquae Sulis atravesando el bosque de Broceliande. ¿Es cierto?

—Lo es.

—Entonces tuvisteis que verla. A Laudine, la Señora de la fuente. ¿La visteis? No se parece a ninguna otra mujer que yo conozca. Tan frágil en apariencia, y tan poderosa. Yo la vi combatir a espada una vez, en un duelo. Se enfrentó con mi primo, Calogrenant y lo derrotó. Él me exigió que no interviniese, y que lo aguardase escondido entre unos arbustos. Ojalá no le hubiese hecho caso. Me habría gustado luchar con ella.

—¿Os habría gustado derrotarla? —preguntó Lance mientras, sentado en la cama, se calzaba sus botas.

Yvain se quedó pensando.

—Sí, pero solo para mostrarle mi generosidad perdonándole la vida.

—¿Y si ella os hubiese vencido a vos?

—Habría sido la muerte más dulce que un caballero pudiese desear.

Lance meneó la cabeza, perplejo.

—Estáis loco —dijo—. La muerte nunca es dulce. Es sombría, y amarga y, sobre todo, irreversible.

Yvain se encogió de hombros y sacudió hacia atrás sus largos cabellos castaños.

—¿Creéis que no he visto nunca de cerca el rostro de la muerte? Cada vez que he entrado en batalla lo he mirado de frente. Y no me asusta. En cuanto a Laudine, no habéis contestado a mi pregunta. ¿La visteis?

—El bosque de Broceliande es inmenso. Habría sido mucha casualidad que nos topásemos con ella —contestó Lance, evasivo.

Yvain lo miró con fijeza durante unos instantes.

—Si mentís, lo hacéis bien —dijo finalmente—. Y esa es una destreza muy útil para un caballero, si bien no de las más honorables. No me miréis así, no he afirmado que mintáis; era solo una hipótesis. Vamos, venid conmigo. Mi amigo Gawain arde en deseos de cruzar su espada con la vuestra.

—¿Cruzar nuestras espadas? No entiendo.

—Somos caballeros, sir Lance. ¿Qué mejor forma de conocernos que a través de la espada? Creedme, Gawain no le brinda a cualquiera la oportunidad de medirse con él. Deberíais considerarlo un honor.

Lance arqueó levemente las cejas, pero no dijo nada. Luchar por luchar era algo que le desagradaba profundamente. Solo los cortesanos, que no habían visto ni verían jamás el horror de la guerra desde el punto de vista de los que están indefensos, podían frivolar de esa manera con el combate y la muerte. Ni estimaban la vida de sus adversarios ni la suya propia, quizá porque nadie dependía de esa vida para seguir adelante. Pero Lance sí tenía una vida a su cargo, al menos hasta llegar a Tintagel. La de Gwenn. Y no iba a exponerse por capricho mientras ella estuviese bajo su protección, eso lo tenía muy claro.

Gawain estaba esperándolo en el patio de armas en medio de un grupo de jóvenes de su séquito. La claridad violeta del amanecer era todavía muy tenue y dejaba la mayor parte de los rostros sumidos en la sombra. Muchos de los compañeros de Gawain tenían copas de plata en las manos, y uno de ellos, un muchacho rubio vestido de terciopelo, se apresuró a ofrecerle una también a él. Acto seguido, inclinó sobre la copa una jarra de cerámica decorada con espirales verdes y se la llenó de vino caliente y especiado.

Gawain, que lo observaba, se acercó a saludarlo con una sonrisa.

—Por el caballero sin patria ni linaje —dijo, alzando su copa ante Lance y bebiendo después un largo trago—. Parece que, me guste o no, voy a tener que compartir varias jornadas de viaje con vos. Antes, delante de sir Pelinor y de mi padre, os mostrasteis muy persuasivo.

—Me limité a dar mi opinión —contestó Lance, sosteniéndole la mirada—. Si mis argumentos convencieron a vuestro padre, tal vez fue porque eran acertados.

Gawain se volvió hacia el grupo de jóvenes cortesanos que lo acompañaban.

—¿Habéis visto? —preguntó—. Os dije que tenía valor. No todo el mundo se atrevería a contestar de ese modo al hijo de un rey. Pero él es sir Lance, el caballero sin linaje ni patria. Dadle una de mis espadas, Berk, o mejor, dadle a escoger —añadió, buscando con la mirada a su escudero—. Veremos si sois tan persuasivo con las armas como con la lengua.

Lance apuró de un trago el vino dulce y caliente de la copa y se la tendió al paje.

—Cualquier espada me sirve —contestó—. Terminemos cuanto antes con esto.

—¡Vaya! ¿Estáis demasiado ocupado para dedicar a la elección de vuestra espada el tiempo y la reflexión que se merece? —preguntó Gawain—. En ese caso no os preocupéis,

os ahorraré tiempo venciendoos cuanto antes. Había pensado alargar un poco el duelo para divertir a estos caballeros que me acompañan, pero quizá sea mejor que nos demos prisa con esto y que vayamos después a buscar la diversión en otra parte.

Un coro de risas acogió aquella última sugerencia, pero Yvain intentó acallarlas.

—Señores, tened un poco de compostura; hay damas mirando —advirtió.

Lance siguió la dirección de algunas miradas hasta una ventana en forma de arco apuntado que se abría en el muro norte del patio. Al distinguir en ella la silueta a contraluz de una mujer, el corazón le dio un vuelco; durante unos segundos creyó que se trataba de Gwenn. Sin embargo, ella, que debía de haber oído las palabras de Yvain, se inclinó sobre al alféizar y saludó delicadamente con la mano. No era Gwenn, sino una muchacha de tez muy blanca y largos cabellos oscuros que le caían en ondas hasta la cintura.

Cuando devolvió su atención a Gawain, este ya se encontraba en posición de ataque, con una espada en la mano.

Lance tomó la espada que le ofreció el escudero de Gawain y se situó frente a él. Su irritación crecía por momentos. Estaba amaneciendo; les esperaba una larga jornada de ruta. ¿Por qué debía perder tiempo y energías con los juegos de aquella pandilla de nobles desocupados? Tendría que demostrarle al hijo de Lot que no era un enemigo fácil de batir; quizá con eso se diese por satisfecho, y, si hacía falta, estaba dispuesto a humillarle delante de todos sus hombres. Después de todo, la idea del duelo había sido de él. Quería burlarse, demostrar su superioridad. Cuanto antes le demostrase que no iba a conseguirlo, mejor.

Se hizo un silencio absoluto a su alrededor, señal de que el duelo había comenzado. A lo lejos se oían los trinos de un pájaro madrugador. Lance podía sentir sobre él la mirada expectante de la joven de la ventana. Decidió atacar el primero.

Gawain le adivinó la atención y desvió el golpe sin esfuerzo. Cruzaron las espadas cuatro veces más en una rápida sucesión de ataques. El hijo de Lot era rápido, preciso, elegante en sus movimientos. No iba a resultar fácil vencerle.

Lo más desconcertante era su concentración. Hablaba a veces, se dirigía a sus amigos, bromeaba, pero sus ojos permanecían atentos a cada movimiento de su oponente como los de un tigre al acecho. Y era bueno interpretando las intenciones: adivinaba cada movimiento de Lance antes de que este lo ejecutara, se anticipaba siempre. En cambio, prever sus respuestas resultaba prácticamente imposible, porque variaba los golpes casi de continuo. Su pericia técnica era muy superior a la de Lance; algunos de sus lances parecían de manual, y los ejecutaba con una facilidad pasmosa, como si los tuviese ensayados.

Tras los primeros compases, el duelo adquirió un ritmo casi hipnótico en el que se entrelazaban los intercambios rápidos de golpes con largas pausas salpicadas de amagos de un lado y del otro. Cuanto más se esforzaba Lance en alcanzar a su oponente, más lejos parecía de conseguirlo. Gawain se deslizaba a su alrededor, lo esperaba, cruzaba la espada en el momento justo, retiraba el cuerpo en el último instante antes de lanzar su propio ataque. Parecía un bailarín ejecutando una coreografía que se sabía de memoria, y eso que Lance intentaba todo el tiempo obligarle a improvisar. Era bueno y estaba decidido a lucirse.

Ese exhibicionismo podía ser, quizá, su punto débil.

Se sabía mucho mejor que su adversario en el aspecto técnico, y si Lance se esforzaba en ponerse a su altura, saldría perdiendo en cada ataque. Como mucho lograría plantarle cara, defenderse y alargar el combate. Pero vencerle, no; así iba a resultar imposible.

Tenía que intentar otra cosa: defraudar sus expectativas, ponerle nervioso. Si le

hacía creer que su superioridad era aún mayor de lo que él suponía, si empezaba a defenderse con la tosquedad de un muchacho del pueblo llano que apenas comienza a instruirse en el oficio de las armas, Gawain se impacientaría, perdería su aplomo. Necesitaba un rival a su altura para dar ante los demás el espectáculo que buscaba, y si no lo tenía, intentaría cualquier cosa para brillar. Se arriesgaría.

Lance puso en práctica su estrategia poco a poco, para que el cambio en su estilo de combate no resultase demasiado brusco. Fingió que iba perdiendo fuelle, que se desconcentraba y le fallaba la técnica. A Gawain no pareció extrañarle; al contrario, era lo que esperaba.

Así que este empezó a alargar los intercambios de golpes, a complicar sus movimientos. Algunos de sus ataques resultaban casi acrobáticos. Ese aumento de la complejidad le exigía mayor energía. Ya no pensaba en defenderse, solo en deslumbrar.

Eso era lo que Lance había estado esperando. Al término de uno de aquellos floridos ataques, devolvió el golpe: un golpe tan certero y preciso como cualquiera de los que habría podido lanzarle su oponente.

Gawain no estaba preparado. Esquivó la espada por la mínima, con un movimiento torpe que le hizo perder el equilibrio y caer al suelo.

Un instante después, tenía la punta del arma de Lance sobre su cuello.

Gawain miró a su adversario desde aquella deslucida posición. Sus ojos no brillaban de miedo, sino de diversión y quizá, también, de admiración contenida.

—Bravo —dijo—. Habéis ganado merecidamente este combate, y yo soy un patán estúpido por haberme dejado engañar de esta manera. Sir Lance sin linaje ni patria, tenéis mi vida en vuestras manos. Podéis matarme aquí mismo o podéis aceptar mi amistad y tener en mí un aliado para el resto de vuestra existencia. ¿Qué elegís?

Lance también sonrió.

—Lo segundo.

Tendió la mano a Gawain, que se aferró a él para ponerse en pie. Yvain se les acercó con dos copas de vino humeante, una en cada mano.

—Espléndido combate. Tenemos que repetirlo cuando volváis de Tintagel. O mejor aún, sir Lance, os mediréis conmigo. No soy peor que Gawain, aunque tampoco puedo presumir de superarle.

Gawain y Lance tomaron las copas en la mano y las alzaron, saludándose mutuamente.

—Me habéis vencido en buena lid, sir Lance. Brindo por ello.

—Me temo que no soy tan hábil como para ganaros. Sir Gawain es el único que puede vencer a sir Gawain, a juzgar por lo que he visto, y así ha ocurrido en este caso.

Gawain asintió, serio.

—Tenéis razón —dijo—. El orgullo es la maldición de mi linaje. Pero algún día ganaré también esa batalla, os lo garantizo.

Antes de beber, Gawain se volvió hacia la ventana del muro norte, donde la dama del cabello oscuro seguía observándolos, y levantó hacia ella la copa.

Lance, por cortesía, imitó su gesto.

—¿Quién es? —le preguntó a su nuevo amigo.

—Es Elaine, la sobrina de Pelinor. Y os aconsejo que os mantengáis alejado de ella, porque es de esas mujeres lo bastante hermosas como para poner en peligro la integridad de un hombre y su sentido común.

Capítulo 14

—¿Lance y Gawain se han batido? No puede ser.

Gwenn miró incrédula a la muchacha que Pelinor había puesto a su servicio como doncella personal mientras durase su estancia en Aquae Sulis. Tenía un rostro pecoso y levemente rollizo que parecía hecho para sonreír, pero en ese momento se la veía más bien asustada.

—Alteza, perdonadme —contestó, ejecutando una torpe reverencia—. Vos me habéis preguntado.

—Es que esto no tiene ningún sentido. Llevo toda la mañana esperando a que me comuniquen el plan de ruta. Suponía que estaban haciendo preparativos, buscando monturas y hombres adecuados para la misión. ¿Y ahora vienes y me dices que han estado luchando entre ellos? ¿Quién ganó, por cierto?

—Vuestro hombre, Alteza. Dicen que derribó a sir Gawain y que habría podido matarlo si hubiese querido. No se habla de otra cosa por aquí. Luego se fueron todos al barrio de la Muralla, donde están, ya sabéis, los burdeles y las tabernas.

Gwenn notó que las mejillas se le encendían, y se alegró secretamente de que su conexión a Britannia corrigiese el rubor de manera automática. ¿Por qué le estremecía que aquella chica se refiriese a Lance como «su hombre»? Era absurdo.

Se recordó a sí misma que debía estar furiosa con él, y no solo por lo que la doncella le estaba contando.

—¿Por qué nadie me ha avisado antes de esto? Esperaba las instrucciones de sir Pelinor. Llevo aguardándolas todo el día.

—Alteza, yo no sé nada. Solo que sir Pelinor os invita a reuniros con él y con su hijo en el salón de recepciones, donde os están esperando para comer. Si queréis que os ayude a vestiros...

La muchacha se interrumpió al notar que el vestido de la princesa se transformaba. La fina lana verde se volvió más sedosa y brillante, y una lluvia de delicadas perlas cubrió las mangas y el escote. Gwenn sonrió ante la expresión maravillada de la chica. ¡Cuánto se habría enfadado Nimúe con ella si hubiese visto lo que acababa de hacer! Pero Nimúe no estaba allí para regañarla. No volvería a estar nunca.

—Estoy vestida —anunció con voz serena—. Guíame hasta Pelinor, te lo ruego. Espero que él me aclare cuándo va a estar preparada la escolta. Quiero partir hacia Tintagel lo antes posible.

La muchacha asintió sin decir palabra. No volvió a abrir la boca durante todo el recorrido hasta el salón de recepciones del dux. Avanzaba con pasos cortos y presurosos sin volverse a mirar si Gwenn era o no capaz de seguirla. Era como si la transformación que se había operado en su vestido la hubiese dejado muda.

Un fuego alto y alegre ardía en la chimenea del salón, tan grande que hasta el más

alto de los caballeros de la corte habría podido meterse en ella sin inclinar la cabeza. Sir Pelinor se encontraba sentado a la mesa junto con otras damas y caballeros que Gwenn no había visto antes. El dux no se levantó para recibirla; ni siquiera soltó la pata de cordero que estaba devorando, pero la acogió con una cálida sonrisa.

—Llegáis a tiempo para probar esta delicia, Alteza —dijo, sin dejar de masticar, y con un gesto le indicó a Gwenn un asiento vacío a su derecha—. Los he hecho matar en vuestro honor esta misma mañana. Ya que vais a permanecer poco tiempo entre nosotros, quiero que al menos os sintáis agasajada como es debido.

Cuando Gwenn fue a sentarse, la mujer que ocupaba el asiento situado a la izquierda de Pelinor se levantó un instante para saludarla con una reverencia perfectamente ejecutada. El caballero que se sentaba a su lado imitó su gesto, que pronto se extendió al resto de ocupantes de la mesa.

Pelinor los miraba a todos perplejo. Era evidente que ni siquiera se le había ocurrido que aquella muestra de respeto cortesano fuese necesaria.

Gwenn sonrió a la muchacha que tenía enfrente y ella le devolvió la sonrisa. Tenía una piel bellísima, clara y fina como la porcelana, sin la más mínima imperfección. Sus ojos, tan oscuros como los brillantes cabellos que le caían en ondas sobre los hombros, parecían acariciar cuanto tenían delante con su aterciopelada calidez.

—¿Quién sois? —preguntó.

—Es Elaine, mi sobrina —contestó Pelinor, anticipándose a la muchacha—. Y el caballero que se sienta a vuestro lado es mi querido hijo Lamorak, que algún día heredará mis títulos. En cuanto a los demás... Ahí tenéis a sir Walder, sir Iraon y sir Hendrack. Y ellas son Beatrix y Fiorina, las damas de Elaine.

—Se os ha olvidado presentarme a mí —dijo el joven que se sentaba junto a Elaine con una sonrisa—. Alteza, soy Arturo, hijo de sir Héctor. Supongo que no habréis oído hablar de mí.

Gwenn lo miró extrañada.

—Sir Héctor —repitió—. Por supuesto, lo conozco de la corte, y conozco a su hijo Kay. Pero vos no sois Kay.

—Soy su hermano menor. Me he criado desde niño lejos de la corte, por eso no nos habíamos visto hasta hoy. Pero yo estaba deseando que llegase este momento, Alteza.

Gwenn no pudo evitar devolverle la sonrisa. En los ambientes cortesanos no era habitual encontrar a alguien capaz de expresarse delante de una princesa con tanta naturalidad. Cortesía sin afectación. Una combinación más que rara, en Tintagel y en todas partes.

—Me alegro de conoceros, Arturo. ¿Lleváis mucho tiempo con sir Pelinor?

—No mucho. Desde que regresé de Bizancio, a finales del otoño. Sir Pelinor ha tenido la bondad de acogerme en su casa y de aceptarme como uno de sus caballeros.

—No es bondad, sino puro interés —manifestó el dux alzando su copa en la dirección del muchacho—. Arturo nos entretiene mucho con el relato de sus viajes y aventuras por todas las regiones del Imperio. A pesar de su juventud, ha visto más mundo del que veremos entre todos los que ahora nos sentamos a esta mesa. Es mejor que un bardo. Hasta a Lamorak le divierte escucharle, aunque finja indiferencia.

—También me divierten los bufones y no por eso los siento a mi mesa —dijo el aludido sin mirar a Arturo.

Era una respuesta ofensiva, pero Arturo ni siquiera se inmutó.

—Sobrestimáis mis cualidades, Lamorak —dijo mirando al hijo de Pelinor con una

tranquilidad que rozaba la insolencia—. Ya quisiera yo saber entretener con mis historias como sé hacerlo con la espada. Lástima que nunca me hayáis permitido mostraros esa faceta mía. Nada me gustaría más que demostraros lo superior que puedo ser a un bufón en algunos aspectos.

Se hizo un silencio sepulcral en la mesa durante unos segundos hasta que Pelinor lo rompió con una carcajada.

—Siempre tan ocurrente —dijo cuando por fin logró dominarse—. Y lo mejor es que dice la verdad Lamorak, apostaré por ti las tres esmeraldas que me correspondieron en el saqueo del palacio de Vortigern el día que aceptes el desafío de Arturo.

—Lo aceptaré el día que sea armado caballero —replicó Lamorak con la voz destemplada de alguien que solo a duras penas consigue reprimir su ira—. Y para eso me temo que falta mucho todavía.

—No tanto, no tanto. Si no estuviésemos en medio de esta guerra contra los sajones, ya habríamos puesto remedio a ese pequeño problema. —Pelinor miró hacia Arturo con una amplia sonrisa—. Anda, hijo, sigue con lo que estabas contándonos cuando llegó la princesa. Decías que esos guerreros de la frontera oriental del Imperio son los más feroces que has conocido. ¿Más que los sajones?

—Más, sir Pelinor. Los khanes del Danubio parecen nacidos para la guerra. Siempre combaten a caballo, y cuando atacan rompen al galope las filas del enemigo. Después, una vez que ya lo han sobrepasado, disparan hacia atrás con sus pequeños arcos de hueso. Están tan unidos a sus caballos, que pueden dormir sobre ellos sin caerse. Y no solo los hombres, las mujeres también lo hacen. Van todos juntos a la batalla: hombres, mujeres y niños. Familias enteras.

Gwenn escuchaba fascinada al hijo de sir Héctor. ¿Cómo era posible que nunca antes hubiese oído hablar de él? No era un joven corriente, saltaba a la vista. Lo normal habría sido que su padre presumiese de él ante la corte. Y sin embargo, siempre hablaba de su primogénito, de Kay. Ni una sola vez en toda su vida le había oído mencionar a Arturo.

—¿Vos habéis visto todo eso que contáis? —preguntó sin disimular su admiración—. ¿Es cierto?

Arturo le sonrió.

—Tan cierto como que ahora mismo nos encontramos en Aquae Sulis. Y aún podría contaros más cosas sobre ellos. Por ejemplo, que desfiguran sus rostros con cicatrices que se hacen a propósito para aterrorizar a sus enemigos.

—Y lo de las tiendas de sus reyes —observó Pelinor—. Se sostienen sobre colmillos de elefantes. Cuéntaselo, hijo. O mejor, cuéntale lo de ese puente de barcas que atraviesa el mar en Bizancio.

—¿Por qué no le contáis a la princesa lo de ese templo con la cúpula de oro que visteis en Roma? —sugirió Elaine—. El otro día, cuando nos lo describisteis, casi me parecía estar viéndolo.

—Y lo de esa biblioteca donde se guarda toda la sabiduría de la Tierra, en una ciudad junto al mar —apuntó la dama que respondía al nombre de Beatrix con timidez—. Y esos jardines que bajaban en forma de terrazas hasta una playa blanca.

—Yo prefiero la historia de la montaña que escupía fuego —dijo la otra dama, Fiorina—. Lo de los ríos de piedra ardiente que devoraban el bosque y la lluvia de ceniza negra sobre la ciudad.

Los ojos de Gwenn se encontraron con los de Arturo.

—Son tantas historias que no va a dar tiempo a que me las contéis todas hoy —dijo

con una sonrisa—. Pero no importa, así tendré una excusa para veros cuando vayáis a Tintagel a visitar a vuestro padre.

—Arturo no puede ir a Tintagel —saltó Lamorak—. ¿No lo sabíais? Vuestra madre, Alteza, lo desterró el mismo día que llegó al trono.

Gwenn se volvió hacia Lamorak, desconcertada.

—De eso hace quince años —dijo—. Arturo era un niño. ¿Por qué iba mi madre a desterrar a un niño? ¡Qué disparate!

Pensó que los demás se echarían a reír, pero nadie lo hizo. De nuevo se abatió un silencio de hielo sobre la mesa, y esta vez incluso sir Pelinor parecía haber quedado atrapado en él.

Únicamente Arturo seguía sonriendo.

—Sir Lamorak dice la verdad, pero no está al corriente de las últimas noticias —explicó en tono sereno—. Ni siquiera he tenido tiempo de comunicároslas a vos, sir Pelinor, pero este es un momento inmejorable para hacerlo. La reina ha revocado su orden de destierro, y cuando lo desee puedo volver a Tintagel. Estoy deseando abrazar a mi padre y a mi hermano, hace años que no los veo. Así que, si me lo permitís, me uniré a la comitiva de la princesa y la acompañaré a la corte como un miembro más de su escolta. ¡Estoy seguro de que podré seros de utilidad durante el viaje, Alteza, a vos y a mi amigo Gawain!

Capítulo 15

Arturo extrajo una gema verde de su bolsa y la echó, pensativo, en el cuenco de vino humeante que su criado Dimas acababa de servirle. Llevaba casi veinticuatro horas sin hacer ninguna libación ritual, y necesitaba renovar su conexión a Britannia cuanto antes. Sin el poder transformador del velo, aquella habitación que ocupaba en la posada del Ciervo Blanco se veía tan lúgubre como realmente era: la pared de ladrillo rezumaba humedad, y las sábanas de su cama, que no habían sido cambiadas desde su llegada a Aquae Sulis, tenían un color ceniciento que no invitaba precisamente al descanso.

Aun así, Arturo se tumbó sobre ellas en cuanto terminó de beber y cerró los ojos. Quería aguardar tranquilo a que la gema hiciese efecto en su organismo.

Esperaba oír los pasos de Dimas al retirarse, y fue su silencio lo que le hizo abrir los ojos de nuevo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó—. ¿Por qué sigues aquí?

—Mientras estabais con sir Pelinor vino a buscaros un mensajero de parte del alquimista que tiene su taller junto a la puerta de Jano. Dijo que fuerais a verle, que tenía una carta de Londres para vos.

—¿Para mí?

Arturo recordó su conversación con el vendedor de amuletos el día anterior en la plaza del mercado. Si había enviado a buscarle, tenía que ser porque el mensaje que le había hecho llegar a Merlín había obtenido respuesta.

—Dame mi capa, pronto —dijo, mientras él mismo se calzaba las botas que solo un momento antes se había quitado—. Y prepárate para venir conmigo. No, espera. Será mejor que vaya solo; los alquimistas suelen ser desconfiados, no le gustará que aparezca con alguien más.

—Pero, mi señor, esa parte de la ciudad no es segura a estas horas. Ya ha oscurecido.

—Precisamente por eso será mejor que no vengas conmigo. Un hombre acompañado de su criado puede parecer más rico de lo que realmente es; podrían asaltarnos. Si voy solo, llamaré menos la atención.

El viejo Dimas lo miró con aire burlón.

—Es el argumento menos convincente que he oído nunca —dijo—. Pero si habéis decidido ir solo, bien sé que no voy a ser capaz de haceros cambiar de opinión. Prometedme que tendréis cuidado.

Arturo miró un instante al techo, impaciente.

—Lo prometo —dijo—. De todas formas no voy a ir desarmado.

Dimas lo acompañó hasta la puerta del patio trasero de la posada y le ayudó a levantar la ancha barra de hierro que la mantenía cerrada. Oyó cómo la barra volvía a encajarse en su sitio con un chirrido mientras él se alejaba bajo la lluvia fina que había

comenzado a caer sobre el empedrado.

Durante un rato caminó por calles desiertas y oscuras, escuchando las voces incomprensibles que le llegaban a través de las puertas y ventanas de las viviendas. El humo que salía por las chimeneas olía a guiso de col y a cerdo cocinado en su propia grasa. Al otro lado del río se veía alguna antorcha aislada sobre la línea de la muralla, y más allá la silueta negra y agreste de las colinas.

Le habían dicho que Aquae Sulis era una ciudad alegre en los días del verano, pero desde su llegada no había hecho más que llover, y el sol nunca brillaba con el resplandor suficiente como para abrirse paso entre las nubes. A veces se acordaba con nostalgia de los puertos meridionales, donde la gente hacía su vida en la calle y hasta de noche podías encontrar puestos de dulces y de pescado frito o músicos pidiendo unas monedas a cambio de su arte en cualquier esquina. Allí no hacía falta el velo de Britannia para devolver el brillo a la realidad. Todo era tan salvaje y primitivo como si el Mundo Antiguo jamás hubiese existido. Los colores y los olores tenían la intensidad del sur, donde el calor parece querer arrancarles a los objetos y a los seres el orden interno que los mantiene enteros y devolverlos a la corrupción original. En Britannia no existía nada así. No existiría nunca.

Identificó la casa del alquimista por la manzana mordida que alguien había grabado toscamente sobre la puerta. No había llamador, así que golpeó la madera con los nudillos.

Oyó pasos apresurados en el interior de la vieja construcción pegada a la muralla y también otros pasos más alejados, recios.

Eso le puso en guardia.

No esperaba que le abriese una mujer. Era raro encontrar mujeres entre los alquimistas.

Se trataba de una joven de aspecto enfermizo, con el cabello del color de la paja y ojos de un azul tan claro que apenas destacaba sobre el blanco que rodeaba al iris.

—Me dijeron que teníais algo para mí —dijo él a modo de presentación.

Ella asintió y se apartó para dejarle pasar. Al hacerlo bajó la cabeza, evitando su mirada.

Fue entonces cuando vio la silueta de un hombre en el interior, aguardando muy quieto a que entrase. ¿Era una trampa?

Se llevó una mano a la espada y dio un par de pasos hacia atrás. Pensó en echar a correr, pero no quería irse de allí sin saber quién era aquel tipo y por qué lo acechaba. Así que, en lugar de huir, esperó a que el otro se abalanzase sobre él y, cuando le atacó, detuvo el golpe con su espada.

El arma que blandía su atacante era un cuchillo de acero antiguo, más propia de un bandido que de un guerrero.

Se trataba de un hombre enjuto de barba morena y descuidada. En su rostro, el rasgo más sobresaliente eran sus pómulos, inusualmente marcados, como los de algunos pobladores de las estepas orientales.

Pero aquel tipo no venía de tan lejos. El peto de cuero ennegrecido con adornos de hueso era de los que habitualmente utilizaban los sajones.

Antes de que Arturo tuviese tiempo de pensar un plan de ataque, vio que otro hombre emergía de la oscuridad de la vivienda y empujaba a la chica que le había abierto la puerta para salir al callejón y ayudar a su compañero. Era más joven que el primero, y también más alto. Llevaba un cuchillo en la mano izquierda y una espada en la derecha.

El primer hombre se situó detrás de él mientras el segundo lo atacaba por delante. Arturo le bastó cruzar un par de lances para darse cuenta de que no lo iba a tener fácil. El

tipo sabía lo que se hacía. Y el otro seguía a su espalda, aguardando el momento.

No iba a poder con los dos. Si quería tener alguna oportunidad, necesitaba distraerlos.

Se giró un poco para tener a la vista a sus dos atacantes. Al menos sabría de dónde le venían las embestidas en cada momento.

—¿Sajones o britanos? —preguntó, sin dejar de esquivar golpes y lanzar otros—. Britanos, ¿verdad? Mercenarios de Aellas. ¿Y os habéis tomado la molestia de infiltraros en la ciudad para atacar a alguien tan poco importante como yo?

—No intentes jugar —dijo el hombre de más edad—. ¿Crees que somos idiotas? Eres Arturo, el hijo de Uther. El heredero de Britannia.

—Estás mal informado. La heredera del trono es la princesa Gwenn, no yo.

—Eso no es lo que cree el pueblo. Ni vuestros soldados.

—Soy hijo de sir Héctor, el senescal de la reina. No de Uther.

—Claro, seguro. Por eso te desterró la reina. No deberías haber vuelto. Aellas quiere tu cabeza, y se la vamos a llevar.

—¡Cedric!

El más joven de los espías estaba mirando a algún punto detrás de Arturo. El otro siguió la dirección de su mirada.

Arturo comprendió que había aparecido alguien más en el callejón, aunque no podía permitirse el lujo de volverse a ver quién era.

Sin embargo, no tardó en oír su voz.

—Apartaos de él. Dejadle en paz.

Sorprendentemente, el que respondía al nombre de Cedric le hizo caso. Olvidándose de Arturo, centró toda su atención en el recién llegado.

—¿Tú? ¿Qué haces aquí? ¡Te dábamos por muerto!

Arturo pudo mirar por fin hacia el desconocido que intentaba ayudarlo. A pesar de que la mortecina luz de la casa del alquimista apenas iluminaba el callejón, pudo distinguir sin dificultad al joven que había visto la mañana anterior en compañía de la princesa.

El otro hombre también pareció reconocerlo. En su rostro se dibujó una sonrisa incrédula.

—¿Eres tú, Lance? Vamos, ayúdanos. Aellas nos ha prometido un caballo y una espada a cada uno si le llevamos su cabeza.

—No está con nosotros, idiota —dijo su compañero—. ¿Es que no lo ves?

El otro lo miró, desconcertado. Un momento de distracción así era lo que Arturo había estado esperando.

Todas sus fuerzas se concentraron en el brazo que empuñaba la espada. Desde arriba, la descargó de lado sobre el cuello del hombre más joven.

Era una buena espada. Atravesó limpiamente el espacio entre dos vértebras, y la cabeza del tipo cayó pesadamente al suelo.

El cuerpo tardó un instante más en derrumbarse.

Oyó un gemido ahogado a su izquierda. Cuando miró, vio que Lance había aprovechado el momento para lanzar su propio ataque. El tal Cedric había caído al suelo de rodillas, todavía con la espada de su adversario clavada en el vientre.

Cuando Lance se la arrancó, arrastró con ella una masa ensangrentada de vísceras. El tipo aún estaba vivo, y dejó escapar un quejido de dolor.

Lance se inclinó sobre él, y rebuscó bajo su peto negro hasta extraer una bolsa de terciopelo desgastado.

—¿Qué es eso? —preguntó Arturo.

—Gemas de contrabando. Así se conectan los sajones a Britannia. Pediré a un alquimista que estudie sus poderes. Nos vendrá bien saber qué parte del velo pueden atravesar y cuál no. ¿Tienes dinero?

—Encima solo llevo unos cuantos ducados. ¿Por qué?

—Hay que pagar a alguien para que los haga desaparecer —dijo Lance, y sus ojos se clavaron en la muchacha aterrada que había contemplado la escena desde el umbral del taller del alquimista—. Consíguenos tres o cuatro hombres discretos —le pidió—. Te pagaremos bien.

—Espera. —Arturo le hizo un gesto a la chica, que no se había movido de su sitio—. ¿Por qué no avisamos a las gentes de Pelinor? Y si no a Gawain, es un buen amigo. Tú estabas con él y con Yvain hasta hace un rato, ¿no? Pelinor dijo que te habías ido con ellos.

—Gawain ha bebido mucho, no está en condiciones de echar una mano. Y además, es mejor que nadie sepa esto. No solo por mí, también por ti.

Arturo intentó sondear su rostro en la penumbra del callejón.

—Te conocían —dijo—. Te tomaron por uno de los suyos.

Le pareció que Lance le sostenía la mirada desde las sombras.

—Se equivocaron.

—¿Por qué debería creerte?

—Porque tú estás vivo y ellos no.

Era un argumento convincente. Arturo se desató del cinturón su bolsa de monedas y se la arrojó a la chica, que la atrapó al vuelo.

—Haz lo que te ha dicho, y no le cuentes a nadie lo que has visto aquí. Te pagaremos bien tu silencio.

Ella asintió y echó a andar hacia la izquierda del callejón con los ojos clavados en el suelo.

—Espera. —Arturo corrió tras ella para darle alcance—. Esa carta de la que hablaba el mensaje, la carta de Londres. ¿Ha llegado de verdad?

La muchacha se detuvo y sacó algo de entre los pliegues de su saya. Se lo tendió a Arturo.

Era un pergamino de agua como el que había utilizado el día anterior en el mercado. Y tenía algo escrito.

—Mi padre dijo que os lo podéis quedar. Y que este servicio ya se lo han pagado, no tenéis que darle nada. También dijo que erais un peligro para nuestra casa, y que no quería volver a veros por aquí.

Recordó las instrucciones que le había dado Merlín. En los tiempos antiguos, cualquier cosa que escribías en un pergamino de agua quedaba grabada en el alma del pergamino para siempre. La única forma de borrarla era destruyéndolo.

Con desagrado, hizo lo que tenía que hacer: rasgó el material tirando de él en direcciones opuestas con cada mano.

Ya no había peligro de que la información trascendiera.

Capítulo 16

Lance se despertó temblando de frío y comprendió que había perdido antes de tiempo la protección del velo. El efecto de la última libación de la víspera habría debido prolongarse hasta bien entrada la mañana, pero algo había provocado que se debilitase demasiado pronto, quizá los agitados sueños que le habían asaltado durante la noche. En ellos había vuelto a ver a la dama del Lago, pero no como se le había aparecido en la taberna, mientras bebía con Gawain y sus hombres. Entonces se le había mostrado como una mujer real; tanto, que al principio la confundió con una de las prostitutas que entraban en el local de cuando en cuando a la caza de clientes. Ella misma lo sacó de su error cuando le advirtió de que los demás no podían verla y de que, por lo tanto, no debía dirigirle la palabra.

Tenía la sensación de haberla visto antes, aunque no recordaba dónde. Quizá cuando cayó herido en el campo de batalla luchando bajo las órdenes de Dyenu, justo antes de que su vida cambiase para siempre y todos empezasen a tratarlo como un caballero britano. Pero aunque el rostro le resultaba familiar, la voz era nueva, desconocida. Estaba seguro, porque de haberla oído antes no habría podido olvidarla. Era una voz que parecía hecha de agua, del susurro del viento entre las ramas de los árboles. Se te metía en el pensamiento sin que te dieras cuenta y te hablaba desde dentro, como si brotase directamente de tu corazón.

Le dijo que su nombre era Viviana y que debía proteger a Arturo. Corría peligro y tenía poco tiempo para llegar hasta él, por eso había acudido a avisarle.

Ella se desvaneció antes de que pudiera hacerle ninguna pregunta. Y Lance cumplió el encargo. Dejó a Gawain y sus compañeros en la taberna y se fue a buscar al bastardo de Uther en mitad de la noche. Lo encontró en el taller del alquimista que Viviana le había mencionado. Y le ayudó, le salvó la vida. Pero había sido una temeridad, porque Arturo se dio cuenta de que conocía a los mercenarios que intentaban matarlo. Había puesto su secreto en manos de un hombre al que apenas conocía y del que no tenía motivos para fiarse.

Esperaba que la dama del Lago volviese a manifestarse y le ofreciese alguna explicación. Había hecho lo que ella esperaba sin pedir nada a cambio, ni siquiera razones para obedecer. Ella debía estarle agradecida.

Pero en sus sueños, Lance intentaba mantenerse a flote en unas aguas que se arremolinaban en torno de su cuerpo mientras, a escasa distancia, Viviana flotaba sobre ellas y contemplaba sin sonreír sus esfuerzos por no ahogarse. Y él comprendía, al mirarla, que ella no le ayudaría jamás. No estaba allí para protegerle, era al revés. Viviana esperaba algo de él, y si él no estaba a la altura, si se dejaba arrastrar por las aguas y terminaba muriendo, ella no se lo perdonaría nunca.

En la fría claridad de la mañana, Lance se levantó del jergón en el que se había

acostado vestido y se envolvió en su capa para acercarse a la ventana. Tenía gemas de sobra para una libación, ya que se había quedado con las de Cedric; pero antes de entrar una vez más bajo la protección del velo, quería disfrutar unos instantes de la aspereza de la realidad. El olor a humedad que rezumaban las piedras de los muros, las telarañas en los rincones, y el frío.

Desde su ventana se veía uno de los patios de la fortaleza de Pelinor, edificada sobre las ruinas de un antiguo templo a la diosa Sulis. El velo difuminaba los contrastes entre los enormes sillares perfectamente tallados de la construcción antigua y las piedras irregulares y unidas con argamasa del castillo del dux. Sin su efecto, en cambio, se notaba perfectamente qué parte correspondía al templo y cuál a la fortaleza. Pero había algo extraño.

Casi en el centro del patio, donde el día anterior había visto un pozo, había ahora un pequeño oratorio circular de piedras antiguas y talladas de un modo más tosco que el resto. Lance estaba seguro de que aquella edificación no estaba allí la víspera.

Sintió un peso desagradable en la boca del estómago. Era lo más parecido al miedo que había experimentado en mucho tiempo.

Podía enfrentarse a los sajones y a sus antiguos compañeros mercenarios; podía afrontar la incertidumbre de las largas jornadas de camino a la intemperie, sin saber si encontraría un lugar para descansar al final del día o algo que comer. Pero las inconsistencias de Britannia eran otra cosa: porque si el velo incumplía sus propias normas, si escondía fragmentos enteros del mundo real, como había comprobado en Broceliande y como ahora estaba viendo, eso significaba que no podría volver a fiarse de sus percepciones. Significaba que podían ocurrir muchas cosas para las cuales no se había entrenado. Y que la verdad podía disolverse de un momento a otro como un arcoíris a la salida del sol. ¿En qué creer, entonces?

Sobre una tosca mesa de roble junto a la cama, Lance había dejado la noche anterior la bolsa de gemas negras que le había arrebatado a Cedric. Pensativo, se acercó a la mesa y sacó una gema de la bolsa. Se la llevó a la boca, pero en el último momento cambió de idea y la devolvió a la talega con las demás.

Ignorar lo que había visto no le serviría de nada. Tenía que averiguar qué era, y por qué Britannia lo ocultaba a la vista de todos, o quiénes sabían de su existencia porque alguien más tenía que saber que aquella construcción estaba allí.

Bajó al pequeño patio sumido en las sombras que la torre oriental proyectaba sobre él. Aunque no llovía, el aire estaba cargado de una humedad que se filtraba entre las ropas calándole hasta los huesos. Las dependencias que rodeaban el patio eran en su mayor parte graneros y almacenes que a esa hora tan temprana permanecían cerrados.

La construcción circular seguía allí, en el mismo lugar donde la había visto desde la ventana. Lance se dirigió hacia ella y la rodeó hasta encontrar la entrada, que era tan estrecha como si estuviese diseñada para que solo una persona pudiese atravesarla. Las maderas de la puerta estaban semipodridas, y daba la sensación de que podían romperse solo con tocarlas. Lance las empujó esperando que la puerta cediera, pero esta no se movió ni una pulgada. Se encontraba perfectamente encajada en su lugar.

A ambos lados de la puerta había dos esculturas desgastadas por el agua y el paso de los años que sostenían sendas pilas de agua. Eran seres alados, pero los rasgos de sus rostros se habían borrado, y resultaba imposible saber si representaban a un hombre, a una mujer, a un animal o a un monstruo. Tal vez se tratase de ángeles carcomidos por el tiempo; tal vez de dragones, o de quimeras.

En la pila de la derecha había una llave de cobre que el óxido había vuelto verdeazul. En la de la izquierda, solo un poco de agua turbia, resto quizá de las lluvias de la víspera. Había oído una vieja leyenda sobre eso, una de aquellas historias en las que se mezclaban la religión popular y las creencias del Mundo Antiguo y que solían contar las mujeres de su aldea cuando se reunían en las noches invernales alrededor del fuego. Lance trató de hacer memoria. Era sobre un ángel, un ángel que custodiaba las puertas del Paraíso. En la mano derecha exhibía la llave que podía devolver a los bienaventurados al mundo de los vivos. En la mano izquierda ocultaba la llave que abría las puertas del Más Allá.

Movido de un impulso que no habría sabido justificar, Lance hundió la mano en el agua sucia de la pila de la izquierda. Encontró una moneda en el fondo y la sacó. Era un óbolo de los que circulaban en los mejores tiempos del Imperio. Estaba muy desgastado.

Lance lo introdujo en la cerradura de hierro de la puerta, donde la pieza de metal se encajó con un breve chasquido al que siguieron otros sonidos metálicos, como si un mecanismo de engranajes acabase de ponerse en movimiento. Y así debía de ser, porque un instante después la puerta se abrió. Había elegido la llave adecuada.

Dentro, el espacio circular se hallaba iluminado por dos altos candelabros de plata, cada uno con ocho velas encendidas. Entre ambos podía distinguirse un ara de piedra con varios objetos dispuestos sobre ella.

Lance se aproximó a mirar. Eran un plato, una copa y una lanza. Objetos sencillos, antiguos tal vez, sin ningún ornamento que pudiese conferirles un valor especial. La lanza parecía de hierro, el plato y la copa, de un metal deslucido que Lance no supo identificar, tal vez alpaca dorada.

—Hacia siglos que nadie traspasaba este umbral, aparte de los miembros de mi familia.

Lance se volvió sobresaltado al oír aquella voz de mujer. Reconoció a la muchacha que había seguido su duelo con Gawain desde una ventana la mañana anterior. Le habían dicho que se llamaba Elaine y que era sobrina de Pelinor.

La muchacha avanzó también hacia el altar donde se encontraban los tres objetos y se detuvo a su lado. Llevaba puesta una túnica blanca que formaba profundos pliegues alrededor de su figura. Recordaba a las vestimentas de las esculturas antiguas.

—Todas las mañanas vengo aquí antes de atravesar el velo de Britannia —explicó, mientras su mano acariciaba con delicadeza la piedra del ara—. Y cada día es como si los viese por primera vez. Son extraordinarios, ¿no es cierto?

Lance asintió. No habría sabido decir por qué, pero la lanza, el plato y la copa le fascinaban. A pesar de su sobriedad, irradiaban misterio, quizá también poder.

—Son tan extraordinarios, que el velo de Britannia no es capaz de reproducirlos. En Britannia no existen, y si ahora mismo estuvieseis conectado, no podríais verlos.

—¿Cómo sabéis todo eso? ¿Os pertenecen?

Elaine hizo un gesto negativo.

—Más que pertenecerme, yo les pertenezco a ellos. O más bien, mi familia. En los tiempos de la caída del Imperio, cuando el Mundo Antiguo se colapsó y toda la civilización quedó destruida, uno de mis antepasados los trajo por mar a nuestra isla, entonces conocida como Albión. Él construyó esta capilla, la capilla del Grial.

—He oído hablar del Grial. Un caliz de inmenso poder. ¿Es esa copa?

—La copa, el plato y la lanza. Los tres objetos están íntimamente relacionados, los tres son el Grial. Al menos, eso es lo que creemos. Aunque mi familia se va traspasando la carga de su custodia de una generación a otra, no sabemos demasiado sobre ellos.

Únicamente las historias que se van transmitiendo de padres a hijos. Son hermosos, ¿no lo creéis así? Tan hermosos que cuanto más los contemplas, más los amas y deseas protegerlos. Y sin embargo, es posible que el Grial estuviese relacionado con el fin del Mundo Antiguo. Incluso que lo provocara.

Lance sonrió incrédulo.

—¿Esos tres objetos? Parecen inofensivos. ¿Cómo iban a destruir una civilización entera?

—No lo sabemos. Tal vez, aunque no lo parezcan, sean armas muy poderosas. O tal vez fuese la lucha por poseerlos lo que desencadenó las guerras que terminaron con el Imperio. Quizá oculten algo que vuelve poderosos a los hombres. Sabiduría. Comprensión. Todos lo querían y nadie lo obtuvo. En todo caso, son solo especulaciones. Lo único cierto es que son demasiado poderosos para que el velo de Britannia consiga asimilarlos.

—Pero eso rompe las normas de Britannia. Se supone que todo objeto en la vida real debe tener su representación más allá del velo. Y sin embargo, no es la primera vez que encuentro una grieta en el velo. De camino hacia aquí, al atravesar el bosque de Broceliande, la princesa y yo descubrimos que toda la población de Caleva se escondía en él y no era detectada por Britannia. ¿Creéis que eso puede estar relacionado con vuestro Grial? No sé, quizá el velo esté comenzando a rasgarse, quizá hayan empezado a actuar las fuerzas que acabarán por destruirlo.

—Yo no creo que se trate de eso —dijo Elaine, pensativa—. Britannia siempre ha sido frágil. Hay quien dice que la magia de Britannia no es más que un diminuto fragmento del saber que acumuló el Mundo Antiguo. Y, quién sabe, quizá estos tres objetos sean la culminación de ese saber, el producto más sofisticado de una civilización que se hundió para siempre. Ni siquiera podemos estar seguros de que sean como nosotros los vemos. Quizá lo que nuestro cerebro interpreta como una copa, un plato y una lanza en realidad sea algo mucho más complejo. Incluso podría tratarse de un solo objeto, aunque nosotros veamos tres.

Lance se la quedó mirando con curiosidad.

—Y vuestra familia los custodia desde siempre. En secreto. ¿Por qué?

Elaine no dejaba de mirar los tres objetos que formaban el Grial. Sonrió con aire ausente.

—Para evitar que caigan en las manos equivocadas, supongo. Si son tan peligrosos, imaginad lo que se podría hacer con ellos.

—En ese caso, ¿no habría sido mejor destruirlos?

Elaine volvió lentamente la mirada hacia Lance.

—Cuando mi antepasado trajo el Grial a Albión, dejó escrito que un día aparecería un héroe, y que él devolvería el Grial a su verdadero lugar. Nuestra familia se limita a protegerlo hasta que llegue el momento.

—Si es que alguna vez llega. ¿De verdad creéis en esa leyenda?

Los ojos de Elaine, oscuros y aterciopelados, se clavaron en él con una extraña intensidad.

—No lo creo, lo sé —murmuró—. El Elegido llegará antes o después, y nosotros estaremos aquí para cuando eso suceda. Y quizá el momento esté más cerca de lo que creemos. Después de todo, esa puerta acaba de abrirse por primera vez para permitirle la entrada a un extranjero que nada tiene que ver con nuestro linaje. Pensadlo. Eso podría significar muchas cosas ¿Y si el momento hubiese llegado? ¿Y si el Elegido del Grial fueseis vos?

Capítulo 17

Tres días de espera, y nadie parecía tener claro cuándo iban a poder partir por fin hacia Tintagel. Gwenn se consumía de impaciencia, aunque se esforzaba todo lo que podía por ocultarlo. Y para terminar de complicar las cosas, su tía Morgause, la madre de Gawain, había llegado el día anterior a la fortaleza.

Había conseguido esquivarla la víspera alegando que se encontraba indispuesta y que cenaría sola en sus aposentos, pero Morgause no era de las que se dejaba intimidar por esa clase de excusas. A primera hora de la mañana había enviado a una de sus damas para anunciarle a Gwenn que la visitaría en cuanto terminase de vestirse.

Apareció en el umbral de la estancia sin avisar, ocupándolo todo con su suntuoso vestido de brocado púrpura recamado con hilos de plata. Hacía tres años que Gwenn no la veía, pero no daba muestras de haber envejecido. Quizá los rumores acerca de sus artes de hechicera tuviesen algo de cierto. Quizá las utilizase para conservar su innegable belleza.

Sin embargo, en aquella frescura de la tez, en aquellos labios rojos y perfectos, en los ojos brillantes orlados de largas pestañas había algo que a Gwenn le repugnaba. Y no se trataba de su falsedad, porque cada uno de aquellos rasgos era auténtico. No, no era eso, sino la incoherencia entre aquella perfección y el vacío que ocultaba. Detrás de la hermosura de Morgause no había nada. Ninguna profundidad, ningún afecto, ningún talento o virtud verdaderamente grandes; solo las manías y debilidades de una mujer caprichosa y mimada por la vida. Alguien que nunca había tenido que esforzarse para conseguir sus objetivos.

Gwenn fue a su encuentro y le tendió ambas manos, como sabía que debía hacer. Su tía se sacudió hacia atrás los largos tirabuzones pelirrojos, haciendo tintinear las estrellas de oro que llevaba prendidas en ellos.

—Querida niña, qué hermosa estás —dijo Morgause, apretándole las manos con delicadeza—. Cada día te pareces más a tu madre. Igraine siempre fue la belleza de la familia, aunque no se haya esforzado lo suficiente para proteger ese don que los dioses le concedieron de la fuerza destructiva de la edad. ¡Pobre hermana mía! Ser reina tiene sus inconvenientes y sus servidumbres.

—Tú también eres reina, tía —dijo Gwenn, incapaz de contenerse.

Morgause dejó oír su risa cristalina.

—¡Una reina sin reino! Tu tío fue lo bastante estúpido como para dejar que esos salvajes pintados de azul le arrebataran las amadas tierras de Lothian. Y ahora nuestras gentes tienen que sufrir a esos feroces pictos sin que mi buen Lot haga nada por devolverlos a su sitio. La única ventaja es que no tengo que arruinar mi salud en interminables consejos del trono, y que gozo de una libertad que antes no podría ni haber soñado. No niego que hago lo posible por disfrutar de ella. Tú ya me conoces, Gwenn; en eso no soy como tu madre, siempre tan sacrificada, siempre tan entregada a sus deberes.

Morgause se interrumpió al oír a sus damas, que acababan de llegar al umbral de la estancia y esperaban permiso para entrar.

—Pasad, muchachas —dijo, como si ella y no Gwenn fuese la señora de aquellos aposentos—. Espero que hayáis traído el vino que os pedí. Es un vino del otro lado del mar, querida, de los viñedos de las tierras soleadas del sur. Lo he hecho traer expresamente para ti; es decir, para que podamos compartirlo. La bodega de Pelinor no está a la altura de su rango, qué quieres que te diga. Hidromiel y vino tan ácido que hay que calentarlo y aderezarlo con canela y azafrán para soportar su sabor. Esto es otra cosa, puedes creerme. Gisela, sírvele una copa a la princesa.

Mientras hablaba, Morgause se había recostado en el único diván de la estancia, que se hallaba frente a la chimenea encendida. Con un lánguido gesto de la mano, le indicó a Gwenn que se sentase en la alfombra, a sus pies.

—Tú eres joven, niña; puedes sentarte en el suelo sin que tus huesos gimán y protesten como mujerzuelas sin educación. ¡Tenía tantas ganas de verte! Los hombres se ponen imposibles en tiempos de guerra, no hay forma de divertirse con ellos. Aparte de..., tú ya me entiendes. Por lo demás no hay nada que hacer. Ni caza ni torneos ni música. El único de todos ellos que parece entender algo sobre el arte de vivir es mi hijo Gawain. Creo que se enfrentó con tu muchacho al día siguiente de vuestra llegada. ¡Y que ese caballero lo derrotó! Me apuesto algo a que Gawain se dejó vencer para ganarse su confianza. Él es así; inteligente, hábil, sabe cómo ganarse a la gente por muy predispuesta que esté contra él. Tiene mi ingenio, pero es más diplomático, menos impulsivo. Será un gran rey, mucho mejor que su padre.

—Lo sería si tuviese un trono que heredar —observó Gwenn con suavidad.

Mientras aguardaba la reacción de Morgause, se llevó la copa dorada a los labios y probó el vino. Si su tía no tenía reparos en provocarla, ella tampoco los tendría en devolverle las afrentas.

Al menos, en cuanto al vino no había mentido. Era el más exquisito que Gwenn había probado nunca.

A su alrededor, las damas que habían inundado la estancia parloteaban, reían y bebían sin ningún reparo. Hasta que Morgause, con tres palmadas secas, acabó con su diversión.

—Id a armar jaleo a otra parte, muchachas. Tengo que hablar con mi sobrina a solas. ¡Hace tanto que no nos vemos!

Las mujeres se inclinaron una tras otra ante Morgause y fueron saliendo de la estancia. A Gwenn la ignoraron todo el tiempo, como si ni siquiera estuviese presente.

—Debes perdonar su falta de modales. La mayoría lleva poco tiempo conmigo, y no han conocido los refinamientos de una verdadera corte. Nuestro retiro a orillas del río Avon no carece de comodidades, pero no puede compararse con Tintagel. Algún día tienes que venir a visitarnos allí, cuando echemos a esos sajones y las aguas vuelvan a su cauce. ¿No te parece buena idea? Le diré a Gawain que te lleve.

Gawain... Esta vez, cuando Morgause pronunció el nombre de su hijo, Gwenn sintió un repentino calor en las mejillas.

Fue en ese mismo instante cuando se dio cuenta de que algo en Britannia se había transformado. No sabía qué era, pero de pronto notaba una presión en su mente, una especie de mirada amenazante. Y no tenía sentido, porque en apariencia todo seguía igual: el vestido de Morgause no había cambiado, ni lo habían hecho el fuego de la chimenea o el cojín sobre el que ella se había sentado.

¿Qué era? ¿De dónde venía aquella angustia, como si alguien la estuviese observando desde el interior?

Mientras ella intentaba sobreponerse a aquel malestar, Morgause había seguido hablando. Gwenn no se enteró de lo que le decía hasta que oyó una pregunta que la dejó perpleja:

—¿Qué opinas de Lamorak? ¿Te gusta?

Gwenn abandonó su incómoda postura en el suelo y, caminando con cierta torpeza, se alejó de su tía y se quedó observando la chimenea.

Tenía que ordenar sus ideas. Lamorak, el hijo de sir Pelinor. ¿A qué venía aquella pregunta?

—No lo conozco mucho —contestó con prudencia—. El otro día, durante el almuerzo, me pareció que tenía ciertas desavenencias con su padre. Es todo cuanto podría decirlos.

—Desavenencias. —Morgause sonrió con desprecio—. El idiota de sir Pelinor le hace la vida imposible a su propio heredero. No lo estima en lo que vale. Al menos eso dice Lamorak. No sé si tiene o no razón, pero lo que sí puedo decirte es que Lamorak es un joven con muchas cualidades, aunque no de la clase, probablemente, que Pelinor podría apreciar. ¡Y menos aún mi esposo!

Morgause soltó una risotada. El vino también había arrebolado sus mejillas.

—No eres ya una criatura, Gwenn. Supongo que no te escandalizará que te hable de esta manera. Una mujer tiene que divertirse, y si encuentra al hombre que sabe cómo darle placer de una manera discreta, sin exigencias... Créeme, con el tiempo llegarás a valorarlo. Aunque seguro que tú ya sabes de lo que te hablo, ¿verdad? Aunque te acusan de distante, tienes ese fuego en las pupilas que también tenía de joven tu madre, el fuego que volvió loco a Uther.

Gwenn no quería volverse a mirarla. No quería, pero se volvió y dejó que Morgause la sondease con sus ojos verdes de serpiente.

¿Qué le estaba pasando? Aquella presión en su interior no le permitía pensar con claridad. Pero al mismo tiempo, algo dentro de ella analizaba la situación, trataba de localizar el problema. Como si la angustia no le afectase, aquella parte de su mente estudiaba cada detalle, recordaba, extraía conclusiones.

Hasta que comprendió.

Nada de aquello era casual. La confusión que sentía se la había provocado Morgause o, mejor dicho, el vino que le había dado.

En su organismo se habían dispersado las partículas de una segunda gema que su tía le había puesto en la bebida. Percibía su acción con claridad: no era el velo de Britannia, sino otra cosa, un vínculo. Un vínculo que comunicaba las mentes de ambas mujeres, que le permitía a Morgause mirar en sus recuerdos y en su pensamiento.

Y, sin embargo, ella no sabía que había sido descubierta. Aquella parte del cerebro de Gwenn era inmune a los ataques, no se dejaba observar ni manipular. La conocía bien, porque había trabajado mucho con ella desde pequeña. Era la Fuente de Meditación, que Nimúe le había enseñado a entrenar durante años. Algunos, los ignorantes, confundían aquel poder con magia. En realidad, era solo concentración y dominio de uno mismo. Entrenamiento, entrenamiento y más entrenamiento. Eso decía siempre Nimúe.

Gwenn nunca había sentido su poder como en aquel momento. No era la magia en la que creía el vulgo, pero ciertamente tenía algo de mágico: era percepción pura, la capacidad de ver dentro de sí misma.

Lo más asombroso era que podía volver aquel don contra Morgause. La conexión era de doble vía. Morgause intentaba utilizarla para sondear sus sentimientos, pero ella podía darle la vuelta y mirar dentro del corazón de su tía.

Morgause, mientras tanto, no se había dado cuenta de nada.

—Entonces, ¿qué, Gwenn? ¿Tengo o no tengo razón? Hay un amor en tu vida, no lo niegues. Se te nota en la cara, por mucho que intentes ocultarlo. Vamos, cuéntame lo que ha pasado. ¿Es ese joven, verdad?

Si no hubiera sido por el poder de la segunda gema, Gwenn habría interpretado que Morgause se refería a Lance. Después de todo, era lo más lógico. Había viajado sola con él desde Broceliande. No hacía falta mucha perspicacia para imaginar que algo podía haber sucedido entre ellos.

Sin embargo, cuando Gwenn forzó a su mente a mirar dentro de los pensamientos de Morgause, no fue el nombre de Lance el que encontró, sino el de Arturo.

Arturo. Morgause quería saber si le interesaba.

Pero ¿por qué? ¿Por qué creía su tía que ella podía estar interesada en el hijo de sir Héctor, el senescal de su madre? El hijo menor, para ser más exactos. ¿Qué ventaja habría podido tener para ella una relación tan desigual?

Era cierto que el muchacho la había impresionado. No solo por su apariencia (que no le desagradaba en absoluto), sino, sobre todo, por su ingenio, por su forma de expresarse, y por todo aquel mundo que había visto y que desplegaba ante los demás en sus conversaciones como un mercader extiende las valiosas sedas que acaba de recibir en su almacén. Quizá alguien le había comentado lo fascinada que se había sentido por las cosas que contaba durante la cena en la que se lo habían presentado. Su esposo Lot, tal vez.

No, no era eso.

Un dolor martilleante se instaló en su cerebro mientras trataba de seguir el curso de los pensamientos de Morgause.

No, ella no sabía si Arturo le había causado mala o buena impresión. Pero estaba al corriente de que iba a acompañarla en el viaje a Tintagel, y eso le daba miedo. ¿Por qué lo temía tanto?

Tuvo que concentrarse con toda su energía en la conexión de la gema para encontrar la respuesta. Y cuando la encontró, su perplejidad estuvo a punto de hacerle perder el control y retirarse dentro de su mente, perdiendo todo el terreno que había ganado.

Nadie se lo había dicho, pero todos lo sabían. Arturo no era realmente hijo de sir Héctor, sino de Uther. Era su bastardo.

Eso lo convertía, seguramente, en su rival para heredar el trono de Britannia. Porque toda la legitimidad de Igraine como reina procedía de Uther, pero ella no era más que su esposa. Si Uther tenía un hijo...

Se obligó a mirar una vez más dentro de la mente de Morgause. Su tía acusaba la intromisión, empezaba a sentirse mareada y confundida.

—Creo que este vino me ha sentado mal —dijo en un tono ronco y asustado, muy distinto del que había empleado hasta entonces—. Con tu permiso, querida, voy a descansar un rato en mi habitación. Nos veremos más tarde, si te parece, y continuaremos con esta conversación tan agradable.

—Cuando tú quieras, tía —contestó Gwenn, ayudándola a ponerse en pie—. Para mí será un auténtico placer.

Capítulo 18

La estancia que Pelinor utilizaba como salón de reuniones era una antigua basílica que formaba parte de las dependencias del templo de Sulis en la época del Imperio. Bajo el artesonado de madera del techo, los mosaicos que cubrían las paredes representaban deidades marinas sobre un fondo de teselas verdes, azules y doradas que reproducían los colores del fondo del océano.

Allí fue donde el dux convocó a sus hombres más cercanos para contarles las últimas noticias de la guerra. A regañadientes, también había invitado a la reunión a la hija de la reina, aunque esperaba que la muchacha no tratase de inmiscuirse en los detalles militares de la batalla que se avecinaba. Así se lo explicó a Arturo en un susurro en el momento en que la princesa hizo su aparición. Ella era la única mujer presente en el consejo, y todos los caballeros, al verla, se pusieron en pie y se inclinaron en señal de respeto.

Pronto quedó claro, sin embargo, que Pelinor no iba a encontrar los mayores obstáculos para imponer sus planes de combate en la princesa Gwenn, sino en el rey Lot. Las desavenencias comenzaron en el mismo momento en que Pelinor empezó a explicar los informes de sus espías.

—Los sajones han salido de Witancester hace al menos tres jornadas —contó—. Han salido con la mayor parte de su ejército y vienen hacia aquí. Se nos han adelantado. Y nosotros deberíamos salirles al paso para evitar que Aquae Sulis corra la misma suerte que Londres.

—¿Un combate en campo abierto? —Lot buscó la mirada de su senescal con una sonrisa de complicidad—. Es la mayor estupidez que he oído en mi vida. Estamos en una ciudad bien amurallada, con provisiones para varios meses que aún podremos aumentar antes de que los sajones lleguen hasta aquí. ¿Por qué vamos a renunciar a una posición tan ventajosa? Si quieren asediarnos, que lo hagan; ya veremos lo que aguantan. Y si atacan, si se atreven a intentar abrir brecha en la muralla o escalarla... Mis queridos amigos, está claro lo que tendremos que hacer: aceite hirviendo, buenos arqueros... Los rechazaremos sin apenas pérdidas.

—Esa propuesta es cobarde y estúpida —dijo Pelinor sin mirar a Lot—. No vamos a poner en peligro a todas las mujeres, niños y ancianos de Aquae Sulis para escondernos de los sajones. Eso es lo que ellos esperan, es a lo que los hemos acostumbrado los britanos. Pero esta vez les demostraremos que sabemos combatir como auténticos guerreros.

—¿Y sabemos? —preguntó Gawain en un tono cínico que contrastaba de un modo extraño con la intensa seriedad de su rostro.

Pelinor lo miró fijamente un momento antes de contestar.

—Eso no tardaremos en averiguarlo. Mis espías son fiables; gracias a ellos conocemos la ruta que sigue el enemigo. Tan solo tenemos que decidir en qué punto atacar;

personalmente me decantaría por el valle de Warm Haven.

—¿Allí? Pero eso es terreno desprotegido. ¡Qué disparate! —se lamentó Lot—. ¿Tú qué dices, Lamorak?

—Digo que no hay sitio bueno para enfrentarse con un ejército sajón. Quizá lo mejor sea esperarles aquí en la ciudad, como tú dices.

Arturo había estado esperando la ocasión para hablar, y le pareció que ya había llegado.

—Yo tengo una idea mejor —dijo—. Ocupemos el monte Badón, está en su ruta, y lancemos el ataque desde allí. Es una posición muy ventajosa para nosotros, sería casi como combatir desde estas murallas, pero sin exponer vidas inocentes. ¿Qué os parece?

Los caballeros se miraron unos a otros.

—No es mala idea —murmuró Pelinor—. El monte Badón... Nos verán desde lejos; pero, si los conozco bien, subestimarán nuestras fuerzas y no alterarán su ruta para evitarnos.

—El monte Badón... Nunca se me habría ocurrido —exclamó Lot, admirado—. Pero eso significaría que tendríamos que ponernos ya en camino, si queremos llegar antes que los sajones.

—Es un buen plan —suspiró Gawain—. Lástima que yo no vaya a poder participar en él.

Gwenn reaccionó con viveza.

—Gawain, si decidís quedaros a combatir, lo entenderé, y os aseguro que no será un problema. Yo puedo arreglármelas con una pequeña escolta y la protección de sir Lance.

—De eso ni hablar, Alteza —intervino Lot en tono solemne—. Mi esposa y yo no nos lo perdonaríamos jamás si os ocurriese algo de camino a Tintagel. Gawain se ha comprometido a acompañaros y lo hará.

—Además, yo no voy a ir —dijo Lance.

Su mirada evitó la de Gwenn, que parecía asombrada.

—¿Por qué no? —preguntó la princesa sin poder dominar el temblor que se había apoderado de su voz.

Lance, por fin, tuvo que enfrentarse con sus ojos.

—Aquí puedo ser de más utilidad, y puesto que vos vais a estar acompañada por Gawain y por Arturo, creo que no vais a necesitarme.

—Sir Lance sabe mucho acerca de las técnicas de combate de los sajones —explicó Pelinor—. Ayer por la noche tuvimos una interesante conversación al respecto. Con vuestro permiso, Alteza, creo que contar con él en nuestras filas nos sería de gran utilidad; aunque, por supuesto, si decidís que os acompañe todos lo entenderemos.

—No, no será necesario —le cortó Gwenn con sequedad—. Si a todos os parece lo más conveniente..., confío plenamente en Gawain y en sir Arturo.

Al pronunciar su nombre, la princesa miró hacia donde él se encontraba y le obsequió con una amplia sonrisa. Arturo se la devolvió. Y fue entonces cuando, en la ventana que había justo detrás de la princesa, vio al pájaro.

Era un mirlo, como anunciaba la carta de Merlín que la hija del alquimista le había entregado. El mensaje afirmaba que un mirlo de luz y de sombra acudiría a buscar a Arturo y le contaría lo que tanto deseaba saber. Podía tratarse de una casualidad, porque era un ave muy corriente en la zona, que no temía acercarse a los lugares habitados por los humanos.

Aun así, debía mantenerse vigilante.

No, no era una casualidad. Lo supo cuando vio que el mirlo daba dos breves saltos

en el alféizar, pasando del sol a la sombra. En ese momento su plumaje, intensamente negro, se volvió plateado.

Luego hizo algo que ningún pájaro corriente habría hecho. Entró en la sala, la sobrevoló con lentitud y salió volando por una ventana del lado opuesto.

Nadie lo siguió con la mirada ni comentó su presencia. Nadie, salvo Arturo, lo había visto.

—Con vuestro permiso, debo ausentarme un momento, pero estaré de vuelta enseguida —anunció Arturo inclinándose ante Pelinor.

El dux lo miró intrigado.

—Siempre tan impulsivo, muchacho. ¿Nos dirás, al menos, de qué se trata?

—No será nada, probablemente. A mi regreso os lo cuento.

Cuando salió por la única puerta que tenía la basílica, al principio no vio al mirlo. Tardó unos segundos en descubrirlo posado en una ventana de la torre sur.

Arturo se apresuró a subir la escalera de caracol que conducía a aquella habitación. Sabía que era uno de los rincones favoritos de Pelinor, donde se retiraba a orar o a dormir cada vez que quería estar solo.

Por fortuna, encontró la estancia abierta. Estaba amueblada con gran sencillez, como si se tratase de la celda de un monje, con un jergón, un lavabo de porcelana blanca y azul para asearse y un cofre donde probablemente se guardaban sábanas y mantas. La única nota discordante en aquella sobria decoración era el espejo de pie situado en una esquina.

El mirlo, ahora, se había posado en el suelo frente al espejo. Pero su reflejo no era el de un ave negra o plateada, sino el de un hombre de barba gris y ojos penetrantes como faros encendidos en la noche.

—¡Merlín, eres tú! —exclamó Arturo, sonriendo fascinado—. No puedo creerlo. Sabía que tenías poderes, pero esto...

—No exageres, muchacho. Esto que ves es mi avatar. No se necesita demasiado poder para forjar un avatar en Britannia. Lo realmente difícil es separarlo de uno mismo; eso requiere un conocimiento que quizá muy poca gente posea. Algún día te contaré cómo se hace. En fin..., tengo entendido que querías hablar conmigo.

—Sí. Lo primero, quería saber si te había ocurrido algo durante el asedio de Londres, pero ya veo que no.

—No te fíes de las apariencias, muchacho. El asedio fue terrible, terrible. Conseguí salvar a la princesa, pero el precio, en fin, no hablemos de eso ahora. Tengo buenas noticias para ti. Noticias que te van a entusiasmar.

Arturo lo miró perplejo. Siempre era él quien tenía que perseguir a Merlín para que le contase algo, para que le ayudase, para que se acordase de su causa. Pero esta vez el mago parecía decidido a tomar la iniciativa.

—Te he dicho que el asedio fue un infierno, pero al menos salió algo bueno de todo ello. No podía dejar que la espada cayera en manos de los sajones. No, la espada es la llave de Britannia; y si alguien debe tenerla, ese eres tú.

Arturo tragó saliva. No podía creer lo que estaba oyendo. Nunca, desde que lo conocía, Merlín le había hablado tan claramente sobre su destino. La mayor parte de las veces, cuando él le recordaba que era el hijo de Uther y que debía intentar conquistar el trono de su padre, Merlín le contestaba con ambigüedades o evasivas. Ahora, sin embargo, había hablado con mucha claridad. ¿Por qué?

—Creía que la espada elegía a su poseedor. Según la leyenda, solo el que logre extraerla de la roca en la que se halla prisionera podrá llamarse su dueño.

En el espejo, el rostro de Merlín se contorsionó de un modo que parecía irreal al prorrumpir en carcajadas.

—La ignorancia del vulgo —dijo cuando por fin fue capaz de dominar su risa—. Sí, no hay peor verdad que una verdad a medias. Es cierto que solo podrá llamarse dueño de Excalibur quien logre extraerla de su prisión de piedra. Pero lo que la leyenda no dice es que, antes de extraer la espada de la piedra, hay que introducirla en ella. Y esto no es menos difícil que lo primero.

—Entonces... No entiendo. ¿Vas a darme la espada para que la meta en una roca?

—Algo así. La espada es una llave. Es más que una llave, es un arma. Quizá el arma más poderosa que exista en Britannia, solo quizá. Y voy a ponerla en tus manos, Arturo, pero de ti dependerá que la conserves o la pierdas. Es verdad que la espada elige. Hazte digno de ella, si es que realmente quieres ser el Elegido.

—Sabes que sí —contestó Arturo con viveza—. Sabes que eso es lo que he querido siempre. Pero tú nunca me habías hablado tan claro. Muchas veces he llegado a dudar de que verdaderamente quisieras apoyar mi causa. ¿Por qué ahora me ofreces Excalibur, si antes nunca lo habías hecho?

—Porque ahora Excalibur está en mi poder y puedo ofrecértela.

En la penumbra del reflejo, Arturo trató de sondear los rasgos del mago. Tal vez fuese cierto que había sufrido mucho en el cerco de Londres, pero su rostro tenía un aspecto más joven que la última vez que se habían visto. En sus ojos ardía el fuego de un hombre en la plenitud de sus fuerzas, y hasta sus arrugas parecían menos marcadas.

A Arturo le asaltó un repentino temor. ¿Y si aquello no era más que una trampa, un espejismo que Britannia desplegaba ante él para sacar a la luz su ambición?

—No, Arturo —dijo Merlín desde el espejo—. No debes dudar. Soy yo, el que lee en las sombras del presente las luces del porvenir. Aunque lo haga por boca de un avatar sin cuerpo ni materia, soy Merlín. Quizá lo soy más que nunca.

—¿Y dónde estás realmente? ¿Sigues en Londres? ¿Cuándo podremos vernos? ¿Cuándo vas a darme la espada?

—Debes tener paciencia. De momento no puedo llegar hasta ti; no en medio de la ofensiva de los sajones. Espera hasta llegar a Tintagel. Allí nos encontraremos de un modo o de otro y te daré a Excalibur.

Arturo meneó la cabeza, impaciente.

—Para eso falta mucho tiempo —murmuró—. El viaje se presenta largo y complicado. Si no tuviese que viajar con la princesa...

—Tienes que hacerlo —replicó el mago en un tono de autoridad que no admitía réplica—. Arturo, voy a ayudarte, pero a condición de que no trates a Gwenn como tu enemiga. La princesa es una pieza clave en el porvenir de Britannia, aunque ni ella misma se haya dado cuenta todavía.

—A mí me parece muy consciente de su poder y de lo que puede lograr con él —opinó el muchacho.

—Tal vez, pero ignora que hay una magia diferente a todas latente en su interior. Quizá en estos días esté comenzando a descubrirlo. Debes jurar que no le harás daño, Arturo. No veas en ella a una enemiga.

—Pero la herencia del trono de Uther es algo entre ella y yo. No podemos heredarlo los dos.

El avatar sonrió de un modo burlón.

—¿Quién ha dicho que no? Entre un hombre y una mujer la rivalidad puede

convertirse en otra cosa de un momento a otro. ¿No te parece hermosa la princesa?

Arturo miró a Merlín con los ojos muy abiertos.

—Es muy hermosa. Pero ella jamás... Si estás pensando que ella y yo... ¿Es eso? Dices que ves el futuro. ¿Eso es lo que has visto?

—El futuro no está pintado en un lienzo para que un viejo mago pueda contemplarlo a placer. El futuro cambia cada vez que te atreves a mirarlo, Arturo. Lo que debes comprender es que no hay un solo futuro escrito, sino muchos futuros posibles. En uno de ellos, tú y Gwenn podríais unir vuestros destinos. Pero ese futuro solo sucederá si ambos lo queréis. ¿Crees que podrías quererlo?

Arturo reflexionó un momento antes de contestar.

—Si ella lo quiere, yo podría quererlo —dijo por fin.

Aquella respuesta pareció satisfacer al mago.

—Está bien, muchacho. Nos veremos en Tintagel. Hasta entonces, no cometas locuras. Sé fiel a ti mismo y hazte digno de Excalibur para que ella te elija cuando deba escoger.

Capítulo 19

Desde el pequeño montículo que Pelinor había elegido como su centro de operaciones, Lance contempló preo-cupado las amplias líneas de su ejército, que se extendían hasta empequeñecerse en la distancia.

Recordó las palabras de Arturo unos días antes, en Aquae Sulis: deberían haberle hecho caso. Deberían haber ocupado el monte Badón, como Arturo había sugerido, para lanzar su ofensiva desde allí. Pero se encontraron con los sajones antes de lo que esperaban; el enemigo se les había adelantado y había desplegado sus fuerzas ante ellos, obligándolos a elegir entre retroceder o entablar combate. Eso significaba que la batalla sería en campo abierto; algo que no les convenía en absoluto, sobre todo viendo la distribución de ambos ejércitos sobre el terreno.

El centro y el flanco izquierdo de las fuerzas britanas se habían desplegado en una llanura que se encontraba aproximadamente al mismo nivel que los sajones, pero el flanco derecho, bajo el mando de Caradoc, el poderoso señor de Gwent, ocupaba una ligera depresión que obligaría a sus hombres a avanzar cuesta arriba cuando tuviesen que adelantar posiciones. Para contrarrestar esta desventaja, Caradoc había dispuesto a sus guerreros en una falange compacta y estrecha que, si todo iba bien, resistiría los primeros envites de la infantería sajona y conseguiría abrir sus líneas. Aun así, era una estrategia arriesgada.

Frente a ellos, el rey Aellas había dispuesto en los flancos de su línea de ataque a los huscarles, que eran sus mejores soldados. Lance los conocía bien de la época en que combatía con las gentes de Dyenu: eran guerreros de las tierras heladas del norte, altos como gigantes, que combatían con hachas de anchas hojas de hierro y astas tan largas como ellos mismos. Un juramento los ligaba a la protección del rey sajón. Pero Aellas sabía que la mejor forma de utilizarlos para protegerse era lanzarlos contra las alas del ejército britano, tratando de sobrepasarlas para atacar después al resto de las tropas desde la retaguardia.

En el flanco izquierdo de los britanos, Lance detectó movimiento entre los soldados. Tardó solo un instante en darse cuenta de que Uriens pretendía imitar la estrategia de Caradoc en el flanco derecho y formar una falange tan sólida como la suya.

—Buena idea —aprobó Lot desde su alta yegua blanca—. Ahora, que Aellas intente echarnos encima a esos monstruos suyos, si quiere. Esperaremos a pie firme y los golpearemos como un martillo.

Lance aproximó su caballo gris al del rey de Lothian para que pudiese oír su respuesta.

—Esas falanges nos hacen firmes, pero nos restan movilidad —opinó—. Todavía podríamos alargar un poco las líneas e intentar llegar hasta el monte Badón.

—No, eso nos dispersaría demasiado. Tú concéntrate en tu parte, muchacho, y no

olvides lo que te he explicado sobre la infantería sajona. Ahí los tienes, justo frente a nosotros: un puñado de campesinos libres, pequeños señores, aventureros y salteadores de caminos. Será fácil superarlos. ¿Ves su estandarte? Ahí, justo en el centro de su formación; el dragón blanco, ese maldito dragón blanco.

—No tiene sentido —dijo Lance, alzando la voz para hacerse oír por encima de las voces de los hombres y del rumor del viento—. ¿Por qué iba Aellas a situarse en la posición más vulnerable? Ese estandarte tiene que ser una trampa: el rey no está ahí.

—Por supuesto que no está ahí; pero aun así, hacerse con su insignia sería un golpe terrible para la moral de sus tropas y una inyección de fuerza para las nuestras. ¿No es cierto, Pelinor?

El dux había dispuesto su caballo a la derecha del de Lot y observaba el campo de batalla con el ceño fruncido.

—Lance, inténtalo. Intenta hacerte con el estandarte —ordenó—. Y vos, Majestad, podéis ocupar ya la posición que hemos acordado en la retaguardia. Vuestra caballería es nuestra mejor baza para ganar el día de hoy. No lo olvidéis en ningún momento.

Lot asintió con una sonrisa de orgullo e hizo girar a su caballo para reunirse con sus hombres. Su caballería pesada se había curtido en cientos de batallas contra los pictos, y si atacaba en el momento preciso rodeando a las tropas de Aellas para sorprenderlas por la espalda, podía inclinar el día en favor de los britanos.

La mirada de Lance flotó una vez más hacia el monte Badón, que se erguía desierto en la lejanía, a su izquierda. ¿Por qué no podía quitarse de la cabeza las palabras de Arturo sobre él? Al fin y al cabo, no era más que un muchacho sin ninguna experiencia militar. Si Pelinor y Lot habían decidido finalmente no hacerle caso, sería por algo.

—Lance, dirige a los hombres por este lado. Quiero ese dragón blanco —le recordó Pelinor.

Lamorak, que acababa de apearse del alazán negro que su padre le había regalado justo antes de partir de Aquae Sulis, se inclinó para hacerle un comentario a su escudero, que sonrió con desdén.

—Lamorak, tú irás con él —ordenó Pelinor con aspereza—. Obedécelo en todo, ahora es tu capitán.

Lamorak lo miró desconcertado.

—¿Que yo le obedezca a él? ¿Por qué?

Sin contestar, su padre se alejó hacia la columna de infantería que tenía a la izquierda, encabezada por su portaestandartes, que hacía ondear al viento la insignia del dragón rojo. Lance le vio alzar el brazo con brusquedad para indicarle al heraldo que hiciese sonar el cuerno de guerra.

El sonido, ululante e inhumano como si brotase de los mismos infiernos, vibró largamente sobre los hombres inmóviles.

Cuando sus últimos ecos se apagaron, Lance se apeó de su caballo y lo tomó de las riendas. Su escudero Edir, que había estado aguardando el momento, se acercó con expresión interrogante.

—La espada de doble filo y el escudo —le indicó—. Ese no, el grande de roble, el que tiene forma de lágrima.

Edir le ayudó a ceñirse la espada mientras, un poco por delante de él, Lamorak avanzaba orgullosamente hacia el frente de la columna. A su derecha, un joven acababa de desplegar un pesado estandarte con el cisne blanco, emblema de la casa de Listenoise.

Lance se fue tras él. A su paso, los infantes britanos saludaban a los dos caballeros y

se aprestaban a coger los escudos que tenían hincados frente a ellos, en la tierra.

Le llamó la atención un soldado que, en lugar de inclinarse a su paso, se limitó a observarlos con las cejas levemente arqueadas antes de volver a fijar la vista en el enemigo.

Intrigado, Lance regresó sobre sus pasos y se detuvo junto a él.

—¿Cuál es vuestro nombre, amigo?

El hombre se volvió sin prisa a mirarlo. Sus ojos, intensamente azules, eran lo más sobresaliente de aquel rostro curtido por la intemperie.

—Me llamo Bors.

—¿Sois galés?

—Soy bretón. Como vos, según dicen —respondió Bors con una sonrisa escéptica—. Por eso, algunos me llaman el Desterrado.

Lance le devolvió la sonrisa. No le molestaba que el soldado hubiese puesto en duda su origen. Al contrario, que se hubiese atrevido a hacerlo indicaba que era un hombre valiente, además de observador. En realidad, él no había decidido elegir la pequeña Bretaña como patria cuando se encontró del lado de los britanos, después de caer herido. Todos a su alrededor daban por sentado que procedía de Armor, quizá porque el velo suministraba aquella información a quienes se interesaban por él. Para un bretón auténtico, no obstante, debía de ser evidente que él no venía de Armórica. Ni siquiera se había molestado nunca en intentar imitar el acento de los hombres del otro lado del mar.

—Muy bien, Bors, si no os importa tener a otro desterrado a vuestro lado, os acompañaré durante esta jornada —dijo sosteniendo la mirada del hombre.

El soldado, impassible, se hizo a un lado para dejar que Lance se situase a su derecha.

Justo delante de ellos, el escudero de Lamorak acababa de entregar el estandarte del cisne a un muchacho, que sopesaba el mástil mientras miraba hacia arriba, contemplando arrobado el terciopelo bordado que ondeaba en la brisa.

—¿Te gusta ser portaestandarte? —le preguntó Lance.

El chiquillo se volvió.

—Es un gran honor, señor —respondió con la voz desafinada de un adolescente.

Lance asintió, mirándole a los ojos.

—Te das cuenta de lo que supone, ¿verdad? —preguntó gravemente—. Esos salvajes de ahí enfrente lucharán hasta el último hombre para arrancarte ese pedazo de tela de las manos.

El muchacho vaciló un momento antes de contestar.

—No dejaré que lo hagan, señor —dijo—. Defenderé el estandarte. Ningún sajón me lo arrebatará.

—¿Y cómo piensas hacerlo? No tienes armas ni escudo.

En el rostro y las palabras de Lance retumbaba toda la violencia de la guerra.

—Vos sois mi escudo, señor; vos me protegeréis —contestó el chiquillo con rapidez.

—Nosotros somos tu escudo —le corrigió Lance; y con un amplio gesto de la mano señaló a los guerreros que el muchacho tenía a su alrededor—. Los sajones están aquí y han venido para quedarse —añadió alzando la voz para que todos los hombres pudiesen oírle—. Yo estuve en Londres y vi cómo lo tomaban. No son una horda de asaltantes. Son un ejército de ocupación. Os arrebatarán vuestras casas y echarán de ellas a vuestras familias si no se lo impedimos.

Lance dejó que sus palabras calaran en la mente de los soldados antes de proseguir.

—Ahora mismo, bajo el estandarte del dragón blanco, un hombre como yo les está diciendo a sus guerreros que no hay retirada posible. Quiere que sepan que tendrán que luchar hasta el último aliento, porque de lo contrario quedarán atrapados en esta isla y los britanos les darán caza como a conejos. Los sajones nos temen, y un hombre que lucha impulsado por el miedo es un enemigo terrible. Pero nosotros no tenemos miedo. ¿Qué es lo peor que nos podría pasar? ¿Morir con honor defendiendo la tierra de nuestros padres y de nuestros hijos? Si lo pensáis bien, ese es el destino de los elegidos: que su nombre no se pierda en el olvido, que se vaya transmitiendo de una generación a otra y que lo canten con respeto aquellos que jamás estuvieron en una batalla. Bors, el impasible; Lamorak, el orgulloso.

—Grift, elapestoso —exclamó uno de los hombres.

Los demás se echaron a reír, y algunos, imitando al primero, comenzaron a intercambiar apelativos burlones. La tensión se había relajado, y en los ojos de aquellos guerreros había una confianza nueva, porque ahora, más allá del miedo y de la ira, habían tejido un vínculo entre ellos que los haría más fuertes a la hora de luchar.

—Lance, el escudo de Britannia —exclamó el portaestandarte levantando la voz para hacerse oír en medio de toda aquella algarabía.

Aquello redobló las carcajadas de los hombres. Les divertía el entusiasmo inocente del muchacho. Uno de ellos le golpeó en los hombros como gesto de camaradería.

—Espero que estéis a la altura de vuestras palabras —murmuró Bors, que ni siquiera había sonreído en todo el tiempo—. Con vuestro discurso os habéis hecho responsable del destino de todos estos hombres.

—No te preocupes por él; es tan insolente como tú mismo —comentó Lamorak con sorna—. Solo espero que ese atrevimiento lo demostréis también cuando estemos en medio del ejército sajón.

Capítulo 20

Lento y viscoso como una inmensa lombriz, el ejército sajón había comenzado a desplazarse hacia el centro del campo de batalla. A pesar de que los dos bandos se hallaban bastante equilibrados en cuanto al número de hombres, Lance observó que la línea sajona los superaba ampliamente por ambos lados debido a la concentración de combatientes en los extremos de la formación britana. El plan se desarrollaba según lo previsto y, sin embargo, su inquietud no dejaba de crecer. Cuanto más lo pensaba, menos sentido tenía para él que Aellas hubiese decidido lanzarse a una batalla a campo abierto: eso suponía enfrentarse en igualdad de condiciones al enemigo. ¿Por qué elegir esa opción de resultado tan incierto, cuando habría podido elegir otra estrategia mucho más ventajosa para él?

Un largo aullido de Pelinor lo sacó de sus reflexiones. Estaba llamando a los arqueros galeses. Estos fueron surgiendo de entre las filas de la infantería y avanzaron hasta colocarse en primera línea de combate. En cuanto llegaban a su posición, tensaban sus arcos, a la espera de una orden del dux para entrar en acción.

Se podía masticar la impaciencia en el aire. Los hombres querían atacar ya, pero su comandante aguardaba, impasible, a que los sajones se pusieran a tiro. Solo cuando estuvieron lo suficientemente cerca para alcanzarlos, dio la orden de disparar. Las flechas partieron, sincronizadas como los patos de una bandada que emigra, en dirección a las filas enemigas. Al principio, los sajones continuaron avanzando a buen ritmo y sin perder la formación, confiando en que todavía se hallaban a suficiente distancia del enemigo para no ser alcanzados. Solo cuando se oyeron los primeros gritos de dolor comprendieron que habían equivocado sus cálculos y empezaron a romper la formación. Sin dejar de avanzar, se miraban unos a otros, y cada vez que uno de ellos se derrumbaba en el suelo, herido, los demás apretaban el paso, como si intentasen dejarlo atrás.

Pero esa rapidez no detenía las flechas, que cada vez acertaban a más hombres. Aumentaban los gritos, los chillidos de dolor y de miedo, y poco a poco la vanguardia sajona se fue sumiendo en la confusión.

—Ahora —aulló Pelinor, girando el caballo para mirar a sus hombres—. Vacíad vuestras aljabas sobre ellos. No dejéis uno vivo.

Los galeses tensaron sus arcos de tejo de casi dos metros de alzada. Una nube de flechas oscureció el cielo mientras los sajones, a la desesperada, huían hacia delante en un intento de esquivar la muerte. En pocos minutos, la formación enemiga se había perdido por completo y un suspiro de alivio recorrió las filas britanas. Lance se permitió una leve sonrisa. A pesar de sus recientes victorias y del avance imparable de las últimas semanas, los sajones seguían siendo, en el fondo, como él los recordaba: una horda desorganizada con escasa capacidad para someterse a una estrategia, una banda de salvajes que no sabía administrar sus fuerzas cuando se enfrentaba a un ejército de verdad.

Su confianza se enfrió, no obstante, cuando empezaron a llegarles los gritos del ala

izquierda del campo de batalla. Allí los huscarles iban mucho más avanzados que el resto del ejército sajón, pues descendían a la carrera sobre una suave pendiente. Desde el altozano yermo donde aguardaba la orden de Pelinor para entrar en combate, Lance los vio lanzarse contra las tropas de Uriens de Gor, que aguardaban a pie firme. La tierra tembló bajo sus pies con la violencia del choque, al tiempo que los chasquidos de un metal contra otro ensordecían a todos los presentes.

Ante el envite, el flanco izquierdo britano tembló como una hoja. Algunos hombres de las primeras filas salieron despedidos con el ímpetu del ataque, y una fina lluvia de sangre britana tiñó de rojo los rostros de los gigantes sajones.

Se hizo un silencio espeso en el altozano desde el que el dux dirigía a sus tropas. Todos miraban hacia los guerreros de Gor, o hacia lo que quedaba de ellos. Algunos todavía seguían en pie e intentaban contener el avance del enemigo, pero sus espadas cortas no podían hacer nada contra los círculos mortales que trazaban los huscarles haciendo girar en el aire sus enormes hachas, de hojas tan afiladas que atravesaban la carne y los huesos de los guerreros de Uriens como si fuesen mantequilla.

A Lance le pareció oír, desde su posición, la llamada de Uriens ordenando la retirada. Pero justo en ese momento vio a un caballero abrirse paso hasta la primera línea de combate. Su armadura brillaba tanto como si estuviese labrada en plata. Solo un noble del más alto linaje y con escasa experiencia en la guerra podía haberse vestido así para entrar en batalla.

En cualquier caso, pronto se hizo evidente que lo que le faltaba de experiencia lo suplía con temeridad. A pesar de la distancia, Lance distinguió claramente cómo esquivaba el hacha de un huscarle de proporciones gigantescas para, un instante más tarde, amputarle de un tajo el brazo derecho con su propia espada.

Pero lo más asombroso fue lo que hizo después: con el mismo impulso que había utilizado para llevarse el brazo del huscarle por delante, el caballero giró su arma e introdujo el acero en la boca de su adversario hasta la empuñadura. Lance se imaginó el crujido de los dientes del sajón al romperse. Un instante más tarde, lo vio caer de bruces contra el suelo embarrado de la llanura.

Aturdidos por la rapidez y la violencia del recién llegado, el resto de los huscarles retrocedieron. Cuando el caballero de la armadura de plata se lanzó tras ellos, los hombres de Uriens lo siguieron. El desconocido les gritó una orden que Lance no llegó a oír, pero enseguida vio los resultados: los hombres alzaron los escudos de roble y formaron un poderoso muro con ellos que, a medida que avanzaba, iba empujando a los sajones hacia atrás.

—Ese loco de Yvain le ha dado la vuelta a la batalla —oyó decir a Lamorak con una mezcla de admiración y desdén—. Si el huscarle le hubiese partido los dientes a él, ahora mismo estaríamos maldiciendo su nombre.

—Pero ha sido al revés —murmuró Bors a su lado—. Y le ha salido bien.

Lance lo miró.

—A veces intentar lo imposible es la única forma de conseguirlo —comentó, pensativo.

Bors asintió en silencio, y Lance tuvo la impresión de que había entendido a la perfección lo que había querido decir. Iba a comentárselo cuando un rumor bronco ascendió hacia ellos desde el centro del ejército sajón. También ellos se habían puesto en marcha, y eso significaba que, en pocos minutos, se verían envueltos directamente en la batalla.

Pelinor comenzó a recorrer la formación dando órdenes cortas y precisas a los

oficiales. Se trataba de resistir la primera ofensiva sin ceder un palmo de terreno. Y, sobre todo, había que conseguir que los hombres no se aterrorizaran cuando tuviesen enfrente al enemigo.

—No os dejéis engañar por las pinturas de sus caras y el furor de sus alaridos —gritó a pleno pulmón, para que todos lo oyeran—. Son trucos para parecer más feroces de lo que son. Como cuando a un gato se le eriza el pelo y parece el doble de grande. Trucos. Recordad que bajo las pinturas y las corazas hay hombres iguales que vosotros.

Lance se acordaba muy bien de la primera vez que vio entrar en combate a las milicias sajonas. Los rostros pintados, los gritos salvajes y aquellas armas que arrojaban contra sus rivales como si tuviesen una reserva inacabable de ellas. Pelinor hacía bien en ridiculizarlos antes de que sus soldados se encontrasen cara a cara con ellos.

El estruendo de las tropas avanzando hacía retumbar el suelo. La consigna, para los britanos, era aguantar a pie firme la embestida. Cuando los tuvieron a tiro, los sajones comenzaron a lanzar sus armas: una tormenta de jabalinas y hachas pequeñas se abatió sobre los escudos de roble, donde muchas quedaron clavadas. La siguiente andanada tampoco logró hacer un daño significativo en las filas britanas. Los escudos habían resistido.

Cuando se les agotaron las armas arrojadas, los sajones comenzaron a golpear sus escudos a la vez que aullaban como fieras salvajes. Un instante después se lanzaron a la carrera contra los britanos.

El impacto de la primera carga resonó como un largo trueno de metal sobre la tierra. La formación britana resistió, pero algunos sajones aprovecharon los escudos de sus compañeros y los largos paveses de sus contrincantes para saltar sobre la primera línea y caer en medio de sus enemigos.

Durante un momento, la confusión se apoderó de las filas britanas. Los hombres giraban sobre sí mismos, temiendo que un sajón los atacase por la espalda. Pero los que habían saltado no eran huscarles, sino infantes sin experiencia y mal organizados, que atacaban a cualquiera que se les acercara sin pensar en otra cosa que en salvar la vida.

—Tienen miedo —gritó Pelinor—. ¡Huelo su miedo! Vamos, acabad con ellos. Solo son una tropa de campesinos insolentes.

Alentados por las palabras del dux, los britanos rodearon a los sajones infiltrados y les fueron dando muerte uno tras otro, hasta no dejar ni uno solo con vida. Solo entonces pudieron reconstruir el muro de escudos, justo a tiempo de repeler una segunda embestida.

Después de la tercera carga, los sajones comenzaron a dudar. Algunos habían caído aplastados o alcanzados por las armas cortas del enemigo en los ataques anteriores, y los que quedaban no bastaban para recomponer las líneas. Pelinor aprovechó aquel momento para devolver el ataque. Los britanos cargaron contra el enemigo tan veloces como si fueran a lomos de caballos. Los sajones se quedaron mirándolos mientras se acercaban, sin saber qué hacer. Algunos, de pronto, empezaron a correr, y otros los imitaron enseguida.

Estaban huyendo.

—No los persigáis —ordenó Pelinor.

Pero la orden llegó demasiado tarde, porque algunos soldados britanos, al ver que el enemigo les daba la espalda, se lanzaron tras ellos.

Pelinor dio la orden de avanzar a sus arqueros, y los galeses atravesaron las filas de la infantería hasta situarse delante. A una orden del dux, inclinaron los arcos, dispusieron las flechas, tensaron las cuerdas y levantaron sus armas hacia el cielo. Las maderas crujieron y las cuerdas vibraron cuando las flechas partieron disparadas hacia las filas

sajonas. Describiendo una suave parábola, cayeron una tras otra sobre el campo de batalla, alcanzando por igual a los sajones y a los britanos que habían salido tras ellos.

Desde las filas britanas, los soldados contemplaban en silencio a los que se derrumbaban en el suelo gimiendo de dolor. Que su comandante hubiese sido capaz de lanzar aquella orden, sacrificando a algunos de los suyos, los había dejado sin palabras. Pero Lance sabía que en su perplejidad se mezclaban el temor y el respeto. Ahora eran conscientes de que Pelinor no se detendría ante nada, y de que la derrota, para su comandante, no era una opción.

Pelinor se aproximó hasta las posiciones de Lance y de su hijo Lamorak. Su caballo, muy nervioso, se encabritó al detenerse.

—Lance, ha llegado el momento —dijo el dux señalando la insignia del dragón blanco, que seguía ondeando en el mismo lugar que al principio—. Avanza con la infantería y toma la enseña de Aellas.

—Es una trampa, mi señor. Aellas no está ahí. El rey sajón es astuto, jamás se expondría de ese modo.

—Ya sé que no está ahí —replicó el dux impaciente—. Pero su enseña lo representa, y si la tomamos, será un buen golpe para la moral de los sajones. Además, fíjate en sus movimientos. Están intentando reagruparse justo allí, alrededor del estandarte. No podemos dejar que lo hagan; necesitamos acabar con ellos de una vez para bajar a apoyar al flanco izquierdo.

Lance se fijó en que, efectivamente, los hombres de Yvain se habían estancado frente a los huscarles sajones. Por el contrario, el flanco derecho no parecía haber trabado todavía combate. Los sajones acosaban a los britanos con pequeñas algaradas en un intento inútil de hacerles perder la formación.

—¿Y la caballería de Lot? —preguntó, mirando al dux—. Ya tendrían que haber aparecido. Se supone que iban a sorprenderlos desde atrás. ¿Por qué tardan tanto?

Pelinor miró hacia el horizonte, más allá de las líneas sajonas, donde la niebla velaba las masas oscuras del bosque.

—Quizá algo se haya torcido —contestó—. Por eso precisamente hay que acabar con esto cuanto antes. Vamos, guía a los hombres y hazte con esa enseña antes de que consigan reorganizar sus líneas.

Lance se giró hacia las filas centrales de la formación y le hizo un gesto al portaestandarte.

—¡Avanzamos! —gritó.

El muchacho agitó la enseña del cisne por encima de su cabeza. El heraldo se llevó el cárnix a los labios, y su bronco sonido estremeció el aire durante un instante interminable.

La falange se puso en marcha, y Lamorak, el hijo de Pelinor, se situó junto a él en la vanguardia de la formación.

Capítulo 21

El terreno, que al despuntar el día parecía una inmensa alfombra de hierba, se había convertido en un barrizal sembrado de hachas, cascos, espadas y cuerpos mutilados. Para avanzar, los britanos tenían que ir sorteando los terrones arrancados por la carga salvaje de la milicia sajona. Marchaban sobre un lecho de armas abandonadas, escudos rotos y guerreros muertos o agonizantes a los que, si eran sajones, remataban sin piedad.

Cuando por fin llegaron al pie de la colina, los soldados estaban agotados. Aun así, Lance ordenó el ascenso. Desde lejos, el promontorio al que se dirigían les había parecido una suave ondulación de la llanura, pero visto de cerca alcanzaba una altura considerable, y la pronunciada pendiente de la ladera, unida al peso de las armaduras y los escudos, transformó la subida en una dura escalada.

Habían llegado ya hacia la mitad del cerro cuando el graznido de un cuerno de guerra sajón silenció los jadeos e imprecaciones de los britanos. Lance detuvo el avance de sus hombres y ordenó que el largo cárnix respondiera al desafío del sajón. El jabalí de bronce emitió su áspero gruñido, al que siguió un tenso silencio.

Después, bruscamente, una tempestad de hachas y escudos entrechocando entre sí anunció que el ejército enemigo se había puesto en marcha.

Lance miró hacia la cima del promontorio. En lo alto, rompiendo el horizonte, se recortaban ya las siluetas de los sajones. Se trataba de un nuevo cuerpo de huscarles que hasta entonces debía de haberse mantenido oculto. Iban armados con hachas de guerra, y protegían el flanco con sólidos escudos de haya. Tras ellos se habían situado los restos de la milicia sajona con sus armas ligeras.

El enemigo comenzó a avanzar hacia ellos con la enseña del dragón blanco al frente. Junto al muchacho que la portaba caminaba orgulloso un gigante de melena albina y larga barba. Lance reconoció en él a Cymen, el segundo de los hijos de Aellas, un guerrero legendario que, según se decía, jamás había sido derrotado en el campo de batalla ni en un combate cuerpo a cuerpo.

—¿Cómo ha conseguido Aellas reunir tantos hombres? —bufó Lamorak mientras intentaba recuperar el aliento.

—Les habrá prometido tierras fértiles, feudos en Britannia y magia. El velo es un cebo muy poderoso para quien vive en un páramo helado —contestó Lance.

—Ha debido de aliarse con todos los señores de Jutlandia —gruñó Bors echándose el yelmo hacia atrás para airear sus sudorosos cabellos—. Hay miles de huscarles.

El sol había llegado a su cenit y comenzaba a dar de lleno sobre las filas britanas. Lamorak se protegió los ojos con la mano derecha a modo de visera para observar mejor al enemigo.

—No veo por ninguna parte al rey sajón —dijo después de un momento.

—No está. Cymen y su padre no se soportan, jamás compartirían el mando

—contestó Lance—. Aellas ha sido muy astuto. Si ganan la batalla, parecerá que ha sido gracias a su estrategia; y si pierden, siempre podrá echarle la culpa a la arrogancia de Cymen.

Los dos ejércitos permanecían ahora detenidos, estudiándose el uno al otro en medio de un silencio que solo rompía el aullido del viento. Los sajones se encontraban en una posición algo más elevada que la que ocupaban los britanos.

—¿Por qué no atacan? —preguntó Lamorak, irritado al ver que la columna sajona seguía inmóvil—. Su posición es mejor que la nuestra. ¿A qué demonios están esperando?

—A que el sol nos dé en pleno rostro. Entonces caerán sobre nosotros —contestó Lance.

Casi sin pensar en lo que hacía, avanzó unos pasos, adelantando a la formación britana.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco? —le gritó Lamorak desde atrás.

Lance se giró un instante y vio que Bors había agarrado a Lamorak para impedir que le siguiera.

—Dejadlo —le oyó decir al soldado—. Va a provocarlos y puede que sea nuestra única oportunidad.

Solo en ese momento comprendió Lance que aquello era justamente lo que se proponía hacer. Bors había adivinado sus intenciones antes que él mismo. Un hombre inteligente.

Con decisión, avanzó una docena de pasos más, hasta encontrarse a un tiro de piedra de la formación sajona. Entonces se detuvo y, con gesto enérgico, clavó el escudo en la tierra. Desenvainó la espada con la mano izquierda y, con la derecha, desprendió de su cinturón el hacha de guerra. Así armado dio un par de pasos más en línea recta a Cymen, que lo observaba con curiosidad desde las líneas enemigas.

—Nunca había visto esconderse a tantos sajones juntos —bramó Lance desde su posición—. Y menos detrás del sol. Es toda una proeza. ¿Se te ha ocurrido a ti solo, Cymen, o son órdenes de tu padre?

Una oleada de insultos e imprecaciones brotó de las líneas sajonas, pero el gigante albino ni se inmutó. Dejó que sus hombres se desahogaran durante unos segundos, y después, con tranquilidad, avanzó un solo paso para colocarse delante de sus compañeros.

—Solo a un estúpido se le ocurriría atacar cuesta arriba con el sol de frente y luego quejarse por ello —rugió con un marcado acento norteño—. En cuanto el sol se refleje en esa bonita armadura tuya, te sacaré los intestinos y te los meteré en la boca. Morirás escupiendo las tripas para poder respirar. Así que vuelve a tu línea, britano, y disfruta de tu último aliento.

Lance sonrió y avanzó un paso más.

—Eres idiota, Cymen, tan grande como idiota. Intentas que tus hombres te tomen por un dios antiguo, sereno e implacable, pero yo sé que en realidad no eres más que una bestia inmundada. He visto lo que eres capaz de hacer. Te vi en Andredes, matando a los niños que defendían la fortaleza. Y todo ¿para qué? Para que después tu padre le cediera la plaza a tu hermano mayor. Y a ti, ¿qué te dieron? Deja que lo piense... ¡Ah, sí, es verdad! Le pusieron tu nombre a una playa. Claro que ahora tienes una nueva oportunidad. Vuelve con tus hombres, gana esta batalla y deja que tu padre se lleve la gloria. Quién sabe, con un poco de suerte, quizá logres que le pongan tu fea cara a una de las estatuas del templo de Sulis.

El rostro de Cymen ya no reflejaba serenidad, sino una mezcla de ira y desconcierto.

Sus pómulos, enrojecidos quizá por la vergüenza de verse interpelado así ante sus hombres, destacaban de un modo cómico sobre el blanco de nieve de su barba.

—¿Quién eres tú? —bramó, avanzando unos cuantos pasos más hacia Lance—. Si estabas en Andredes, quizá recuerdes también lo que mi hermano Cissa les hizo a algunos de los críos que defendían la fortaleza. Son su debilidad, los niños. Los dioses le perdonen. ¿Eras tú uno de ellos? ¿Te eligió para compartir su cama? A lo mejor no has podido olvidarlo, y por eso tienes tantas ganas de morir.

Se oyeron algunas carcajadas en las primeras filas de los sajones.

—Tus huscarles están inquietos, segundón —insistió Lance sin responder a la provocación de Cymen—. Te han seguido hasta aquí con la promesa de tierra y riquezas. Pero empiezan a entender que dejarán su sangre en esta isla para nada. Todo se lo llevarán los hombres de Cissa o del pequeño, Wlencing, el preferido de tu padre. ¿Por qué te odia tanto el rey Aellas? Es porque sospecha que eres un bastardo, ¿verdad? Sí, claro que es verdad. Tú lo sabes tan bien como yo. Pero ¿lo saben tus hombres? ¿Saben que nunca tendrás nada que darles porque nunca heredarás nada?

Un pesado silencio acogió aquellas palabras. Cymen miró un instante hacia atrás para comprobar el efecto que había tenido la provocación de Lance sobre sus guerreros. Y no debió de encontrar en sus ojos nada que lo tranquilizara.

—Te voy a dar la muerte que estás buscando —exclamó, volviéndose de nuevo hacia Lance.

Y sin esperar más, se lanzó a la carrera contra su oponente.

Lance esperó a que Cymen se hallase lo bastante cerca como para arrojarle el hacha que llevaba en la mano derecha. Instintivamente, Cymen se protegió con el escudo. El impacto del hacha fue tan duro que el broquel crujió como una rama seca, mientras la hoja rasgaba el cuero de la superficie y atravesaba el armazón de haya roja de lado a lado. El hijo de Aellas trastabilló y retrocedió un par de pasos, intentando recuperar el equilibrio. Lance arrancó el escudo que había clavado en tierra y se abalanzó sobre el sajón con la espada en alto.

Cuando lanzó el primer golpe, Cymen hizo ademán de protegerse, pero el peso del hacha clavada en su escudo lo desequilibraba. La espada se abatió sobre el escudo del sajón, destrozándole el borde y arrancándole una nube de astillas. Luego, el filo resbaló hasta la cota de malla y quebró algunas de las anillas. Debajo, el jubón de cuero del gigante albino se desgarró desde el pecho hasta el costado.

La sangre se extendió sobre el cuero, empapó el metal oscuro de la armadura y empezó a gotear sobre la hierba. Cymen se miró la herida con incredulidad. El brazo que sostenía la espada ni siquiera había temblado.

Con una agilidad sorprendente, Cymen lanzó un par de estocadas seguidas que Lance consiguió esquivar. Gracias al velo, adivinó la dirección de su siguiente movimiento. Iba a descargarle un golpe cruzado, podía verlo con toda claridad.

Lance se apartó justo a tiempo para evitar que la espada de Cymen se le clavara en el costado. Giró sobre sí mismo y, antes de que Cymen pudiese reaccionar, le embistió con el escudo, golpeándole brutalmente en el brazo derecho.

La violencia del golpe hizo que el hijo de Aellas cayera al suelo. Cuando logró incorporarse, Lance vio que el brazo derecho del sajón colgaba inerte. Se le había dislocado el hombro. Aun así, se las arregló para alzar contra él el hacha que llevaba en la mano izquierda. Pero ni siquiera llegó a descargar un golpe. Lance le golpeó en pleno rostro con el puño de la espada. A continuación le clavó la punta en el cuello y dejó que se hundiese

en su carne hasta romperle la columna.

Cymen cayó al suelo de rodillas. Permaneció un instante en esa posición, borboteando sangre por la boca, hasta que el tronco se le dobló hacia delante y su rostro golpeó la tierra.

Desde las filas sajonas, los hombres contemplaban el fin de su caudillo aturcidos, en completo silencio. Lance recordó entonces una profecía que había oído cuando combatía con los mercenarios de Dyenu. Al parecer, una bruja le había vaticinado a Cymen que solo podría derrotarle un guerrero maldito, elegido por los dioses para salvar Britannia pero condenado por el destino a destruir lo que debía salvar. La hechicera le había aconsejado que sacrificase a todos los niños de la costa sajona que hubiesen nacido en la Pascua de Pentecostés, pues entre ellos se encontraba aquel al que debía temer. Y Cymen se había negado. Estaba dispuesto a matar a quien fuera en el campo de batalla, pero no iba a convertirse en un monstruo sanguinario por miedo a las palabras de una simple mujerzuela.

Se acercó al sajón, volteó su cadáver y, con deliberada lentitud, extrajo la espada de su cuerpo. Habría preferido no recordar en el último momento aquella extraña profecía. Ahora, los sajones lo miraban como si él fuese aquel guerrero maldito que la hechicera había anunciado. El Elegido de los dioses para salvar Britannia, pero condenado por el destino a destruirla.

Capítulo 22

La espada de Lance se clavó en la axila de su adversario con un crujido húmedo. Era un huscarle pelirrojo con una cicatriz que le atravesaba la mejilla derecha. Por un momento, los ojos de Lance se encontraron con los del sajón, verdes y brillantes como canicas de cristal. Se preguntó si ya estaría muerto. Pero no tenía tiempo de averiguarlo, el velo ya le estaba guiando hacia otro hombre, un gigante canoso de poderosos músculos que acababa de herir en el costado al britano que lo estaba atacando.

Hacía largo rato que el combate era cuerpo contra cuerpo, y sobraban todas las estrategias. Lo único que se podía hacer era confiar en las sensaciones del velo, que detectaba las debilidades del adversario y sugería movimientos y lances continuamente. Una vez que te acostumbrabas, era como dejarse guiar por un maestro de baile. Lo único que tenías que hacer era atender a las señales y no perder el ritmo de la lucha.

Algunos soldados britanos no estaban habituados a la influencia del velo y terminaban desconcentrándose e ignorando su influencia, pero la mayoría sabían cómo utilizarlo a su favor. Suponía una gran ventaja respecto a los sajones, que como máximo debían de disponer de alguna conexión muy primitiva a Britannia. Por eso, aunque ellos eran más, a medida que transcurría el tiempo iba quedando patente su inferioridad. Eran muchos los huscarles que habían caído, y entre los que quedaban en pie, la mayor parte estaban heridos. Poco a poco, pero de manera irreversible, iban cediendo terreno. Retrocedían, y los britanos aprovechaban para ganar posiciones.

Hacía rato que el estandarte del dragón blanco había sido arrancado de su mástil. Lance lo había visto atravesar flotando el campo de batalla hasta posarse durante unos segundos sobre el cuerpo de Cymen. Después, alzó el vuelo de nuevo. Lance no ordenó a ninguno de sus hombres que lo alcanzara. Después de todo, no era más que un símbolo. El día estaba ganado, al menos en aquella parte de la línea de combate. El estandarte del dragón ya no iba a servirles de mucho ni a Aellas ni a Cymen, el albino.

Estaba dudando sobre si dar o no la orden de perseguir a los huscarles en retirada, cuando vio a Pelinor, que se acercaba en persona a lomos de un nervioso caballo blanco que no era el que Lance le había visto al comienzo de la batalla.

—Dejad esto, os necesitamos —dijo a voz en grito—. El flanco izquierdo está sufriendo mucho; Uriens va a caer si no recibe ayuda.

—¿Uniremos nuestras fuerzas a las vuestras, padre? —preguntó Lamorak.

Pelinor dejó que su caballo diese una vuelta sobre sí mismo antes de responder.

—Yo no puedo ir con vosotros. Mi sitio, y el de mis hombres, está en el flanco derecho. ¿No os habéis enterado? El rey Lot nos ha traicionado. Él y sus hombres se han puesto del lado de los sajones. Y son muy numerosos. Caradoc no logrará hacerles frente si no recibe ayuda.

Un rumor inquieto se extendió entre los soldados que se hallaban lo bastante cerca

como para oír las palabras de Pelinor. Lamorak, muy pálido, se acercó a su padre.

—Lot no haría eso —dijo con voz ronca—. Es nuestro aliado. Tiene que ser un error.

—¿Quieres comprobarlo tú mismo? Ven conmigo, entonces —dijo Pelinor, y espoleó su caballo para partir por donde había venido—. Lance, al flanco izquierdo. Cuanto antes.

Atravesar el campo de batalla hasta el lugar donde combatían los hombres de Uriens era como cruzar un paisaje de pesadilla. El velo hacía que Lance tuviese la sensación de avanzar flotando sobre la tierra sembrada de escudos rotos, armas aplastadas y cuerpos reventados bajo las corazas y los petos de cuero. La sangre y las vísceras brotaban como flores entre los despojos de las armaduras, frescas y llamativas. Britannia atenuaba los crujidos de los cadáveres bajo las botas, los gemidos de los que aún se debatían entre la vida y la muerte. Sobre todo, ayudaba a embotar el cerebro, a seguir adelante sin pensar en nada.

Una profunda desazón asaltó a Lance al aproximarse al lugar donde combatían los de Uriens. Sajones y britanos peleaban por cada pulgada de terreno en medio de una confusión que apenas permitía distinguir a los aliados de los enemigos. Al rey de Gor no se le veía por ninguna parte y su hijo Yvain, con el yelmo roto y la cara al descubierto, luchaba solo contra media docena de huscarles que lo tenían rodeado, sin que ninguno de sus hombres se atreviese a intentar romper el cerco.

Lance dio órdenes a sus hombres para que se lanzaran contra los huscarles como lo habían hecho en el promontorio del estandarte. La reciente victoria en ese punto les había dado confianza, y aunque no eran muchos, su llegada había bastado para levantar los ánimos de los hombres de Gor, haciéndoles sentir que no todo estaba perdido.

El problema era llegar hasta donde se encontraba Yvain, que había quedado aislado del resto de sus hombres por un contingente de huscarles que impedía pasar a los britanos. Mucho daño debía de haberles hecho el hijo de Uriens para que los sajones se hubiesen molestado en diseñar toda una estrategia destinada a acorralarlo.

Mecánicamente, Lance iba enfrentándose con los huscarles que le salían al paso en su intento por llegar hasta Yvain. El ritmo de la batalla se había instalado en su interior, y acoplaba sus acciones a las sensaciones que el velo le infundía como por instinto. Uno tras otro iba sorteando o derribando a sus enemigos. Pero su inquietud, mientras tanto, no hacía sino crecer. La última vez que había mirado a Yvain lo había visto debatirse de un modo extraño, como si hubiese perdido el control de su brazo izquierdo. Si estaba herido, no resistiría mucho. Eran demasiados sajones contra un solo hombre, aunque se tratase de un hombre tan extraordinario como él.

Fue entonces cuando oyeron un aullido que se modulaba en agudas notas antes de volver a descender, semejante a un canto.

Lance se subió sobre el pecho del sajón que acababa de matar para mirar hacia el bosque. Un grupo de jinetes acababa de surgir de entre los árboles y cabalgaba directamente hacia ellos. Solo cuando estuvieron lo suficientemente cerca, se dio cuenta de que eran mujeres. Llevaban cotas de malla de acero negro y arcos pequeños que manejaban con una rapidez sorprendente.

Como un látigo, las Amazonas cayeron sobre el círculo de huscarles que rodeaba a Yvain y abatieron a la mitad de sus hombres con la primera andanada de flechas que lanzaron. Los demás se echaron sobre ellas como furias, pero incluso en la retirada, las mujeres se giraban sobre sus sillas y disparaban con una puntería que casi parecía

sobrehumana.

La perplejidad de los sajones ante aquel inesperado ataque no tardó en sumirlos en el caos. Los huscarles no parecían ponerse de acuerdo para hacer frente a la nueva amenaza. Algunos se precipitaron hacia el lugar donde combatía Yvain, con la intención de ayudar a los que habían caído. Justo lo que querían las amazonas, probablemente. A un grito de una de ellas, cargaron de nuevo contra el enemigo. Y esta vez su puntería fue tal, que alrededor de Yvain no quedó más que una estrella de sajones muertos o moribundos.

Lance se lanzó directamente hacia donde se encontraba el hijo de Uriens, pero la capitana de las amazonas se le adelantó. Llevaba el rostro cubierto por una máscara de cuero, que ella misma desenlazó por detrás de la nuca al detener su yegua delante de Yvain.

El caballero la contempló aturdido, como si se tratase de una aparición. Lance, en cambio, sonrió al reconocer sus facciones. Era Laudine, la Señora de la fuente de Broceliande.

Espoleando a su montura, llegó hasta donde ella se encontraba. Yvain, una vez repuesto de la primera impresión, había desenvainado su espada una vez más y se mantenía en pie frente a la yegua de la amazona, desafiante.

—Tenéis un modo extraño de agradecer los favores —dijo Laudine—. ¿De verdad queréis que nos enfrentemos? No soy vuestra enemiga.

Yvain se olvidó de contestar. Parecía hechizado por la aparición de la doncella guerrera.

—Dejaos de juegos —dijo Lance, aproximando su caballo a la yegua de Laudine—. No hay tiempo para eso, el flanco derecho está a punto de caer. Yvain, venid conmigo. Pelinor está combatiendo allí. Creo que no le vendrá mal nuestra ayuda.

—Esperad —dijo Laudine—. Voy con vosotros. ¡Lunete!

Otra amazona acudió al galope a la llamada. Tenía los cabellos muy negros y peinados en una cascada de trenzas que le caían sobre la espalda. Su rostro quedaba oculto tras un antifaz de cuero semejante al de su señora.

—Terminad lo que hemos empezado. Los sajones están prácticamente vencidos. Cuando acabéis, dirige al grupo al flanco derecho. Buscadme a mí, o la enseña del cisne de sir Pelinor de Listenoise. Pero, antes, deja a alguna de las mujeres con Uriens. Está herido, lo he visto. Debéis encontrarlo.

Con Laudine en cabeza, retrocedieron hacia el bosque para atravesar la distancia que los separaba del flanco derecho sin pasar sobre la alfombra de armas y cadáveres. Por encima de las copas oscuras de los robles, Lance veía retazos de un cielo crepuscular. Bandadas de cuervos lo atravesaban de cuando en cuando, quebrando el silencio con sus graznidos. Volaban hacia el campo de batalla, para darse un festín con los despojos de los hombres.

Abandonaron la protección de los árboles justo a la altura de la que había partido la columna de Caradoc aquella misma mañana. Para entonces, el tono violáceo del cielo se había convertido en un azul profundo sobre el que resplandecían, aquí y allá, las primeras estrellas.

Lance aguzó el oído, intentando captar los últimos estertores de la batalla. Sin embargo, no se oía nada. Nada más que el graznido de los cuervos y el rumor del viento sobre la llanura.

—¿Dónde está el ejército? —preguntó Laudine—. O lo que quede de él.

Cabalgaron juntos en dirección al lugar donde, apenas una hora antes, Caradoc aún le plantaba cara al enemigo sajón.

No tardaron en llegar a la alfombra de armas rotas y cadáveres destrozados. Allí estaban mezclados britanos y sajones, algunos aplastados por el peso de los caballos de Lothian, otros sobre ellos, amontonados como animales recién sacrificados en un matadero.

Al principio, Lance no vio en aquel infierno más que un caos sin sentido. Pero el velo le hizo comprender que de aquel desorden se podían extraer algunas conclusiones: la disposición de los cuerpos era un reflejo de lo que había ocurrido en el transcurso de la batalla.

Estaba claro que los britanos se habían visto en inferioridad de condiciones en aquella parte del campo. Sus líneas habían sido quebradas por la entrada de la caballería de Lothian, que había dividido sus fuerzas en dos grupos aislados y había terminado rodeándolos por todas partes. La llegada de Pelinor con sus tropas había equilibrado momentáneamente la balanza, y el rastro de muerte que había dejado entre los de Lot podía seguirse con claridad desde la ladera en la que Lance se encontraba.

Sin embargo, los sajones se habían rehecho y habían devuelto el golpe con creces. Al final, los britanos habían quedado reducidos a un círculo compacto acosado desde todos los flancos por el enemigo. Tenía que haber sido evidente para ellos que el día estaba perdido y que no había nada que pudieran hacer para dar la vuelta a la batalla. Y aun así, habían seguido luchando. Hasta el último hombre. Y en aquella locura habían conseguido arrastrar a sus enemigos, aniquilándolos también. Se habían destrozado mutuamente en una carnicería sin sentido. Y gracias a eso, los sajones del flanco derecho no pudieron acudir en ayuda de sus compañeros en el resto de las líneas. El resultado era que los britanos habían ganado la batalla. A pesar de la traición de Lot, a pesar de las innumerables muertes.

Las Amazonas de Laudine habían comenzado a llegar tras ellos. En silencio, se fueron reagrupando alrededor de su señora. El hedor de la muerte lo impregnaba todo. El viento se enredaba en las capas de los muertos, en los estandartes que yacían en el suelo, desgarrados.

—Buscad supervivientes —ordenó Laudine—. Socorred a los heridos, sean britanos o sajones. Pero si encontráis vivo a algún traidor de Lothian, matadlo.

La propia Laudine se apeó de su yegua para ayudar a las Amazonas en su tarea. Lance decidió ir con ella. Juntos, recorrieron la llanura examinando los rostros y la posición de los cuerpos que yacían sobre la hierba, en busca de algún resto de vida. Yvain, desde su caballo, los observaba con los ojos vacíos. El horror de la escena parecía haberlo paralizado.

—Hay algo extraño en ellos —dijo Laudine, señalando la expresión de sufrimiento de un huscarle atravesado por un hacha britana a la altura de la cadera derecha—. Están muertos, pero esas caras reflejan el sufrimiento de alguien vivo.

Lance asintió. Era cierto: no había paz en ninguno de aquellos cadáveres. Todos los rostros sin excepción reflejaban angustia, terror. Como si hubiesen quedado congelados en el instante previo a la muerte, cuando el sufrimiento era más atroz.

Laudine lo asió bruscamente por el brazo izquierdo.

—Ahí —susurró con los ojos fijos en uno de los cuerpos que tenían frente a ellos—. Es el rey Lot. ¡Tiene la cara deformada de dolor!

Pero los ojos de Lance ya no miraban hacia Lot, sino hacia el cuerpo que yacía sobre el costado izquierdo a pocos palmos de él. Aunque no le veía la cara, lo reconoció al instante por la armadura.

—Pelinor —dijo.

Se arrodilló junto al caballero para girarlo con suavidad, y solo en ese instante se

dio cuenta de que aún respiraba. Tenía una lanza sajona clavada en el muslo, casi a la altura de la ingle.

—Vive —susurró Laudine, arrodillándose a su lado—. Pero aún está perdiendo sangre. Hay que arrancarle esa lanza y cerrar la herida. Ayudadme.

Lance sujetó con ambos brazos la pierna del dux y la apretó contra la tierra. Laudine inspiró hondo, aferró el ástil de la lanza con ambas manos y, de un solo tirón, la extrajo de la carne herida de Pelinor.

El dux emitió un quejido casi inaudible.

—Pelinor, ¿podéis oírme? —preguntó Lance—. El día es nuestro. Hemos ganado la batalla.

Laudine se había arrancado un jirón de la saya verde que llevaba bajo la cota de malla y lo estaba utilizando para vendar al dux. Antes de hacerlo, Lance la había visto deslizar dentro de la herida una gema de un profundo color azul. Sabía que algunos alquimistas eran capaces de utilizar el poder de Britannia para sanar enfermedades y curar heridas, pero nunca había visto a nadie hacerlo en un campo de batalla.

La gema debió de obrar su efecto con rapidez, porque el rostro de Pelinor empezó a relajarse casi de inmediato.

—Sobreviviréis —le alentó Lance, sonriendo—. Y recibiréis el honor que os corresponde por una victoria como esta.

Los labios de Pelinor se entreabrieron y una carcajada estrepajosa agitó su pecho.

—¿Victoria? —preguntó—. ¿Qué victoria? Todos han muerto. Todos.

—Sí, pero el sacrificio no ha sido en vano —insistió Lance—. Habéis aniquilado a la caballería de Lothian. Gracias a vos, el día es nuestro.

Pelinor intentó incorporarse, y el rostro se le deformó de dolor. Laudine le ayudó a recostarse nuevamente sobre el suelo.

—No lo entendéis —murmuró el dux—. Estaba desesperado, no teníamos nada que hacer frente a la caballería de Lot. Pero yo sabía la manera. Nunca debí, sé que nunca debí utilizarlo. Mi linaje era el encargado de custodiarlo, y ha cumplido fielmente su misión una generación tras otra. Ahora, yo he roto el vínculo.

Como en un fogonazo, Lance recordó la conversación con Elaine en el viejo santuario, y los tres objetos que había visto allí.

—El Grial —dijo, mirando fijamente a Pelinor—. ¿Lo habéis usado?

—Creí que no tenía elección. Pero siempre hay elección. Lo he estropeado todo, todo. He condenado a Britannia a desaparecer.

Laudine le pasó una mano por la frente, intentando calmarle. Pero la desazón del caballero parecía inconsolable. Por su rostro salpicado de sangre ennegrecida corrieron dos gruesas lágrimas.

—Quizá no sea tan grave —aventuró Laudine—. Después de todo, nadie sabe lo que el Grial es capaz de hacer.

Lance la miró. El tono desesperanzado de su voz contradecía el optimismo de sus palabras.

Sintió que Pelinor le aferraba una mano con las dos suyas.

—Tienes que encontrarlo —dijo, en el tono imperioso de sus mejores tiempos—. Él es nuestra última esperanza.

—¿A quién? —preguntó Lance sin comprender.

—Al rey. Encuentra al rey. La tierra está enferma ahora. Enferma. Solo él sabrá cómo sanarla.

Lance asintió, y su gesto, curiosamente, pareció tranquilizar al dux, que cerró los ojos, extenuado.

Miró a Laudine. La luna acababa de salir e iluminaba de lleno el rostro de la dama, que parecía agitado por una viva inquietud.

—¿A qué rey se refiere? —preguntó Laudine—. Yo creo que el dolor le hace delirar, y que está hablando de Uther.

—Es posible —contestó él—. Pero lo que debe preocuparnos ahora no es el rey de Pelinor, sino la reina.

Laudine lo miró con expresión interrogante.

—¿La reina Igraine?

Lance cerró los ojos. No quería tener que responder aquella pregunta. No quería tener que pensar, después de todo lo que había pasado, en lo que vendría a continuación.

Pero debía hacerlo. Debía pensarlo y debía actuar; cuanto antes.

—Lot no ha ganado en este campo de batalla, pero queda su hijo. Es imposible que Gawain estuviese al margen de esta traición. Y ahora, por mi estupidez, Gwenn está en sus manos. Gawain tiene a su merced a la heredera de la reina Igraine.

LIBRO III
El rey sin espada

Capítulo 23

Declinaba el día y el sol, muy cercano al horizonte, arrojaba una luz rojiza sobre la puerta oeste de Glevum, que a esas horas era la única que permanecía abierta. Desde lo alto de la yegua que montaba, Arturo observó con curiosidad al sargento de guardia que custodiaba la entrada, y que en ese momento estaba examinando el salvoconducto que Gawain le acababa de entregar. Por un momento se preguntó si tenía problemas para entender el contenido del documento, porque no terminaba de devolvérselo.

Cuando por fin levantó la vista del pergamino, la expresión de su rostro era hostil, como si previese problemas.

—Esta es una cédula real —gruñó, entregándole el documento a Gawain, que aguardaba con aire de impaciencia en su caballo negro, a la derecha de Arturo—. No tiene ninguna validez en la ciudad libre de Glevum.

—¡Ciudad libre! —exclamó el hijo del rey Lot revolviéndose furioso en su silla dorada—. ¿Desde cuándo?

Arturo le lanzó una mirada de advertencia.

—Perdonad a mi socio —dijo en un tono deliberadamente altivo, para impresionar al soldado—. Ha pasado demasiado tiempo en Lothian comerciando con los pictos y se ha vuelto algo salvaje.

Una sonrisa burlona se dibujó en los labios del sargento. Probablemente le divertía imaginarse al irritado mercader atrapado en el norte y enfundado en un sucio pellejo mientras les vendía baratijas a los bárbaros pintados de azul.

—Lo siento, pero no podéis pasar —contestó con sequedad.

—Somos ciudadanos de Corinium —explicó Arturo, pronunciando el nombre de la ciudad como si fuese salvoconducto suficiente—. ¿Vais a negarles el paso a dos patricios de una villa hermana de la vuestra?

Al tiempo que hablaba, Arturo tiró ligeramente de una de las bridas de su yegua, que, obediente, sacudió la cabeza y golpeó con brusquedad al guardia en el pecho. El soldado dio un paso atrás, tan aturdido como si le hubiesen abofeteado el rostro.

Arturo acarició las crines del animal.

—Tenemos un negocio urgente con el Senado de la ciudad —continuó—. El propio Caled ap Llywelyn nos recibirá en persona. Al parecer, le gustan las gemas de nuestras minas.

El sargento tragó saliva. Miró a los dos hombres vestidos de mercaderes con expresión perpleja.

—Tengo órdenes. —Fue todo lo que acertó a decir.

—Lo entiendo. —Arturo trató de dulcificar su tono—. Todos servimos a alguien, y la mayoría de las veces a ese alguien se le olvida darnos órdenes precisas. Sin duda, lo que necesitáis es una prueba de que no estoy mintiendo. Aquí la tenéis —añadió, alargando

hacia el guardia la mano derecha con una perla negra y mate en el centro de la palma—. Esta es una de las gemas con las que comerciamos. Una conexión a Britannia perfecta, extraordinariamente pura. Ya lo comprobaréis cuando la uséis en una libación.

El sargento cogió la perla con gesto temeroso.

—Viendo esta mercancía, sin duda podréis comprender la urgencia de vuestros senadores por recibirnos —observó Arturo con una sonrisa—. En mi opinión, no se pondrán muy contentos cuando sepan que nos habéis tenido aquí esperando.

El hombre dudó todavía un momento, pero finalmente se encogió de hombros.

—Está bien —murmuró—. Podéis pasar.

La escultura de mármol de una diosa antigua presidía la entrada del palacio del senador Caled ap Llywelyn. Se trataba de una talla de exquisita factura situada sobre un pedestal de bronce dorado. Del mismo material estaban hechas las puertas, cuyos relieves representaban escenas de las fiestas de las cosechas y del solsticio de verano.

Al ver su aspecto de comerciantes ricos, los guardianes de la entrada se apresuraron a avisar a uno de los criados principales de la casa, y sin esperar órdenes se hicieron cargo de los caballos, llevándoselos a los establos.

Sin embargo, el criado que salió a recibirlos no se dejaba impresionar tan fácilmente como los soldados.

—¿Queréis ver a Su Señoría? —les preguntó—. Lo siento, pero no recibe a nadie a estas horas de la tarde. Podéis presentarle vuestras demandas mañana a partir del mediodía. Hoy ya es imposible.

—Te equivocas, amigo. Somos embajadores de la ciudad hermana de Corinium —replicó Arturo con una desenvoltura que dejó boquiabierto a Gawain—. Tu señor nos recibirá de buen grado. Llévanos hasta él.

El criado los miró indeciso durante unos instantes. Su rostro, inexpresivo y triste a la vez, recordaba las rígidas facciones de una máscara trágica.

Algo en la seguridad con la que había hablado Arturo debió de convencerle de la importancia de aquella visita, porque finalmente asintió, e incluso se curvó ante ellos en un amago de reverencia. Después, sin decir nada, los invitó con un gesto a que lo siguieran, y los condujo solemnemente a través de escaleras y corredores hasta un inmenso salón cuyas paredes estaban decoradas con frescos que representaban escenas relacionadas con el mar y los navegantes.

—Esperad aquí —dijo—. Voy a avisar a mi señor.

—¡Su Señoría! —murmuró Gawain mirando con asombro los excesos decorativos de la sala, en cuyas paredes no podía encontrarse ni un solo espacio vacío—. La última vez que vine aquí, esto era un almacén y apestaba a estiércol. ¿Quién demonios se habrá creído que es este mercader de tres al cuarto?

Arturo intentó sentarse en uno de los bancos de madera de roble que se encontraban alineados junto a las paredes del salón; pero después de probarlo decidió que estaría mejor de pie. Aquella gente, desde luego, sabía cómo hacer que un visitante se sintiese incómodo mientras esperaba a ser atendido. Probablemente se trataba de una estrategia comercial para minar su confianza, aumentar su irritación e impedirle afrontar una negociación con claridad.

—Lo que te fastidia, Gawain —observó mientras sus ojos vagaban sobre los detalles de un fresco que representaba a un grupo de nereidas— es que los republicanos

tengan mejores criados que nosotros.

Gawain sonrió, y su rostro se distendió por un instante, justo hasta el momento en que Caled hizo su aparición en el umbral de la sala. Al verlo, las facciones del hijo de Lot se crisparon de nuevo.

Precedido por su mayordomo, el mercader entró en la sala con una amplia sonrisa, tan servil como si él fuese un criado y el otro su señor. Sin embargo, en cuanto vio a Gawain y lo reconoció, sus rasgos se transfiguraron. Una sombra de miedo atravesó su semblante, dejando paso enseguida a una mueca de contrariedad.

—Seguidme —dijo secamente.

Evitando la mirada de los recién llegados, los invitó a pasar por una puerta que conducía a un sobrio despacho en cuya chimenea brillaban los rescoldos de un fuego mortecino. Poco a poco, su rostro se fue relajando hasta recuperar la obsequiosa sonrisa del principio.

—Mi señor Gawain, ¡qué placer tan inesperado! —exclamó como si en verdad estuviese encantado con aquella visita—. Y acompañado del noble hijo de sir Héctor, si no me engaña la vista. ¿A qué debo el honor de tan grata compañía?

—Necesitamos un barco y lo necesitamos esta misma noche —contestó Gawain con una sonrisa que tenía algo de amenazante.

Caled abrió la boca; pero antes de que le diese tiempo a hablar, el hijo de Lot lo detuvo con un gesto.

—No se te ocurra preguntar para qué —añadió en tono de advertencia.

Caled se lo quedó mirando un momento con indecisión.

—Nada me gustaría más que complaceros, sir Gawain —dijo por fin en su habitual tono melifluo—. Pero supongo que no ignoráis que la situación de Glevum es sumamente inestable. Por mucho que lo desee, no puedo ofreceros nave alguna: ahora mismo el estuario del Sabrina se encuentra bloqueado por la flota sajona. Ningún barco puede entrar ni salir sin el permiso de esos bárbaros.

Arturo y Gawain intercambiaron una mirada de preocupación.

—Aun así, necesitaremos el barco —insistió Gawain con firmeza—. Entréganos el mejor que tengas junto con un buen capitán, que ya nos encargaremos nosotros de burlar el bloqueo sajón.

—No lo entendedís, mi señor. Las únicas naves de las que dispongo son embarcaciones mercantes. Demasiado lentas y pesadas. No tendríais ni la más mínima posibilidad de burlar el bloqueo. Y además, hay otro problema —añadió, y sus labios temblaron imperceptiblemente—: el puerto está vigilado por la guardia del canciller, que tiene espías en todas partes. Creedme, sea cual sea vuestro destino, haríais mejor en elegir una ruta terrestre para alcanzarlo.

Gawain dio un paso hacia el mercader.

—¿De qué canciller estás hablando? —preguntó, sin tratar de ocultar su irritación—. ¿Tiene algo que ver con lo que nos dijeron vuestros hombres al intentar cruzar la puerta de la muralla? Esa estupidez de que Glevum ahora es una ciudad libre. Vamos, ¿por qué me miras así? Habla claro.

Caled tragó saliva y trató de desplegar una sonrisa tranquilizadora en sus pálidos labios.

—Han pasado muchas cosas durante los últimos días —explicó, eligiendo con cuidado las palabras—. En realidad, todo se precipitó hará cosa de una semana, cuando recibimos un mensaje de la reina ordenándonos que hundiésemos la flota sajona que

bloquea el puerto. Era una orden imposible de cumplir porque nosotros no tenemos ni hemos tenido nunca barcos de guerra. En fin, el Senado se reunió y todo el mundo estaba muy nervioso. Entonces fue cuando Rhys se levantó para hablar. ¿Recordáis a Rhys, sir Gawain? Su nombre debe de sonaros, es uno de los mercaderes de trigo más conocidos de por aquí. Bueno, el caso es que Rhys habló con mucha elocuencia. Dijo que ya estaba bien de que la Corona nos exigiese que nos lo jugásemos todo sin tenernos en cuenta después a la hora de tomar las grandes decisiones. Los senadores lo escuchaban escandalizados al principio, pero Rhys se expresaba con tanta seguridad que poco a poco se los fue ganando. Para abreviar, terminó convenciéndolos a todos de que lo que más le convenía a Glevum era convertirse en una ciudad libre. Se decidió que el Senado votase una moción para independizarnos de Britannia. Y la propuesta fue aprobada por unanimidad. Por eso, ahora Rhys es el canciller de la ciudad libre de Glevum.

—Y Su Señoría votó a favor de la propuesta, claro. ¿A cambio de qué? —le espetó Gawain.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —contestó el mercader en tono quejumbroso—. Los sajones nos estaban arruinando, y la reina Igraine es incapaz de protegernos. Tomamos la única decisión que podía salvarnos en estas circunstancias.

Arturo sonrió al oír aquella respuesta. Como buen comerciante, Caled era capaz de lograr que cualquier explicación sonase convincente, pero en su argumentación había algo que fallaba.

—No es la primera vez que los sajones os bloquean el puerto —observó mientras estudiaba las reacciones del mercader—. Y por lo que yo sé, siempre habéis encontrado la manera de burlarlos. ¿Por qué iba a ser diferente en esta ocasión? El grueso de las fuerzas de Aellas no se encuentra aquí, y eso significa que no dispone de tantos barcos como para cerrar el estuario entero. Así que no es por temor a los sajones por lo que habéis declarado la independencia de Britannia. ¿Por qué es, entonces?

La expresión tensa y amedrentada de Caled casi contenía una respuesta.

—Es por Rhys, ¿verdad? —preguntó Arturo—. Algo había llegado a mis oídos acerca de sus ambiciones y su tendencia a buscarse aliados peligrosos. Ha sido él quien te ha obligado a votar esa moción. ¿Me equivoco?

Caled miró al muchacho con una sonrisa entre irónica y desconfiada. Sin embargo, la forma en que Arturo le sostuvo la mirada hizo que lentamente su sonrisa comenzase a desdibujarse, como si sintiese que, con él, la máscara no era necesaria.

—Rhys es un tirano —murmuró, y en su voz latía una desesperación que no tenía nada de fingida—. Ha logrado aterrorizar a toda la ciudad. ¿Os habéis fijado al pasar en todas esas hendiduras que hay a la derecha de las puertas? Las llama bocas de la verdad. Cualquiera puede coger un trozo de papel, llenarlo de mentiras y dejarlo en uno de esos buzones de piedra, ahora te calumnian y te acusan en tu propia casa. Nadie confía ya en nadie. El Senado se ha convertido en una pantomima. Vergonzoso. Ese piojoso vendedor de trigo nos ha robado el orgullo y la dignidad.

—Entiendo —dijo Arturo en tono sereno—. No es la primera vez que pasa ni será la última. Ese Rhys se ha valido de las pequeñas disputas y rencores que dividen a las familias en una vieja ciudad como esta para poner a todos contra todos y alzarse en medio del terror generalizado como la única autoridad indiscutible. Pero tú eres un hombre de mundo, Caled. Tú sabes que las triquiñuelas de Rhys no lo convierten en un hombre verdaderamente poderoso. Es absurdo temerlo, ¿no crees?

—¿Qué importa lo que yo crea? La gente lo cree. Lo temen. Esa es la fuente de su

poder.

—No, Caled, piénsalo despacio. Lo que la gente teme es el hambre y las penurias de un futuro incierto. Se agarran a lo que sea para sentirse un poco menos inseguros, por eso han aceptado el yugo de Rhys. Pero si los sajones no estuvieran ahí, las cosas serían muy diferentes, ¿a que sí?

—Sin duda lo serían —afirmó el mercader, clavando una mirada ausente en la ventana emplomada que había en la pared opuesta a la de la chimenea—. Pero el hecho es que los sajones están ahí, bloqueando nuestro puerto y no parecen tener ninguna prisa por marcharse; más bien al contrario.

Arturo asintió con una leve sonrisa en los labios.

—Amigo, te voy a contar algo que te va a alegrar el día. La flota de los sajones está aquí por un solo motivo, y ese motivo somos nosotros. O más bien, algo que nosotros tenemos. En cuanto nos vayamos, la flota se irá.

Caled lo miró aturdido mientras trataba de digerir aquella revelación.

—Sí. —Arturo sonrió como si fuera capaz de leerle el pensamiento—. Ahora tienes una difícil elección ante ti: puedes denunciarnos a Rhys y a los sajones, con lo que probablemente ganarías unas cuantas monedas de plata, o puedes no denunciarnos y desembarazarte para siempre del canciller y de sus maniobras.

—¿Cómo? —preguntó Caled con desconfianza.

—Ayudándonos. Si nos prestas uno de tus barcos, el rey Lot, que como bien sabes es el padre de sir Gawain, sabrá agradecértelo cuando llegue el momento.

—¿Qué momento?

—El de castigar la rebeldía de Glevum y a sus responsables —afirmó Gawain, harto de tantos rodeos y explicaciones—. ¿O es que crees que esta sedición va a quedar impune?

Caled meneó la cabeza, poco convencido.

—Habláis como si Britannia fuese lo que era en tiempos del rey Uther. Pero esos tiempos pasaron, sir Gawain, y los tiempos de la reina Igraine también están a punto de tocar a su fin. Los sajones han ocupado el sur del país, ¿creéis que no lo sabemos? Estando así las cosas, tal vez entregar a los sajones eso que tanto quieren y que vosotros tenéis no sea mala idea. Es una hipótesis, naturalmente.

—Y tú, un insensato por atreverte a hablar de ella en voz alta —replicó Gawain furioso, al tiempo que se llevaba la mano derecha al puño de la espada—. Tu insolencia merece el castigo que sin duda vas a recibir, aunque no sé si voy a ser capaz de esperar a que la reina haga justicia.

—Estamos hablando —dijo Caled, que se había puesto muy pálido—. Solo eso, hablando. ¿Cómo queréis que lleguemos a un acuerdo si no me está permitido expresar mis dudas? Os recuerdo que sois vosotros los que habéis venido a mí a pedirme un barco, y no al contrario.

—Nadie va a hacerte daño ahora, no tienes por qué preocuparte —afirmó Arturo sin perder la calma—. Pero lo que dice Gawain es cierto, Caled, y debes saberlo. Mientras nosotros negociamos aquí, el ejército de Pelinor estará probablemente combatiendo ya con los sajones cerca de Aquae Sulis. Y van a derrotarlos. ¿Sabes por qué? Porque ellos son unos salvajes, y nosotros somos Britannia. No tienen ninguna posibilidad. Ninguna.

Caled asintió levemente, dejándose arrastrar por la absoluta convicción que transmitía el tono del muchacho.

—Bien —continuó Arturo—. Ahora, imagínate lo que hará con esta ciudad la reina Igraine una vez que su ejército derrote a los sajones. Pelinor vendrá aquí, tomará Glevum y

hará que pasen a cuchillo a todos los rebeldes. Cuando eso ocurra, ¿no crees que te vendría bien tener un aliado en el rey de Lothian? ¿Alguien que pueda salvarte el pellejo?

Caled tardó un momento en contestar.

—Vuestro ofrecimiento es bueno, pero arriesgado. Porque si Aellas ganase...

Gawain no le dejó terminar.

—¿Estás bromeando? Nunca hemos perdido en un enfrentamiento en campo abierto contra los sajones.

—Tal vez, pero Aellas es distinto. Ha unido a los clanes del lejano este, a todos: jutos, anglos, sajones. Se habla de decenas de miles de hombres, y dicen que vienen con sus familias. Es una invasión, una invasión en toda regla.

—¡Maldita sea! —bufó Gawain—. Si de verdad crees eso, no sé a qué esperas para ir a arrodillarte ante ese canciller tuyo y contarle nuestra conversación. Seguramente te lo sabrá agradecer a su manera: la de un hombre sin palabra ni honor.

Arturo sonrió al notar que Gawain comenzaba a imitar su técnica para tratar con el comerciante, utilizando argumentos que él pudiese entender.

—La política, la guerra y los negocios siempre comportan un riesgo. ¿Has conseguido lo que tienes sin exponerte? —preguntó a su vez—. Lo que te ofrecemos no es más que otra transacción, una operación a largo plazo; pero muy beneficiosa. Cuando todo esto termine y la ciudad vuelva a pertenecer a Britannia, no solo se te recompensará con dinero. Obtendrás prestigio, además de dos poderosos aliados: el rey de Lothian y mi padre, el senescal. Creo que es más de lo que vas a conseguir quedándote sentado mientras el canciller se aprovecha de todos vosotros.

Por primera vez desde que el nombre de Rhys salió a relucir en la conversación, Caled sonrió.

—Sois hábil, Arturo. Como lo era vuestro padre, si lo que se dice por ahí es cierto. No me extraña que la reina Igraine os tema —dijo sin disimular su admiración—. De acuerdo entonces, os ayudaré. Como os he explicado, no podéis llevaros ninguno de mis barcos, porque son demasiado lentos y os descubrirían. Además, Rhys terminaría enterándose, y no quiero arriesgarme. Sin embargo, conozco a un contrabandista que trabaja de vez en cuando para mí. Su nombre es Tristán, y es el hombre que necesitáis.

—¿Tristán? —preguntó Gawain, extrañado—. El único caballero de ese nombre que conozco es el sobrino de Mark, el duque de Cornualles. ¿Os referís a él? Sé que, como todos los de su estirpe, es un hombre de mar, pero un contrabandista.

—Llamadlo como queráis; es él, sí.

—¿Mark es ahora duque de Cornualles? —preguntó Arturo—. Creí que esas tierras las había heredado Gwenn de su padre.

—La reina Igraine le obligó a cedérselas a ese viejo pirata —le explicó Gawain—. Mark puso a Su Majestad entre la espada y la pared: la amenazó con atacar a la flota real si no le concedía el título. Antes de ver interrumpidas sus rutas comerciales, la reina Igraine prefirió ceder.

—En cualquier caso, Tristán sabrá cómo sacaros de aquí —dijo Caled, sonriendo con la satisfacción de haber encontrado una salida a su dilema sin arriesgarse demasiado—. Seguramente lo encontraréis en la taberna de Lowri, un tugurio del puerto. Decidle, si queréis, que os envió yo; eso hará que os escuche. Espero haber solucionado vuestro problema, amigos míos. Solo os pido a cambio que no os olvidéis de mencionar mi nombre ante el rey de Lothian y el dux Pelinor cuando llegue el momento. Recordad lo que he hecho por vosotros, y lo que habéis prometido hacer por mí.

Capítulo 24

Amanecía. Una luz triste, sin el resplandor dorado habitual en las auroras de Britannia, atravesaba la bruma que envolvía la barcaza en la que Gwenn y su séquito navegaban.

La princesa se frotó los ojos, soñolienta. Le había costado conciliar el sueño aquella noche, y durante el rato que había conseguido dormir la habían asaltado sueños extrañamente turbadores en los que aparecía Lance y que terminaban transformándose en pesadillas. Se sentía cansada. Y además, los viajes por mar no le sentaban bien.

Acodada en la cubierta, dejó que el viento se enredase en su pelo mientras trataba de no pensar en nada. Sobre todo, de no pensar en Lance. Y tampoco quería pensar en la batalla de su ejército contra el de Aellas, en todo lo que se jugaba allí.

La niebla se hizo jirones un momento, lo justo para permitirle entrever la silueta de una nave larga y estilizada, muy semejante a las que los sajones utilizaban como barcos de guerra, aunque algo más pequeña. Cuando la cortina de bruma volvió a desgarrarse ante ella, Gwenn distinguió tres sombras grises en la cubierta de la embarcación, que se acercaba a buen ritmo. El primer rostro que logró ver con claridad parecía esculpido por el viento y la sal. Debía de ser el del capitán del barco. Junto a él, no tardó en distinguir las facciones elegantes de su primo, y un instante después, la mirada inteligente y luminosa de Arturo. La estaba mirando a ella, y nada parecía capaz de desviar su atención. La miraba como si no existiese nadie más en el mundo.

Cuando las dos embarcaciones estuvieron lo suficientemente cerca como para intercambiar saludos, las palabras quebraron la magia. El capitán, que según le habían explicado era el sobrino del usurpador de Cornualles, dio instrucciones a los remeros de su barcaza para que la alineasen con su barco, permitiendo así que la princesa subiera a bordo.

Fue el propio Tristán quien se adelantó a sostenerla cuando, después de trepar lo mejor que pudo por una escala de cuerda, aterrizó en la cubierta. El vestido de seda gris —un regalo que su primo le había traído del mercado de Glevum— se le había mojado con las salpicaduras de las olas. Ella trató maquinalmente de alisárselo mientras el contrabandista la observaba con una curiosidad no exenta de impertinencia.

—Esto no es lo que acordamos —dijo el hombre finalmente, volviéndose hacia Arturo.

—Tenéis razón —admitió este—; pero si os hubiésemos dicho la verdad, os habrías negado a llevarnos a Tintagel.

—Ahora entiendo qué hace la flota de Aellas anclada en el estuario.

—Sí. Mala suerte, porque ya no puedes tirarnos por la borda —observó Gawain, señalando risueño a los guardias del séquito de la princesa—. Pero no os preocupéis, estamos decididos a compensaros por esta pequeña trampa. Y para eso he hecho traer algo que sé que os va a gustar. ¿Veis ese cajón? Contiene dos docenas de botellas de vino de Isla

Halcón. ¿Qué os parece si lo probamos?

Tristán recuperó la sonrisa.

—Me parece buena idea. Que lleven el cajón a mi camarote, y vos, Gawain, podéis acompañarme. Prefiero beber con un tramposo que beber solo. Además, tenéis que explicarme cómo vais a aumentar mis honorarios para pagar por el transporte de esta carga imprevista, porque, como os podéis imaginar, esto no se paga con un cajón de vino, por delicado que sea.

Gawain sonrió sin tener en cuenta lo irrespetuoso de la respuesta del marino, y los dos se dirigieron juntos hacia las escaleras que conducían directamente al camarote del capitán. Antes de descender, Tristán le gritó algo a su contramaestre, y su orden desató un ir y venir de marineros por la cubierta, tensando y ajustando las velas.

Gwenn se volvió a mirar a Arturo, que no se había movido de su lado.

—¿No vais con ellos?

Él sonrió.

—¿Habéis oído que me invitaran?

—No creo que necesitéis una invitación para uniros a la fiesta. Después de todo, según me ha contado mi primo, nada de esto se habría conseguido sin vuestra habilidad.

—De momento no hemos conseguido nada más que un barco pequeño y una tripulación de piratas. Beberé cuando tengamos algo que celebrar, y espero que os unáis a mí.

—No va a ser fácil, ¿verdad?

Arturo la miró un instante antes de contestar. La brisa agitaba su raída capa de lana teñida de un azul descolorido.

—Nada es fácil en tiempos de guerra —contestó pensativo—. Si lo fuera, no me habrían permitido acompañaros.

Aquella observación hizo sonreír a Gwenn.

—Me alegro de que estéis aquí —dijo—. Mi primo puede ser encantador, y como guerrero no hace falta que os cuente sus méritos; pero en cuanto a tomar decisiones, mucho me temo que no es lo suyo.

Arturo arqueó las cejas.

—No me parecéis la clase de mujer que necesita a un hombre a su lado para que tome decisiones por ella.

—No lo soy —replicó Gwenn con viveza—. Pero soy una futura reina, y las reinas tienen que saber rodearse de gente que las aconseje bien cuando llegue el momento de decidir.

—¿Me consideraréis, entonces, un buen consejero?

Gwenn desvió la mirada y se quedó contemplando el azul grisáceo de las olas sin molestarse en tratar de ocultar la sonrisa que bailaba en sus labios.

—No sé si sois buen consejero o no. No os conozco tanto —contestó, con la vista fija en el mar—. De lo único que estoy segura es de que no me aburriré teniéndooos cerca.

—Haré lo que pueda por entreteneros —dijo Arturo.

Aunque no lo estaba mirando, Gwenn lo notó más cerca, acodado en la barandilla a su lado.

—Me pregunto si llegaremos a verlos —murmuró—. A los sajones, digo. Tristán asegura que siguiendo este rumbo los esquivaremos. Por lo visto, vamos a pasar junto a unos escollos que los marineros evitan. Pero, aun así, no las tengo todas conmigo.

—¿De verdad no había otra forma de llegar a Tintagel? Yo habría preferido

intentarlo por tierra.

—Por tierra tardaríamos unas cuantas jornadas más, y no sería seguro. Todavía no sabemos nada de la batalla de Aquae Sulis. No podíamos arriesgarnos.

A Gwenn le sorprendió notar la mano de Arturo en su muñeca, suave y firme.

—Estaréis cansada —dijo—. No quiero reteneros aquí por más tiempo. Si lo deseáis, puedo acompañaros a vuestro camarote, o enviar a buscar a vuestra doncella. ¡Se ha dado mucha prisa en abandonar la cubierta!

—Pobre muchacha, no le entusiasmaba esta travesía. No sé de dónde la ha sacado Gawain, pero creo que va a necesitar más cuidados por mi parte que yo por la suya. ¡Es casi una niña! En cuanto a ir a descansar, iré más tarde. De momento prefiero quedarme aquí. La brisa me mantiene despejada.

Arturo retiró la mano de su brazo. Una gran sonrisa iluminó su rostro.

—Bien. Esperaba esa respuesta, lo confieso —dijo.

—¿Por qué?

—Porque si os quedáis aquí conmigo, antes o después veremos Brycgstow. Aparece siempre con la bruma.

—¿Qué es, una isla? Nunca había oído el nombre.

—Es una ciudad que perteneció al Mundo Antiguo. O más bien la sombra de esa ciudad. Una imagen, un residuo digital del mundo anterior al colapso.

—Habláis como un alquimista —dijo Gwenn, sonriendo a su vez.

Arturo tenía la vista fija en el horizonte, que por fin podía distinguirse más allá de la bruma.

—Pasé casi toda mi adolescencia con ellos —explicó—. El Gremio acoge bien a los exiliados.

Gwenn observó su perfil poderoso, con aquella nariz ligeramente aguileña que le hacía parecer algo mayor de lo que realmente era. Estaba intentando mostrarse indiferente. Pero no lo hacía demasiado bien. La herida del exilio era demasiado profunda para ocultarla en las distancias cortas.

—Lo siento —dijo.

Sabía que aquella muestra de simpatía podía interpretarse como un reproche hacia su madre por la decisión que había tomado respecto al muchacho, pero en ese momento no le importó.

—No, no lo sintáis. Fue lo mejor que pudo pasarme —contestó Arturo recobrando su habitual expresión risueña—. El exilio me ha convertido en la persona que soy. Además, me sirvió para alejarme de un hermano que no dejaba de acosarme y de un padre que dedicaba todos sus esfuerzos a ignorar mi existencia. El día que me dijo que tenía que marcharme de Tintagel sentí mucha tristeza, es cierto; pero, al mismo tiempo, fue una liberación. Por primera vez, después de tantas humillaciones, supe que no podían derrotarme. Tanto mi padre como mi hermano se habían pasado años intentando doblegarme, pero habían fracasado. Por eso me expulsaban. Se habían dado cuenta de que no podían vencerme y me alejaban de su lado.

A Gwenn le habría gustado preguntarle cómo había llegado a esa conclusión. ¿Tan dura habría sido su infancia que recordaba la relación con su padre y su hermano como una guerra? Sir Héctor siempre le había parecido un hombre mesurado y razonable. ¿Cómo encajaba eso con la imagen de él que parecía tener su hijo?

Sabía que eran preguntas que no podía formularle a Arturo, porque, pese a sus esfuerzos por explicarse con serenidad, aquella herida seguía abierta. De modo que decidió

enfocar su curiosidad en otra dirección.

—Entonces, habéis pasado todos estos años de exilio con el Gremio —apuntó.

—En realidad, no. Al poco tiempo de ser desterrado, Merlín me adoptó como pupilo suyo. Eso mejoró mucho mi situación, muchísimo. Fue entonces cuando empecé a viajar por el continente. Merlín creía que era lo mejor para mi educación.

A Gwenn le vino a la memoria la primera vez que vio a Merlín. Tenía diez años, y vivía aterrorizada en aquella época. Cada vez que oía los pasos de su tía Morgause corría a esconderse. Y un día, de repente, el mago apareció en su vida. La estaba esperando en sus aposentos a su regreso de una exhibición de halcones que había tenido lugar en el patio de armas del castillo. Iba completamente ataviado de blanco, y antes de decir nada la observó un buen rato en silencio con aquellos ojos suyos, siempre inteligentes e irónicos. Detrás de él, a una prudente distancia, aguardaba una mujer vestida de negro. El mago le pidió que se acercara para presentársela a la princesa, y ella vio por primera vez el rostro dulce y luminoso de Nimúe. A partir de aquel instante, el miedo desapareció.

—Yo tampoco me sentí segura hasta que Merlín apoyó mi posición como heredera —dijo en voz baja—. ¿Dónde estará ahora? ¿Por qué no da señales de vida?

—Corre el rumor de que está muerto, de que cayó en el sitio de Londres; pero, si fuese así, o si los sajones lo tuviesen prisionero, se habrían apresurado a proclamarlo a los cuatro vientos.

—Espero que aparezca pronto —murmuró la princesa.

Iba a añadir algo, cuando Arturo señaló un punto más allá de las olas.

—Allí, en esa orilla —exclamó en tono excitado— ¿Veis los restos de Brycgstow? Mirad hacia arriba.

Gwenn entrecerró los ojos para ver mejor, pero no distinguió nada más que las ruinas ennegrecidas de una antigua fortaleza sobre el acantilado.

—¿No os habéis conectado a Britannia? —preguntó Arturo, perplejo.

—A veces, desde que crucé el bosque de Broceliande, retraso la primera libación para sentir cómo es el mundo más allá del velo. Pero se está convirtiendo en una costumbre peligrosa. Porque a veces me olvido completamente de la gema de la mañana hasta que sucede algo que me obliga a tomármela.

—Esto no es una obligación, pero si os conectáis, os aseguro que no os arrepentiréis. Aunque tendría que ser ahora mismo, si no queréis perderlo.

Gwenn extrajo rápidamente del bolsillo de su capa una de las gemas que llevaba y se la tragó sin líquido alguno mientras murmuraba la letanía del velo con los ojos cerrados.

Cuando volvió a abrirlos, el espectáculo que vio ante sí la dejó sin aliento.

Muy cerca del barco, en la orilla, se alzaba una ciudad transparente que parecía edificada con materiales tan ligeros como la bruma de la mañana o la luz del sol. Decenas de torres de enormes proporciones se elevaban hacia el cielo, tan altas que se perdían entre las nubes. Sobre ellas crecían extraños árboles y plantas que la princesa no había visto nunca. El bosque y la ciudad se hallaban tan estrechamente unidos que resultaba imposible decir dónde terminaban los verdes tallos y comenzaban el cristal y las armazones metálicas.

—Dicen que esos torreones no servían para defender la ciudad, sino que la gente vivía allí —explicó Arturo con la voz ronca de emoción.

Gwenn buscó su mirada. Necesitaba compartir el entusiasmo de aquella visión, al menos un momento.

—¿Por qué? —preguntó con la voz quebrada—. ¿Por qué vivían allí?

—No lo sé —confesó Arturo—. Quizá les gustaba vivir cerca del cielo.

Ambos permanecieron en silencio hasta que la ciudad fantasma se confundió definitivamente con la niebla. La nave no había cambiado de rumbo, y navegaba con lentitud hacia la desembocadura del río Avon.

—Hay algo que no entiendo —dijo Gwenn—. ¿Por qué no quedan ya ciudades como esta? Ciudades reales, quiero decir. Me lo he preguntado muchas veces. ¿Dónde están las casas y los palacios del Mundo Antiguo? ¿Dónde vivía la gente antes de esto, antes del velo?

Arturo se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe. El Mundo Antiguo desapareció hace muchísimo tiempo, más del que tenemos consignado en nuestros registros. Es anterior a nuestras leyendas. De hecho, mucha gente cree que se trata de eso, de un mito. Sin embargo, os equivocáis en una cosa.

Las palabras de Arturo quedaron colgando un momento en el aire.

—Una vez le pregunté a Merlín por qué sobrevivían esas ciudades fantasma en Britannia. Me explicó que son residuos del Mundo Antiguo. «¿Por qué no las borráis, entonces?», insistí yo. «Asustan a la gente y alteran el primer protocolo de Britannia: “El velo no puede representar nada que no exista, y mostrará lo real tal y como existe”». El caso es que Merlín se me quedó mirando como suele hacer cuando le incomoda, juntando mucho las cejas. Así.

La imitación de Arturo hizo soltar una carcajada a Gwenn. Un marinero que pasaba justo por detrás de ellos arrastrando una gruesa cuerda sonrió al mirarla.

—No recuerdo lo que me contestó —continuó el muchacho—; que me metiera en mis propios asuntos, o que me preocupase más por mantener la cabeza sobre los hombros que en especulaciones vanas. Le he oído esas respuestas cientos de veces.

—Bueno... ¿Y cuál es el misterio? ¿En qué estoy equivocada?

—Sobre Britannia. Seguramente creéis, como todo el mundo, que la crearon Merlín y Uther. Pero en realidad la crearon ellos, los Antiguos. Lo hicieron para representar sus ciudades, sus palacios, sus casas, su vida. Merlín y Uther solo la encontraron. El mago y sus acólitos la controlan; pero no saben cómo cambiarla.

Por un momento, Gwenn se olvidó de respirar. No podía ser. ¿Todo lo que le habían enseñado desde pequeña sobre Britannia era falso? No tenía el menor sentido.

—Eso es imposible —acertó a murmurar.

—Uther, al menos, lo intentó —continuó explicando Arturo—. Pasó los últimos años de su vida esforzándose por cambiar Britannia.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Gwenn, sorprendida.

—Porque esos años estuvo conmigo —dijo el muchacho mirando a la princesa a los ojos—. Conmigo y con mi madre.

Gwenn recordó la época de su infancia en la que la obligaron a vivir en el castillo del rey Lot, lejos de Uther y de su madre. Había oído rumores sobre una crisis entre ellos. Lo que Arturo contaba debió de ocurrir en esa época.

—Cada mañana —continuó Arturo—, Uther se levantaba al amanecer y se encerraba en la torre de Vortigern hasta que oscurecía. A veces, cuando regresaba de buen humor, me preguntaba cómo me gustaría que fuera Britannia, qué cambiaría del velo si estuviese en mi mano hacerlo. Luego me hablaba de sus sueños, de lo que él se imaginaba. En alguna ocasión me llevó con él hasta la torre. Se pasaba las horas muertas encerrado en su despacho, escribiendo líneas y líneas de un código indescifrable. Si quedaba satisfecho, lo copiaba en uno de esos pergaminos de agua que utilizan los del Gremio. Cuando le preguntaba a quién le enviaba aquellos incomprensibles mensajes, me respondía

invariablemente que hablaba con Britannia. Más tarde, durante mi destierro, al entrar en contacto con los alquimistas, comprendí que aquel código era el lenguaje secreto de Britannia, y que Uther intentaba cambiar la forma en la que actuaba el velo.

—Pero Britannia no cambió. ¿Dónde está todo el trabajo de Uther? ¿Qué pasó con él?

—No lo sé —murmuró Arturo—. ¡Ojalá lo supiera!

Se quedaron los dos callados, mirándose. Por un segundo, a Gwenn le pareció que el muchacho estaba a punto de hacerle una importante revelación; pero en ese momento apareció Gawain en las escaleras del camarote del capitán. Riéndose y tambaleándose ligeramente, se dirigió a su encuentro.

—Creo que es mejor que os deje a solas con Gawain —dijo Arturo con una repentina frialdad en la voz—. Cuando bebe se pone insoportable, y prefiero evitar conflictos. Seguiremos hablando de esto en otra ocasión.

Gwenn lo observó alejarse hacia la entrada de las bodegas con una sensación de frustración que le habría gustado poder controlar. Gawain los había interrumpido justo cuando la conversación se estaba poniendo más interesante.

Su primo siguió la dirección de su mirada con una sonrisa entre intrigada y desdeñosa.

—Un hombre extraño, Arturo —observó, arrastrando un poco las palabras—. No sé si es muy inteligente o si lo que ocurre en realidad es que está loco, puede que ambas cosas. ¡Es una lástima que sea tu enemigo!

—¿Por qué dices eso? —preguntó Gwenn, extrañada.

Gawain sonrió y se le acercó mucho, con la evidente intención de hacerle una confidencia.

—¿Sabes por qué le permite tu madre volver a Tintagel? —preguntó en un susurro que olía a vino dulce.

—Porque se ha ganado la amistad de Merlín —contestó Gwenn, alejándose un poco para evitar el aliento etílico de su primo.

Gawain se echó a reír.

—¿Eso te ha dicho? Seguramente lo que no te ha contado es que durante su exilio se dedicó a establecer alianzas con todos los insatisfechos del reino. Ganó muchísimos apoyos, y eso lo convirtió en uno de los intocables de Britannia. La plebe lo adora, y muchos nobles creen que es el legítimo heredero de Uther. Merlín, como siempre, no ha hecho otra cosa que arrimarse al sol que más calienta. Siento desilusionarte, prima, pero, si vas a ser la reina, tendrás que acostumbrarte a no fiarte de los que pueden disputarte el trono, por muy encantadores que te lleguen a parecer.

Capítulo 25

El sol se había puesto, pero su resplandor aún teñía de violeta el horizonte por el lado de occidente. Hacía horas que la nave de Tristán había abandonado la tranquila corriente del estuario, saliendo a las aguas abiertas del mar de Dana.

Arturo, todavía despierto, permanecía acodado en la cubierta de babor contemplando, a lo lejos, la costa de Cornualles, cada vez más desdibujada en la oscuridad. Había sido una jornada larga e intensa, llena de momentos que no quería olvidar.

Pensativo, acarició con levedad la barandilla de madera de la cubierta. Allí mismo, unas horas antes, se había apoyado Gwenn mientras charlaban. Habían contemplado juntos las torres transparentes de Brycgstow, y él había sentido su entusiasmo, sus ganas de saber, de entender mejor.

Después, Gawain había quebrado la magia, y cuando trató de hablar con la princesa durante la comida, ella se mostró más fría y reservada de lo que esperaba. Le hizo preguntarse si había cometido algún error, si había dicho o hecho algo que la hubiese incomodado. Era como si, de pronto, ella ya no confiase en él. O al menos, así se le pareció hasta que, por la tarde, la propia Gwenn se le acercó para reanudar la conversación.

—Creía que estabais enfadada conmigo —le confesó—. Antes, mientras comíamos. Ella sonrió.

—Os estaba estudiando. Alguien me dijo que debía hacerlo.

Arturo comprendió que debía de haber sido Gawain.

—No os creáis todo lo que os cuenten de mí —murmuró.

—No lo hago. Por eso quería sacar mis propias conclusiones.

—¿Y ya las habéis sacado?

La princesa le clavó sus profundos ojos claros.

—Solo una: que debo seguir hablando con vos para conoceros mejor.

De modo que hablaron, como ella quería. Hablaron sobre las posibilidades de cambiar Britannia y de repartir el poder de una forma más justa y equitativa. Le sorprendió la atención con la que ella le escuchaba, y también que coincidieran en muchas de sus opiniones. Era una muchacha extraña, la princesa. A pesar de haber sido educada como una dama de la corte, ajena a los verdaderos problemas de la gente común, estaba empeñada en llenar aquellas lagunas. Se notaba que hacía todos los esfuerzos posibles por comprender lo que sucedía a su alrededor, y que no tenía miedo de aprender. Arturo había conocido a muchos hombres y mujeres poderosos, y en casi todos ellos había detectado un profundo temor a que se cuestionase su posición y su autoridad, así como una necesidad constante de recordarse a sí mismos por qué ocupaban el lugar que ocupaban. Gwenn, en cambio, no era así. En ningún momento intentaba demostrar nada ni imponer su criterio a los demás, pese a su precaria situación como heredera. Pero eso no significaba que no supiese lo que quería. Y cuando lo sabía, imponía su visión con la naturalidad de una verdadera reina.

Una vez que llegasen a Tintagel, y lo harían pronto, sería difícil que aquellas largas conversaciones con la princesa se repitiesen. La corte imponía sus usos y sus ritmos, y en ella no había espacio para que un caballero cualquiera pudiese hablar libremente con la heredera del trono. Y menos tratándose de alguien como él: el bastardo de Uther, el único, tal vez, que podía disputarle la corona. Igraine jamás le permitiría acercarse. Le temía. Ni siquiera comprendía por qué, después de tantos años, le había permitido regresar. Las presiones de algunos de sus nobles habían tenido mucho que ver, claro. Y, por supuesto, estaba Merlín. Su mediación había sido decisiva para acabar con el destierro. Pero que la reina le permitiese regresar no implicaba que fuese a recibirlo bien. Ni siquiera después del servicio que le estaba prestando, al proteger a su hija en aquella travesía.

Arturo cerró los ojos y aspiró el aire cargado de salitre hasta llenarse los pulmones. Quería retener aquel día en su memoria. Tal vez no tendría otro junto a ella. Y ahora sabía que eso iba a dolerle; que iba a dejar un vacío en su existencia que le iba a costar mucho volver a llenar.

El viento le trajo un grito de alarma que le sacó bruscamente de sus reflexiones. Uno de los vigías había visto algo a popa. Los marineros corrieron a asomarse por la borda. Él también se giró para mirar en aquella dirección, y enseguida los vio.

Dos barcos sajones desdibujados por el crepúsculo se aproximaban a ellos velozmente. Sus velas negras parecían alas, de lo rápido que se movían.

—¡Todos a los remos! —oyó que ordenaba Tristán—. Tenemos que dejarlos atrás cuanto antes.

Sin embargo, era más fácil decirlo que hacerlo. Las elegantes líneas de los barcos dragón se distinguían cada vez más cercanas contra el azul profundo del anochecer. ¿Por qué ellos no tenían barcos semejantes? Sin una flota, Britannia nunca dejaría de estar expuesta al peligro de una invasión. Arturo no comprendía la ceguera de Igraine y de todos sus nobles en aquel asunto. Si llegaba a reinar...

Intentó apartar aquella idea de su mente. No era el momento.

Tristán había dado órdenes para que los guerreros de la escolta de la princesa se despojasen de sus escudos y de sus armaduras y las arrojasen al mar. Para ganar velocidad necesitaban aligerar peso. Pero los hombres no le obedecían, y aguardaban las instrucciones de Gawain, que se mantenía sumido en un hosco silencio, de espaldas a la popa. Gwenn, mientras tanto, apareció con su doncella en el umbral de las bodegas.

Arturo se acercó a Gawain.

—Tenéis que decirles que obedezcan al capitán —dijo—. Es nuestra única oportunidad de escapar.

—No voy a ordenarles que se despojen de lo más valioso para ellos —gruñó Gawain evitando su mirada—. No me lo perdonarían nunca.

—En ese caso, se lo ordenaré yo —dijo Gwenn a su espalda.

Arturo la observó dirigirse al más maduro de los soldados, un hombre canoso con una larga cicatriz en la frente y barba descuidada. No oyó lo que le dijo la princesa, pero le vio hablar con los otros, y unos instantes después todos comenzaron a despojarse de sus lorigas.

Muy pronto los escudos y las armaduras empezaron a caer al agua, y una sinfonía de breves chapoteos resonó en el aire.

—¿Servirá de algo? —preguntó Gwenn acercándose.

—Espero que sí —contestó Arturo.

Tuvo que esforzarse por no sonreírle. No habría sido apropiado, dadas las

circunstancias. Pero es que no esperaba verla más aquella noche, y aunque se debiese a la persecución de los sajones, la tenía a su lado. Otra vez a su lado.

A su alrededor, solo se oían los jadeos rítmicos de los hombres al empujar los remos y las voces de Tristán dando instrucciones a sus oficiales. Gawain, taciturno, había ido a refugiarse en la bodega con sus guerreros.

—Necesitamos más brazos —dijo Tristán en un momento dado—. Vuestra gente, que suban de inmediato y se pongan a remar —añadió mirando a Gwenn.

—Yo iré a decírselo —se ofreció Arturo.

—No, iré yo —murmuró la princesa—. Me sirven a mí.

Arturo la habría acompañado de buen grado, pero temió que ella lo interpretase como un gesto condescendiente, como si él no creyese en su capacidad para llevar a cabo la tarea que se había impuesto. Por eso, prefirió esperarla en la cubierta. Y como no le gustaba la sensación de no estar contribuyendo en nada a la salvación del barco, no tardó en abordar a Tristán.

—Yo también puedo remar, si hace falta —le dijo—. Puedo hacerlo como cualquier otro.

Tristán lo miró con aire divertido.

—No, prefiero que entretengáis a nuestra pasajera y que os ocupéis de ella si llegan a abordarnos. Parece que le caéis bien.

Fuesen cuales fuesen los argumentos de Gwenn con los hombres de su escolta, debieron de resultar convincentes, porque en un momento comenzaron a subir y a ponerse a las órdenes del contra maestre, que los fue situando a ambos lados de la embarcación para unirse a los remeros.

Enseguida se notó que el barco ganaba velocidad. Cuando Gwenn apareció de nuevo en cubierta, el optimismo reinaba a bordo.

—¡Los estamos dejando atrás, princesa! —le gritó Tristán, alegre—. Vamos, muchachos. ¡Un esfuerzo más y podremos dejar de preocuparnos de esos malditos sajones!

Fue un esfuerzo, en realidad, de horas, porque tan pronto como bajaban un poco la velocidad, las proas en forma de dragón de sus perseguidores aparecían de nuevo sobre las olas, más negras que el cielo estrellado. Llegó un momento en que todos los brazos eran pocos, y Arturo y Gawain se unieron a los remeros.

Casi suponía un alivio concentrarse en tirar de los remos con toda la fuerza posible. Arturo se entregó a la tarea con la energía que le quedaba. Muy pronto, la sensación de frío húmedo que se le había metido en los huesos desde que zarparon dio paso a un calor sofocante, y empezó a sudar profusamente. El sudor le caía por la frente y le mojaba los labios, mezclado con el salitre del mar.

Poco a poco, el cuerpo se le fue habituando al ritmo del movimiento de los remos y ya no era necesario darle órdenes para que continuase con su labor. Pero los músculos le ardían como si se le estuviesen desgarrando. Gwenn se había retirado a su camarote hacía mucho rato. Se lo había ordenado el capitán, y ella no se había atrevido a desobedecer. Aunque, por la expresión de su cara, Arturo adivinó que de buena gana se habría unido a los hombres para contribuir, en la medida de sus fuerzas, a la salvación del barco.

Extraña princesa, Gwenn.

Eran ya las primeras horas de la madrugada cuando el capitán les permitió hacer un descanso.

—Los hemos dejado atrás —afirmó—. Por una vez, hemos sido más rápidos que los sajones. Pongamos rumbo a la costa, y que el viento trabaje por nosotros, al menos durante

un rato.

Los hombres comenzaron a relajarse y a intercambiar bromas entre ellos. La huida de los sajones en plena noche había instalado una curiosa camaradería entre los marineros del barco contrabandista y los guardias reales. A pesar del agotamiento, nadie tenía prisa por irse a dormir. Se abrieron un par de barriles de licor de caña de las islas, y los hombres sacaron de sus petates sus cuencos de barro para llenarlos.

Fue entonces cuando alguien divisó de nuevo el mascarón en forma de dragón de uno de los barcos sajones recortándose contra el cielo. Se encontraba lejos todavía, pero los bárbaros habían colgado un candil encendido de las fauces del monstruo, y habían adornado sus cuernos con antorchas. Los hombres comenzaron a murmurar, intranquilos.

—¿Por qué hacen eso? —preguntó Gawain.

Tristán meneó la cabeza, contrariado.

—No lo sé; por alguna razón, quieren que sepamos que están ahí. Está claro que tienen un buen piloto, probablemente de Cornualles. Si no, no habrían podido localizarnos.

—Han tenido suerte, eso es todo. —El tono de Gawain no transmitía excesiva convicción.

—No, no es suerte. Está claro que van a por todas. Esos dos barcos son los mejores de su flota. Son enormes, anormalmente rápidos. Yo diría que son las embarcaciones de un rey. Y no creo que las envíen a navegar por ahí sin un propósito.

—Vienen a por nosotros —dijo Arturo en voz baja.

Tristán lo miró un momento antes de contestar.

—Sí, vienen a por nosotros, está claro.

—¿Y qué vamos a hacer? Ya no nos queda nada que tirar por la borda, como no sea el vino y a algunos hombres —gruñó Gawain, mirando a su alrededor en busca de objetos que arrojar al mar.

Una sonrisa más parecida a una mueca irónica que a un gesto de alegría transformó el rostro áspero de Tristán.

—No vamos a poder ganarles por velocidad, es evidente. Así que tendremos que superarlos en astucia. De momento, mantendremos el rumbo y dejaremos que el viento nos impulse.

—¿Y así pensáis escapar de ellos? —Gawain escupió su irritación sobre las tablas de la cubierta—. Estáis loco.

—Fijaos en la línea de la costa. Si aguzáis la vista, ya puede distinguirse desde aquí. ¿Veis esa roca que sobresale? Es el promontorio de Hércules. En las noches sin luna, los aldeanos apagan el faro del acantilado con la esperanza de saquear algún incauto mercante que se acerque demasiado a la costa y embarranque en los bajíos. Conozco la zona, y las naves sajonas tienen más calado que la nuestra. Con un poco de suerte podremos hacerlos encallar en las rocas.

Capítulo 26

Hacía rato que las velas incendiadas del barco sajón habían quedado atrás, pero Gwenn no conseguía quitárselo de la cabeza. Trataba de entender lo que había sentido cuando los hombres de Tristán estallaron en vítores al distinguir las llamaradas en la noche. Tristán había conseguido su propósito: la nave sajona había encallado, tal y como él había previsto. Después de la angustia de tantas horas de persecución, los marineros dieron rienda suelta a su alivio gritando y canturreando. Y ella también había gritado, como uno más. Había reído, y había dejado que alguno de aquellos contrabandistas que olían a sudor y a licor de caña la agarrase por la cintura y la girase un instante en el aire, dejándose llevar por la alegría del momento. Por una vez en su vida, había formado parte. Por una vez.

No había querido regresar al camarote después de aquello. ¿Cuánto tiempo habría transcurrido, dos o tres horas? Tras la euforia inicial, Tristán había obligado a los hombres a guardar silencio de nuevo. Después de todo, no sabían lo que había ocurrido con el segundo barco. Tal vez todavía estuviese persiguiéndolos.

Arturo, que había permanecido todo aquel tiempo muy cerca del capitán del barco, se aproximó a ella por primera vez en toda la noche. Traía un aire grave, y antes de que Gwenn pudiese hacer ningún comentario se apresuró a hablar.

—El capitán opina que deberíamos volver a ver qué ha quedado de nuestros enemigos y yo creo que tiene razón.

Gwenn lo miró asombrada.

—¿Volver ahora? Pero no sabemos qué ha sido del otro barco. ¿Y si están esperándonos?

—Los sajones no pueden imaginar que vamos a regresar. No entra en su lógica.

—Ni en la de nadie que no sea un contrabandista. —Gwenn desvió la mirada hacia Tristán, que miraba hacia el horizonte con una mano en el timón y el viento en la cara.

—Tristán tiene sus razones, claro —admitió Arturo—. Quiere los despojos del barco, es natural. Pero a nosotros también nos interesa echar un vistazo. Si encontramos supervivientes, podremos interrogarles. Necesitamos saber por qué los dos mejores barcos de Aellas han intentado daros caza. Aquí hay algo que se nos escapa.

Un intercambio de voces airadas en la proa del barco hizo que Gwenn mirase en aquella dirección. El que gritaba era Gawain, que parecía estar discutiendo con Tristán.

—¿Qué ocurre, mi primo no está de acuerdo con vuestro plan?

—No, no quiere volver. Teme por vuestra seguridad.

—Y vos no.

—Yo no —confirmó Arturo con absoluta seriedad—. Estaréis segura mientras estéis conmigo.

Gwenn miró a Arturo con una sombra de sonrisa en los labios.

—La modestia no es vuestra mejor virtud, según veo.

—Intuyo que la vuestra tampoco, aunque no os conozco tanto como para afirmarlo —contestó Arturo sonriendo a su vez—. Entonces, ¿qué decís? ¿Regresamos a ver qué queda de ese barco? La última palabra es vuestra. Si tenéis miedo...

—No tengo miedo —le interrumpió Gwenn, consciente de que mentía—. Decidle al capitán que estoy de acuerdo. Yo también quiero averiguar por qué me persigue Aellas y lo que quiere de mí.

Un contacto leve en el dorso de la mano, como si una mariposa se le hubiese posado encima, despertó a Gwenn. Su doncella estaba mirándola con ojos asustados.

—Me pedisteis que os despertase cuando avistásemos el barco dragón. Ya lo han visto —anunció con su voz casi infantil.

Gwenn se incorporó rápidamente.

—Entonces, el fuego no lo ha consumido del todo...

—Solo las velas —contestó la muchacha—. Pero el casco está muy inclinado a estribor, y el agua ha entrado en las bodegas.

Las voces excitadas de los marineros llegaban hasta el camarote filtradas por las tablas de la cubierta. La princesa se alisó el vestido y, maquinalmente, extrajo una de las gemas que aún le quedaban en los bolsillos para llevársela a la boca.

La doncella le tendió una copa de peltre llena de agua, y ella pronunció las palabras rituales mientras bebía.

En cuanto terminó la libación, se apresuró a subir a la cubierta. Tristán y algunos de sus contrabandistas ya habían saltado a la playa, pero Gawain parecía estar esperándola. A Arturo, en cambio, no se le veía por ninguna parte.

—Ya ves, prima. Al final los contrabandistas se han salido con la suya —dijo el hijo de Lot al verla—. Todavía no entiendo por qué les hemos permitido regresar.

—Al menos no nos han atacado —dijo Gwenn con la vista fija en los cadáveres sembrados en la arena. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Quién ha matado a esos hombres?

—Parece que no hemos sido los primeros en llegar —explicó Gawain torciendo el gesto—. Los pobladores de esta costa son piratas, todo el mundo lo sabe. Para eso apagan el faro en las noches oscuras. El caso es que se nos han adelantado.

—Si han matado a los supervivientes, no nos queda mucho que hacer aquí —observó Gwenn, contrariada—. ¿A quién vamos a interrogar?

—Probablemente a nadie. En todo caso, ha habido víctimas por ambos lados.

—Quiero bajar a la playa.

Gawain la miró como si hubiese perdido el juicio.

—Gwenn..., no es necesario. Todo esto no tiene nada que ver con nosotros. Deja que ese pirata coja lo que ha venido a buscar y no compliques las cosas. Cuanto antes nos vayamos de aquí, mejor.

La princesa buscó la mirada de su primo.

—No lo entiendes. Hemos venido a buscar respuestas, y, si queda alguna, es mi obligación encontrarla.

Gawain suspiró y dio órdenes a dos de sus hombres para que los ayudasen a desembarcar. Al hacerlo, Gwenn notó cómo el fino cuero de sus suelas se hundía en la arena mojada. La asaltó una desagradable sensación de mareo, y creyó que se iba a derrumbar en el suelo, pero logró mantenerse en pie.

En la playa solo se oía el rumor de las olas y los chillidos tristes de las gaviotas.

Algunos cadáveres yacían entre las cuernas rotas del barco y otros se encontraban esparcidos sobre la arena. Gwenn observó que unos cuantos llevaban los rostros cubiertos con máscaras que recordaban vagamente a los fantásticos animales del Mundo Antiguo: grifos, gorgonas y quimeras. Recordó a los mercenarios de Dyenu que había visto con Lance. Él también llevaba una máscara.

Un largo crujido procedente del barco sajón la sacó de sus reflexiones. Levantó la cabeza y observó cómo de entre los restos de la nave surgían unas figuras silenciosas. Cuando salieron de las sombras, advirtió que no eran soldados, sino campesinos o pescadores harapientos y equipados con una curiosa amalgama de armas y aperos de labranza.

—¿Amigos tuyos? —exclamó Gawain dirigiéndose a Tristán.

Ignorando la pregunta, el contrabandista dirigió sus pasos hacia el que parecía el líder de aquellos hombres.

—Melot —le llamó.

El individuo le respondió con un ligero movimiento de cabeza mientras observaba con curiosidad al resto del grupo. Cuando sus ojos localizaron a Gwenn, se la quedó mirando fijamente.

—Parece que los renegados os han dado trabajo —dijo Tristán observando los cadáveres sin máscara que se mezclaban con los de los mercenarios del barco.

—He perdido a la mitad de mis hombres —confirmó Melot sin apartar la vista de Gwenn—; pero el botín ha merecido la pena.

—¿Ha sobrevivido alguien? —preguntó Gawain.

Melot lo miró con insolencia, y sin dignarse a contestar se dirigió de nuevo a Tristán.

—Tu tío quiere hablar contigo —dijo, y se hizo a un lado para que el contrabandista pudiese pasar al interior de la nave.

Durante un segundo el rostro de Tristán dejó traslucir un gesto de sorpresa, solo por un segundo. Después, con aparente indiferencia, se encaminó hacia las entrañas del barco varado. Cuando pasó junto a Melot, este le asió por el brazo izquierdo, reteniéndolo un instante.

—También quiere hablar con ella —susurró, sin dejar de mirar a la princesa. Tristán iba a contestar, pero Gawain se le adelantó.

—Si Mark quiere ver a la princesa, que salga aquí —exigió en tono cortante.

Melot lo miró con ferocidad y alzó lentamente el brazo derecho. En respuesta a aquel gesto, una decena de arqueros se irguió sobre la escorada cubierta del barco.

—Mira a tu alrededor —dijo—. ¿Te parece que estás en situación de darme órdenes?

Gwenn observó cómo su primo sonreía desdeñoso mientras se llevaba la mano al puño de la espada, y decidió intervenir.

—¡Basta! —exclamó.

El eco de su voz permaneció en el aire resonando como una campana en la oscuridad. Su timbre era opaco, casi triste.

No se había propuesto usar su poder, pero lo estaba haciendo. Por las miradas de los hombres que la rodeaban, supo que su rostro se había transformado. La magia de su belleza era ahora magia real, una fuerza luminosa que subyugaba a cuantos la contemplaban. Por ejemplo, a Melot. Le vio bajar los ojos, como si aquella luz que emanaba de su rostro le produjese una angustia insoportable. O a Tristán, que la contemplaba aturdido, como si

repentinamente se hubiese olvidado del barco y de lo que habían ido a hacer allí. Incluso Gawain parecía turbado, a pesar de que su conexión a Britannia era mucho más sofisticada que la de los otros.

Le bastó una mirada para que Tristán entendiese que debía guiarla al interior del barco sajón. Sin cuestionar nada, se apartó para dejarla pasar, y después le tendió la mano para ayudarla a sortear los tablones quebrados de la cubierta.

Gwenn avanzó sin mirar atrás. El influjo de su hechizo no tardaría en desaparecer, seguramente, pero todos los que habían asistido a aquella demostración de poder la recordarían el resto de sus vidas con nostalgia. Aquella era la magia que había en su interior, la magia que Nimúe le había enseñado a ocultar. Porque ahora se daba cuenta de que eso era lo que la dama de Ávalon había intentado hacer con ella: reducir su poder hasta hacerle olvidar que existía, hasta convencerla de que nunca había existido. Y casi lo había logrado.

Tristán se detuvo ante la puerta de lo que probablemente había sido el camarote del capitán del barco. El guerrero que estaba apostado delante se hizo a un lado, y pasaron al interior. Allí, sentado tras una larga mesa cubierta de mapas y de raros instrumentos de factura sajona, se encontraba un hombre corpulento y entrado en años. Iba vestido con sencillez, y una antigua diadema de plata adornada con el escudo de los duques de Cornualles ceñía su frente.

Tras aquella aureola de nobleza y dignidad que Britannia le prestaba, seguramente a un alto coste, Gwenn reconoció a Mark, el viejo pirata que le había arrebatado el título de su padre que por derecho le pertenecía. Tan fascinada quedó con aquella caracterización, que no se dio cuenta de que había otro ocupante en el camarote hasta que un doloroso gemido reveló su presencia.

Acurrucado en una esquina de la cámara había un muchacho alto y flaco cuyo rostro se ocultaba tras una maraña de cabellos ensangrentados. Respiraba con dificultad, y era evidente que lo habían torturado hasta dejarlo al borde de la muerte.

Al notar que la princesa desviaba la atención de su persona, Mark se alzó del sitial ricamente adornado que debía de haber pertenecido al capitán de la nave y se dirigió hacia el chiquillo. Se quedó mirándolo un momento; después, comenzó a patearlo con violencia.

Cuando Gwenn dio un paso para interceder por él, el viejo la detuvo con un gesto crispado.

—¿Sientes lástima por este engendro? —preguntó.

Al mismo tiempo, agarró al muchacho por el pelo para obligarle a levantar el rostro.

La princesa retrocedió un paso, horrorizada. Una larga cicatriz de color púrpura atravesaba la cara del joven desde la frente hasta la boca, deformándole completamente la nariz y los labios.

—No sientas lástima por este monstruo —continuó Mark con voz ronca—. No la merece. Esta es la víbora que ha estado aterrorizando a nuestra gente durante el último año.

Gwenn siguió la dirección de su mirada y reconoció, sobre la mesa, la máscara dorada de Dyenu.

—¿Te has divertido? ¿Lo pasas bien? —le gritaba Mark mientras le machacaba la cara sin piedad—. No me extraña que ocultase su rostro. ¿Te has fijado en que la cicatriz le impide dejar de sonreír? Ni siquiera a golpes hemos conseguido borrarle esa torcida sonrisa, ¿verdad, engendro?

Gwenn se obligó a mirar de nuevo la cara del muchacho. En efecto, la costura que marcaba su rostro distorsionaba su boca en una mueca salvaje, casi burlona. Pero lo más

extraño era que en sus ojos ardía una risa verdadera, como si fueran dueños de un secreto que solo ellos conocían.

El duque siguió golpeándolo hasta quedarse sin aliento. Cuando por fin se cansó de su brutal juego, regresó a su sitio y permaneció largo rato tratando de recuperar el aliento, como si patear a aquel chiquillo fuese lo más arduo que hubiera hecho en su vida.

Aprovechando aquella pausa, el muchacho se acurrucó de nuevo en su esquina y dejó que la enredada cabellera le cayese una vez más sobre el rostro.

—¿Cómo es que has abandonado Isca? —preguntó Tristán cuando la respiración de su tío se hizo más pausada.

—Hace una semana, desde una de nuestras atalayas se avistaron dos barcos dragón que merodeaban por la costa. Melot y sus exploradores comenzaron a seguirlos. Nadie entendía muy bien qué pretendían hasta que apareciste e intentaron darte caza. Ahora sé por qué —añadió el pirata mirando a la princesa—. Supusimos que, si no lograbas desembarazarte de ellos, los llevarías hasta el promontorio, y vinimos hasta aquí dispuestos a echarle una mano.

Tristán sostuvo la mirada de Mark unos segundos.

—Podéis quedaros con mi parte —dijo—; pero dejad el barco como está.

—Conoces nuestras leyes tan bien como yo. El botín es para quien lo gana con su sangre, y tú no has arriesgado ni un solo hombre. No puedo hacer excepciones contigo porque seas mi sobrino.

—Tengo tanto derecho como cualquiera, porque yo os traje ese barco hasta aquí. Pero no quiero discutir contigo. Lo único que pido es este cascarón de madera. Si hace falta, te pagaré el doble de su precio cuando lo desguacen.

Mark sonrió con escepticismo.

—¿Crees que no sé para qué lo quieres? Quieres estudiarlo. ¿De verdad piensas que puedes armar uno igual?

—Sí —contestó Tristán con sequedad.

Mark meneó la cabeza enfáticamente y sin dejar de sonreír.

—Te crees mejor que los que lo intentaron antes. Pero siempre que se ha intentado, ha sido un fracaso. Los dioses les dieron a los bárbaros la magia del mar y a nosotros Britannia. Confórmate con lo que tienes.

Los ojos rapaces de Mark se clavaron en los de su sobrino, que no parecía en absoluto amedrentado. Gwenn intuyó una larga y soterrada lucha por el poder entre los dos hombres en aquel olvidado rincón de Cornualles.

Finalmente, fue Mark quien desvió la mirada y cambió de conversación.

—Pero no olvidemos nuestros modales —dijo en tono festivo—. Después de todo, estamos ante la heredera del trono de Britannia. No es momento para que nos peleemos entre nosotros. Déjanos solos, sobrino. Tengo que hablar con la princesa en privado. Ah, y llévate ese despojo contigo —añadió señalando a Dyenu—. No soporto verlo sonreír.

Tristán pareció dudar un instante antes de cumplir la orden de su tío. Gwenn evitó mirar por última vez el rostro deformado del muchacho mientras el contrabandista lo arrastraba hacia la puerta del camarote.

Cuando se quedó a solas con Mark, Gwenn miró con discreción a su alrededor buscando un sitio donde sentarse. Lo único que vio fue un catre ensangrentado que probablemente habían utilizado para torturar a Dyenu. Tendría que quedarse de pie ante aquel pirata, que parecía estar disfrutando con la situación.

—Espero no haberte asustado con mi exhibición de antes —dijo Mark sonriendo—.

Incluso en este cenagal las intrigas están a la orden del día, y a veces tengo que hacer pequeñas demostraciones delante de mi sobrino para que no olvide quién es el que manda. Supongo que, habiendo vivido en la corte, estarás acostumbrada a cosas peores.

—¿Qué es lo que quieres, Mark? —preguntó ella con frialdad.

—No soy yo quien quiere algo de ti, sino los sajones. Según mis informes, te han estado persiguiendo desde que saliste de Londres. ¿Por qué?

—Soy la heredera del trono de Britannia. ¿No te parece razón suficiente?

Mark la miró con la cabeza ladeada, estudiando sus reacciones.

—No sé qué pensar, francamente. Si quisieran matarte, podrían haberlo hecho en Londres, creo yo. Podrían estar pensando en pedir un rescate. Esa sería una buena jugada, aunque ambos sabemos que tu madre no lo pagaría. Y si estás pensando que Aellas te quiere para uno de sus hijos, quítatelo de la cabeza. El senescal ya intentó la paz con los sajones por ese medio y todo quedó en agua de borrajas.

Gwenn se quedó helada al oír la última frase. Nunca había pensado en una alianza semejante. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza Pero su madre, por lo visto, sí lo había pensado, y habría estado dispuesta a sacrificarla si hubiese tenido la oportunidad; suponiendo, claro, que Mark no estuviese mintiendo.

—Por tu cara diría que no sabes de lo que te estoy hablando —observó Mark con evidente satisfacción—. Pero sí, esa fue una de las razones para enviarte a Londres: venderte a los sajones a cambio de una tregua que, si quieres saber mi opinión, no iba a durar mucho.

—No me creo ni una palabra de lo que estás diciendo.

—Cree lo que quieras —replicó Mark, encogiéndose de hombros—. No eres más que otra pieza en el tablero; pero si no despiertas, pronto te habrás quedado fuera de la mesa de juego.

Gwenn se obligó a sonreír para demostrar que no iba a dejarse intimidar por las palabras de aquel viejo usurpador.

—¿Qué vas a hacer con Dyenu? —preguntó, desafiante.

—Cuando consiga sacarle toda la información que necesito, se lo devolveré a Aellas por un buen puñado de oro. Si es que queda algo de él.

—No, Mark, eso no es lo que vas a hacer —dijo Gwenn con suavidad—. Lo que vas a hacer es entregármelo. Dyenu se viene conmigo a Tintagel.

Mark se levantó con lentitud y acercó su rostro al de la princesa hasta que ella pudo sentir su aliento.

—Soy de los pocos duques con los que tu madre aún puede contar, así que no te atrevas a darme órdenes en mis propias tierras.

—Creo que no me has entendido —insistió Gwenn con calma—. Yo tengo veinte guerreros ahí fuera, tú no cuentas más que con un puñado de campesinos armados con picos y azadas. Eso, y dos hombres que estarían encantados de ocupar tu lugar al frente de estas tierras. ¿Quieres que le pregunte a Tristán si desea ser el próximo señor de Cornualles? ¿O a Melot?

Mark alzó una mano como si fuese a descargar un golpe en el rostro de Gwenn. Pero, en lugar de hacerlo, bajó el brazo lentamente, cerró los ojos y se dejó caer en su sitio, sin apartar la mirada de la princesa.

—Este capricho te costará caro —gruñó—. Deberías intentar ganarte aliados y no enemigos. Antes de lo que piensas tendrás que pagar por esto.

Gwenn clavó en el rostro del viejo pirata sus penetrantes ojos claros.

—Voy a ser la reina de Britannia, Mark. Quizá antes de lo que piensas. Y cuando lo sea, recordaré tu insolencia, así que serás tú quien tendrá que pagar.

Capítulo 27

El mar verde y frío de Tintagel. Arturo había olvidado aquel color, que no se parecía al de ninguno de los rincones marítimos que había explorado en sus viajes. Quizá se debía al reflejo de los acantilados cubiertos de hierba o a la profundidad de los fondos rocosos en aquella parte de la costa. Tendría que preguntárselo a Merlín cuando lo viese. Él sabía esa clase de cosas, siempre encontraba la forma de explicarlas.

Cuando la silueta del castillo apareció, gris y hostil, sobre una pared de roca, Arturo no pudo evitar estremecerse. No era así como había soñado volver a casa. Siempre pensó que, si regresaba, lo haría para ver reconocidos sus derechos al trono como hijo de Uther. En cambio, llegaba convertido en el escolta de la futura reina, Gwenn.

Miró de reojo a la princesa, que aguardaba elegantemente vestida a que terminasen las maniobras de amarre para descender a tierra, donde una multitud de cortesanos la esperaba. No era la primera vez que la veía utilizar la magia del velo para impresionar a los demás. En el promontorio de Hércules había observado el poder de su belleza en acción. Ni él mismo había podido sustraerse a su influjo, a pesar de que desde el principio se dio cuenta de que era un hechizo. Nunca había visto a nadie utilizar la magia de esa manera, y eso que se había pasado la vida entre alquimistas. Pero lo que hacía Gwenn era distinto de lo que hacían ellos, porque a ella le salía natural, como si tuviese un don para conectarse directamente a la simulación y provocar en ella efectos inesperados.

En todo caso, Gwenn no necesitaba ningún truco de magia para sobrecoger a los hombres con su belleza. Más allá de los encantamientos del velo, había algo real que ninguna simulación habría sido capaz de imitar. Gwenn irradiaba luz: la luz de su inteligencia, de su fuerza, de sus ganas de luchar. Por más que lo intentara, no podría verla nunca como una rival. Le gustaba demasiado. Más que ninguna otra mujer que hubiese conocido.

Era la princesa, por supuesto, quien atraía todas las miradas de los que esperaban en el puerto para recibirla. La reina Igraine no se encontraba entre ellos, pero sí su padre, el senescal.

Desde la cubierta del barco, Arturo estudió el rostro envejecido de sir Héctor. ¿Cuántos años llevaba sin verlo, siete, ocho? Sus cabellos habían encanecido y se le veía, quizá, algo más encorvado, pero su expresión grave y reservada no había cambiado en lo más mínimo.

Como todos los demás, sir Héctor parecía interesado únicamente en la princesa, pero hubo un momento en que sus ojos se deslizaron hasta su hijo. Arturo, que no había apartado la vista de él, pudo advertir de inmediato el cambio de su expresión. Parecía perplejo. ¿Sería por su estatura? Él sí había cambiado en aquellos ocho años. Había dejado de ser un niño y se había convertido en un hombre. Probablemente ahora sería más alto que Kay. Su hermano ya no lo tendría tan fácil para ganarle en todas las peleas.

Tristán ordenó a sus marineros que ayudasen a los que aguardaban en tierra a tender la pasarela de madera que iban a utilizar la princesa y su séquito para descender del barco. Mientras completaban aquellas maniobras, Arturo se fijó en que había una gran cantidad de hombres armados en la comitiva de recepción de Gwenn. Formaban dos escuadrones completos que se mantenían firmes, a cierta distancia del muelle, encabezados por sus respectivos comandantes. ¿Los habría enviado la reina para que rindieran honores militares a su hija? Si hubiese sido así, si hubiese querido darle tanta solemnidad a la llegada de Gwenn, ella misma habría acudido a recibirla, convirtiendo aquel momento en una ceremonia solemne. No iba a perder una ocasión como aquella para ejercer su protagonismo.

En realidad, lo raro era que hubiese decidido de-saprovecharla. Tenía que haber un buen motivo para que Igraine hubiese eludido estar presente a la llegada del barco. Tristán había enviado un bote con un mensajero la noche anterior, de modo que la reina había tenido tiempo más que suficiente para hacer los preparativos necesarios. No, si no estaba allí, era porque así lo había decidido. Pero ¿por qué?

Arturo buscó una vez más la mirada de sir Héctor, pero este parecía decidido a evitar sus ojos. Un temor repentino asaltó al muchacho: quizá no lo miraba porque todo aquello era una trampa. Quizá los hombres armados estaban allí esperándolo a él. Igraine le habría permitido volver solo para tomarlo prisionero.

Sí, podía ser eso. Aquellos hombres estaban esperando para prenderlo.

Bien, si era así, no se lo pondría fácil. Había protegido a Gwenn durante todo el trayecto desde Aquae Sulis, y ella se mostraba a gusto en su compañía. Le gustaba charlar con él. Recurriría a la princesa, le pediría que intercediese por él. Gwenn querría demostrarle que su poder era real, que podía plantarle cara a su madre. No lo tendría fácil, pero era hábil. Con su ayuda, quizá lograrse eludir la prisión.

Mientras intentaba fraguar con rapidez un plan alternativo para ponerse a salvo, el pequeño séquito de la princesa empezó a descender por la pasarela. Ella bajó la última, precedida de su primo Gawain.

Fue cuando el hijo de Lot puso los pies en tierra cuando vio hacer un gesto discreto a su padre, un gesto que puso a los dos escuadrones de hombres armados en marcha. Unos instantes más, y Gawain se encontraba rodeado de soldados.

El caballero miró a sir Héctor con una sonrisa que apenas lograba disimular su irritación.

—Me temo que no es a mí a quien debéis rendir honores, senescal, sino a la princesa. Os habéis equivocado de heredero.

La broma no hizo reír a nadie; ni siquiera a Gwenn, que observaba lo que ocurría aún desde la pasarela, y en cuyo rostro se leía la preocupación.

—No hay ningún error, sir Gawain —replicó sir Héctor, avanzando unos pasos hacia él—. Estos hombres os escoltarán hasta las mazmorras del castillo por orden de la reina.

Gawain se llevó la mano al pomo de la espada y la desenvainó.

—Intentad prenderme —dijo, desafiante—. Vivo no me tendréis. Sabéis que hablo en serio.

—Gawain...

Gwenn había descendido a tierra y lo miraba suplicante.

—No entregues tu vida sin saber siquiera por qué —rogó—. Esto tiene que ser un malentendido. No puedes morir por un malentendido. Que te lleven adonde quieran. Ya

tendrás tiempo de defender tu honor con las armas, si llega el caso. Te prometo que será así.

Intentó llegar hasta su primo, pero dos soldados le cerraron el paso, evitando su mirada.

—¿Puedes prometérmelo? —preguntó Gawain en tono escéptico.

—Te doy mi palabra de que haré todo lo posible, y más aún, para que se haga justicia. Es todo lo que puedo ofrecerte.

Gawain la miró con aire pensativo, y después devolvió su espada a la vaina.

—Me basta por ahora —dijo—. Vamos, muchachos, llevadme a la comfortable posada que la reina me brinda en recompensa por haber traído a su hija sana y salva desde Aquae Sulis en tiempos de guerra.

Los soldados recompusieron la formación alrededor de Gawain, y los dos escuadrones emprendieron la ruta de regreso al castillo con un estruendo de pisadas metálicas sobre las baldosas del muelle.

Entre los cortesanos que esperaban a la princesa se oyeron algunos rumores apagados. Varias damas se adelantaron para inclinarse ante Gwenn, y algunas se atrevieron incluso a abrazarla después de ejecutar sus reverencias. Debían de ser sus damas de compañía. Gwenn trataba de contestar a sus saludos y de sonreír en respuesta a sus muestras de afecto, pero la contrariedad que le había causado la detención de su primo aún no se había borrado de su rostro.

Antes de que la comitiva la guiase hasta la carroza que la aguardaba, la princesa se volvió a mirar hacia la cubierta del barco. Lo estaba buscando a él.

Sus ojos se encontraron, y Arturo le sonrió, sin atreverse a agitar la mano en señal de despedida.

Eso fue todo. En un abrir y cerrar de ojos, la comitiva se puso en camino, llevándose a la princesa hacia la fortaleza. En el puerto solo quedaron los hombres de Tristán y algunos comerciantes de la corte que parecían interesados en hacer negocios con el contrabandista. Ellos y sir Héctor.

Dado el escaso interés que había demostrado por él hasta entonces, a Arturo le sorprendió comprobar que su padre le estaba esperando.

Cuando llegó al final de la pasarela, se encontró con el abrazo del viejo, rígido y formal como si aquel gesto formase parte de un ritual obligado.

—¿Por qué has esperado a que bajaran todos para hacerlo tú? —le espetó en tono de reproche en cuanto se apartó de él—. El hijo del senescal de Britannia no debería ser el último en ninguna circunstancia.

—El hijo menor de sir Héctor que regresa del exilio después de ocho años no tiene motivos para querer convertirse en el centro de atención de la corte —replicó Arturo.

Su padre lo miró de arriba abajo.

—Si es prudencia, lo apruebo. Si es temor, me avergüenzo de ti.

—No es temor, padre —dijo Arturo, mirando al anciano a los ojos—. No soy un hombre cobarde. No fui nunca un niño cobarde. Seguramente lo recordaréis.

Sir Héctor lo miró un instante con fijeza.

—Sí. Lo recuerdo. En todo caso, quería que supieras que no tienes nada que temer de la reina. Igraine tiene problemas más urgentes que atender a las demandas de un, bueno, ya me entiendes. En todo caso, yo me encuentro muy próximo a ella ahora, y la he convencido de que no supones ninguna amenaza.

—Os lo agradezco, padre —contestó Arturo, pronunciando la última palabra con deliberado énfasis.

Sir Héctor lo miró de hito en hito.

—No me entiendas mal. Eso no significa que tengas que olvidar, bueno, ya sabes, quién eres en realidad. Especialmente ahora que sir Gawain ha dejado de ser un candidato al trono digno de ser tenido en cuenta. Ya no se casará con su prima Gwenn, eso está fuera de duda.

—Pero no lo entiendo. ¿Qué ha hecho Gawain para que la reina ordene prenderle?

—No se trata de lo que haya hecho él, sino de lo que hizo su padre. Lot traicionó a Britannia, Arturo. En la batalla del monte Badón, en el último momento cambió de bando y combatió del lado de los sajones. El resultado fue desastroso. Una carnicería. Lot murió, y Pelinor está gravemente herido. La reina se ha quedado sin sus mejores comandantes.

—Lo que refuerza vuestro lugar en la corte —murmuró Arturo, pensativo—. Lot muerto. Entonces, ¿perdimos la batalla?

—No exactamente. Los sajones se retiraron, pero nuestro ejército ha quedado prácticamente destruido. No nos quedan fuerzas suficientes para atacar a Aellas en su refugio de Witancester.

—En ese caso, todo sigue como antes.

—En parte sí y en parte no. La reina se ha visto debilitada con este episodio. Ha perdido sus principales apoyos, y en cuanto a su heredera... Por aquí no es nada popular, no sé si lo sabes.

—No lo sabía —dijo Arturo, sorprendido—. Cuando me fui, Gwenn era solo una niña, y nadie esperaba que fuese a heredar el trono.

Sir Héctor asintió.

—Así es. El heredero iba a ser Gawain. El pueblo rechazaba a Gwenn por las historias que se contaban sobre ella. Por aquí muchos creen que tiene poderes de hechicera. ¿Sabes que la llaman Morwen, en lugar de Gwenn? Significa «nacida del mar». Cuando nació hubo tres años consecutivos de mala pesca, y los aldeanos le empezaron a echar la culpa. Luego, se extendió la leyenda de que tenía poderes y de que practicaba las artes oscuras. Es cierto que hizo cosas en su infancia, seguramente ni ella misma las recuerda. Igraine no le prestaba demasiada atención en esa época. Y cuando se enteró, no supo cómo reaccionar. La dejó en manos de una dama de Ávalon, Nimúe. No quiso tener nada que ver con su educación. Yo creo que, secretamente, teme a su hija. Y al mismo tiempo la envidia, porque tiene el poder que ella siempre habría deseado para sí misma.

Arturo contempló abstraído el barco en el que, durante tantas jornadas, había compartido travesía con Gwenn.

—Es una muchacha agradable. Y hermosa —murmuró.

Sir Héctor sonrió con ironía.

—Me alegro de que te lo parezca, porque el destino podría terminar uniéndoos. Quién sabe.

La mirada escrutadora de Arturo consiguió borrar la sonrisa de sus labios.

—Padre, no soy una pieza más en vuestro tablero de ajedrez. Yo juego mi propia partida —advirtió.

—Lo sé, lo sé —dijo sir Héctor, conciliador—. Y nadie pretende otra cosa. Lo único que digo es que, si quieres jugar tu partida, quizá el momento esté más cerca de lo que piensas. La posición de la reina es débil, las historias sobre tu parentesco con Uther corren de boca en boca, y algunos nobles, ahora mismo, estarían dispuestos a apoyar tu causa. La gente está asustada por el avance de los sajones, quieren alguien que les haga sentir seguros en el trono. Un rey nuevo. Y todo está preparado para las fiestas de Beltain. ¿Estás

preparado tú, Arturo?

—No sé a qué os referís, padre.

—A tus derechos sobre Britannia —replicó sir Héctor con impaciencia—. Si eres hijo de Uther, antes o después tendrás que demostrarlo. ¿Estás dispuesto a dar la cara cuando llegue la hora? Más vale que lo estés, Arturo, porque en esta fiesta podría presentarse tu única oportunidad.

Capítulo 28

Gwenn respiró hondo antes de entrar en el salón del trono. No tenía por qué ponerse nerviosa: estaba en casa. Tintagel era su hogar, lo había sido toda su vida. E Igraine, bueno, quizá no fuese la mejor madre del mundo, pero era su madre, y ella sabía que, a su modo retorcido y un tanto enfermizo, la quería.

¿Por qué, entonces, sentía de pronto aquella opresión que le atenazaba el pecho y hacía que le costase trabajo respirar? Tenía la sensación de estar entrando por su propio pie en una jaula de la que más tarde no podría salir.

Quizá se debía a lo que le había ocurrido a Gawain al desembarcar. Seguía sin entender lo que había sucedido. Les había preguntado a sus damas, pero ninguna parecía saber con exactitud cuáles eran las faltas por las que la reina había decidido encarcelar a su sobrino, o, si lo sabían, preferían no revelárselo a la princesa.

Que Gawain hubiese caído en desgracia ante la reina hacía que todo pareciese inestable. Desde que ambos eran pequeños, muchos en la corte daban por sentado que algún día se casarían, y la propia reina había dado alas a aquellos rumores en más de una ocasión. Gwenn nunca había visto a su primo como el hombre al que uniría su vida, pero se había acostumbrado a la idea de que siempre estaría allí para ella. Y ahora, de pronto, lo metían en una mazmorra como si fuese un enemigo de la Corona. Estaba deseando preguntarle a su madre qué había detrás de aquella decisión.

La moda había cambiado de un modo sutil durante los meses que había permanecido ausente de la corte; Gwenn se había dado cuenta nada más desembarcar. Los escotes eran un poco menos pronunciados, las mangas se adornaban con cintas y predominaban los colores verdes y azules. Gwenn se pasó la mano por la parte delantera de su vestido al tiempo que invocaba la magia del velo para transformarlo y adaptarlo a los nuevos gustos. Una cinta de plata en cada muñeca, un escote más alto, un bordado de hiedra en un costado... Cuando entró en el salón, lo hizo con la seguridad de ser una de las mujeres mejor vestidas de todo el castillo.

Se le hizo interminable el camino hasta el trono. ¿Cuántas reverencias le salieron al encuentro, cuántos besos en la mano tuvo que soportar? Cada uno de los hombres y mujeres reunidos allí parecía reclamar su momento de atención por parte de la heredera. Estaba acostumbrada a aquello, y maquinalmente saludaba a todos por su nombre, les hacía una rápida pregunta o les dedicaba una observación breve y halagadora. Pero todo el rato, sus ojos vigilaban de soslayo a la mujer pelirroja que no se había movido del trono y que contemplaba la escena con una gélida sonrisa.

Igraine solo se levantó a saludar a su hija cuando la tuvo delante. Se hizo un silencio respetuoso mientras la reina estrechaba en sus brazos a su única heredera.

—Gwenn..., querida, has perdido peso desde que saliste de Tintagel. —Fue su comentario de bienvenida—. Tendremos que hacer algo para que lo recuperes. Estar tan

delgada no te sienta bien.

La única forma de responder a una afirmación semejante era sonreír. Gwenn lo sabía, y eso fue lo que hizo. Su madre desplegó a su vez la sonrisa helada que la volvía reconocible en cualquier retrato y, apartándose de Gwenn, se giró dramáticamente hacia los cortesanos.

—He querido esperar a que la princesa llegase de Londres para hacer pública una noticia que llenará vuestros corazones de júbilo: nuestro ejército se ha enfrentado con los sajones en el monte Badón y ha salido victorioso. El enemigo, derrotado y diezmado, se ha refugiado en Witancester. Britannia ha ganado. Celebrémoslo, amigos. No todos los días se derrota a un adversario tan bárbaro y salvaje como el sajón.

Hombres y mujeres estallaron en aplausos y vítores, pero a Gwenn le dio la impresión de que los rostros no reflejaban genuina alegría. Quizá los cortesanos se daban cuenta de lo que implicaban realmente las palabras de la reina: Witancester era la ciudad más importante del sector oriental del reino, y si Aellas y sus hombres la mantenían ocupada, significaba que aún quedaba guerra para rato.

No obstante, todos eran conscientes de que debían seguirle el juego a Igraine en aquella pantomima. Las damas se abrazaban, los caballeros se estrechaban la mano con calor, y varios nobles de la corte se acercaron a felicitar a la propia Gwenn, como si fuese la artífice de la victoria.

Igraine, de nuevo sentada en el trono, observaba la escena con atención, estudiando las reacciones de cada uno de los presentes.

Cuando consideró que les había dado tiempo suficiente para digerir la noticia, se levantó de nuevo.

—Amigos míos, agradezco en el alma vuestra alegría y vuestras muestras de afecto a nuestros hombres, que son también expresiones de lealtad a vuestra reina. He querido compartir la noticia con vosotros en esta hora tan feliz para mí, por la llegada de la princesa. Pero ahora debéis perdonarnos, porque ella y yo tenemos asuntos urgentes que despachar, como sin duda comprenderéis. El reencuentro de una madre con su hija es asunto privado, por lo que os pido que nos dejéis a solas.

Los cortesanos aceptaron la orden con sonrisas y obsequiosos asentimientos de cabeza. En grupos más o menos nutridos fueron abandonando el salón, vigilados de cerca por los dos guardianes que custodiaban la puerta.

En cuanto la última de las damas abandonó el salón, la sonrisa de Igraine se transformó en una mueca de evidente fastidio.

—Al menos podrían aprender a fingir bien, ya que es lo único que se les pide —comentó, sin dejar de mirar a la puerta—. Cada vez lo llevo peor. Pero ahora los necesitamos más que nunca.

Gwenn la miró sin acabar de entender.

—No es una victoria completa si los sajones conservan Witancester, pero sigue siendo una victoria, ¿no? —preguntó.

Su madre la miró con una sonrisa divertida.

—Debes de ser la única de los que estaban presentes en la sala que se ha creído mis palabras. Una victoria, sí, una victoria que bien podríamos llamar una derrota. Los sajones se retiraron y tuvieron muchas bajas, pero nosotros no salimos mejor parados. Y lo peor... Pelinor está tan mal, que ya no puede asumir el mando de nuestro ejército. Y hemos perdido a Lot. Nos traicionó. Se puso a las órdenes de Aellas. Viejo estúpido. Ha pagado bien cara su ceguera, y me aseguraré de que su hijo pague también.

Gwenn comprendió por fin el motivo de la detención de Gawain y reaccionó con viveza.

—Él no sabía nada, madre, estoy segura. Tienes que creerme; si Lot nos traicionó, fue al margen de su hijo. Claro, ahora entiendo por qué tenía tanto interés en alejarlo de Aquae Sulis cuanto antes.

—No seas ingenua. Una traición como esa no se improvisa. Tuvo que haber muchas reuniones secretas, muchas idas y venidas. Gawain debió de darse cuenta de algo, aunque prefiriese hacer como que no se enteraba.

Gwenn sostuvo la mirada de hielo de Igraine.

—Es tu sobrino. El hijo de tu hermana Morgause. Y sabes que no tuvo nada que ver, porque lo conoces. ¿Qué pretendes?

Igraine se encogió de hombros.

—De momento, nada; no sufras por tu querido primo. Lo mantendré encarcelado hasta que se aclare la situación y sepa con exactitud qué papel ha representado en todo esto. En cualquier caso, la traición de su padre lo ha condenado a una vida de oscuridad. El linaje de Lot tiene que ser castigado. De todos modos, tampoco era la mejor opción para ti. Veremos cuál es la mejor cuando llegue el momento.

Gwenn se estremeció. Siempre había sabido que su matrimonio sería un asunto de Estado, pero era algo que prefería no pensar.

—¿Pelínor cayó herido en la batalla? —preguntó, ansiosa por cambiar de tema.

—Así es. Aún no sabemos si sobrevivirá. Y si no hubiese sido por las mujeres guerreras de Broceliande, probablemente el resultado habría sido aún peor. No me gusta nada deberle un favor a esa chusma. Parece ser que el hijo de Uriens, Yvain, también se distinguió en el combate. Él y ese joven que te escoltó desde Londres, Lance. Muy brillante, por lo que he oído decir. Al menos ellos salieron vivos de esa carnicería; y cuando se presenten en Tintagel se les recompensará como merecen.

Gwenn asintió, incapaz de decir nada. No quería que su madre notase el torbellino de sentimientos que aquel nombre desataba en su interior. No quería que aquel torbellino existiera. ¿Por qué la aliviaba tanto saber que Lance estaba vivo? No habría debido importarle. Lance era historia. Él había elegido abandonarla para participar en aquella absurda batalla. Y ella había elegido olvidar.

—Todo ha sido un desastre por culpa de ese mal nacido de Lot. La estupidez de tu tío nos ha puesto en una situación muy difícil, Gwenn. Sin Lot y sin Pelínor, no tenemos apoyos suficientes para defendernos de los sajones. Y además, está lo de Merlín. Nadie sabe nada de él desde el asedio de Londres.

—¿Crees que ha muerto?

—No, no lo creo. Si hubiese muerto, los sajones se habrían apresurado a hacer correr la noticia. Sería un golpe muy duro para la moral de Britannia, y ellos lo saben. No, yo creo que está vivo. Pero algo debe de pasarle para que no haya enviado ningún mensaje. Me preocupa. Merlín es crucial para mantener el equilibrio entre la Corona y los nobles. Su prestigio nos ha ayudado mucho en los últimos años y ha acallado muchas protestas. No obstante, sin el mago, algunos de los que hasta ahora no se atrevían a alzar la voz empezarán a hacerlo. Habrá quien quiera rebelarse. Necesitamos nuevas alianzas, y las necesitamos rápido. Ese muchacho, Arturo.

—El hijo de sir Héctor.

—Tal vez. O tal vez el hijo de Uther. —Igraine torció el gesto, como si no pudiese pronunciar el nombre de su esposo muerto sin exhibir su rencor—. El caso es que parece un

joven prometedor. Y muchos nobles apoyan su causa. Quizá nos sea útil.

Gwenn arqueó las cejas.

—¿Útil? Tú lo desterraste. Creía que lo veías como un enemigo.

—Merlín me hizo verlo de otra manera. Es verdad que podría disputarte el trono, pero de momento no tiene tantos partidarios como para suponer un problema. Y además, poco importa que el pueblo cante su nombre y le ofrezca la corona si logramos controlarlo.

La princesa sonrió.

—Se nota que no lo conoces. Arturo no es alguien que se deje controlar.

Igraine le clavó sus penetrantes ojos azules.

—Todos los hombres se dejan controlar, Gwenn. Solo hay que saber cómo hacerlo. Espero no tener que enseñarte eso también. Mírate al espejo, por los dioses. Eres una belleza, tienes todo lo necesario para hechizar a un joven como él. Utilízalo. Y además tienes otras cosas. Tienes poder; tienes un don con el velo, y quizá haya llegado el momento de que lo uses.

—No sé cómo usarlo —murmuró Gwenn, aturdida por las palabras de su madre.

—Sí sabes. ¿Crees que no me han contado lo que hiciste con Mark, ese viejo pirata? Espero que haya valido la pena, porque es peligroso tenerlo como enemigo. Aún no he decidido qué hacer con Dyenu. Pero a lo que íbamos. Usaste tu belleza en aquella playa. Usaste la magia, todos se dieron cuenta. Úsala también con Arturo.

—Él no es un campesino que apenas sabe lo que puede brindar una buena conexión al velo. Ha viajado, ha visto el mundo, ha vivido con los alquimistas. No se le puede engañar así como así.

—Con los alquimistas, ¿eh? Esa es una información interesante. Muy bien; si no le puedes engañar, no le engañes. En realidad, no necesitas la magia para seducir a ningún hombre. El rostro, la figura, quizá delgada en exceso, pero atractiva para ellos, te lo puedo asegurar. Usa todo eso, si no quieres usar la magia. No me importa cómo lo hagas, pero tienes que atraerlo, ganarte su confianza. Intenta averiguar cómo es; lo que le preocupa, lo que quiere, lo que le inspira. Si sueña con sentarse en el trono pero no es un hombre de acción, no tendremos que preocuparnos. Y si de verdad está dispuesto a actuar, quiero que descubras cuándo y cómo.

—No es tan iluso como para caer en una trampa tan burda. No funcionará, madre.

—¿Me estás diciendo que no te ves capaz de seducirle? —Igraine se encogió de hombros y sonrió burlonamente—. De acuerdo, si fracasas, entonces tú decidirás qué hacemos con él. De ti dependerá que viva o muera porque es a ti a quien quiere arrebatárselo todo, querida. A ti, no a mí.

Capítulo 29

Gwenn se removió inquieta en su lecho, incapaz de conciliar el sueño. La conversación con su madre la había dejado agotada, y había pensado que una siesta la ayudaría a recomponerse antes de la cena de bienvenida que Igraine había organizado para aquella misma noche. Sin embargo, la idea de que su primo se estuviese pudriendo en una celda bajo el castillo sin ser culpable de nada no cesaba de atormentarla.

Cuando se dio cuenta de que no iba a pegar ojo, decidió levantarse y tratar, al menos, de hacer algo.

Sin llamar a sus doncellas, eligió un vestido discreto de terciopelo negro y se recogió el cabello con una redcilla de perlas. Así ataviada, abandonó sus aposentos y se dirigió a las escaleras de servicio más cercanas para ir en busca de Valin, el jefe de la guardia real.

Lo encontró jugando a las cartas en el cuarto de relevos, situado en los bajos de la torre norte. Algunos de los soldados que se encontraban con él no reconocieron a la princesa y la miraron con descaro cuando apareció en el umbral de piedra de la húmeda estancia, pero los más veteranos se apresuraron a levantarse y a hacer una reverencia.

—Quiero hablaros a solas, Valin —dijo Gwenn—. Si tenéis la bondad de acompañarme...

Valin se levantó de la mesa y, despidiéndose con una mirada silenciosa de sus compañeros de juego, siguió a la princesa hasta el patio de armas.

Gwenn se cercioró de que no hubiese nadie cerca que pudiese escuchar su conversación antes de hablar.

—Valin, quiero que me llesves a ver a Gawain lo antes posible —exigió en voz baja—. Necesito hablar con él.

El capitán de la guardia, que aún conservaba sus brillantes cabellos negros a pesar de su edad, la miró contrariado.

—Me temo que no puedo acceder a vuestros deseos, Alteza. La reina ha prohibido que sir Gawain reciba visitas. Nadie puede verlo hasta la fiesta de Beltain, en que tendrá lugar el juicio por las armas.

Gwenn asintió, ocultando la sorpresa que aquella revelación le producía. Su madre le había mentido sobre sus planes para Gawain. En realidad, ya lo tenía todo orquestado. Un juicio por las armas. Significaba que no habría un juicio real. Gawain tendría que defender su inocencia en un torneo. Una buena noticia, teniendo en cuenta que su espada era, probablemente, la más temible del reino. Aunque, por otro lado, le negaba la posibilidad de defender su inocencia con argumentos y de limpiar su honor. Una maniobra muy típica de Igraine.

—Decís que nadie puede ver a Gawain. ¿Ni siquiera yo? —preguntó.

—Ni siquiera vos. La reina lo dejó bien claro. Siento tener que negaros esto, mi

Señora. Entenderéis que no puedo desobedecer.

Gwenn asintió, esforzándose por ocultar su frustración. Esperaba que una conversación con su primo le diese argumentos para defender su causa delante de Igraine. Tenía que existir alguna forma de probar que él no había estado implicado en el complot de su padre. Y si alguien tenía esas pruebas, debía de ser el propio Gawain. Pero si no podía hablar con él, nada iba a poder averiguar por ese lado. Necesitaba encontrar otra forma.

Una idea repentina iluminó su rostro. Había otra forma, claro que la había: Dyenu, el prisionero. Era un mercenario de los sajones, un comandante de alto nivel que probablemente estaba al tanto de todos los planes del rey Aellas, a pesar de su juventud. Seguramente Dyenu conocía todos los detalles de la traición de Lot, y lo tenía en sus manos. Quizá él pudiese probar que Gawain no había tenido nada que ver en el complot de su padre. Tendría que preguntárselo.

Levantó los ojos hacia Valin, que aguardaba paciente a que la princesa le permitiese retirarse.

—¿Recuerdas al muchacho de la cicatriz, mi prisionero? —preguntó—. Llévame a verlo, por favor.

Una expresión de repugnancia distorsionó los rasgos de Valin.

—¿Queréis ver a ese monstruo? Alteza, no os lo recomiendo. Si es por piedad...

—No es por piedad —le interrumpió Gwenn—. Necesito que me dé cierta información. A esto no te vas a negar, ¿verdad? Es mi prisionero, no el de mi madre.

Valin se rascó la cabeza, pensativo.

—Tenéis razón —dijo por fin—. Pero os advierto que es más peligroso de lo que parece. Esta mañana, antes de meterlo en la celda, atacó a uno de mis hombres. ¿Sabéis lo que hizo? Le mordió en la mano. Como una alimaña. Casi se la arranca. No parece humano.

Gwenn mantuvo la expresión neutra de su cara. No quería que Valin percibiese su miedo.

—Vamos a verlo —insistió—. Ahora. Y tendréis que dejarme a solas con él cuando estemos abajo.

—En ese caso, lo encadenaré primero. No quiero correr riesgos.

Valin fue en busca de una antorcha y regresó para guiar a Gwenn hasta las mazmorras. Descendieron por una mohosa escalera de caracol hasta las entrañas de las rocas, donde se habían excavado las celdas para los prisioneros de Tintagel. La piedra oscura de los muros rezumaba humedad. Gwenn lamentó no haberse puesto una capa de lana, porque en aquel lugar el frío se te metía en los huesos.

La celda de Dyenu era una de las más pequeñas, al fondo de un corredor sin antorchas. La mayoría de los presos no reaccionaban al oír los pasos en el corredor, pero un par de ellos prorrumpieron en gemidos y súplicas.

Cuando la puerta de la mazmorra se abrió, Dyenu, que estaba acostado en el suelo, se incorporó con brusquedad. Acostumbrado a la ausencia de luz, tuvo que cerrar los ojos ante el resplandor de la antorcha.

Valin aprovechó aquel primer momento de desconcierto para aferrarlo por los hombros y arrastrarlo hacia el lugar del muro donde pendía una cadena. Después de ajustársela a un tobillo, se apartó de él como si estuviese apestando.

—No os acerquéis tanto como para que pueda tocaros —le susurró a la princesa—. Os dejo la antorcha y la llave de la celda. Al salir, diez pasos a la derecha, encontraréis una campana. Tocad cuando hayáis terminado.

La princesa asintió y se quedó mirando al viejo capitán mientras este se retiraba,

dejando la verja de la celda entornada. Solo entonces hizo el esfuerzo de mirar a la cara a Dyenu.

Los golpes que había recibido en el barco habían dejado sus párpados hinchados, desfigurándolo aún más. Pero lo peor, sin duda, seguía siendo la cicatriz, que emborronaba sus rasgos hasta volverlos inhumanos.

Sus ojos, sin embargo, conservaban aquella luz que Gwenn ya había percibido en el camarote de Mark. Había tanta vida y fuerza en ellos que parecía imposible que perteneciesen a aquel cuerpo roto.

—¿Estás mejor? ¿Tienes menos dolores? —le preguntó.

El muchacho la miró largo rato en silencio con aquella sonrisa que realmente no lo era.

—Vuestro médico hizo un buen trabajo conmigo —dijo, mostrando uno de sus brazos vendados—. Yo diría que mis huesos se recompondrán. Justo a tiempo para que vuestros torturadores me los rompan de nuevo.

Tenía una voz serena, que transmitía seguridad, incluso confianza, a pesar de la ironía de su respuesta. ¿Cómo era posible que alguien en sus circunstancias fuese capaz de hablar así?

—Nadie va a romperte ningún hueso si me dices la verdad —contestó Gwenn—. Tienes mi palabra.

—No ofrezcáis lo que no está en vuestra mano cumplir. Si os cuento la verdad, querréis torturarme con vuestras propias manos, princesa.

Gwenn se estremeció sin poderlo evitar. La calma de aquella voz hacía que sus palabras sonasen aún más terribles.

Decidió ir al grano para no prolongar aquella visita más de lo imprescindible.

—Lo que quiero saber es si mi primo Gawain estaba al tanto o no de los planes de su padre para traicionarnos y unirse a los sajones. Tú estabas cerca de Aellas, seguramente puedes darme una respuesta.

Pensó que el muchacho iba a hacerse de rogar. Sin embargo, contestó con prontitud.

—Puedo —aseguró—. Gawain no podía conocer los planes de Lot, porque su padre decidió cambiar de bando cuando ya había comenzado la batalla. Fue Morgause, su esposa, quien le convenció. Ella estaba segura de que los sajones iban a ganar, incluso afirmó que había tenido una revelación. Su plan era aprovechar la victoria sajona para, acto seguido, marchar con su ejército sobre Tintagel y exigir a la reina que abdicase en vuestro favor.

Gwenn lo miró sin comprender.

—¿Quería hacerme reina a mí? ¿Mi tía Morgause?

—Sí. Quizá el mismo día de vuestra boda con Gawain. De esa manera su hijo se convertiría en rey. Lo que tuviese pensado para vos después de eso, lo desconozco.

—Entonces, Gawain formaba parte de su plan.

—Sí, pero sin saberlo —afirmó Dyenu con un brillo de diversión en la mirada—. Es completamente inocente. Sé lo que vais a decirme: que necesitaríais pruebas. Puedo ofrecéros las.

—¿De verdad? Dyenu, si eso es así, te prometo que sabré ser generosa. Ayúdame a exculpar a Gawain y me encargaré de que nadie te haga daño. Soy la heredera del trono: mi protección puede resultar muy valiosa.

—No quiero vuestra protección. Quiero otra cosa.

Gwenn vio que el muchacho rebuscaba entre sus harapos hasta extraer algo que le tendió.

—Quiero que os toméis esto. Tomadlo y os daré las pruebas que necesitáis.
Olvidando las advertencias de Valin, Gwenn alargó la mano y cogió entre sus dedos el diminuto objeto que Dyenu le ofrecía.

Gwenn alzó la antorcha en la otra mano para ver mejor lo que el muchacho le había dado. Era, verdaderamente, muy pequeño, y por la forma de su talla parecía un diamante. Un diamante negro con un brillo extraño en sus múltiples caras.

—Es una gema para una libación —explicó Dyenu.

—Nunca había visto ninguna igual —dijo la princesa sin dejar de examinarla.

—Ni la veréis. No existe otra igual. Y yo la estoy poniendo en vuestras manos.

Todo lo que os pido es que os la toméis.

Gwenn alzó los ojos hacia el muchacho.

—¿Para qué?

—Para saber la verdad. Conectaos a Britannia a través del diamante negro y descubriréis lo que jamás imaginasteis. ¿Qué ocurre, os da miedo? No parecéis muy convencida.

—¿Por qué iba a creerte? Esto podría ser un veneno. Podría matarme. ¿De verdad me crees tan ingenua como para confiar en ti?

Dyenu se encogió de hombros.

—Es vuestra elección, no la mía. Y la entiendo, no creáis que no. La verdad puede ser insoportable. Hace falta mucha fuerza para encararla.

—No temo la verdad. Temo tus mentiras. Es decir, las temería si me viese forzada a dejarme guiar por ellas, pero ese no es el caso. No intentes hacerme daño, Dyenu. Puedo ofrecerte algo mucho mejor que tragarme esta gema a cambio de tu colaboración. Incluso podría ayudarte a escapar.

—El diamante negro —insistió Dyenu sin perder la serenidad—. No quiero otra cosa. Tomáoslo y os ayudaré a salvar a Gawain. Tenéis mi palabra.

Gwenn sonrió con escepticismo.

—Tu palabra. La palabra de un mercenario sin escrúpulos. ¿Qué valor puede tener? En la mirada de Dyenu algo se oscureció.

—Más del que podéis imaginar. No lo entendéis, por lo que veo. Claro, para alguien que se ha criado en la corrupción de la corte es imposible entenderlo. La verdad lo es todo para mí, Alteza. Es mi pasión, mi credo.

La sonrisa deformó de sus labios hacia que pareciese estar de broma, pero Gwenn se dio cuenta de que hablaba en serio.

Indecisa, miró la gema. ¿Qué ocurriría si se la tomaba? Si Dyenu no mentía, descubriría aspectos de Britannia que hasta entonces ignoraba. La verdad, como él decía.

Recordó todo lo que Arturo le había contado sobre el pasado de Britannia, sobre su antigüedad, mucho mayor de lo que la gente creía. Lo había admirado por eso. El saber y la información se traducían en poder, a fin de cuentas. Los sabios siempre pueden utilizar su superioridad sobre los ignorantes. Merlín lo sabía bien. El saber era la fuente de su prestigio, y el mago era consciente de ello.

Sus ojos volvieron a deslizarse hacia el rostro desfigurado de Dyenu. Se obligó a recordar las truculentas historias que se contaban sobre su crueldad. Quizá fuesen exageradas, pero detrás de tantos rumores debía de haber algo de cierto. Si era así, se encontraba ante un monstruo. No podía fiarse de él.

Le tendió el diamante negro, aunque él retiró las manos para no cogerlo.

—Haz lo que quieras, Dyenu —le dijo—. Si lo que me has dicho sobre Gawain es

cierto, encontraré la forma de probarlo, aunque tú no me ayudes.

—No, no la encontraréis. Al menos, no a tiempo para evitar el juicio por las armas en la fiesta de Beltain.

—¿También sabes eso? —preguntó la princesa, sorprendida—. En ese caso, debes saber que Gawain tiene todas las de ganar. No sé a quién pensará elegir mi madre como su campeón, pero sea quien sea, apuesto a que Gawain lo supera con la espada. Ningún caballero en Britannia puede hacerle sombra.

—Os equivocáis. Hay uno que sí, y vos lo conocéis bien. En estos momentos se dirige hacia aquí para ser recompensado por su valor durante la batalla del monte Badón. No me miréis así: tengo mis fuentes. Sé de lo que hablo.

—Te refieres a Yvain, el hijo de Uriens...

—No, me refiero a Lance, el mercenario, el mentiroso, el traidor. Vuestro amigo y el mío.

Gwenn tragó saliva. No iba a preguntarle a Dyenu qué significaban aquellas palabras. No quería saberlo, no en ese momento.

En su mente se proyectó un duelo imaginario entre Lance y Gawain. Ya se habían enfrentado una vez en Aquae Sulis, y Lance había ganado.

Cerró los ojos y trató de borrar aquella visión de su mente. Tenía que evitar que aquel duelo se celebrase. Un juicio por las armas implicaba un combate a muerte. Y no quería que ninguno de los dos muriese: ni su primo ni Lance.

Cuando abrió los ojos de nuevo, se encontró con la mirada reflexiva y serena de Dyenu. Era un monstruo; ni siquiera trataba de negarlo. Pero lo que había dicho acerca de su pasión por la verdad sonaba sincero.

—Me llevo el diamante —dijo—. Pero eso no significa que vaya a tomarlo.

Dyenu asintió, y a Gwenn le pareció que, por un instante, su sonrisa deformó se volvía algo más humana.

—Confío en vos. —Fue su respuesta—. En cuanto os atreváis a dar el paso y probar la magia del diamante, yo os daré la prueba que necesitáis para salvar a Gawain.

Capítulo 30

—La princesa ha venido a verte. Padre la ha hecho pasar al salón de recepciones. Arturo levantó los ojos del libro que estaba leyendo y miró a su hermano Kay con perplejidad.

—¿La princesa Gwenn está aquí? Dile que suba.

Toda la musculatura de Kay, ya de por sí bastante desarrollada, se puso en tensión, haciéndole parecer aún más grande y corpulento de lo que era.

—¿Me has tomado por tu criado? Es una princesa, cretino. No puedes hacer que suba aquí.

Arturo le sostuvo la mirada. No iba a dejarse amedrentar por Kay como cuando era niño.

—A Gwenn le gusta leer, no es como tú. Le encantará esta biblioteca. Dile que suba.

—¿Ahora la llamas por su nombre de pila? Por menos que eso, la reina Igraine ha hecho decapitar a más de uno. Nunca dejarás de ser un aldeano sin modales, por mucho que hayas viajado por el mundo. Y no pienso...

Kay se interrumpió al ver a su padre en el umbral, mirándolo con severidad.

—Contrólate —ordenó—. Tus voces se oyen desde abajo. Yo mismo le diré a la princesa que suba —añadió desviando la mirada hacia Arturo—. Supongo que necesitáis un poco de intimidad.

A Arturo no le gustó la sonrisa turbia de Kay al oír aquello; y tampoco la expresión burlona del rostro de sir Héctor. Pero Gwenn lo estaba esperando; no era el momento de iniciar una discusión.

Aguardó impaciente a que ella subiera mientras atizaba con una tenaza de hierro los rescoldos semiapagados de la chimenea. Cuando la vio aparecer, le sorprendió la sencillez de su vestido. Por lo visto, Gwenn había olvidado usar la magia del velo para transformarlo en una prenda llamativa y única.

Nada más entrar, se dirigió a él y, abriendo la mano, le mostró una gema negra tallada como un diamante.

—¿Has visto algo así alguna vez? —le preguntó.

Había olvidado el trato de cortesía, y eso hizo que Arturo la sintiese más cercana que nunca.

—No he visto una gema como esa en mi vida. ¿De dónde la has sacado?

Era consciente de que él también estaba abandonando el tratamiento que le debía a una princesa; pero se dijo que era el momento de hacerlo, ya que ella había tomado, tal vez sin darse cuenta, la iniciativa.

—Me la ha dado Dyenu —contestó Gwenn—. Solo si me la tomo accederá a darme las pruebas que necesito para exculpar a Gawain ante mi madre.

—No puedes fiarte de Dyenu —replicó él rápidamente—. ¿De verdad piensas que cumpliría su palabra?

—No lo sé. Pero al menos querría intentar que la cumpliera. ¿Qué puede ser esta gema, Arturo? Tú has vivido con los alquimistas. ¿Cómo puede ser que no la conozcas?

—Probablemente no la conozco porque no es una verdadera gema de libaciones, sino una cápsula con veneno o algo así. Si quieres, podemos intentar romperla, a ver qué contiene.

—¿De esa manera la destruiríamos! ¿No sientes curiosidad por saber qué efectos tiene, si realmente funciona?

Arturo tomó la gema de la palma de Gwenn y la sostuvo entre el índice y el pulgar para mirarla de cerca.

—La verdad es que sí —admitió—. Si se trata de una falsificación, está muy bien hecha. ¿Qué te dijo Dyenu sobre ella?

—Solo que me revelaría la verdad. Y también me dijo que, cuando supiese la verdad, desearía torturarlo. No sé, le gusta jugar con las palabras. ¿Crees que es auténtica?

—Solo hay una forma de saberlo. Vamos a ver a Geoffrey —decidió Arturo. Gwenn lo miró asombrada.

—¿Geoffrey de Monmouth, el viejo erudito de la torre en ruinas? Creí que su especialidad era la Historia.

—Lo es. No hay nadie en el mundo que sepa más que él acerca de la Historia del Imperio y de Britannia. Pero también sabe de otras cosas; entre ellas, de alquimia. Ven, conozco una entrada a su torre por la parte de atrás de la muralla. Yo iba mucho allí de niño, antes del destierro. Era mi refugio, pasaba más tiempo con él que en mi casa. Y me tiene afecto; nos dará la información que le pidamos.

Gwenn aceptó de inmediato su plan, y en pocos minutos se encontraban en el callejón al que daba la parte trasera de su casa. Estaba casi seguro de que sir Héctor no había puesto a nadie a vigilarlos. Era evidente que había tomado la visita de Gwenn por una especie de cita amorosa, y no juzgaba necesario controlar los detalles de una visita así.

Caminaron por el empedrado desigual de las viejas calles de la ciudad hasta la parte oriental de la muralla. Gwenn se protegía el rostro con la amplia capucha de su capa, y en cuanto a él, llevaba el suficiente tiempo ausente de Tintagel como para que nadie lo reconociera. En todo caso, el sol estaba a punto de ponerse, y a esa hora la mayor parte de la gente se encontraba ya en casa, atareada en los preparativos de la cena.

A pesar de los años que habían transcurrido, la puerta oculta tras una enredadera que Arturo solía usar de pequeño para colarse en la torre permanecía abierta. Una vez en el interior, tuvieron que subir casi a tientas la empinada escalera de caracol. Arturo dejó que Gwenn le precediera. De repente, le asaltó el temor de encontrarse al viejo sabio muerto en cualquier rincón de su pintoresca morada. Geoffrey podía pasarse semanas sin salir de la torre. A nadie le habría extrañado su ausencia.

Por fortuna no tardó en comprobar que sus temores eran infundados. Antes de que terminasen de subir la escalera vieron al anciano asomado al último peldaño con una antorcha en la mano.

—¿Quién eres tú? —le espetó a la princesa—. ¿Y por qué te cueles en mi casa sin haber sido invitada?

—Geoffrey, es la princesa Gwenn, la hija del duque Gorlois, ¿recuerdas?

—Arturo..., ¿eres tú? Muchacho, ¡creí que nunca volvería a verte!

Ignorando a Gwenn, Geoffrey esperó a que Arturo terminase de subir para

envolverlo en un torpe abrazo.

—Pero ¿de verdad eres tú? ¡Cuánto has crecido! Claro, tanto tiempo. Espero que lo hayas aprovechado bien. ¡Me tienes que contar!

—Te lo contaré todo, Geoffrey, pero ahora necesito que nos hagas un favor. La princesa tiene algo que quiere mostrarte. Vamos a un lugar donde haya más luz. ¿Sigues en pie tu viejo laboratorio?

Geoffrey le dedicó a Gwenn una mirada llena de desconfianza.

—Si ella se atreve a subir... Todo está como siempre.

Arturo observó con disimulo el rostro maravillado de la princesa mientras atravesaban la biblioteca circular del erudito. Los libros desbordaban las estanterías y se apilaban en fantásticas torres multicolores sobre el suelo de madera. Por encima de ellos, como siempre, se amontonaban toda clase de objetos extravagantes: caracolas, globos terráqueos, mariposas disecadas o esqueletos de animales extinguidos. Geoffrey lo coleccionaba todo, porque todo le interesaba.

Para llegar al laboratorio había que acceder por una escalera de mano semipodrida. El anciano se encaramó a ella con una agilidad sorprendente. Arturo miró a Gwenn dubitativo. No sabía si ella estaría dispuesta a subir por allí. Pero antes de que pudiese ofrecerse a ayudarla, la vio trepar hacia arriba por los peldaños.

No pudo evitar sonreír. ¡Lo que habría dicho la reina Igraine si hubiese visto a su hija meterse en aquella buhardilla polvorienta!

El laboratorio de Geoffrey estaba exactamente igual que lo recordaba: siempre ardían en él varios fuegos cuyas llamas diferían sutilmente en color, según los ingredientes añadidos a cada uno; y sobre ellos hervían distintas pociones que llenaban el aire de sonidos con su constante borboteo. De las vigas del techo colgaban hatillos de plantas secas que impregnaban con su olor toda la estancia, y también algunos modelos de máquinas aladas, extraños como fragmentos de una visión.

Geoffrey los invitó a sentarse sobre unos cojines en un rincón protegido por un toldo de sucio raso blanco y rosado.

—Es mi refugio. Donde me siento a meditar y a tomar mis infusiones —explicó—. Bueno, decidme: ¿qué es eso tan importante que la princesa quiere mostrarme?

Gwenn extrajo del bolsillo el diamante negro y se lo tendió a Geoffrey. Por la expresión del viejo, Arturo se dio cuenta de que no era la primera vez que veía una gema así. Sonrió como si la reconociera, con una mezcla de sorpresa y alegría.

—¡No creí que quedase ninguna de estas! ¿Dónde la has conseguido?

—Un prisionero me la dio —contestó Gwenn—. Entonces, ¿es una auténtica gema de libaciones?

Geoffrey hizo girar la piedra negra entre sus dedos.

—¿Una gema? Es la madre de todas las gemas. Una de las primeras. Espera..., te voy a enseñar algo que te va a gustar. Arturo, acerca esa lámpara. Por ahí, en el mostrador, tiene que haber una lupa. Tráela también. Ya veréis.

Geoffrey situó el diamante negro muy cerca de la lámpara de aceite, y sobre él, con la otra mano, sostuvo la lupa.

—Mira, princesa. Sabes lo que es, ¿supongo?

Gwenn miró un instante y ahogó una exclamación de asombro. Apartó los ojos para clavarlos en Geoffrey. Lleno de curiosidad, Arturo miró a su vez.

Dentro de la gema, un holograma de exquisita factura representaba el escudo del duque Gorlois, con su torre en el medio y los dos dragones a ambos lados, uno rojo y otro

blanco. Parecía imposible que una imagen tan perfecta pudiese caber en una piedra tan diminuta.

—El emblema de tu padre, muchacha —dijo Geoffrey, sonriendo complacido ante la reacción de la princesa—. Eso significa que la gema es auténtica. Nunca olvidaré la noche en que probé una de esas. La primera noche de existencia de Britannia.

Arturo y Gwenn intercambiaron una mirada.

—¿Por qué nunca hemos visto ninguna gema como esa? —preguntó Gwenn.

Geoffrey sonrió con melancolía.

—¿Cómo ibais a verla? Solo se usaron aquella noche, la noche de la fiesta. Fue en el antiguo castillo de Gorlois, ya sabéis, allá en la isla. ¿Has estado alguna vez? —preguntó, dirigiéndose a Gwenn.

—No desde que enterraron allí a Uther y erigieron el santuario. Nadie puede entrar si no es para custodiar la tumba.

—Nadie puede entrar porque el puente está en ruinas —observó Arturo—. Solo se puede llegar en bar-co, y los cofrades del santuario tienen que nadar hasta la orilla, porque en la isla no hay ningún puerto seguro.

—Sí, sí. Todo ha cambiado mucho —dijo Geoffrey acariciándose la barbilla con aire ausente—. La isla, en otros tiempos, solía ser el corazón de Tintagel. No os podéis imaginar cómo resplandecía el castillo el día de la fiesta. Nunca he visto tantas antorchas juntas. Parecía imposible superar aquello. Pero luego, cuando hicimos la libación..., el gran salón se iluminó como si fuese de día. Los vestidos de las damas, ¡qué colores! Yo nunca he vuelto a ver colores así.

—¿Y por qué después se cambiaron las gemas? —quiso saber Gwenn.

—Porque Britannia cambió. Aquello fue una prueba, la versión beta del velo.

—Hablas como un alquimista —dijo Arturo—. Lo que quiere decir es que se trataba de una versión primitiva de Britannia, menos perfecta que la versión final —aclaró mirando a Gwenn.

—Menos perfecta, tal vez. Diferente, en todo caso. Uther y Gorlois utilizaron la experiencia de aquella noche para afinar los últimos detalles y corregir errores. Se detectaron muchos en aquellas horas. Aún no habían fijado el protocolo.

—Pero entonces, si me tomase esta gema, no pasaría nada, porque esa Britannia que invocaba ya no existe, ¿no? —preguntó Gwenn.

Geoffrey la miró con la cabeza ladeada.

—Justamente ahí está lo raro, jovencita. No debería existir, pero existe. El propio Merlín me lo contó. Creo que quería que yo lo supiese. Que lo consignase en mis libros, aunque la historia completa de Britannia aún no ha sido escrita, y no es tarea para un viejo erudito como yo.

—¿Todavía existe? —repitió Arturo, perplejo—. Pero entonces, ¿eso significa que hay dos Britannias!

—En realidad, no. La versión beta del velo se oculta dentro de la actual, dormida. No sé por qué no la destruyeron, por qué decidieron conservarla en el corazón de la Britannia actual. Le pregunté a Merlín, pero me dio una respuesta absurda: motivos sentimentales. Conociendo a Uther, no le doy el menor crédito.

—Entonces, si esa Britannia existe dentro de la nuestra, yo podría conectarme a ella ahora mismo, ¿verdad? —insistió Gwenn—. Solo tendría que tomarme esa gema.

Geoffrey meneó la cabeza, dubitativo.

—No sé, no creo que sea tan fácil. El alcance de aquella versión no era, ni mucho

menos, tan amplio como el de la nuestra. Es muy probable que no cubriese más allá del territorio de la isla.

—O sea, que habría que ir a la isla y tomarse allí el diamante negro para que surtiese efecto —dedujo Arturo.

—Eso creo, sí —confirmó el anciano—. Sí, es muy probable que pueda hacerse. Y sería muy interesante. Quién sabe lo que se podría uno encontrar.

—La verdad —dijo Gwenn pensativa—. Dyenu me dijo que eso es lo que encontraré si me tomo la gema: la verdad. Y si el día en que se utilizaron esas gemas fue el que decís... Mi padre murió al día siguiente de la presentación de Britannia. Murió de un ataque al corazón; pero mi madre siempre ha sostenido que ese ataque se debió a una discusión con Merlín. Tal vez sea esa la verdad a la que se refiere Dyenu.

Sus ojos claros se encontraron una vez más con los de Arturo. Estaba pensando muy en serio en hacer la libación del diamante negro.

—No, Gwenn. —Sin importarle la presencia de Geoffrey, Arturo le cogió una mano entre las suyas y se la apretó con suavidad—. No vas a tomarte esa gema.

—Es mi decisión, no la tuya —protestó ella.

—Es tu decisión, de acuerdo. Pero al menos tienes que prometerme una cosa. Por todo lo que hemos compartido en el viaje desde Aquae Sulis, por haberte traído aquí. Tienes que prometerme que confiarás en mí, y que no te tomarás el diamante negro sin hablar antes conmigo.

—Quieres que te consulte. Que te avise. Para impedirme que me lo tome...

—O para estar a tu lado cuando decidas hacerlo.

Ignorando a Geoffrey, Arturo se dejó llevar por el impulso de acariciarle el pelo a la princesa, sujetándose por detrás de la oreja.

—Dime que sí. Dime que harás lo que te pido —exigió en voz baja.

Ella bajó los ojos, y sus mejillas se colorearon de un leve tinte rosado.

—Haré lo que me pides —murmuró—. Sí, lo haré.

Capítulo 31

Antes de llegar a Tintagel, Lance detuvo su caballo para contemplar las hogueras que ardían en las cimas de los acantilados que rodeaban la ciudad. Era la víspera de Beltain, y el rumor de la música y los bailes llegaba, lejano como un sueño, a sus oídos.

Recordó el ritual de las ataduras, que en su aldea siempre se celebraba esa noche. Era una especie de ceremonia de boda arcaica en la que un hombre y una mujer ataban juntas sus manos para simbolizar el amor que existía entre ellos. Después, saltaban sobre el fuego y quedaban unidos para siempre ante los dioses.

Sin saber por qué, se imaginó a Gwenn frente a él, sus manos pequeñas y frágiles atadas a las de él. Un agradable estremecimiento le erizó la piel.

Se obligó a volver a la realidad. La princesa no estaba a su alcance; quizá ni siquiera volviese a tener la oportunidad de hablarle. Lo que había pasado entre ellos solo podía explicarse por las circunstancias tan especiales que habían compartido: la tensión de la huida de Londres, el extremo cansancio, la intimidad forzada durante jornadas y jornadas, de día y de noche, la sensación constante de peligro.

Gwenn se había aferrado a él entonces porque no tenía a nadie más. Y él, después, había hecho todo lo posible por alejarse. No quería que ella le hiriese. Por eso se le había adelantado, convencido de que era también lo mejor para Gwenn, de que se estaba sacrificando por ella. Al fin y al cabo, entre los dos nunca habría un ritual de las ataduras. Gwenn era una princesa; él, un antiguo mercenario sin nombre ni linaje. Y algo le decía que con Gwenn la única posibilidad era todo o nada. Todo jamás sería posible, así que su única opción consistía en separarse y en olvidar lo que sentían. Tenía que ponérselo fácil. Al menos, podía hacer eso por la princesa.

Le había parecido sencillo de cumplir en Aquae Sulis, y también más tarde, durante la batalla, cuando en más de una ocasión llegó a creer que su tiempo se había terminado. Sin embargo, mantener su decisión en Tintagel, tan cerca de Gwenn, le iba a resultar muy difícil. Aunque ella no le hablase, aunque hubiese olvidado lo ocurrido en el bosque de Broceliande, ¡deseaba tanto verla! No necesitaba que le dirigiese la palabra. Le bastaría con tenerla cerca, con poder contemplarla a placer mientras iba y venía ante los cortesanos, cumpliendo sus deberes de heredera.

Cuando llegó al castillo, le costó trabajo que le dejaran pasar. Nadie lo conocía, y en tiempos de guerra, un extraño armado suscitaba suspicacias. Los guardias de la puerta desconfiaban de su acento oriental y del hecho de que, a pesar de su espléndido caballo y su lujosa armadura, viajase sin escudero.

Se hallaba en plena discusión con ellos, cuando un anciano ataviado ricamente se acercó al portón. En cuanto vio a Lance, lo saludó con una profunda reverencia.

—Estúpidos, ¿estáis importunando a este caballero al que todos esperábamos? Se trata de sir Lance, el héroe de la batalla del monte Badón. Dejad el caballo a estos hombres,

ellos se harán cargo de llevarlo a las cuerdas. Soy sir Erwen de Lenleiyth, ayuda de cámara de la reina. Acompañadme, os lo ruego. Su Majestad está ansiosa por recibirlos.

Lance se miró la capa de lana, grisácea de polvo.

—Quizá debería cambiarme antes de presentarme ante Su Majestad...

La mirada escandalizada de sir Erwen le hizo dejar la frase sin terminar.

—A una reina no se le hace esperar —dijo el caballero con enfática solemnidad—. Ya os he dicho que Su Majestad está impaciente. Venid conmigo.

Sin atreverse a protestar, Lance siguió a sir Erwen a través de patios, escaleras y corredores hasta llegar a lo que parecía ser la parte noble del castillo de Tintagel. Mientras caminaba detrás del ayuda de cámara, no dejaba de pensar que se encontraba en el hogar de Gwenn, y que ella podía aparecer en cualquier momento. Enrojecía solo de imaginar esa posibilidad. ¿Qué iba a decirle? Ni siquiera sabía si Gwenn le dirigiría la palabra. Estaba tan furiosa con él cuando partió de Aquae Sulis.

La reina lo estaba esperando en un salón rectangular cuyos amplios ventanales se adornaban con vidrieras. Quizá se debiese al influjo de Britannia, pero lo cierto era que la luz filtrada a través de aquellos cristales de colores creaba alrededor de la reina un ambiente mágico.

Igraine estaba sentada en un alto sillón de madera y brocado, con un bastidor entre las manos. Lo arrojó a un lado en cuanto lo vio entrar, y una joven doncella que cosía a sus pies se apresuró a recogerlo.

La reina se detuvo ante Lance a un par de pasos de distancia. Llevaba un vestido blanco resplandeciente, bordado con hilos de seda verde, y quizá por efecto del velo, su rostro pálido y sonrosado parecía mucho más joven de lo que realmente era.

Cuando Igraine sonrió, Arturo sintió una punzada de nostalgia. A pesar de que Gwenn no se parecía mucho a su madre, la forma de sus labios al sonreír era casi idéntica.

—El valiente sir Lance. Ya temía que no llegaseis a tiempo —dijo, en respuesta a la reverencia del joven—. Me alegra comprobar que lleváis puesta la armadura que os envié, junto con el caballo. Sabía que pasaríais por la posada del Cuervo antes o después. Todo el mundo tiene que pasar por allí. Especialmente ahora, que vuelve a haber movimiento por los caminos terrestres gracias a la retirada de los sajones.

—Retirada temporal, Majestad —se atrevió a puntualizar Lance—. Están recuperándose de sus pérdidas, acuartelados en Witancester. Pero no podemos confiarnos. Es probable que reciban refuerzos del Continente en las próximas semanas.

—Decid meses, más bien. Eso nos dará tiempo a nosotros también para recomponernos. No soy una ilusa, sir Lance. Sé lo que pasó realmente en esa estúpida batalla. Pero debemos seguir adelante, y, sobre todo, pase lo que pase, no dar muestras de debilidad. Por eso os necesito tanto en este día, amigo mío. Mañana se celebra el juicio por las armas de sir Gawain. Se le juzga por complicidad en la traición de su padre, el rey de Lothian.

—¿Se ha demostrado su culpabilidad? —preguntó Lance, sorprendido.

Durante el escaso tiempo que había tratado a Gawain, había llegado a conocerle un poco, y hasta entonces había estado convencido de que él no había tenido parte en la traición del rey de Lothian. Su relación con su padre era tirante, y por lo que él había podido observar, no existía auténtica confianza entre los dos.

A la reina, sin embargo, no pareció hacerle gracia que se cuestionase su decisión respecto a su sobrino.

—Tenemos nuestras fuentes para saber si es o no culpable. Y hemos sido más que

generosos concediéndole la posibilidad de un juicio por las armas. Pero necesito un campeón a su altura, o mejor que él. Sé que le vencisteis en Aquae Sulis. Vos, sir Lance, seréis mi campeón.

Lance tuvo buen cuidado de no desviar la mirada de la reina. Había oído hablar de su carácter caprichoso y de sus explosiones de violencia. Era consciente de que no podía negarse a lo que le pedía.

Pero batirse a muerte con Gawain... La idea le producía una invencible repugnancia. No quería matar a aquel joven caballero. Lo respetaba. Estaba convencido de que no había tenido nada que ver en los tejemanejes de su padre. Y aun así, iba a tener que matarlo si quería sobrevivir.

—Todo está dispuesto para vuestro descanso hasta la hora del torneo —dijo la reina complacida por el silencio del caballero, que interpretó como aquiescencia—. Creo que vuestros aposentos no os defraudarán. Esta noche, celebraremos en palacio un banquete en vuestro honor. Y si necesitáis algo en estas horas previas al combate, cualquier cosa: vino, entretenimiento, compañía, no tenéis más que pedirlo. He dado órdenes para que se satisfagan todos vuestros deseos.

Lance se inclinó levemente para mostrar su gratitud. Todavía no se sentía capaz de decir nada. Igraine debía de haber notado su escaso entusiasmo ante el papel que le había asignado, pero no estaba dispuesta a concederle la menor importancia.

—Necesitáis descansar —afirmó, y ensanchó su sonrisa, lo que hizo que Lance percibiese por primera vez las finas arrugas que rodeaban sus labios—. Sir Erwen os acompañará a vuestra habitación. Os esperamos esta noche en la fiesta. Vestíos con esmero. En vuestros aposentos encontraréis gemas de la mejor calidad para vuestras libaciones. Quiero que esta noche brilléis como el héroe de la batalla del monte Badón y como el campeón elegido por la reina.

Lance murmuró unas palabras de gratitud que ni a él mismo le sonaron convincentes antes de despedirse. Después, siguió a sir Erwen hasta las habitaciones que le habían asignado. El ayuda de cámara de la reina se encargó de abrir y entró delante de él, pero algo le hizo retroceder un paso y quedarse como petrificado en el umbral.

—Alteza —le oyó balbucear Lance—. Perdonad, no sabía...

—Tranquilo, Erwen —contestó la voz de Gwenn desde el interior—. Solo necesito hablar a solas con sir Lance unos minutos. Podéis esperarme al final del corredor, para asegurarnos de que os digo la verdad. Y lo que sí os debo pedir es que no informéis de esto a mi madre: no lo aprobaría.

—Como deseéis, Alteza.

Sir Erwen dio media vuelta y, sin mirar a Lance, caminó lentamente hacia las escaleras que había al final del pasillo.

Lance dudó un momento antes de entrar en la estancia. Iba a verla. Después de soñar tantas noches con Gwenn, iba a hablar con ella. ¡A solas!

Avanzó unos pasos hacia el centro de la luminosa habitación. Gwenn estaba en pie de espaldas a la ventana, mirándolo.

La encontró más delgada que a su salida de Aquae Sulis. Por alguna razón, había elegido mostrar sus ojeras, en lugar de ocultarlas con la magia del velo.

Lance creyó por un instante que ella iba a ir a su encuentro, que le estrecharía las manos. Al menos, esperaba una sonrisa. Pero en lugar de eso, la princesa se quedó rígida donde estaba, sin la más mínima expresión de alegría en su rostro cansado.

—Espero que sepáis perdonar mi indiscreción —dijo. Lance se sobresaltó al oír una

vez más el timbre de su voz, que tantas veces había intentado reproducir en su mente—. No os importaría si no fuese porque necesito pedir algo. Suplicaros, más bien. Por favor, os lo ruego, no combatáis con Gawain. No aceptéis ser el campeón de la reina contra él.

—Ya he aceptado —replicó Lance con un nudo en la garganta—. No puedo echarme atrás ahora.

—¿Por qué no? —estalló Gwenn, mirándolo con fiereza—. ¿Acaso porque comprometeríais vuestro honor? Siempre será mejor eso que morir o que matar a un hombre inocente.

Al ver que Lance no reaccionaba ni decía nada, Gwenn decidió cambiar de táctica. Se le acercó, y él pudo ver las lágrimas en sus ojos. Le tendió las dos manos. Él, instintivamente, las aferró con las suyas.

—Lance, por favor, te lo suplico; es mi primo. Tú sabes que no tiene nada que ver con lo que hizo su padre. Todo el que lo conoce bien lo sabe, incluso mi madre, aunque parece que ella quiere aprovechar la oportunidad para quitárselo de en medio. Es injusto y cruel, Lance. No te conviertas en el instrumento de Igraine para algo tan indecente.

—Si no lucho yo, la reina elegirá a otro —murmuró Lance, controlando a duras penas el temblor de su voz—. Nada cambiaría.

—Cambiaría todo, porque tú eres el único que puede derrotar a Gawain. No quiero que muera, Lance, es mi primo. Renuncia: te lo pido por mí, por lo que hubo entre nosotros. Si es que para ti significó algo.

Gwenn calló y aguardó a que él asintiese, a que afirmase que sí, que había significado algo, mucho... Más que ninguna otra cosa que le hubiera sucedido.

Solo que él no podía decirlo. No podía abrir de nuevo aquella puerta que tanto trabajo le había costado cerrar. Gwenn no tenía ni idea de lo que él sufriría si hacía lo que ella le pedía. No lo conocía, en realidad. No sabía nada de él.

Se odió a sí mismo por defraudarla de esa manera, por aquellas lágrimas que ella ya no se molestaba en contener, y que habían comenzado a rodar por sus mejillas.

—No te preocupes. —Fue todo lo que acertó a decir—. Todo saldrá bien.

Gwenn lo miró como si se estuviese burlando. Incredula. Herida.

Sin dejar de mirarlo, caminó hacia la puerta.

—Siento haberte molestado —murmuró a modo de despedida.

Lance oyó sus pasos alejándose por el corredor. Nunca había sentido un desgarramiento como aquel.

Se prometió a sí mismo que Gwenn no volvería a llorar por su causa. Nunca.

LIBRO IV
El puente bajo el agua

Capítulo 32

El olor a humo de las hogueras de Beltain se colaba hasta las entrañas del palacio. Desde su ventana, Gwenn podía verlas a lo lejos, penachos de fuego diminutos sobre el verde de los acantilados.

Por fortuna, su habitación no daba al patio de armas, donde se estaban ultimando los preparativos para el duelo entre Gawain y el campeón de la reina.

No sabía qué le dolía más, si la idea de que iba a perder a su primo o la negativa de Lance a escuchar sus ruegos. En todo caso, en aquel dolor había mucho de rabia y frustración. Era la princesa de Tintagel, la heredera del trono de Britannia, y aun así no podía hacer nada para impedir aquella locura.

Se había pasado la noche en vela, repasando sus alternativas. Sabía que suplicarle a su madre no era una opción. Igraine desconocía el significado de la palabra «piedad». No habría entendido sus argumentos. Se le había metido en la cabeza que sacrificar a Gawain era un movimiento útil para sus planes de futuro, y nada ni nadie le haría reconsiderar su decisión.

Había pensado también en intentarlo una vez más con Lance. La angustia del joven caballero cuando se negó a oír sus ruegos no le había pasado inadvertida. Y además, había notado que él recordaba. La forma en que la miraba cuando creía que ella no se daba cuenta, el temblor de su voz, sus silencios... No le era indiferente, estaba segura. Si iba a verlo, si utilizaba la atracción que él seguía sintiendo hacia ella para convencerlo...

Se pasó una mano por la frente y cerró los ojos, cansada. Habría funcionado. Pero no se sentía capaz de hacerlo. No quería seducir a Lance. Era demasiado indigno.

Eso significaba que solo quedaba una forma de impedir el combate: el diamante negro.

Extrayéndolo del bolsillo, Gwenn lo miró al trasluz para intentar distinguir el emblema de su padre, pero sin la lupa de Geoffrey resultaba imposible verlo.

Le había prometido a Arturo que no se tomaría el diamante sin avisarle, y era una promesa que quería cumplir. Sin embargo, ya había enviado tres mensajes a su casa aquella mañana con la petición —casi una orden— de que se presentase en palacio lo antes posible, y en las tres ocasiones los pajes habían regresado diciendo que el hijo de sir Héctor se hallaba ausente. ¿Para qué se había ofrecido a ayudarla si luego pensaba desaparecer? Y justo aquel día, que era tan duro para ella. Eso demostraba lo poco que le importaba. Si alguna vez había llegado a pensar que le atraía, estaba claro que se había equivocado.

Llamaron a la puerta con la sucesión de golpes tímidos que caracterizaba la forma de presentarse de sir Erwen. Rápidamente, se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y lo invitó a pasar.

El ayuda de cámara de su madre se quedó mirándola junto a la puerta, visiblemente desconcertado.

—¿Ese es el vestido que vais a llevar durante el torneo? —preguntó—. Perdonad mi atrevimiento, Alteza, pero debo deciros que no es apropiado. Demasiado sencillo.

—Eso se arregla en un momento con la magia de Britannia. Pero lo haré después; ahora tengo que solucionar otra cosa. ¿Recuerdas al prisionero al que recogí en el barco, ese individuo llamado Dyenu? Necesito que me lo traigas aquí. Ahora mismo.

—¿Ahora mismo? Pero eso es imposible, Alteza. Hay que solicitar los permisos, tramitar toda la operación...

Gwenn lo fulminó con la mirada, y sir Erwen se calló.

—Tráemelo. Ahora.

—La reina se enfadará si lo hago, Alteza. No me podéis pedir que me arriesgue a eso.

—Si no me lo traes, no asistiré al torneo. Será un escándalo, todo el mundo se preguntará por qué. Y yo les explicaré la razón: les diré que Gawain es inocente, y que mi madre ha decidido condenarlo a muerte a pesar de todo.

—Su Majestad no ha condenado a muerte al prisionero; va a celebrarse un juicio. Un juicio por las armas.

—Sí. Y ella ha escogido como campeón al único caballero que sabe que puede derrotar a mi primo. Tráeme a Dyenu, Erwen. Te prometo que solo lo retendré aquí unos minutos. Después reformaré mi vestido, bajaré al patio de armas, me sentaré en el estrado y me portaré bien.

Sir Erwen asintió, aunque se le veía poco convencido.

—Os lo voy a traer. Pero espero que cumpláis vuestra palabra, Alteza, porque de lo contrario me voy a ver metido en un buen lío por vuestra culpa.

El caballero se retiró con una reverencia, y Gwenn aguardó impaciente a que cumpliera el encargo que le había hecho. No quería pensar en lo que iba a hacer ni en el peligro que suponía. Solo iba a ingerir aquella antigua gema para forzar a Dyenu a cumplir su palabra. Después, bueno, ya se enfrentaría con lo que viniera. A fin de cuentas, el diamante negro no era más que una conexión primitiva con el velo. No podía ser tan diferente a lo que conocía. Quizá ni siquiera le hiciese efecto, después de tantos años.

Le pareció que sir Erwen tardaba una eternidad en regresar con el prisionero, pero finalmente apareció. Dos guardias lo traían encadenado de piernas y brazos, mientras el ayuda de cámara de Igraine lo vigilaba desde atrás.

—Dejadnos a solas —exigió Gwenn.

Sir Erwen miró dubitativo a Dyenu. Tenía los brazos y las piernas sujetos por cadenas; era imposible que le hiciese daño a la princesa. Aun así, no parecía gustarle la idea de dejarlo a solas con ella; pero el gesto imperioso de Gwenn le hizo comprender que debía obedecer, y salió de la estancia con los dos vigilantes de la prisión.

Dyenu tenía mejor aspecto que el día que Gwenn lo había visitado en su celda. Las lesiones provocadas por las torturas de Mark iban curándose, y había ganado algo de peso desde su ingreso en las mazmorras de Igraine.

Quizá por eso, la deformidad de su cara atravesada por la cicatriz hinchada y roja destacaba de un modo aún más vivo que antes.

Gwenn tuvo que vencer la repugnancia que le inspiraba aquel rostro para mirarle a los ojos. Acercándose un par de pasos a él, le mostró la gema.

—Quieres que me la tome, ¿verdad? Voy a hacerlo. Pero a cambio me prometiste la verdad, ¿recuerdas?

—Cumpliré mi promesa —contestó Dyenu casi con solemnidad—. ¿Lo vais a

hacer? ¿No os da miedo?

Gwenn lo miró con expresión inquisitiva.

—¿Debería dármelo?

Algo parecido a una risotada brotó de los desfigurados labios de Dyenu.

—Deberíais tener miedo, sí —contestó.

En lugar de tomárselo como una advertencia, Gwenn lo interpretó como una provocación.

—¿Debo ir a algún lugar específico para ingerirla, o puede ser aquí? —Quiso saber.

—Da lo mismo dónde os la toméis. Pero tendrá que ser delante de mí, si queréis que os ayude.

Gwenn contempló en silencio aquellos ojos alegres y serenos que brillaban como lámparas en el semblante monstruoso del muchacho. Sin dejar de mirarlo, se llevó el diamante negro a los labios. Luego se lo tragó y, con los ojos cerrados, murmuró la letanía de la segunda libación.

Cuando despegó los párpados de nuevo, vio los ojos de Dyenu fijos en ella, como si esperase alguna reacción. Gwenn, sin embargo, no notó que nada cambiase en su percepción de las cosas, ni tampoco percibió ninguna sensación fuera de lo normal. Probablemente la gema habría perdido sus poderes después de tantos años.

De todas formas, había hecho lo que Dyenu le había pedido, y podía reclamarle que cumpliera su palabra.

—La prueba —exigió, consciente de que no quedaba mucho tiempo hasta el comienzo del torneo—. La prueba para exculpar a Gawain. ¿Cuál es? ¿Cómo puedo conseguirla?

—Ya habéis hecho lo que teníais que hacer para conseguirla —replicó Dyenu con tranquilidad—. Esperad a que el diamante negro obre su efecto; no tenéis que hacer nada más.

Gwenn lo miró incrédula.

—Espera. ¿No vas a decirme nada? ¿No era más que un truco? —preguntó, tan indignada que apenas le salía la voz.

—No hace falta que os diga nada, Alteza —insistió Dyenu, y la mueca de sus labios se ensanchó en un simulacro de sonrisa—. Las respuestas que buscáis están en el diamante negro. Ya lo veréis.

—Te has burlado de mí. ¡Guardias! —llamó Gwenn, fuera de sí.

Cuando los hombres entraron, señaló al prisionero sin mirarlo.

—Devolvedlo a su celda. Y aseguraos de que permanezca encadenado siempre a partir de ahora.

Sus ojos se encontraron con los de sir Erwen, que la miraba casi asustado.

—Alteza, perdonadme, pero tenéis que venir conmigo. La reina ya ha ocupado su posición en el estrado, y solo os aguardan a vos para que dé comienzo el combate.

Gwenn escuchó los pasos metálicos de los guardias alejándose con Dyenu en dirección a las escaleras. Mecánicamente, se alisó el vestido para transformar su insípido tono gris en un verde intenso mediante la magia del velo.

Tardó un momento en notar que en realidad había cambiado algo más. Diminutas gemas azules, brillantes como auténticos zafiros, salpicaban ahora sus mangas y su escote formando ondas y espirales que recordaban el movimiento de las olas. Pero es que, además, había aparecido algo que antes no llevaba puesto: un cinturón de plata y zafiros sobre la seda tornasolada del vestido.

Tocó el borde metálico del cinturón para cerciorarse de que estaba allí.

No podía ser cierto. Britannia solo era capaz de transformar la apariencia de la realidad, no de hacer surgir cosas que antes no estaban. Al menos, la Britannia que ella conocía.

Solo que en esta ocasión se había conectado a la Britannia primitiva, donde quizá las cosas funcionaran de otra manera.

Por fortuna, sir Erwen no parecía haberse dado cuenta del extraño cambio que se había operado en su vestimenta. Lo único que le preocupaba era cumplir con su encargo cuanto antes y llevar a la princesa hasta el patio de armas.

Bajaron juntos las escaleras de piedra que conducían directamente a una de las entradas del patio. En él, los cortesanos, vestidos con sus mejores galas, aguardaban charlando unos con otros a que la reina diese la señal para que comenzase el juicio.

Los dos caballeros ya se encontraban preparados uno frente a otro, a lomo de sus respectivos caballos. El de Lance era una yegua alta y magnífica que la reina había hecho traer de los desiertos del sur unos meses antes. El de Gawain, un espectacular caballo negro azabache que había adquirido aquella misma semana por mediación de uno de sus antiguos criados en el mercado de Bel.

Sin mirar a derecha ni izquierda, Gwenn se dirigió al sitio vacío que la esperaba junto al trono de la reina. Igraine la acogió con un gesto de impaciencia.

—¿Dónde te habías metido? —musitó—. Ser mi hija no te da derecho a tener a toda la corte esperando.

Sin esperar respuesta, Igraine se levantó majestuosamente de su trono y, después de mirar a ambos lados para asegurarse de que todos los ojos estaban puestos en ella, alzó con un gesto rápido y autoritario el pañuelo que debía señalar el comienzo del duelo.

Los dos caballeros espolearon a sus monturas, que se lanzaron al galope la una contra la otra. Gwenn cerró los ojos, pero eso no le impidió oír el frenético repiqueteo de los cascos de los caballos sobre la arena. Y luego, atronador, el choque de los escudos.

No iba a mirar; se lo prometió a sí misma. Pero no podía evitar oír. El aire silbaba cortado por las espadas, puntuado de cuando en cuando por el grito ahogado o el jadeo de uno de los contendientes.

Golpes sordos. Relinchos. Murmullos repentinos de la multitud.

No quería mirar. No quería ver morir a Gawain.

Si hubiese sabido que la promesa de Dyenu no era más que una trampa, le habría suplicado de nuevo a Lance. Le habría seducido; lo que fuese necesario. Pero todo el tiempo había confiado en que tenía en su poder el último as en la manga. Había sido una ingenua, una estúpida.

El chillido simultáneo de varias damas. Pero no de Igraine. ¿Qué habría pasado?

Apretó con fuerza los párpados. Y vio estrellas, estrellas azules y blancas que invadieron su campo de visión. Se expandían, flotaban, se consumían unas a otras. Se preguntó si el efecto de la antigua Britannia tendría algo que ver con aquellos reflejos. Parecían extrañamente reales, como si de verdad estuviesen allí, persiguiéndose unos a otros delante de ella.

Un silencio. Un silencio demasiado largo. Y después, una nueva cabalgada, las zancadas de uno de los caballos ligeramente retardadas con respecto a las del otro.

Un golpe seco, de algo grande y pesado, amortiguado por la arena. Esta vez también gritaron algunos caballeros.

—¿Qué diablos está haciendo? —exclamó Igraine, exasperada—. Se ha dejado

derribar.

Abrió los ojos. Lance se estaba incorporando cuando Gawain lo acometió de nuevo desde su caballo. Él interpuso la espada entre su coraza y el arma de Gawain, quien, desequilibrado por la fuerza del choque, resbaló sobre la silla de montar, yéndose también al suelo.

Lance podría haber aprovechado el momento para lanzarle una estocada definitiva, pero no lo hizo. Se quedó inmóvil el tiempo justo para que a su adversario le diese tiempo a recuperarse.

Igraine tenía razón: ¿qué diablos estaba haciendo?

Se sucedieron varios golpes tan rápidos que apenas daba tiempo a seguir su trayectoria. Lance esquivaba algunos y devolvía otros. Pero lo hacía sin convicción, como distraído. Como si no le importase demasiado el resultado de aquel duelo.

Gwenn sintió las perlas de sudor en su frente, en el nacimiento de sus cabellos.

Lo estaba haciendo a propósito. No se defendía.

Lance intentaba perder el combate.

Y era por lo que ella le había pedido. Le había suplicado que no matase a Gawain. Y no iba a matarlo, aunque eso implicase sacrificar su propia vida.

Sin saber muy bien lo que hacía, Gwenn se puso en pie, alzó los brazos y gritó a pleno pulmón.

—¡Deteneos!

Quizá fue la brutal intensidad del grito lo que hizo que se le nublase la vista. Oyó, distante y apagada, la voz de su madre, pero no entendió lo que le decía. Toda su fuerza estaba concentrada en aquellos brazos que mantenía en el aire, tensos como si los músculos se le fuesen a romper.

Poco a poco, su campo visual comenzó a aclararse. Lance y Gawain seguían el uno frente al otro, pero en lugar de atacarse miraban a su alrededor, hacia arriba. Todo el mundo miraba, y no era para menos. Violentos relámpagos rasgaban la repentina oscuridad del cielo, seguidos de largos truenos que rodaban en el aire, superponiéndose unos a otros.

Comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia, tan grandes y pesadas que casi hacían daño.

Gwenn miró desconcertada a su alrededor. Allí donde caía una gota, brotaba un tallo, un tallo que crecía y se ramificaba a una velocidad imposible, llenándose de hojas. Cada gota añadía nuevas ramas a las anteriores, los tallos se entrelazaban unos con otros y trepaban hacia el cielo, formando un tapiz de monstruosas enredaderas.

Gwenn miró a su madre, aterrada. Quería explicarle que todo lo que estaba sucediendo era culpa de ella. Quería suplicarle que le ayudase a pararlo.

Pero Igraine parecía dormir con los ojos abiertos, ajena a lo que ocurría. Y no solo Igraine, todos. Todos se habían quedado inmóviles, petrificados entre las ramas de aquel bosque infinito que crecía a su alrededor.

Gwenn buscó con la mirada a alguien que hubiese logrado mantenerse despierto. No encontró a nadie. Cada uno de los hombres y mujeres presentes en el patio de armas del castillo de Tintagel se hallaba sumido en un profundo sueño.

O quizá todos no, porque cuando Gwenn miró hacia la arena donde estaba teniendo lugar el combate, comprobó que Lance había desaparecido.

Capítulo 33

El campamento de los feriantes se había instalado al sur de la ciudad, junto a la carretera de Isca, poco antes de que dieran comienzo las fiestas de Beltain. Arturo no había imaginado que una localidad tan pequeña como Tintagel pudiese atraer a tan gran número de vendedores, juglares y titiriteros de todas clases; pero al fin y al cabo se trataba de la corte, a pesar de la guerra con los sajones y de la debilidad política de la reina.

De un vistazo, trató de localizar el barracón de la taberna donde le había citado Merlín. Se llamaba El Faisán de Oro, un nombre un tanto pretencioso para un puesto de feria donde, como mucho, despacharían sidra barata y algo de hidromiel.

Entre aquella variedad de tiendas y barracas multicolores, en un principio no la localizó. Tendría que preguntar, y esa idea le contrariaba. Cuanta menos atención atrajese su presencia allí, mejor.

Alzó la vista hacia el sol, parcialmente oculto entre las nubes. El juicio de armas entre Gawain y Lance debía de estar a punto de comenzar. Se preguntó si Merlín sabría que le había citado a la misma hora del duelo, y si lo habría hecho a propósito. Tratándose de él, seguramente no se trataba de una casualidad. ¿Querría alejarle de Tintagel justo durante el juicio? ¿Por qué? Quizá preveía un desenlace contrario a los deseos de la reina, y temía las consecuencias. Algunas veces, el mago parecía tener el don de ver el futuro, y actuaba conforme a lo que este le revelaba.

Mientras caminaba entre los puestos de adivinas, malabaristas y vendedores de amuletos, pensó en Gwenn, y en lo que estaría sintiendo en ese instante. Estaba muy unida a su primo, aunque no parecía enamorada. De todas formas, le preocupaba que, en el último momento, ella cayese en la trampa de creer que podía impedir el combate ingiriendo la gema que le había dado Dyenu.

Debería haberse quedado con ella. Pero un mensaje de Merlín era un mensaje de Merlín, y no podía ignorarlo. Al fin y al cabo, se había preparado durante años para aquel momento. El mensaje decía algo sobre una espada. La espada de Uther.

Decidido a no preguntar, recorrió al azar varias callejuelas del poblado ambulante hasta dar con la insignia herrumbrosa de El Faisán de Oro, que se bamboleaba sobre un tenderete protegido de la intemperie por finos tablones de madera.

Apartó la cortina grasienta de la entrada y esperó a que sus ojos se acostumbrasen a la penumbra. Si aquello era una taberna, no lo parecía. No tenía mostrador ni botellas llenas de licor; solo un par de mesas con sillas, de las cuales únicamente la del fondo estaba ocupada.

Arturo se encaminó hacia ella y ocupó el asiento frente a Merlín. Una lámpara de aceite ardía en la mesa, junto a un vaso de sidra semivacío.

El mago lo miró con una sonrisa distante, como si estuviese pensando en otra cosa. Había rejuvenecido desde su último encuentro. ¿Cómo era posible? Quizá estuviese usando

sus poderes para borrar de su rostro las huellas de la edad.

—Has tardado —le saludó—. Tenemos poco tiempo, el cono de silencio que nos protege se destruirá cuando el sol llegue a su cénit. Te he traído lo que te prometí, Arturo. La espada. La espada de Uther.

—La espada —repitió Arturo, buscando el arma con la mirada—. Excalibur.

—No. No es Excalibur todavía. Pero lo será cuando su cuerpo se reúna con su alma.

—¿De qué estás hablando, Merlín? Se trata de una espada, no de una criatura viva.

—Sí, Excalibur es una espada, pero una espada con alma. Solo que la ha perdido.

Eres tú quien debe devolvérsela.

El mago se inclinó para coger un bulto en el suelo, envuelto en una pieza de brocado negro. Con gestos lentos y deliberados, fue desenrollando la tela hasta mostrar una espada que, en apariencia, no se diferenciaba demasiado de cualquier otra.

Arturo alargó el brazo para agarrarla, y al hacerlo rozó a Merlín. Algo cambió entonces en la mirada del anciano: fue como si lo viese por primera vez, como si solo en ese instante lo reconociese.

—Arturo. —Su voz había cambiado, sonaba más débil e incierta ahora—. ¿Por qué estamos aquí? No deberíamos estar aquí.

Arturo, sopesando el arma en sus manos, lo observó perplejo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó—. Merlín, no me asustes. ¡No estarás perdiendo la memoria!

Fue como si aquellas palabras provocasen un rea-juste en la mente del mago, que sonrió con expresión culpable, como si hubiese cometido una falta.

—Disculpa, muchacho. La edad no perdona. Pequeños achaques, no tienen importancia. Bueno, ¿qué? ¿Qué te parece?

—Esperaba algo más impresionante —confesó Arturo—. Una empuñadura de oro y piedras preciosas qué sé yo.

—No te dejes engañar; el filo de esta espada es único, producto de una tecnología olvidada hace mucho tiempo. Pero no es el filo lo que importa, no es la aleación usada para fabricarla. Es su alma, como te decía. Y esa se la tienes que devolver tú, porque sin ella no es más que un cascarón vacío.

Arturo acarició pensativo el puño metálico, adornado tan solo por pequeñas incrustaciones de piedra negra y brillante.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó.

—Tienes que llevarla hasta la tumba de Uther y ponerla entre las manos de su estatua yacente. Eso activará el código. Le otorgará a Excalibur el poder para el que está destinada. Pero una vez que hayas hecho eso, ya no habrá marcha atrás.

Arturo cogió el vaso de sidra que había sobre la mesa y bebió lo que quedaba en él de un trago. Tenía la impresión de que Merlín ni siquiera lo había tocado.

—No entiendo. La leyenda dice que el Elegido sacará una espada de la piedra. Que la sacará, no que la meterá en ella.

Merlín rio de un modo extraño. Hueco, artificial.

—Uther era muy listo. Aprovechó esa vieja profecía para urdir su plan. Pero Excalibur no es exactamente la espada de la leyenda, sino una invención de Uther. Llegará el momento de sacarla de la piedra, no te preocupes. Y será tu momento. Pero, para eso, antes hay que introducirla en la piedra, y eso también debes hacerlo tú.

Arturo estudió el rostro de Merlín, cuyos iris oscuros reflejaban la luz de la lámpara de aceite como dos diminutos penachos de fuego.

—Explícame por qué —pidió—. Por qué todo esto. Por qué es tan importante esta espada. ¿De verdad tiene algún poder?

—Cuando esté en la piedra y recobre su alma, cuando se active, lo tendrá.

—¿Qué poder?

—El poder de reiniciar Britannia. De brindarnos a todos una Britannia mejor.

Merlín observó a Arturo con aire reflexivo antes de proseguir.

—Una vez te expliqué que ni yo ni Uther fuimos los verdaderos creadores de Britannia. No la inventamos, la encontramos. Britannia era una simulación codificada en un lenguaje del Mundo Antiguo, pero conseguimos reactivarla, devolverle la vida. El problema es que la Britannia que encontramos, la que tenemos ahora, no era un mundo justo, Arturo. No lo es. Piensa en la forma de conectarse, en las distintas gemas que existen. Conexiones de primera, de segunda y de tercera, según lo que pagues por ellas. El dinero es poder en Britannia. Quien tiene dinero tiene un velo casi perfecto, quien no dispone de él se ve obligado a vivir sumido en el caos de un mundo difícil y hostil. Piensa en los soldados, por ejemplo: solo reciben del velo la protección imprescindible para hacer su trabajo y para tener alguna ventaja sobre el enemigo.

—Es que el mundo es así —observó Arturo—. Nunca ha sido de otra manera y Britannia no es más que un reflejo del mundo.

—Así es. Pero podría ser otra cosa. Es una simulación, un producto de la mente humana. Cambiando un poco el código, podrían cambiarse sus reglas internas. No es sencillo, por supuesto. Tu padre, Uther, se pasó media vida intentándolo.

—Si es que realmente era mi padre.

Merlín se encogió levemente de hombros.

—Pasó contigo y con tu madre los tres años más fructíferos de su vida. Eso, sin duda, significa algo. Fueron los años que dedicó a reescribir Britannia. Cambió cada línea de código. Cada línea. No te puedes imaginar el trabajo que supuso. Y el reto. Fue una hazaña, hijo. Una hazaña irrepetible. Convirtió Britannia en una meritocracia, en una sociedad ideal en la que cada uno recibe lo que merece en función de lo que aporta. Un reino en el que todo el mundo tendría cabida, en el que nadie quedaría excluido por no tener dinero.

—Qué lástima que no lo terminara —murmuró Arturo, impresionado—. Si hubiese acabado, ahora viviríamos en una Britannia muy distinta, ¿verdad? ¿Qué fue lo que pasó? ¿Por qué no acabó su obra?

Merlín clavó en Arturo aquellos ojos en cuyas pupilas brillaban dos llamas saltarinas.

—Sí la acabó —le corrigió, sonriendo—. Tendrías que haberle visto el día que me comunicó que estaba terminada. Parecía tan feliz como un chiquillo. El problema vino después, cuando llegó el momento de activar el nuevo código. Le entró miedo, ¿sabes? No se atrevió a ponerlo en marcha. Había tantos intereses creados para entonces, tantas redes de influencias. No se vio capaz. Era como destruir por segunda vez la civilización, como repetir la catástrofe que terminó con el Mundo Antiguo.

—Pero, por lo que dices, no se habría destruido nada; solo se habría sustituido una versión de Britannia por otra.

—Así es. El caso es que Uther no tuvo fuerzas para hacerlo. Pero quería que se hiciera. Era su sueño, el sueño al que dedicó los mejores años de su vida. Por eso, no destruyó el código que tan trabajosamente había creado. Lo escondió para que nadie pudiese desmantelarlo. Lo escondió en la versión beta de Britannia.

A Arturo le vino a la mente el diamante negro de Gwenn. Era una coincidencia extraña, que alguien le hubiese ofrecido entrar en el mismo lugar escondido del velo al que Merlín deseaba enviarle.

—Entonces, quieres que active ese código —dijo lentamente—. El código que podría reiniciar Britannia y volverla mejor. Pero ¿por qué yo?

—La espada funciona como una especie de llave. Meterla en la piedra activará una serie de protocolos que lo pondrán todo en marcha, pero será cuando alguien la vuelva a extraer cuando el cambio empiece de verdad. Y Uther se aseguró de que solo alguien de su sangre pudiese extraer a Excalibur de la piedra. Tiene lo que los alquimistas llaman una «clave genética». Solo el hijo de Uther podrá sacarla.

—Suponiendo que yo sea el hijo de Uther —murmuró Arturo—. ¿Lo soy?

Merlín se lo quedó mirando. Algo, de pronto, volvió a cambiar en su expresión, devolviéndole el aspecto de loco que por unos momentos se había apoderado de él al principio de la charla.

—Es mucho riesgo —dijo una voz temblorosa que apenas se parecía a la que había empleado hacía un instante—. No enredes al chico.

—Merlín, ¿qué te pasa?

El mago intentó contestar, pero cuando fue a hacerlo un movimiento convulsivo se apoderó de él. Abrió la boca para hablar, y un espumarajo de saliva le cayó entre los labios. Los ojos, mientras tanto, parecían vacíos de vida.

Duró tan solo unos segundos. Y terminó tan bruscamente como había empezado.

—Solo tú puedes hacerlo —dijo entonces con una voz absolutamente normal—. Tú sacarás la espada, reiniciarás Britannia y te convertirás en rey. Pero primero tienes que colocar a Excalibur en su lugar, ya te lo he dicho. Ve a la tumba de Uther. Colócala entre las manos de piedra de su estatua. Es la parte más fácil.

Oyeron un largo trueno que resonó en la tierra y en los tablones del barracón antes de disolverse en el silencio.

—Olvidas que el puente que une Britannia con la isla está en ruinas —dijo Arturo—. Y no hay manera de acceder en barco. Además, por lo que tú me has dicho, no se puede llegar a ese lugar desde la actual versión de Britannia. Tendría que entrar en la primera, ¿no es así? Donde Uther ocultó su código. ¿Cómo esperas que lo haga?

Un nuevo trueno retumbó sobre sus cabezas. Y casi de inmediato, oyeron el golpeteo de la lluvia sobre las tablas de la caseta.

—Por fin —dijo el mago, sonriendo por primera vez de una manera auténtica—. Está hecho.

—¿Qué está hecho? —preguntó Arturo—. No entiendo nada.

—Justo lo que me preguntabas. La puerta de la antigua Britannia No tendrás que hacer nada para abrirla. La princesa ya lo ha hecho por ti.

Capítulo 34

Cuando Arturo salió del barracón en el que se había entrevistado con Merlín, el cielo estaba tan oscuro que casi parecía de noche, y la lluvia caía con fuerza. Tardó unos segundos en darse cuenta de que no se trataba de una lluvia normal. Aquí y allá, donde el agua tocaba el suelo, nacían enredaderas que crecían a ojos vistas, trepando sobre cualquier objeto o superficie que encontrasen a su paso. Era como si la realidad se hubiese transformado en una pesadilla: las plantas avanzaban por todas partes, se encaramaban a las lonas de los puestos y a las maderas de los tenderetes. Y lo peor: aprisionaban a las personas, que atrapadas entre sus hojas y ramas quedaban inconscientes, tal vez dormidas.

Arturo avanzó entre aquella selva que acababa de brotar a su alrededor mientras su mano derecha aferraba con fuerza la empuñadura de Excalibur. Estaba convencido de que era la espada que acababa de entregarle Merlín lo que le protegía de aquel hechizo que afectaba a los demás. La utilizó para abrirse paso con ella a través del denso ramaje que se alzaba en su camino. No dejaba de preguntarse si el mago era consciente de lo que estaba ocurriendo, y si lo habría provocado él.

Le preocupaba Merlín; el ataque que había tenido en su presencia no era normal. Había pasado mucho tiempo con él en otras épocas, y jamás le había visto perder el control de aquella manera. Además, su forma de hablar había cambiado sutilmente, lo mismo que su mirada. Hasta sus silencios eran distintos.

Había intentado que le explicara qué tenía que ver Gwenn con aquello, y por qué decía que ella le había abierto la puerta a la primera versión de Britannia. El mago había replicado con un leve encogimiento de hombros y un hosco silencio. No era la clase de reacción propia de Merlín, fuese cual fuese la respuesta que le pedía. A Merlín le gustaba dar respuestas, por misteriosas que fuesen. Pero lo único que parecía importarle esta vez era que Arturo cumpliera la misión que le había encomendado y que alcanzase la tumba de Uther cuanto antes.

Una vez fuera del campamento de los feriantes, decidió tomar el camino de la costa, que un poco más allá se bifurcaba en dos ramas, una de las cuales conducía al puente de la isla. La lluvia había amainado, aunque seguía cayendo; y las plantas que brotaban al contacto de cada gota crecían con mayor lentitud que antes.

Al llegar a la bifurcación, Arturo percibió una silueta que avanzaba hacia él por la carretera empedrada de Tintagel.

Solo cuando estuvo lo bastante cerca distinguió los rasgos de Lance. Venía empapado de lluvia, y, por su aspecto, se dio cuenta de que iba vestido con el jubón y las calzas que llevaba puestos bajo la armadura durante el duelo.

Lance pareció sorprenderse tanto al reconocerlo como él al encontrárselo allí. Arturo fue a su encuentro, y se abrazaron.

—Me alegro de que estés vivo —dijo Arturo, con absoluta sinceridad—. ¿Has

matado a Gawain?

—No. Pero está dormido, como los demás. Todo esto ha sido obra de Gwenn, ¿sabes? Ella lo provocó. Se levantó para interrumpir el combate. Se dio cuenta de que yo no me estaba defendiendo y quiso intervenir.

—Espera. ¿Por qué no te estabas defendiendo?

En los labios de Lance se dibujó una sonrisa ambigua.

—Es largo de contar —contestó—. El caso es que ella extendió las manos, dijo algo... Y se desató todo esto. Todavía no entiendo cómo he podido escapar de allí. Todos los cortesanos quedaron atrapados por las plantas antes de que pudieran reaccionar. A mí, en cambio, la conexión al velo me indicó hacia dónde tenía que ir, me sacó del patio de armas. Fue todo tan rápido que no me planteé nada. Seguí las instrucciones de Britannia, las voces. Un par de veces me detuve para mirar a mi alrededor y tratar de localizar a Gwenn, pero no estaba. El velo me ha guiado hasta aquí. Quiero encontrarla. Ayúdame a encontrarla.

Arturo puso una mano en el hombro de Lance, y con la otra señaló el camino que conducía al puente.

—En la isla; apuesto a que la encontraremos allí. Se ha tomado el diamante negro que le dio Dyenu, eso es lo que ha hecho. Supongo que es lo que ha provocado este desastre.

—¿El diamante negro? —preguntó Lance—. ¿Qué es eso?

—Una gema que abre las puertas de la primera versión de Britannia. Tenemos que sacarla de allí antes de que ocurra nada más. Vamos.

Corrieron bajo la lluvia por el camino de la isla. En tiempos de Gorlois, aquella solía ser la ruta más transitada de Tintagel, pero llevaba tantos años en desuso que la hierba había invadido cada ranura entre las baldosas, y el musgo cubría buena parte de su superficie. Todavía brotaban a su alrededor algunas plantas nacidas de las gotas de agua, pero cada vez eran más escasas y crecían con menos vigor. Aun así, muchas de ellas habían alcanzado ya el tamaño de un olmo de veinte años, transformando el paisaje de marismas que rodeaba al puente en un bosque de formas caprichosas y retorcidas.

El sudor provocado por la carrera se mezcló en las ropas de Arturo con la humedad de la lluvia. Todavía resonaba de cuando en cuando algún trueno lejano, y los rayos que desgarraban las nubes aparecían siempre frente a ellos, como si todos naciesen al final de aquel camino.

Por fin vieron el brazo de mar que los separaba de la antigua isla de Tintagel. Las ruinas del castillo no eran más que una silueta oscura contra el cielo tormentoso. La carretera prácticamente desaparecía allí, tragada por la hierba y la arena blanca; pero, curiosamente, ya no había árboles ni enredaderas mágicas a su alrededor.

No detuvieron su carrera hasta llegar al puente. Arturo apoyó las manos en los muslos, jadeando. Tardaría un rato en recuperar el aliento. Se cercioró de que Excalibur seguía prendida a su cinturón.

Lance, a su lado, también respiraba entrecortadamente. Sus ojos estaban fijos en la entrada del puente. Arturo siguió la dirección de su mirada.

Había cruzado más de una vez aquel puente, de niño. Pero no era como lo recordaba, ni tampoco como lo había visto las últimas veces antes de abandonar Tintagel. La antigua construcción de piedra, con siete arcos perfectos que sostenían la estructura sobre el agua, se hallaba entonces en un estado ruinoso, hasta el punto de que ya nadie podía pasar por allí. Sin embargo, ahora el puente parecía reconstruido, aunque su diseño

no tenía nada que ver con el anterior. Ahora, el puente se alzaba sobre altísimos pilares, y era tan estrecho que daba la impresión de que apenas había sitio en él para que un hombre pudiese pasar.

Lance se acercó a la entrada del puente, franqueada por dos enormes criaturas aladas esculpidas en mármol. Sus rostros podían parecer de hombre o de mujer, según el ángulo desde el que uno los contemplase.

Cada estatua sostenía un pergamino de piedra con una inscripción. La de la derecha decía:

Este es el puente de la espada.

Quien se atreva a cruzarlo obtendrá el poder.

La escultura de la izquierda, en cambio, llevaba la inscripción siguiente:

Este es el puente bajo el agua.

Quien se atreva a cruzarlo obtendrá el conocimiento.

Lance y Arturo se miraron.

—No recuerdo que estas estatuas estuviesen aquí nunca —dijo Arturo.

—Quizá forman parte de la versión de Britannia que Gwenn ha activado.

—La versión primitiva. Es posible.

Lance contempló el puente un buen rato en silencio.

—¿Tú crees que seremos capaces de pasar al otro lado? —preguntó finalmente—.

Está muy hundido en algunas zonas. Tendremos que nadar.

Arturo observó a Lance asombrado.

—Pero ¿qué dices? Es un puente altísimo. El problema es que sea tan estrecho.

Habrá que pasar por él como los artistas que caminan sobre una cuerda en los espectáculos de juglares.

Ambos comprendieron a la vez lo que estaba pasando.

—Tú estás viendo el puente de la espada, yo el puente bajo el agua —concluyó

Lance en voz baja.

—Aunque sea el mismo puente. ¿Cómo es posible?

—No lo sé. Un efecto de la antigua simulación, probablemente. El caso es que tenemos que cruzarlo.

Arturo frunció el ceño.

—Tienes razón —dijo—. Y cuanto antes, mejor. Yo iré delante.

Para acceder al puente había que subir por una escalera que se estrechaba en cada peldaño. A partir del último escalón, Arturo comprobó que el puente era aún más estrecho de lo que le había parecido desde abajo. En realidad, se reducía a un filo de piedra sobre el que apenas se podían plantar los pies sin caer al vacío.

Arturo respiró hondo y dio el primer paso. A continuación, muy rápido, el segundo. Todo consistía en concentrarse, en no pensar en nada más que ir poniendo un pie detrás del otro. Podía hacerlo. Sus pies obedecían sus órdenes, solo tenía que enviarles las órdenes

precisas. Un paso más. Y otro. Y otro.

Cuando miró hacia abajo, vio las aguas del mar batiendo furiosas contra los pilares que sostenían toda la estructura. Debería haber sentido miedo. En cambio, una euforia inexplicable se apoderó de él. Se sentía invencible allá en la altura, se creía capaz de todo. Había llegado hasta la mitad del puente, y una confianza que jamás había experimentado le hacía dar cada paso con mayor seguridad que el anterior.

El puente de la espada. El puente del poder. Ese puente le estaba destinado, porque llevaba al cinto la espada del poder, la espada de Uther. Excalibur. Merlín se la había dado, era suya. Y cuando la extrajera del mármol de la estatua, iniciaría lo que su padre nunca se había atrevido a poner en marcha. Una nueva Britannia. Una nueva época.

Cada vez avanzaba más deprisa sobre el filo de piedra. No tenía miedo; era como caminar por campo abierto, como correr por una pradera desierta. Su exceso de confianza estuvo a punto de jugarle una mala pasada cuando su pie izquierdo resbaló y cayó de rodillas sobre el mármol, que le clavó su aguda arista en la piel, haciéndole sangrar.

Se incorporó con cuidado y siguió caminando sobre el puente, ahora con más prudencia. Pese al resbalón, la sensación de euforia no le había abandonado. El puente de la espada le había elegido a él para permitirle entrar hasta la tumba de Uther. En algún momento, más allá del puente, tenía que encontrar a Gwenn. Quería que ella estuviese presente, que estuviese con él cuando Excalibur recuperase su alma, como decía Merlín.

Cuando llegó a la otra orilla, miró por primera vez hacia atrás. Lance había partido detrás de él, tenía que encontrarse en algún lugar a medio camino sobre las aguas. Aunque los dos veían el puente de diferente manera, ambos tenían que cruzarlo.

Buscó al caballero con la mirada. No estaba en el puente.

Pero tampoco se le veía en la otra orilla. Ni abajo, entre las olas. Nada, ni rastro. El campeón de la reina había desaparecido.

Capítulo 35

El puente se extendía como una línea de ruinas parcialmente sumergidas en el mar hasta la costa de la isla. Lance veía avanzar a Arturo delante, seguro en cada paso como si en lugar de caminar por aquella superficie irregular y peligrosa lo hiciese por un salón de baile.

Comenzó a avanzar él también. Sentía bajo sus pies la piedra resbaladiza, pulida por los embates del mar. Las olas lamían sus botas, y en algunos tramos estas quedaban sumergidas hasta los tobillos. Le costaba trabajo mover las piernas.

Se fijó en que todo se había sumido en un silencio antinatural. Ya no se oían los truenos ni la lluvia, aunque aún caían del cielo algunas gotas dispersas. Tampoco se oía el mar, que estrellaba sus espumas contra la piedra sin producir un solo rumor.

Recordó aquella vez en que, de niño, había acompañado a uno de sus primos a arrancar perlas del fondo rocoso de la costa. El chico, unos cuantos años mayor que él, le había enseñado a bucear. La sensación, cuando se hallaba dentro del agua, era muy parecida a la que experimentaba en aquel momento: el movimiento silencioso de las algas y los peces a su alrededor, la irrealidad de las imágenes, como si se encontrase atrapado dentro de un sueño. Aquella paz profunda que nada ni nadie parecía poder romper.

El cielo seguía cubierto de nubes, pero, a pesar de la ausencia de sol, los colores tenían ahora una intensidad nueva. El azul oscuro del mar, la espuma resplandeciente, los mil tonos de verde de los acantilados a su espalda, los ocre y amarillos de las playas de la isla... Nunca había visto un paisaje tan nítido. Era como si lo estuviese contemplando con unos ojos más perfectos que los humanos, capaces de distinguir detalles que normalmente a simple vista nadie podría captar.

En algunos lugares el puente se hallaba más hundido que en el resto y el agua le llegaba hasta las rodillas, o incluso a la cintura. Entonces se volvía más difícil aún continuar avanzando. La corriente silenciosa del mar se arremolinaba alrededor de su cuerpo, luchaba por arrancarlo del suelo de piedra, y tenía que emplear toda su voluntad y sus fuerzas para no dejarse arrastrar.

Al mismo tiempo, una parte de él habría querido abandonarse a las olas, permitir que se lo llevarasen. Al fin y al cabo, ¿qué importaba? Nada lo esperaba al otro lado del puente; nada de lo que realmente habría querido tener. En circunstancias normales, ni siquiera se permitía pensar en lo que quería. Pero aquella travesía por el agua era como si lavase el lodo que normalmente emborronaba sus pensamientos volviéndolos más nítidos, más claros que nunca. Se veía a sí mismo, veía sus deseos, sus miedos y sus esperanzas. Todos, en realidad, tenían el mismo nombre: Gwenn.

Miró hacia delante. Ahora ya no veía a Arturo; probablemente ya habría alcanzado la orilla. Él encontraría a Gwenn antes. Su travesía era inútil. Ella no lo necesitaba. Y él no tenía nada que ofrecerle, así que ¿por qué no dejarse ir en la corriente azul profunda del mar

y olvidarse de todo? No quería nada en el mundo más que a ella, y sabía que nunca la tendría.

Ni él mismo entendió por qué, a pesar de todo, seguía luchando contra los envites del mar, empeñado en continuar adelante. No tenía ningún motivo.

En algún momento, mientras caminaba sobre la piedra a medias sumergida, se dio cuenta de que había dejado de llover. Delante de él, las ruinas del antiguo castillo de Gorlois resplandecían ahora, blancas contra un cielo turquesa. Y un poco apartada, en dirección este, se alzaba una torre redonda que no había visto desde la costa. La reconoció enseguida: era la torre de Vortigern, que aparecía flanqueada por dos dragones en el escudo de armas del linaje de los Gorlois.

Cuando por fin llegó a tierra firme, no sabía si había transcurrido mucho o poco tiempo desde que puso el pie sobre el puente. Notó, eso sí, que los sonidos volvían, aunque los oía distantes, como filtrados por el agua.

El puente terminaba en una playa de arenas claras, más allá de la cual se extendía una zona de marismas. Una bandada de garzas salvajes buscaba alimento en las someras charcas que la marea había dejado entre las dunas.

Lance miró hacia la derecha buscando la torre de Vortigern. Si Gwenn se encontraba en algún sitio de la isla, tenía que ser allí. Pero la torre quedaba oculta ahora tras las paredes verticales de los acantilados. Y justo al pie de uno de ellos, sentado en unas rocas que se adentraban en el mar, había un hombre pescando, un anciano.

Lance se encaminó hacia él para preguntarle el camino hasta la torre. Pero apenas había avanzado unos pasos, cuando algo apareció flotando un instante delante de su rostro para disolverse casi de inmediato. Su corazón se aceleró. Lo que había visto era una mujer: una dama de la corte elegantemente ataviada según la moda de la década anterior. Había distinguido sus rasgos con absoluta claridad, pero al mismo tiempo había notado una reverberación en la imagen, que se volvió semitransparente antes de desaparecer.

No fue la única que vio. Al mirar hacia las marismas aparecieron otras dos con escasos segundos de diferencia. Una anciana y un niño. También se disolvieron en la nada.

Buscó con la mirada al pescador de las rocas. Al menos él seguía allí. Procurando ignorar las apariciones que se sucedían a su derecha y a su izquierda, caminó directamente hacia él.

El anciano levantó la vista al verle llegar. Una sonrisa de reconocimiento iluminó su rostro, que a Lance le pareció vagamente familiar.

—¡Amigo! —exclamó, emocionado—. Siempre es una alegría verte.

—Perdonad, buen hombre, ¿nos conocemos?

El anciano lo miró en silencio unos instantes. Lentamente, los ojos se le fueron llenando de lágrimas.

—Nunca se llega a conocer del todo a un hombre —murmuró—. Pero sí, nos conocemos, tanto como un ser humano puede conocer a otro, diría yo.

A pesar de lo enigmático de la respuesta, Lance se dio cuenta de que el individuo no estaba bromeando ni jugando con él. Hablaba en serio. Tal vez la soledad de aquellos parajes le hubiera trastornado el juicio, o quizá la edad había afectado a su memoria, haciéndole confundir al recién llegado con algún viejo conocido.

Había, no obstante, algo en su rostro que lo volvía entrañable. Lance sintió que podía hablarle con entera libertad, y que el anciano le entendería.

—Estoy buscando el camino hacia la torre de Vortigern. ¿Por dónde se va?
—preguntó.

El anciano lo miró con una sonrisa curiosa.

—¿Para qué quieres ir allí? —preguntó a su vez.

—Para rescatar a Gwenn, a la princesa. No sé por qué, tengo la sensación de que está en peligro. Y es por mi culpa. Se dio cuenta de que estaba dejándome atacar en el duelo y no quiso permitirlo. Hizo algo, no sé exactamente qué, pero algo muy peligroso. Desencadenó un hechizo de un poder increíble. Y casi al momento desapareció, creemos que ha venido aquí.

El anciano lo miró con unos ojos que Lance ya había visto alguna vez, aunque no podía recordar dónde.

—Gwenn. Siempre Gwenn. Lo tienes todo a tu alcance, Lance, lo que ninguno de nosotros tuvo ni tendrá jamás; pero solo te importa ella. Siempre fue así, ¿verdad?

Lance sintió una punzada de miedo al oír la pregunta.

—¿Quién sois, anciano? —quiso saber—. ¿Cómo es que sabéis tanto sobre mí?

El hombre señaló a una tosca muleta de madera que reposaba apoyada en sus aparejos de pesca, a cierta distancia.

—Acércamela, ¿quieres? La pierna me duele al girarme para hablar contigo; necesito cambiar de posición.

Lance hizo lo que el viejo le pedía, y este se sirvió de la muleta para dar unos cuantos pasos inseguros hasta una roca más alejada del mar, en la que se sentó. A continuación, le hizo un gesto al joven para que tomase asiento a su lado.

—¿Qué os ha pasado en la pierna? —preguntó Lance.

—Una herida. En un combate. Aquí, en el muslo izquierdo —dijo, señalando una zona interna del muslo, próxima a la ingle—. Nunca me recuperé.

Pasó otra sombra humana a cierta distancia de ellos, sobre las rocas. Esta vez, Lance no pudo ver su rostro. Se estremeció.

—¿Qué lugar es este? —preguntó—. ¿Qué son esas visiones que me asaltan por todas partes? ¿Las veis vos?

—Las veo como tú, porque están aquí. Me preguntas qué lugar es este. ¿Qué puedo responderte? Quizá el infierno, porque, como has visto, está poblado de almas condenadas a vagar eternamente sin encontrarse a sí mismas. Son los muertos, Lance. O, si lo prefieres, los avatares de las personas que murieron mientras estaban conectadas al velo de Britannia.

Era la segunda vez que el anciano pronunciaba su nombre, y Lance no recordaba habérselo dicho.

—¿De qué me conocéis? ¿De cuándo? ¿Quién sois? —insistió.

El anciano se echó a reír.

—¿Cuántas preguntas! Seguramente has oído hablar de mí alguna vez. Soy el Rey Pescador, ¿te suena mi nombre?

—El Rey Pescador —repitió Lance, mirándolo con incredulidad—. Se habla de vos en muchas leyendas. El rey del Grial.

—No, Lance. —La sonrisa del anciano se volvió, de pronto, triste—. El rey que perdió el Grial.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Estáis muerto, como los otros?

—No, yo no soy una sombra. A veces, muchas veces, he deseado serlo, pero esa forma de inmortalidad me ha sido negada. Supongo que esta es mi condena por todos los errores que cometí en el pasado. Pero no, debo ser justo. Al mismo tiempo que una condena, es una oportunidad, todavía no he averiguado de qué clase, pero lo es.

Lance cerró los ojos, agotado de intentar descifrar aquellas respuestas

incomprensibles.

—Decidme solo cómo llegar a la torre —pidió—. No deseo importunaros más.

—Antes quiero que me escuches, Lance. Quizá mi oportunidad sea la tuya. Quizá podamos cambiar algo. Has llegado hasta aquí a través del puente bajo el agua. Es el puente del conocimiento, y te voy a explicar por qué. Todas esas almas, Lance, todos esos avatares desprendidos de los cuerpos que una vez los usaron, piensa en la información que contienen, en todo lo que te podrían revelar. Están las sombras de todos los que participaron en aquella primera fiesta, el día que se presentó oficialmente el velo de Britannia. Solo se usaron esa vez; después, quedaron aquí atrapados, inservibles, en la versión más primitiva del velo. Tienes que entender que en ella no existían los protocolos que hacen que Britannia se parezca tanto a la realidad: por ejemplo, el principio por el cual algo que no exista en el mundo real no puede existir en Britannia. En un primer momento no existían esos límites. Piensa lo que eso suponía: cualquier clase de magia era posible en la primera simulación. Todo lo que se podía soñar, se podía programar.

—Programar. Ahora habláis en el lenguaje de los alquimistas.

—Es el lenguaje de Britannia, Lance, aunque muchos se empeñen en disfrazarlo de otra cosa. Al fin y al cabo, ¿qué era Uther sino un alquimista habilidoso? Lo que importa es que entiendas lo que tienes a tu alcance. Esos avatares, la información que contienen. Algunos son anteriores al código de Uther, pertenecen a los restos de la Britannia primitiva, cuando la simulación tenía otro nombre que ni siquiera conocemos. O tal vez no tenía nombre, tal vez se había convertido en algo tan ubicuo para aquellas gentes que ni siquiera necesitaban nombrarlo. Algunos de los fantasmas que pululan por este lugar son las sombras de aquellos hombres y mujeres del Mundo Antiguo. Piensa en todo lo que te podrían revelar. Tantas cosas que desconocemos sobre la civilización desaparecida, incluido el misterio del Grial. Ellos podrían tener las respuestas.

—Si es así, ¿por qué no las buscáis vos?

Una feroz melancolía contrajo los rasgos del anciano.

—A mí nunca se me revelaría esa información. Yo lo perdí. Fui yo. Soy el rey que perdió el Grial. No es mi destino recuperarlo.

—Tu destino. Ahora volvéis a hablar en el lenguaje de los poetas y los bardos. Pero, según lo que me habéis contado, ¿qué papel tiene el destino en todo esto? ¿También es código?

—Todo es código. Y, al mismo tiempo, es otra cosa. El código es el reflejo de los hombres que lo escriben, con sus sueños, sus temores y sus dudas. Es importante que entiendas eso. Especialmente, que lo entiendas tú, porque tú también tienes un destino en Britannia. Muchos creen que eres el Elegido.

—¿El Elegido para qué?

—Para encontrar lo que yo perdí. El Grial. Te lo he dicho, esas sombras contienen las respuestas. Si quisieras buscarlas.

—No quiero buscarlas —interrumpió Lance, mirando a los ojos al rey—. ¿No lo entendéis? Yo no quiero el Grial. No quiero su poder, nunca lo he querido.

—Quizá precisamente por eso estás destinado a encontrarlo. Porque no quieres el poder; porque eres puro. ¿Crees que es casualidad que hayas llegado hasta aquí cruzando el puente bajo el agua? ¿Qué crees que es ese puente sino una pasarela de código que selecciona quién puede atravesarla y quién no? Solo los que llegan a través de ella ven a las sombras. Solo ellos pueden hablar con ellas, arrancarles sus recuerdos. Hazlo, Lance, hazlo por todos nosotros. Busca a los avatares del Mundo Antiguo, aprende a hablar en su

lenguaje y averigua todo lo que puedas acerca del Grial. Para eso estás aquí.

—No, Majestad. Estoy aquí para buscar a Gwenn. Algo me dice que está en peligro. Tengo que encontrarla. Tenéis que ayudarme a encontrarla. Yo no quiero otra cosa en el mundo. Nada más me interesa.

El Rey Pescador meneó la cabeza lentamente, sin decir nada. De pronto parecía más viejo y cansado. Permanecieron los dos en silencio unos instantes, contemplando el mar.

—Mi sencillo y noble Lance —murmuró por fin el anciano—. Tan perfecto en tu falta de ambición, y al mismo tiempo tan vulnerable. El mejor de nosotros. Siempre lo fuiste. ¿Por qué has tenido que elegir el camino más difícil de todos los que recorren esta isla? El camino del amor es también un camino de conocimiento. Pero no te lo aconsejo, amigo. Es el más doloroso.

—Yo no puedo elegir lo que siento. No existe otro camino para mí.

El rey asintió.

—Está bien. Entonces, vete a buscarla. La torre está ahí enfrente, mírala. ¿La ves?

Lance miró hacia el lugar que le señalaba el anciano, a la derecha de la playa. La torre de Vortigern se alzaba muy cerca, alta y resplandeciente como si acabasen de construirla. Vista a aquella distancia se podían distinguir todos los arcos de su estructura cilíndrica, finamente decorados con relieves de piedra que representaban ramas de hiedra y otras plantas trepadoras.

—¿Cómo es posible? Hace un momento no estaba.

—Las distancias, dentro de una simulación, son algo que puede reescribirse en función de las circunstancias de cada momento. Te recuerdo que este es el velo primitivo, donde no se respetan los límites de la realidad. Buena suerte, Lance, sea cual sea el camino que elijas.

Lance se levantó y echó a andar hacia la torre, pero después de avanzar un par de pasos se volvió a mirar al anciano por última vez.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó.

El Rey Pescador lo miró con una sonrisa pensativa.

—No lo sé, amigo —contestó—. No tengo el don de averiguar el futuro. Pero espero que sí.

Capítulo 36

Gwenn se detuvo en la mitad del puente para tomar aliento. Había corrido sin parar desde el palacio bajo aquella lluvia de pesadilla que ella misma había desatado y que hacía crecer plantas imposibles a su alrededor, pero nunca en su camino. Solo quería parar aquel desastre, encontrar la forma de remediar todo el daño que había causado. Ni siquiera entendía cómo había ocurrido. Pero no importaba. Lo único que importaba era arreglarlo, arreglarlo cuanto antes.

Miró hacia la isla, que se alzaba ante ella como una masa oscura contra el cielo nuboso. Todavía le faltaba por recorrer un buen tramo hasta llegar. Reparó entonces en que el puente tenía exactamente el mismo aspecto que en sus mejores tiempos, con sus anchos pretilos de piedra y sus arcos intactos. Eso significaba que lo que les había contado Geoffrey era cierto. Había entrado en una versión primitiva de Britannia, la primera.

En cuanto su respiración se calmó un poco, volvió a correr. La envolvía el rumor del mar, cuyas olas se estrellaban contra los pilares de piedra del puente con un estallido de espumas. Se levantó un viento que se oponía a su avance, y que arrastró las últimas gotas de la lluvia mágica.

Alcanzó, por fin, la playa. A la derecha, más allá de las rocas, divisó la majestuosa torre de Vortigern. Estaba más cerca del mar de lo que ella recordaba, o eso le pareció. Bordeando las marismas, encontró al pie de los acantilados la carretera empedrada que conducía hasta ella.

Llegó antes de lo que había previsto. En realidad, ni siquiera recordaba haber recorrido la carretera. Era como si la distancia entre la playa y la torre se hubiese acortado mágicamente, hasta desaparecer. El caso era que se encontraba ante la puerta principal, flanqueada por dos filas de guerreros con armaduras doradas. Buscó instintivamente un lugar donde ocultarse antes de que aquellos guardias la vieran, pero no lo halló. Se encontraba prácticamente frente a ellos, jadeante, agotada.

Se dio cuenta de que no la veían. Pensándolo bien, era bastante lógico. A fin de cuentas, ella no tenía un avatar en aquella versión primitiva del velo. No podían verla.

Tranquilizada por aquel descubrimiento, pasó por entre las dos filas de soldados y penetró en la torre. Una alfombra de terciopelo rojo cubría el suelo de mármol y la escalinata que subía al salón de recepciones. Hasta abajo llegaban los ecos de la orquesta que tocaba ya para los invitados. Algunos de ellos charlaban animadamente en el vestíbulo o en las escaleras. Con un estremecimiento, Gwenn reconoció a sir Erwen, el ayuda de cámara de su madre. Tenía el mismo rostro pecoso e inexpresivo que conocía desde siempre, pero se le veía mucho más joven.

Resultaba extraño deslizarse entre todos aquellos cortesanos sin que nadie advirtiese su presencia. Gwenn subió por la escalinata con el corazón encogido. No sabía cómo iba a encontrar las respuestas que necesitaba, si no podía preguntar a nadie. Tendría que

observar, quizá ocurriese algo que le diese la clave para descubrir lo que había sucedido. O quizá no. Quizá no hubiese nada que descubrir allí. Quizá quedase atrapada para siempre en aquella versión primitiva de Britannia y no pudiese regresar nunca a su mundo. ¿Sería eso lo que buscaba Dyenu? Había sido una estúpida cayendo en su trampa.

Fuese como fuese, ya no podía volverse atrás. Y ya que estaba allí, asistiría a aquella fiesta en la que había empezado todo.

Un rumor de instrumentos de cuerda que estaban siendo afinados la guio hasta el salón donde se había presentado Britannia. Entró justo cuando una explosión de violines interrumpía las conversaciones, dando comienzo al baile.

El salón resplandecía gracias a millares de velas que lo iluminaban desde las lámparas de cristal del techo, y las parejas en movimiento formaban un torbellino de colores salvajes que se reflejaba en los espejos de las paredes. Era tan hermoso que te cortaba la respiración. Gwenn contempló maravillada el dibujo cambiante que formaban las parejas al deslizarse por el suelo de baldosas negras y blancas, hasta que sus ojos se detuvieron en una que le puso un nudo en la garganta. Reconoció en seguida a Igraine, aunque en ninguno de sus retratos se la veía tan joven. Era desconcertante distinguir sus rasgos en aquel rostro que la vida aún no había endurecido. Los labios, tan finos como siempre pero sin la rigidez nerviosa que los fruncía casi de continuo, formaban una boca prácticamente perfecta. Los ojos, tan claros como lagos de montaña, reflejaban el resplandor de las lámparas con una alegría infantil. Y lo más extraño para Gwenn era reconocer en las facciones de aquella mujer joven y atractiva tantos reflejos de sí misma. Hasta entonces, cuando le decían que se parecía a su madre, siempre lo había interpretado como un halago sin fundamento o como un insulto encubierto, según de quién viniera la observación. Ahora se daba cuenta, sin embargo, de que realmente se parecía. La que ya no se parecía a Igraine era la propia Igraine. Su rencor y su ambición habían transformado para siempre su aspecto.

El hombre que bailaba con ella era su padre, el duque Gorlois. ¡Cómo sonreía mirando a su mujer! Gwenn solo lo conocía a través de los retratos que había visto de él, pero en ninguno de ellos parecía tan vigoroso y apuesto como en aquella escena. Se recordó a sí misma que lo que estaba viendo eran tan solo avatares. Quizá en la primitiva versión de Britannia estuviese permitido mejorar en aquellos reflejos de los hombres y mujeres reales el verdadero aspecto que tenían. Quizá Igraine no fuese tan hermosa en la realidad, ni Gorlois transmitiese aquella sensación de poder. No podía saberlo.

Cuando la música cesó, estallaron algunos aplausos y se reanudaron las conversaciones. Gwenn observó que sus padres se dirigían a un rincón del salón donde charlaban animadamente dos jóvenes a los que no distinguió al principio. Solo al acercarse y oír el acento pausado del más moreno se dio cuenta de que se trataba de Merlín. Y el otro..., el otro era Uther, no había duda. Había visto aquella cara apasionada y llena de vida en muchos cuadros y esculturas. Y algunas veces, cuando era pequeña, lo había visto también en persona, aunque él nunca había hecho el menor esfuerzo por acercarse a ella, ni mucho menos había actuado como un padre.

Pero lo que no recordaba haber visto nunca en su rostro era la expresión que tenía en ese momento, mientras contemplaba a Igraine. Era tan intensa, que casi resultaba inapropiada. Resultaba imposible que los demás no se diesen cuenta de la atracción que sentía por ella, porque no se esforzaba lo más mínimo por disimularla.

Gorlois, desde luego, sí se daba cuenta. Aunque no perdió la calma en todo el tiempo que estuvieron charlando, Gwenn podía notar cómo la tensión crecía en su interior

hasta convertir su sonrisa en un rictus vacío.

Justo cuando Gwenn logró situarse junto al pequeño grupo, oyó que Gorlois invitaba a Uther y a Merlín a seguirlo a su despacho. Igraine protestó en tono de broma, aunque una expresión de alarma alteró por un instante sus ojos claros. Quizá era consciente de la violencia larvada que latía entre su esposo y Uther. Quizá se daba cuenta de que ella era la causa.

Cuando los tres hombres abandonaron el salón a través de una puerta lateral, Gwenn los siguió. Le sorprendió que guardasen silencio mientras cruzaban varias salas vacías, en dirección al despacho del duque. Solo al llegar a él, Gorlois reanudó la conversación, aunque lo hizo en un tono autoritario e incisivo que no se parecía en nada al que había empleado delante de su mujer.

—Es un éxito —dijo—. Lo habéis visto. Ni un fallo, ni un solo fallo de importancia en toda la noche. Britannia funciona. Debo daros las gracias. No lo habría conseguido sin vosotros.

Merlín y Uther asintieron, el primero con gesto serio, el segundo con una sonrisa llena de orgullo.

—Habéis sido un visionario apostando por esto, Gorlois —dijo Uther en un tono condescendiente que sorprendió a Gwenn—. No os arrepentiréis. Os vamos a hacer ganar mucho dinero. Esto no ha hecho más que empezar. Nos queda un largo camino por recorrer.

—Sobre eso... Justamente quería anunciaros algo —dijo el duque sonriendo con frialdad—. Es cierto que nos queda un largo camino por recorrer, pero no lo recorreremos juntos. Creo que habéis recibido una compensación económica más que generosa por vuestro trabajo en Britannia. A partir de aquí empieza otra etapa. He cerrado contratos con varios inversores para poner en marcha una versión del velo a gran escala. Abarcaría prácticamente todo el territorio de la Britannia de los Antiguos. Puede hacerse, y lo haremos.

—Sí, ¡lo haremos! —afirmó Uther, entusiasmado—. Y podemos conseguirlo en un tiempo relativamente corto, os lo aseguro. No sabéis cómo me alegra que queráis dar ese paso.

—Uther —dijo Merlín con los ojos fijos en Gorlois—. No lo has entendido. Quiere hacerlo sin nosotros. Es lo que nos está diciendo.

La sonrisa se borró instantáneamente del rostro de Uther. Miró al duque con gesto de incompreensión.

—No es cierto, ¿verdad? No podéis hacernos eso. Además, ¿qué sentido tendría? Nadie puede hacer este trabajo mejor que nosotros.

—Tal vez no. Pero lo harán de todas formas. A partir de ahora se trata de una labor mecánica, lo esencial está terminado. Tengo un equipo magnífico de alquimistas trabajando ya en el código.

—Eso es un robo —le acusó Merlín en tono sereno—. Ese código lo hemos escrito nosotros.

—Solo habéis reparado lo que encontrasteis y no lo habríais encontrado sin mi dinero. Nada de esto habría podido hacerse sin mí. Os he pagado bien; no tenéis ningún motivo de queja. Y en cuanto a tu acusación, puedes hacer revisar vuestros contratos por cualquier abogado del país. No tenéis ningún resquicio para reclamarme nada. La propiedad legal del código es mía, y puedo hacer con él lo que quiera.

—Incluso si es cierto lo que dices, no te conviene nada hacerlo sin nosotros, Gorlois —dijo Uther, desafiante—. Tus alquimistas no tienen ni idea de lo delicado que es ese

código. No se parece en nada a lo que ellos escriben normalmente. Meterán la pata, cometerán errores que a gran escala podrían ser fatales.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo —contestó Gorlois sin dignarse a mirarlo—. Después de todo, Britannia es mía. Puedo hacer con ella lo que quiera.

Gwenn vio cómo los puños de Uther se cerraban, tan crispados que todas sus venas, de pronto, resultaban visibles.

—Por encima de mi cadáver —gruñó—. ¿Crees que voy a dejar que lo hagas? ¿Que arruines la obra maestra de mi vida? No voy a permitirlo.

—Eres muy joven, Uther —replicó Gorlois—. Ya crearás otras obras maestras. Eso sí, con cuidado de no plagiarte a ti mismo. Me estarías robando a mí, y tendría que llevarte a los tribunales. Te lo digo por si se te ocurre la genial idea de escribir tu propia Britannia.

Uther se lanzó contra él, pero Merlín se interpuso.

—Por favor, todo esto es absurdo —dijo, empujando a Uther para separarlo de Gorlois—. Hemos creado algo maravilloso entre los tres. Hoy debería ser una noche de celebración. ¿Por qué estamos discutiendo?

—Sería distinto si él no se dedicase a provocarme en público y en privado —estalló Gorlois mirando con odio a Uther—. ¿Has visto cómo intenta seducir a mi mujer delante de mis narices? La avergüenza a ella y me pone en evidencia a mí. No estoy dispuesto a tolerarlo ni un día más.

Uther sonrió, desafiante.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Cómo vas a impedir que la seduzca? Soy más joven que tú, más inteligente... Y puedo hacerla más feliz dentro y fuera de la cama.

Gorlois dio una patada a una silla, volcándola. Después, cayó sobre Uther, lo derribó y comenzó a descargar sobre él una lluvia de puñetazos.

Gwenn chilló aterrorizada. Sin darse cuenta de lo que hacía, se lanzó sobre su padre e intentó separarlo de Uther, pero aunque ella podía sentir el contacto de Gorlois, él no notaba el suyo. En aquel mundo de la simulación, ella no existía.

Uther rodó sobre la alfombra, zafándose con habilidad de los golpes del duque, y se puso en pie. Gorlois también se incorporó y, rugiendo como un león furioso, volvió a arrojarle sobre él. Uther utilizó el propio ímpetu del duque para rechazarlo, y este cayó con tal violencia hacia atrás, que se golpeó la cabeza en la esquina de la chimenea.

Gwenn lo vio caer al suelo como un pelele sin fuerzas. Su mejilla se estrelló contra las baldosas blancas, más allá de la alfombra. Sus ojos permanecían abiertos, fijos en algún punto delante de él. Estaba muerto.

Uther se dejó caer de rodillas junto al cadáver, anonadado. Él y Merlín contemplaron con estupor el avatar que se desprendía del cuerpo sin vida. La imagen del duque, como un fantasma, se quedó flotando sobre ellos, todavía con la mueca de dolor que había sido su último gesto antes de morir.

—Qué he hecho. Dios mío, qué he hecho.

Merlín también se arrodilló junto al cuerpo de Gorlois para examinarlo.

—Lo has matado —murmuró, visiblemente nervioso—. Has matado al duque de Cornualles.

—Es el final de todo. —La voz de Uther sonó casi como un sollozo.

Merlín le puso una mano en el hombro.

—No. Si lo hacemos bien, no. Estamos dentro de una simulación. El avatar. Podemos reescribir rápidamente el código. Introducirte a ti en él.

—¿En el avatar de Gorlois? Eso incumple los principios que habíamos fijado. Nadie

cambia de apariencia en la simulación.

—No hay ninguna barrera técnica que lo impida. Es solo un principio moral, algo que dijimos que respetaríamos. Pero, por una vez, nos lo saltaremos. Es cuestión de un momento. Vamos.

Gwenn vio que Merlín se sentaba en el escritorio del duque y sacaba un pergamino de agua del bolsillo. Con un estilete de metal, comenzó a escribir sobre él a toda velocidad. A medida que escribía, el avatar del duque iba transformándose, cambiando de expresión.

Hasta que de pronto, con extraordinaria rapidez, descendió sobre Uther y se adhirió a él como una segunda piel. Uther Pendragón dejó de existir, transformado en el duque de Cornualles.

Todo fue muy rápido. En pocos minutos, los dos hombres estaban de vuelta en el salón donde se celebraba la fiesta. Solo que ahora, Uther se había transformado en Gorlois, al menos en apariencia.

Gwenn los siguió como pudo hasta el lugar donde Igraine aguardaba, conversando con otra dama. Las piernas le temblaban tanto que apenas podía andar.

Gritó cuando Uther se abalanzó sobre su madre y la envolvió en un abrazo tan lleno de pasión, que todos los que conversaban a su alrededor se quedaron callados, mirando.

Parecía que aquel beso no iba a terminar nunca.

Pero terminó. Y no solo el beso. Las luces, las figuras de los cortesanos, la música... Todo, de un instante a otro, se desvaneció sin dejar rastro. Fue como si no hubiesen existido jamás.

Gwenn miró a su alrededor. Se encontraba en medio de una ruina circular cuyos muros ennegrecidos por la lluvia se alzaban contra un cielo cubierto de nubes. Distinguió algunos arcos todavía en pie, con relieves de plantas finamente grabados en sus sillares de mármol.

Era lo que quedaba de la torre de Vortigern. Los cortesanos, la orquesta, las escaleras y las alfombras, las lámparas de cristal, todo lo que formaba parte del velo había desaparecido.

Capítulo 37

Al final del puente comenzaba un camino que subía serpenteando hacia las colinas, más allá de la playa. Arturo no dudó en empezar a andar por él. Una voz interior le decía que aquella era la única ruta posible para acceder a la tumba de Uther.

Ascendió por la antigua carretera sin mirar a derecha ni izquierda, pensando en lo que estaba a punto de hacer. Iba a meter la espada en la piedra, como le había indicado Merlín. Y para eso, prefería no tener testigos. Así, cuando sacara otra vez a Excalibur de su prisión de mármol, nadie pensaría en un truco, porque nadie sabría que había sido él quien la había introducido allí.

El viento peinaba la hierba y le azotaba las mejillas, más fuerte cuanto más subía hacia el interior de la isla. Buscó con la mirada la torre de Vortigern, pero no la encontró. «Ya habrá tiempo para eso después», se dijo. No quería pensar en Gwenn ni en cómo ayudarla sin haber cumplido antes su misión. Lo último que necesitaba era distraerse.

El recinto de la tumba apareció en un recodo del camino mucho antes de lo que él había previsto. Buscó con la mirada el santuario de los monjes soldados que custodiaban la tumba, pero no lo vio por ninguna parte. Quizá en aquella versión primitiva del velo el santuario aún no existía.

La tumba se erguía, majestuosa y solitaria, en medio de un círculo de hierba. Sobre el sepulcro, la estatua yacente de Uther parecía la representación de un hombre dormido. Tenía los párpados cerrados, y una leve sonrisa entreabría sus labios de mármol. El escultor había conseguido infundirle a su retrato de piedra un aire de inteligencia e ironía que recordaba al Uther de verdad, al que Arturo había conocido durante su infancia.

Se acercó a la tumba con respeto. Se había pasado media vida intentando olvidar que Uther podía ser su padre. No quería obsesionarse con esa hipótesis que nadie, al parecer, podía probar. Sin embargo, el hecho de que Merlín hubiese decidido entregarle la espada lo cambiaba todo. No se la habría dado si no hubiese pensado que era el hijo de Uther. ¿Y quién podía saberlo mejor que él? Había sido primero su amigo, y, después de que lo coronaran, su consejero más cercano.

Acarició pensativo la mano de mármol de la escultura. Guardaba un buen recuerdo de Uther. Le inquietaba verlo junto a su madre, porque se había dado cuenta de que la gente no lo aprobaba, empezando por sir Héctor, que se ausentaba con Kay cada vez que el rey aparecía en su casa. Se ausentaba, pero no hacía nada para apartarlo de su mujer. A pesar de su corta edad, Arturo se daba cuenta de lo extraña que era la situación.

En las temporadas que pasaba en la casa, Uther se encerraba durante días enteros a escribir código. No obstante, cuando salía de su estudio siempre se mostraba amable con él, y le contaba muchas cosas acerca de su trabajo, cosas que Arturo, entonces, solo entendía a medias.

Ahora sabía que, con aquellas conversaciones, Uther lo estaba preparando para aquel momento: el instante en que su código suplantaría al antiguo en el corazón de Britannia, dando comienzo a una nueva era.

Las manos le temblaban un poco cuando puso la espada sobre el pecho de mármol de la escultura. Lo que ocurrió entonces le hizo retroceder un paso, asustado. Los dedos de mármol se abrieron y aferraron la espada como si fuesen de carne y hueso. Después, quedaron inmóviles, sujetando firmemente la empuñadura metálica de Excalibur. Al mismo tiempo, una luz blanca recorrió la hoja de la espada hasta la punta. Tardó unos instantes tan solo en apagarse.

Arturo suspiró y permaneció inmóvil contemplando la escultura yacente de Uther durante un buen rato. Había cumplido la misión que le había encomendado Merlín. De momento, ya no le quedaba nada más que hacer allí.

De mala gana, dio media vuelta para irse. Pero no llegó a dar ni un solo paso.

Se resistía a dejar allí Excalibur, a merced de cualquier cosa que pudiera ocurrirle. Se suponía que acababa de reunir el cascarón vacío de la espada con «su alma», como decía Merlín. Acababa de convertirla en la espada del rey de Britannia, en el instrumento para reiniciar el velo, comenzando una nueva era más justa para el reino. Pero, si no la sacaba de la piedra, todo seguiría igual. ¿Por qué esperar? No se le presentaría una ocasión mejor para completar su misión. Gwenn había alterado temporalmente la conexión a Britannia de toda la corte con su entrada en la versión antigua del velo. Sería perfecto si, al volver a la normalidad, la gente se lo encontraba todo sutilmente cambiado. Ni siquiera se darían cuenta, al principio, de que Britannia se había convertido en una meritocracia. Eso le daría tiempo para reunir apoyos. Cuando se supiese que tenía a Excalibur, el pueblo se aliaría a su causa enseguida, y muchos nobles seguirían su ejemplo. Sería el principio del fin de Igraine. Una nueva etapa necesitaba un nuevo rey, y ahora sabía que ese rey era él.

Sin pensárselo dos veces, alargó la mano derecha y tiró con fuerza de la espada.

Un dolor insoportable le obligó a retirar la mano del puño de acero. Excalibur estaba ardiendo, no podía tocarla.

Lo intentó de nuevo, pero fue aún peor. Una larga quemadura quedó grabada en su palma allí donde la piel había entrado en contacto con el metal.

Lo intentó por tercera vez, pero en esta ocasión ni siquiera pudo llegar a tocar el puño. La quemazón era tan brutal que le impedía mover los dedos, alargarlos hacia la espada.

Solo en ese momento comprendió, como en un foganazo, que Excalibur le estaba rechazando. Tenía un sistema incorporado para reconocer el código genético de Uther. Y a él no lo reconocía.

—No lo intentes más —dijo una voz risueña a su espalda—. Solo conseguirás hacerte daño.

Arturo se volvió, sujetándose todavía la mano quemada con la otra. Dyenu estaba observándolo con su sonrisa de máscara monstruosa.

—Tú no eres el Elegido. No eres el hijo de Uther. Pero gracias por haberme guiado hasta aquí. Entre todos, me habéis ayudado mucho.

Con pasos seguros que en nada recordaban al muchacho molido a golpes rescatado por Gwenn del naufragio sajón, Dyenu se dirigió a la cabecera del sepulcro. Se quedó mirando el rostro de piedra del rey unos segundos mientras un brillo de diversión animaba sus ojos.

Después, con decisión, puso su mano derecha sobre la empuñadura de Excalibur, la

rodeó con los dedos, y tiró.

La espada se deslizó limpiamente, liberándose de la piedra con un chirrido afilado para quedar en su mano.

Los ojos de Arturo se clavaron en las manos de mármol de la estatua de Uther, nuevamente vacías. No podía entender lo que acababa de ocurrir.

Por fin se obligó a mirar a Dyenu, que sopesaba la hoja de Excalibur en sus manos, examinándola con curiosidad.

—Parece una espada corriente, ¿verdad? —dijo el mercenario—. Nadie adivinaría, al verla, el poder que tiene.

—Ni siquiera sabes cuál es ese poder —murmuró Arturo, herido—. No tienes ni idea.

—El poder de reiniciar Britannia —replicó Dyenu en tono triunfal—. ¿Crees que soy idiota? Si hay algo que nadie le discutió jamás a Uther fue su inteligencia, y eso, al menos, lo he heredado de él.

Arturo dio un paso hacia Dyenu. Seguía sin comprender.

—¿Eres su hijo? —preguntó.

Dyenu asintió, y a Arturo le pareció que la expresión de sus ojos se volvía burlona.

—El hijo del gran rey, concebido en la noche en que Uther se hizo pasar por Gorlois y se acostó por vez primera con la que luego sería su esposa.

—Hijo de Igraine, entonces...

—Y hermano de vuestra dulce princesa.

—Pero ¿lo sabe Igraine?

Dyenu meneó la cabeza.

—Le dijeron que había muerto. Fue lo mejor. De otro modo, hoy no estaría aquí para hacer lo que he venido a hacer.

—El pueblo no te reconocerá, aunque tengas a Excalibur.

—¿Por mi cicatriz, quizá? —preguntó Dyenu con sorna.

—No, no lo digo por eso. No te aceptarán porque eres un enemigo. Te has pasado la vida combatiendo del lado de los sajones.

—¿Crees que quiero la espada para convertirme en rey? —Dyenu se echó a reír—. No, Arturo. Eso es lo que tú quieres, no lo que quiero yo, aunque e-staría dispuesto a pasar por ello si no hubiese otro remedio.

—No entiendo. Entonces, ¿para qué la quieres? ¿Para dársela a Aellas?

—No. Para esto.

Dyenu avanzó un par de pasos para volver a acercarse al sepulcro de Uther y comenzó a golpear salvajemente la hoja de la espada contra la arista de mármol de la tumba.

Arturo se lanzó sobre él, horrorizado.

—Para. Vas a romperla...

—Te lo he dicho, es lo que quiero. —Mientras hablaba, Dyenu forcejeaba para quitarse de encima a Arturo—. Romperla —añadió, con la respiración entrecortada por el esfuerzo—. Acabar con Britannia. Devolverle a la gente la realidad.

Mientras decía aquello, se revolvió entre los brazos que lo aprisionaban y, con decisión, le clavó a Arturo la espada en el muslo derecho.

Arturo se miró la herida con estupor. Sangraba mucho. Una debilidad que jamás había conocido se adueñó de él. Cayó al suelo.

Mientras luchaba por levantarse, vio cómo Dyenu estrellaba una vez más a

Excalibur contra el mármol de la tumba de Uther. Fue el golpe decisivo. La hoja de la espada se quebró y uno de los fragmentos cayó sobre la hierba, mientras el hijo de Uther seguía sosteniendo el otro por la empuñadura.

El sepulcro de mármol se desdobló un instante. La tierra vibró, y el color turquesa del cielo reverberó un momento antes de apagarse.

Desde la hierba, Arturo contempló las nubes grises, que descargaban sobre la tumba en ruinas una fina llovizna. Contra ellas, sumida en la penumbra, apareció la silueta de Dyenu. Cuando inclinó el rostro sobre él, Arturo vio que la cicatriz que le desfiguraba había desa-parecido. Sin ella, quedaba un semblante apuesto, joven y lleno de vida; tan parecido al de Uther a su edad, que cualquiera que hubiese visto un retrato del fundador de Britannia habría deducido el parentesco.

No podía ser.

Tenía que avisar a todos, tenía que regresar cuanto antes a Tintagel y explicar lo que había ocurrido. Solo necesitaba levantar aquella pierna que ya no parecía suya. Tenía que hacer un esfuerzo, solo un esfuerzo...

Creía que estaba a punto de conseguirlo cuando todo se volvió negro, y perdió el conocimiento.

LIBRO V
La tierra baldía

Capítulo 38

Envuelta en la raída toalla que su doncella le había dejado preparada, Gwenn contempló un instante el agua jabonosa en el fondo de la bañera. Se había bañado tantas veces en ella y nunca habría averiguado lo desportillada y vieja que estaba si Britannia hubiese seguido funcionando. Pero Britannia ya no existía, y todos los objetos se habían visto devueltos a su antigua miseria.

Estaba muy cansada. Se había pasado media tarde sentada junto al lecho de Arturo, aguardando alguna señal de vida en su plácido rostro inconsciente. A veces, mientras hacía guardia a su lado para reemplazar a sir Héctor o a sus criados, se preguntaba si no estaba siendo egoísta al desear tanto que Arturo despertara. Después de todo, probablemente la existencia que llevaba en sus sueños fuese mejor que la que le aguardaba en la vida real. Un mundo sumido en la fealdad, hostil, triste... Un mundo donde costaba trabajo encontrar razones para seguir adelante.

Sin ninguna esperanza, vertió agua en un vaso de peltre y cogió una gema del platillo que había en su tocador. Como todas las noches, se tomó la gema y pronunció la letanía del velo, cumpliendo con el ritual de la última libación. Sabía que no tendría ningún efecto, pero, aun así, no quería perder la costumbre. Si algún azar o algún milagro restablecían la conexión, quería ser de las primeras en enterarse. Y quería anunciar a los cuatro vientos que el desastre había quedado atrás, que el daño que había hecho se había podido reparar, y que todo volvería a ser como antes.

Por un momento tuvo la sensación de que la gema funcionaba. Le pareció ver la gruesa cortina de terciopelo rojo delante de su ventana, atada con un cordón de oro, como antaño. Enseguida, la tela recuperó su verdadera textura, su color pardo y descolorido. Quizá había sido solo un recuerdo; pero tan vívido...

Se puso la camisa de dormir y apartó las sábanas para acostarse. Apoyó la mejilla en el áspero almohadón y cerró los ojos. Quería pensar que lo de la cortina no era una casualidad. ¿Y si de verdad la gema había logrado conectar con Britannia por unos segundos? Podía ser, ¿por qué no? Quería creer que era posible.

Notó la humedad de una lágrima resbalándole por la cara. Necesitaba descansar, no pensar en nada. Poco a poco, fue quedándose dormida.

Cuando abrió los ojos, se encontró en un bosque que reverberaba con el zumbido de los insectos estivales.

Sonrió. ¡Hacía tanto tiempo que no salía de palacio! Aunque sabía que era un sueño, aspiró el aire con fruición, y captó el olor tenue de las rosas silvestres. Solo en sus sueños quedaba algo de la intensidad de Britannia. Eran más reales que la realidad misma. Se habían convertido en su refugio.

Había aprendido a dejarse llevar por las imágenes que se le presentaban en los sueños sin oponer resistencia. Era su mente la que le brindaba aquellos fragmentos de

recuerdos combinados de un modo nuevo y único para atraer su atención sobre ellos. Y se fiaba, había aprendido a fiarse. Después de todo, ni siquiera en los momentos de mayor viveza de aquellas visiones llegaba a olvidar lo que eran: jirones del velo que permanecían atrapados en su cabeza, restos del espléndido universo que había colapsado por su culpa.

Avanzó unos pasos sobre la gruesa capa de hojas secas que alfombraba el bosque. Podía sentir el sol en su rostro. Era tan agradable...

Cerró los ojos, respiró hondo y los abrió de nuevo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no estaba sola. Oyó la súplica quejumbrosa y chillona de un hombre a su derecha, detrás de un grupo de robles. Y la respuesta serena de una mujer cuya voz reconoció de inmediato. Se trataba de Nimúe.

Rodeó los árboles para comprobar que no se había equivocado. En efecto, allí estaba la dama de Ávalon, tan fría y hermosa como la noche de su partida de Londres.

A Gwenn se le hizo un nudo en la garganta. Se recordó a sí misma que Nimúe había intentado matarla. ¿Por qué, a pesar de todo, se alegraba tanto de verla con vida?

Se dijo que no estaba preparada para enfrentarse a su antigua mentora. Intentó despertar. Otras veces, en circunstancias similares, había conseguido interrumpir el sueño. Pero algo en esta ocasión era diferente. No tenía ningún control sobre su presencia en aquella escena, no podía salirse de ella por mucho que se empeñase. No podía escapar porque no era su mente la que la había generado. Venía de otro sitio.

Recordó el momento después de la última libación, cuando la cortina de su cuarto recuperó su apariencia de otros tiempos durante unos instantes. No era una casualidad. Aquella gema había funcionado, aunque de un modo diferente al que ella esperaba. No había restablecido la conexión al velo, pero la había conectado con algo, o con alguien. Alguien que le estaba enviando aquel recuerdo en el que se encontraba sumida.

El hombre que se hallaba sentado al pie de un roble, justo enfrente de Nimúe, emitió un nuevo gemido. Las greñas grises de su cabello le cubrían el rostro. Tenía los tobillos sujetos por grilletes, y las manos, encadenadas.

—No puedes hacerle esto a un amigo —dijo con voz ronca—. ¿Se te ha olvidado todo lo que hice por ti? Te convertí en lo que eres; te enseñé todo lo que sabes.

Gwenn sintió un escalofrío. El hombre acababa de levantar el rostro hacia su captora, y la luz del sol le dio de lleno en los ojos, obligándole a cerrarlos. Era Merlín, aunque costaba trabajo reconocerlo. Había envejecido mucho, y tenía aspecto de no haberse lavado ni cambiado de ropa en unas cuantas semanas.

—Nunca te lo agradeceré lo suficiente —contestó Nimúe con su sonrisa serena de siempre—. Pero no cambia nada. Te has convertido en un peligro para todos, Merlín, incluso para ti mismo.

La expresión del mago cambió al oír aquellas palabras. Un relámpago de inteligencia avivó su mirada, y pareció rejuvenecer a ojos vistas.

—Todavía tengo mucho que ofrecerte —dijo, repentinamente tranquilo—. Tantas cosas que yo sé y que tú no sabes. Puedo enseñarte. Me queda mucho que enseñarte. Libérame y te enseñaré. Sabes que no miento.

—Al contrario, sé que mientes —contestó Nimúe, dando un paso hacia él—. Tú no eres él; tú no eres el Merlín con el que ahora mismo estaba hablando. ¿Creías que no nos daríamos cuenta? A nosotras no puedes engañarnos. Te aprovechaste de su debilidad para hacerte con el control, para convertirlo en tu marioneta.

—¿Y qué diferencia hay? —El mago sonrió desafiante—. Él me creó. Soy lo mejor de Merlín. Su quintaesencia, como él diría.

Nimúe sonrió con desprecio.

—No eres más que una sombra, no te engañes. Un avatar, un ente sin existencia más allá del velo.

—¿Te parece que no existo en este momento? No me confundas con un avatar corriente, querida. Merlín ocultó en mí la base de datos más completa de Britannia. Tan completa, que puede hacer predicciones con un margen de error mínimo en muchos campos: desde los cambios de opinión del vulgo en relación con la reina Igraine, hasta el resultado de una batalla. Me convirtió en un profeta, Nimúe. En la práctica, es como si viese el futuro. ¿Por qué no aceptar que soy la versión mejorada de Merlín, lo que a él le habría gustado ser?

—Porque Merlín no está muerto —respondió la dama—. Porque, a pesar de las diferencias que ha habido entre nosotros, yo lo respeto, y no quiero verlo convertido en una marioneta al servicio de un monstruo inhumano.

—Te equivocas al hablar así, querida. Soy tan humano como tú o como él. Más, si me apuras. Piénsalo: un banco de datos de emociones y sentimientos. Mi repertorio es casi infinito. Y al mismo tiempo, tengo la información. Sé lo que es mejor para Britannia. Y quiero lo mejor. Por eso he hecho todo lo que he hecho.

—No confundas tus modelos y tus simulaciones con la realidad. Tú no ves el futuro. Nadie puede verlo, porque no hay un solo futuro, sombra, sino muchos futuros posibles.

—No tantos, quizá, como vosotras creéis. Afinad la simulación, mejorad la calidad de los datos y veréis cómo el abanico de posibilidades se cierra. ¿Por qué no hacéis la prueba? Dejadme actuar. Os demostraré, a ti y a tus compañeras, que la inteligencia liberada de las debilidades de un cuerpo no es algo tan malo.

Nimúe se echó a reír.

—Sin duda, tiene muchas ventajas —admitió—. Pero a nosotras no nos interesa la inteligencia, sino la sabiduría. Merlín es un sabio, tú no. Te falta la compasión, la capacidad para ponerte en el lugar de los demás.

—Hablas como si Merlín fuese un santo. Si supieras cómo es en realidad... Todas las cosas que ha hecho.

—Lo sé. Sus errores han sido su principal fuente de conocimiento. Tú, en cambio, no te has equivocado nunca. No has vivido nunca. Jamás me fiaría de ti.

Antes de que el mago pudiera responder, Nimúe extendió ambos brazos hacia él. Sostenía en las manos un pergamino de agua, que se iluminó con un resplandor blanco.

Entonces ocurrió algo muy extraño: una versión semitransparente de Merlín se desprendió del cuerpo del mago y flotó hacia el pergamino como si este la estuviese aspirando.

El pergamino quedó cubierto de una apretada escritura negra. Nimúe lo enrolló con cuidado, mientras Merlín, con la mirada perdida, balbuceaba algo incomprensible.

A continuación, la dama se arrodilló ante él con una sonrisa de tristeza.

—Viejo loco; si no hubieras jugado a ser un dios, no estarías en esta situación. Tengo que protegerte de él, Merlín. Tengo que impedir que vuelva a utilizarte; por nosotras y también por ti.

Merlín parpadeó, deslumbrado por el sol. Parecía desorientado.

—Llévame a casa, Nimúe —pidió—. Llévame a mi casa, a Tintagel. Estoy cansado. Llevo demasiado tiempo andando por los caminos.

—Lo sé, maestro. Te llevaré a casa algún día. Así lo espero, al menos. Pero, de momento, vas a tener que quedarte aquí. Lo siento mucho.

Con gesto pesaroso, Nimúe se quitó la capa de terciopelo que llevaba y la arrojó sobre Merlín. Al rozar el cuerpo del mago, el terciopelo se transformó en un grueso cristal de caras perfectamente talladas. Parecía un diamante de tamaño imposible. Y Merlín quedó atrapado dentro. Gwenn podía ver sus muecas de desesperación, pero sus gritos no se oían. El cristal lo mantenía aislado.

Nimúe lo contempló unos instantes en silencio, la tristeza pintada en su rostro. Luego se giró para irse.

Fue entonces cuando, por un momento, sus ojos se encontraron con los de Gwenn, y esta tuvo la impresión de que realmente podía verla.

—Nimúe —llamó, sin pensar en lo que hacía—. Nimúe, soy yo, Gwenn. ¿Puedes oírme?

En el momento en que Nimúe iba a contestar, la imagen se disolvió en una densa oscuridad, y Gwenn comprendió que había despertado.

Capítulo 39

Al principio, Arturo solo fue consciente del dolor. Era una quemazón insoportable, que se ramificaba desde el muslo de su pierna derecha hasta el resto de su cuerpo. Medio en sueños, se imaginó que la pierna se le estaba quemando, hundida hasta la ingle en una de las hogueras de Beltain, y que él tiraba de ella sin poder sacarla.

Tardó un rato en recordar el origen de la herida. Dyenu. Él le había clavado la espada. Le había herido con Excalibur. Él era el hijo de Uther.

Volvió a sumirse en una inconsciencia intermitente, de la que le despertó una aguda sensación de sed.

Abrió los ojos. Se encontraba en una habitación lúgubre, de paredes altas y sucias. ¿Una prisión?

Su mirada resbaló hasta el costado de la cama, y vio a sir Héctor.

El anciano no se dio cuenta de inmediato de que había despertado. Parecía muy concentrado leyendo un libro de páginas amarillentas. Arturo lo observó en silencio durante un rato. Aunque hubiese querido hablar, probablemente no le habría salido la voz.

Hacía calor. Un calor húmedo, que no recordaba haber experimentado desde su primera infancia, cuando todavía no existía Britannia.

En un momento dado, los ojos de sir Héctor se levantaron de la página que estaba leyendo y se encontraron con los de su hijo. Su rostro se iluminó instantáneamente.

—Arturo —dijo—. ¡Por fin! ¿Cómo te sientes, muchacho? ¿Puedes hablar?

—La pierna —contestó él, apuntando al muslo—. Me duele muchísimo. Necesito agua.

Sir Héctor tomó una jarra de la mesilla que había junto a su sillón y llenó de agua un cuenco de cerámica. Después, pasó el brazo por detrás del cuello de Arturo para ayudarlo a alzar la cabeza, mientras con la otra mano le acercaba el agua a los labios.

Arturo bebió con avidez mientras su padre lo observaba preocupado.

—Has sobrevivido de milagro —dijo—. La herida era muy profunda. ¿Quién lo hizo, Arturo? ¿Quién te atacó con tu propia espada?

Arturo cerró los ojos. Se sentía demasiado débil para contestar, pero tenía que hacerlo.

—Excalibur no es mi espada —murmuró—. Es suya.

Se quedó adormilado, agotado por el esfuerzo de hablar. Al menos, eso le pareció. Cuando volvió a despegar los párpados, su padre lo estaba observando con fijeza.

—¿Recuerdas lo que me has dicho? —le preguntó—. Sobre la espada.

Arturo asintió.

—Excalibur. Pertenece a Dyenu. Fue él quien me atacó. Él es el hijo de Uther, no yo.

Si la revelación sorprendió a sir Héctor, no lo demostró.

—¿Por qué lo sabes? —preguntó simplemente—. ¿Te lo dijo él?
—Él sacó la espada de la piedra, padre. Yo lo intenté, pero no pude. El Elegido es él.

Sir Héctor sonrió escéptico.

—Eso no tiene ningún sentido —dijo—. Es un mercenario sin escrúpulos, un aliado de los sajones. ¿Por qué iba la espada a elegirlo a él?

—Porque Uther lo dispuso así —replicó Arturo con cansancio—. Solo alguien de su sangre podría arrancarla del mármol. Yo vi con mis propios ojos cómo lo hacía.

—¿Había alguien más? —preguntó sir Héctor con viveza—. ¿Alguien más lo vio?

—No. No había nadie más. ¿Por qué?

—Entonces, es como si no hubiese sucedido. Ya tenemos suficientes problemas para crear otro. Te has dado cuenta, supongo. Britannia ha desaparecido. Hemos perdido la protección del velo. El pueblo está furioso, en cualquier momento podría estallar una rebelión. Quieren la cabeza de Gwenn. Y no me extrañaría que la reina terminase por dársela.

Arturo trató de incorporarse, angustiado.

—¿Por qué quieren su cabeza? ¿Ella está bien? ¿Está fuera de peligro?

—Está bien, sí, aquí en palacio. Algunos nobles se han empeñado en que la reina la encarcele y la someta a juicio, pero hasta ahora no han conseguido salirse con la suya. Después de todo, es su hija. Es comprensible que quiera protegerla.

—Pero un juicio, ¿por qué? No lo entiendo.

Sir Héctor lo miró con expresión grave.

—Claro, tú no lo sabes. Fue ella; fue la princesa la que provocó este desastre. Lanzó un hechizo en pleno juicio de armas para impedir la derrota de Gawain, y al hacerlo desgarró el velo. Nadie ha podido restablecerlo. Es como si hubiese desaparecido.

Arturo hizo un nuevo intento de incorporarse, pero el dolor del muslo le obligó a desistir.

—Tienes que decirles a todos la verdad, padre —exigió, muy agitado—. No fue Gwenn, no fue ella la que hizo que se cayera la simulación. Fue Dyenu. No pude impedir que rompiera la espada. Cuando quebró Excalibur en dos pedazos, todo se desmoronó.

Sir Héctor lo miró de hito en hito.

—¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó.

—Yo vi cómo sucedía. Y Merlín ya me lo había advertido. Excalibur es la llave para cambiar Britannia, y también, según parece, para destruirla. Es lo que Dyenu quería: destruir la simulación.

—Entiendo. —Sir Héctor asintió, y una leve sonrisa se dibujó en sus labios—. Claro, ahora todo encaja.

—¿A qué te refieres?

En lugar de responder, su padre se levantó del asiento y se dirigió a la cámara contigua. Regresó al cabo de un momento con dos fragmentos metálicos en las manos. Arturo reconoció en uno de ellos la empuñadura de Excalibur.

—Ni siquiera se la llevó —dijo en voz baja—. No quiere el poder. Solo quería lo que ya ha conseguido.

—Tanto mejor. Eso nos da una oportunidad.

Arturo buscó, desde la almohada, la mirada de su padre.

—¿Una oportunidad de qué? —quiso saber.

—De utilizar todo esto a nuestro favor —aclaró sir Héctor—. A fin de cuentas,

sigues teniendo la espada. Y tal y como están las cosas... El momento es más que favorable para recordarle a la gente tus derechos dinásticos.

—¿Qué derechos, padre? —Arturo habría gritado si hubiese tenido fuerzas para hacerlo—. Te lo he explicado, no tengo ningún derecho. No soy hijo de Uther. El heredero es Dyenu. Hay que decirle a la gente la verdad.

—Dyenu ha formado un ejército de mercenarios y está arrasando Cornualles, aprovechando la debilidad política de la reina. ¿Crees que tu verdad ayudaría algo en esta situación? El pueblo está pidiendo a gritos un rey capaz de liderar a sus tropas, saben que Igraine no es la persona adecuada para hacerlo. Ha liberado a su sobrino para enviarlo a combatir al frente con sus hombres, pero Gawain, a pesar de todas sus cualidades, no es rival para Dyenu. Tú, sí.

—Estoy herido. No soy nadie.

—Eso ellos no lo saben. Tienes a Excalibur.

—Sí. Una espada rota.

Sir Héctor meneó la cabeza con gesto de impaciencia.

—Una espada rota se puede volver a forjar. También se habla de eso en algunas profecías. Sumergiéndola en las aguas del lago. Las damas de Ávalon podrían devolvértela intacta.

Arturo lo miró con incredulidad.

—Eso no son más que leyendas. ¿De verdad te las crees?

Su padre se encogió de hombros.

—Las leyendas de los Antiguos suelen contener fragmentos de verdad en lo que se refiere a la magia. No olvides que ellos fueron los primeros alquimistas. Sabían más sobre todo esto que nosotros. Quién sabe.

Se interrumpió al oír dos golpes tímidos en la puerta. Cuando dio permiso para abrir, apareció en el umbral Aldreith, uno de los criados de sir Héctor.

—Disculpad, señor. La princesa está aquí. Pregunta si puede entrar.

Sir Héctor sonrió complacido.

—Por supuesto. Decidle tan solo que aguarde un momento a que me despida de mi hijo. Y decidle también que Arturo ha despertado.

Una gran sonrisa se dibujó en el rostro de Aldreith.

—Se lo diré. ¡Se va a poner muy contenta! —dijo.

Sir Héctor miró a Arturo.

—Ha venido cada día desde que te trajeron a palacio. Se ha pasado horas aquí sentada, esperando a que despertases. Espero que entiendas lo conveniente que es para nosotros su «interés». Una alianza entre la heredera de Igraine y el heredero de Uther, sin enfrentamientos, sin derramamiento de sangre. El pueblo y la corte lo verían con buenos ojos. Aunque habrá que hacerles olvidar sus aficiones de hechicera.

Demasiado cansado para protestar, Arturo cerró los ojos una vez más. No soportaba el dolor de la herida. Tenía la sensación de que iba a desmayarse de un momento a otro.

Sin embargo, al ver entrar a Gwenn se olvidó del dolor.

La encontró más delgada, y con grandes lunas moradas bajo los ojos, como si no hubiese dormido bien en muchos días. Por lo demás, le pareció más hermosa que nunca. Sin los artificios del velo, su delicado rostro había ganado intensidad. Resultaba conmovedor.

Venía sonriendo, porque ya sabía que lo iba a encontrar despierto. Al verlo, no obstante, se emocionó, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Por fin —dijo—. Has vuelto. No sabes cuánto te necesitaba. Arturo sonrió a su vez.

—Entonces, por eso he vuelto —dijo—. No podía dejarte sola.

—No. No podías. Sobre todo ahora. ¿Te ha contado tu padre?

—Algo —contestó Arturo con cautela—. La gente es miedosa, Gwenn. Cuando ocurre una catástrofe, necesitan culpables. Pero se les pasará en cuanto superen el miedo que sienten.

—No superarán el miedo fácilmente, Arturo. No mientras Britannia no vuelva. Y nadie sabe cómo hacer que vuelva.

Él asintió. El dolor de la pierna, en ese instante, le asaltó con una punzada brutal, reclamando toda su atención.

Gwenn captó el espasmo de sufrimiento de su rostro.

—¿Te duele mucho? —Quiso saber.

Él intentó no asustarla.

—Pasará —contestó, forzando una sonrisa—. Me alegro tanto de verte. Sé que has estado pendiente. Gracias.

Gwenn enrojeció ligeramente. Bajo el influjo de Britannia, Arturo jamás habría notado su reacción. Quizá no era tan malo, en algunos aspectos, ver las cosas sin la protección del velo.

—Arturo, tengo que contarte algo —dijo ella, sentándose en el borde de la cama y mirándole con rostro serio—. Hace un par de noches tuve un sueño muy extraño. En realidad, estoy casi segura de que fue algo más que un sueño. Fue un mensaje. Un mensaje de Merlín.

Conmocionado, Arturo logró sentarse a medias en la cama.

—¿Está en Tintagel? ¿Dónde? Si alguien puede reiniciar Britannia, es él.

—Justamente. Nadie sabía nada sobre su paradero desde el sitio de Londres. Pero en el sueño, lo vi, y vi dónde se encuentra. Está prisionero. Prisionero de las damas de Ávalon. Supuestamente, lo han hecho para protegerlo de su propio avatar, que había comenzado a manipularlo.

Arturo recordó la extraña conversación en el campamento de los feriantes, cuando Merlín le entregó la espada. Había tenido varias reacciones inexplicables; incluso una especie de ataque epiléptico. Quizá lo que acababa de contarle Gwenn fuese la explicación.

—Si lo tienen en Ávalon, iremos a buscarlo allí —dijo con decisión—. Lo necesitamos.

Mientras hablaba, le vino a la mente lo que sir Héctor le había dicho acerca de Excalibur y de la posibilidad de repararla. Si había una mínima posibilidad de que las damas de Ávalon forjasen de nuevo la espada y, con ella, devolviesen la vida a Britannia, tenía que intentarlo, con o sin la ayuda de Merlín.

—Yo no puedo ir a Ávalon —dijo Gwenn—. Tengo prohibido salir del palacio. Mi madre teme que la gente me ataque.

Arturo sonrió.

—No tienes que preocuparte por eso. Nos iremos por la noche. Nadie lo sabrá.

Gwenn asintió, pensativa.

—Las damas de Ávalon son célebres por sus dones curativos —dijo—. Te cerrarán la herida. Pero hasta entonces necesitamos a alguien más con nosotros, Arturo. Quiero que nos acompañe Lance. Es el único que conserva su prestigio intacto después del desastre, y ha conseguido reunir bajo sus órdenes a una docena de caballeros leales. Nos vendrá bien

su protección. Él fue quien te encontró herido junto a la tumba de Uther, ¿sabes? Te trajo él solo hasta Tintagel.

Lance. Siempre él. A Arturo no le agradó saber que ahora, además de ser el héroe de la batalla del monte Badón, se había convertido en su salvador. No se le escapaba que entre él y la princesa había habido algo.

En todo caso, no podía negarse a que los acompañara. Gwenn tenía razón: él no estaba en condiciones de garantizar su seguridad, y para abandonar Tintagel necesitarían toda la protección posible.

—Dile a Lance, entonces, que lo disponga todo para el viaje. Pero que no se entere la reina. Ni mi padre...

—Tranquilo —dijo la princesa, y una sonrisa de confianza llenó de luz su rostro—. Te aseguro que no se enterarán.

Capítulo 40

Eligieron una noche sin luna para escapar de Tintagel. Gwenn fue a buscar a Arturo a su cuarto, donde él ya la estaba aguardando con Excalibur al cinto y la capa de viaje sobre los hombros. Juntos se deslizaron por las escaleras de la servidumbre hasta uno de los patios traseros del palacio, y salieron de él a través del portón exterior de un amplio granero.

Albraith, el criado de Arturo, estaba esperándolos en un callejón cercano con los caballos. Gwenn observó, preocupada, las dificultades de Arturo para encaramarse a la silla. Aunque no se quejaba, sabía por los médicos que lo atendían que la herida del muslo había empeorado. Si algo le ocurría durante el viaje, se sentiría culpable por haberlo arrastrado a aquella aventura, y no quería aquel peso también sobre su conciencia.

Manteniendo los caballos al paso, atravesaron las calles desiertas de la ciudad hasta llegar al lienzo sur de la muralla, donde Lance y sus hombres los aguardaban. Se saludaron sin alzar las voces, y Lance les presentó rápidamente a los componentes de la escolta. Se trataba de nueve caballeros con experiencia en la lucha contra los sajones. Resultaba extraño verlos aceptar el liderazgo de Lance con tanta naturalidad, teniendo en cuenta que todos ellos le superaban en edad y linaje.

Sin antorchas, para no llamar la atención, cabalgaron en grupo bordeando la muralla hacia el este, en dirección a la puerta de Witancester. La ausencia de la luna hacía que se viesen mejor que nunca las estrellas. No era como en los tiempos del velo, no brillaban con la misma intensidad, pero eso mismo las volvía, quizá, más bellas en su inalcanzable distancia.

Un tumulto de voces llegó a sus oídos poco antes de alcanzar la puerta de la muralla. Algunos caballos se encabritaron, nerviosos. Los hombres de Lance se miraban unos a otros. Aun así, continuaron avanzando.

No tardaron en descubrir el origen de aquellas voces. Una turba de gentes del pueblo los aguardaba ante la puerta de Witancester. Iban armados con herramientas de sus talleres de artesanía o con aperos de labranza, y sus rostros coléricos, a la luz de las antorchas que llevaban, parecían claramente amenazadores.

Gwenn distinguió a unos pocos nobles discretamente diseminados entre la multitud: uno de ellos era Kay, el hermano de Arturo. Él debió de descubrirlo en el mismo instante, porque se volvió hacia Gwenn en el caballo con expresión de contrariedad.

—Lo siento —dijo—. Todo esto ha debido de organizarlo Kay; alguno de mis criados habrá cometido una indiscreción, supongo. Pero no te preocupes, te sacaré de aquí.

Mientras hablaban, los hombres de Lance habían formado una barrera delante de ellos para impedir que la gente rodease a la princesa. Todos habían desenvainado las espadas.

—No —dijo Gwenn, mirando horrorizada a Arturo—. Esos hombres no son

guerreros, no podemos atacarlos. Sería una masacre. Me volveré a palacio, es lo mejor.

—No hará falta —contestó Arturo. En su rostro se leía una resolución absoluta—.

Pasaremos sin derramar ni una gota de sangre, tienes mi palabra.

Gwenn lo miró incrédula.

—¿Cómo?

—Espera y verás.

Espoleando su caballo, Arturo se abrió paso entre dos de los caballeros de Lance y se colocó, él solo, frente a la masa de campesinos, comerciantes y artesanos que les impedía el paso.

—Soy Arturo, hijo de Uther Pendragón, y os exijo que nos dejéis cruzar la puerta y salir de la ciudad —gritó bien alto, para que todos pudieran oírle.

Kay avanzó entre los rebeldes para acercarse a su hermano. Su imponente estatura le hacía destacar en medio de los burgueses y campesinos que lo rodeaban.

—Arturo, esto no va contigo. Solo queremos a la princesa. Entrégnosla y vete después adonde quieras, nadie aquí te lo impedirá.

Arturo arqueó las cejas, irónico.

—¿Sabe sir Héctor que estás aquí? No se va a alegrar mucho cuando le informen, créeme.

El grandullón de Kay se encogió de hombros, dando a entender que no le importaba. La gente, a su alrededor, comenzó a corear un nombre.

«Morwen. Morwen. Morwen».

Lo repetían una y otra vez, cada vez más alto, con más ira. Gwenn hizo retroceder a su caballo, asustada. Desde atrás, vio a Lance levantar la espada sobre su cabeza, y a sus compañeros imitarlo. En cualquier momento se lanzarían al ataque.

Arturo paseó a su montura delante de la turbamulta, esperando sin prisa a que se callaran. Eso hizo que, poco a poco, los gritos remitieran.

—Gritáis porque tenéis miedo —dijo entonces, usando toda la fuerza de sus pulmones—. Habéis perdido Britannia. Queréis vengaros, pensando que eso os la devolverá. Pero os equivocáis. Yo os la devolveré.

—¿Tú? —Se alzaron algunas voces, interrogantes.

—No eres más que un bastardo —graznó un joven campesino desde las primeras filas.

Arturo ni se inmutó.

—Queréis recuperar la protección del velo, ¿verdad? —preguntó en el tono de quien ya conoce la respuesta—. Si es así, dejadnos salir cuanto antes por esa puerta. La princesa y yo nos dirigimos a Ávalon para regenerar Britannia. Dejadnos partir y nos acogeréis con vítores cuando regresemos, ya veréis.

—Las damas de Ávalon no os ayudarán —dijo un cortesano al que Arturo conocía desde la infancia—. Ellas no quieren el velo. Apuesto a que han convencido a Morwen para que lo destruya.

—No vamos en busca de las damas de Ávalon, sino del poder del lago sagrado, y de Merlín —replicó Arturo ignorando el comentario sobre Gwenn—. Merlín está en Ávalon.

—¿Y él tiene la clave para arreglar esto? —preguntó un anciano que se hallaba próximo a Arturo—. Pues ¿a qué espera?

—A mí —dijo Arturo, y dejó que el golpe de efecto calara en la gente antes de continuar—. Me espera a mí, porque la clave la tengo yo.

Con gesto teatral, desenvainó el fragmento de Excalibur unido a la empuñadura, y

alzó la espada rota, que relumbró a la luz de las antorchas contra el cielo de la noche.

—Os lo he dicho —rugió, en medio del silencio asombrado de la multitud—. Soy Arturo, hijo de Uther, y esta es Excalibur, la espada sagrada. Lo dice la leyenda, lo cantan los bardos en sus poemas épicos. La espada del rey será forjada de nuevo y la tierra sanará. Yo lo haré. Yo soy el Elegido. Forjaré la espada de nuevo en las aguas del lago y os devolveré la protección del velo.

El silencio se prolongó unos instantes cuando Arturo terminó de hablar. Hasta que los rebeldes comenzaron a caer, uno a uno, de rodillas. Al principio eran tan solo algunos hombres entre la multitud, pero enseguida los demás los imitaron.

Al hincar la rodilla en tierra, todos pronunciaban un nombre: Arturo.

Gwenn contempló a la masa enfervorecida con el corazón acelerado. Las mejillas le ardían de cólera, la rabia la estaba quemando por dentro. ¿Qué estaba haciendo Arturo?

La había utilizado. Estaba postulándose delante de todos aquellos campesinos y burgueses descontentos como rey. Había reclamado su derecho a ocupar el trono, invocando el prestigio de Excalibur. En definitiva, había conseguido que se olvidasen de ella.

—Iremos con vos —dijo una voz entre los rebeldes.

Otras muchas se alzaron en apoyo de aquella idea, entusiasmadas.

—Peregrinaremos con el rey para sanar la tierra.

—Os seguiremos adonde vayáis, Arturo.

—Sanad la tierra. Devolvednos el velo.

Gwenn vio que, a una señal de Lance, sus caballeros envainaban las espadas. Arturo había logrado transformar con sus palabras a una multitud agresiva y hostil en una masa de adeptos enfervorecidos.

Gwenn adelantó su caballo hasta situarse a la altura de Lance. Ya no había peligro de que la agredieran. Las gentes congregadas ante la puerta de Witancestar solo tenían ojos para Arturo.

Lance la miró.

—¿Sabíais esto? —preguntó.

—Yo creo que ni él mismo lo sabía —contestó ella, alzando la voz para hacerse oír entre el clamor de los campesinos y comerciantes.

No quería mostrar su decepción ante Lance. Prefería que no advirtiese hasta qué punto la habían herido las palabras de Arturo.

—Esto se podría considerar una rebelión —observó Lance—. Dadme la orden, y haré que mis hombres lo detengan. Se está postulando como rey. Contra vos.

—Solo intenta calmar los ánimos —lo defendió Gwenn—. Y lo ha conseguido.

Lance la miró a los ojos. En los de él se reflejaba el resplandor tembloroso de las antorchas.

—¿De verdad queréis seguir adelante? —preguntó—. Pensad en lo que os espera. El viaje se va a convertir en una peregrinación multitudinaria para reclamar los derechos de Arturo. Todavía podemos detenerlo. Mis hombres y yo podemos sacaros de aquí y esperar a las tropas de Gawain. Os defenderemos. No lo necesitáis a él para nada.

Gwenn sonrió con tristeza.

—Sí lo necesito. Lo necesitamos para sanar la tierra. Si de verdad es él el Elegido, si puede forjar la espada y devolvernos Britannia, no seré yo quien se interponga en su camino.

Lance sostuvo su mirada en la noche, mientras frente a ellos las aclamaciones de la

multitud a Arturo subían de tono.

—No lo hacéis por eso —dijo—. Lo hacéis porque os habéis enamorado de él, ¿no es cierto?

Gwenn se alegró de que, en la penumbra, Lance no pudiese advertir el rubor de sus mejillas.

—Creo en él —contestó.

Lance sonrió con tristeza.

—Os romperá el corazón. Si es que no lo ha hecho ya. Nunca seréis su prioridad. Lo sabéis, ¿verdad?

Gwenn asintió.

—Lo sé —admitió, mirando hacia Arturo—. Su prioridad es cambiar el mundo. Cree que puede conseguirlo. Es un ingenuo o un loco o un héroe. Quizá es eso lo que me gusta de él.

—Sí —murmuró Lance sin disimular su amargura—. Quizá por eso le habéis elegido, en lugar de elegirme a mí.

Capítulo 41

Era la tarde del séptimo día de viaje cuando llegaron a las inmediaciones del lago. El calor estival fundía la neblina con el agua, y la isla de Ávalon no era más que una silueta oscura en el horizonte.

Desde lo alto de su caballo, Lance contempló con preocupación la horda de peregrinos agotados que empezaba a acampar en la orilla. Gentes de todas clases se les habían unido desde su salida nocturna de Tintagel: ancianos, niños, hombres y mujeres. ¿Qué iban a hacer con todas aquellas personas si las tropas de Dyenu los atacaban? Solo disponía de un puñado de guerreros para defenderlos; y hacía tres días que los rastreadores de Dyenu les seguían los pasos. De haber contado con una fuerza armada algo más numerosa, les habría tendido una emboscada para hacerlos prisioneros, pero, tal y como estaban las cosas, no podía permitirse arriesgar ni un solo hombre. Además, ¿de qué habría servido? Formaban una comitiva tan numerosa, que era imposible que pasase inadvertida. Si Dyenu se decidía a atacarles, los encontraría con facilidad. Lo único que podía salvarlos era que la misión de Arturo en Ávalon terminase lo antes posible para que toda aquella gente se dispersase y regresase a su casa.

Después de apearse del caballo y dejarlo en manos de su escudero, Lance se encaminó hacia la tienda de Arturo. Quería saber qué tenía pensado hacer, y, sobre todo, cuándo. Si su intención era embarcarse rumbo a la isla de las mujeres mágicas, cuanto antes partiese, mejor.

Encontró a Gwenn a la entrada de la tienda, hundiendo un lienzo blanco en un barreño de agua.

—Es para ver si le baja la fiebre —explicó a modo de saludo—. Tiene la herida peor que nunca. Hoy no debería haber cabalgado, pero es tan terco. ¿Querías verle?

—Sí. Quería veros a los dos. Me preguntaba qué tenéis pensado hacer ahora que hemos llegado. Arturo dijo que Merlín estaba aquí. ¿Cuándo va a aparecer? Y luego está el asunto de la espada. Tendrá que entrevistarse con Viviana, la dama del Lago, si quiere que le permita volver a forjarla.

—Sí, pero antes de todo eso tendrá que curarse. ¿Crees que ellas lo sanarán? ¿Querrán hacerlo?

Lance se encogió de hombros.

—No lo sé. A mí me curaron, pero ni siquiera sé por qué.

—¿Te curaron? —pregunto Gwenn, sorprendida.

—Después de una batalla. Os lo contaré algún día. ¿Puedo entrar a verlo con vos? Tenemos que decidir un plan de acción.

Gwenn asintió, y él la siguió al interior de la tienda. Bajo la lona, de un escarlata descolorido, hacía muchísimo calor. Arturo yacía en un jergón, vestido tan solo con un jubón sucio del polvo del camino y unas calzas. Tenía el rostro vuelto contra la pared de

lona de la tienda, y el gesto contraído por el sufrimiento que le provocaba la herida del muslo.

Con una delicadeza que a Lance le puso un nudo en la garganta, Gwenn le pasó el lienzo empapado por la frente cubierta de sudor. Mientras lo hacía, los ojos de Arturo sobre ella eran todo intensidad.

Solo al advertir la presencia de Lance, se despegaron del rostro de la princesa.

—Amigo, ¿qué te parece? —le dijo—. Al menos hemos llegado hasta aquí. Pero nos queda lo más difícil.

—De eso quería hablaros. La situación es arriesgada, con esa turba de gentes del pueblo siguiéndonos a todas partes. Dyenu y sus hombres andan cerca, saben dónde acampamos. Si atacan, no podremos defender a toda esa gente.

—¿Y cómo podemos impedirlo? ¿Qué propones?

—Acabar con esto lo antes posible —dijo Lance con decisión—. No lo alarguemos más de lo necesario. No sé si tenáis pensado hacer de la refundición de la espada un gran espectáculo público.

—No tenía pensado nada —respondió Arturo, y miró a Gwenn con expresión culpable—. Dije todo lo que dije porque no se me ocurrió otra forma de desviar la atención de la princesa.

—Pero es verdad lo que contasteis, ¿no? —insistió Lance—. Habéis venido a Ávalon para refundir la espada. Y creéis que eso puede devolvernos Britannia.

Arturo asintió. Una mueca de dolor alteró por un momento sus facciones.

—Estoy casi seguro —confirmó—. Pero necesitaremos la ayuda de las damas para conseguirlo.

—Y necesitamos que te curen —añadió Gwenn—. Esa debería ser nuestra prioridad ahora.

—Entonces, partamos ahora mismo hacia la isla —propuso Lance—. No esperemos a mañana, ni a esta noche. Ahora. La gente del campamento se está instalando todavía, no nos prestará atención. Solo tenemos que encontrar una barca y alguien que nos lleve.

—La barca ya la tenemos, amarrada en un pequeño muelle que hay al otro lado del bosquecillo de abedules —explicó Gwenn—. Fue lo primero que hice al llegar, conseguirla. Pero su dueño no quiere guiarnos hasta Ávalon, y me ha asegurado que no encontraremos por aquí a nadie dispuesto a hacerlo. Les tienen demasiado miedo a las damas.

—No puede ser tan difícil llegar hasta la isla —dijo Arturo—. Me fijé al llegar. Está bastante cerca.

—Aquí las distancias pueden ser engañosas, incluso sin el velo —advirtió Lance.

—No nos pasará nada. Vamos, hagamos lo que dices —sugirió Arturo, y para subrayar su decisión se incorporó en el jergón y, poniendo una rodilla en tierra, consiguió levantarse, a pesar del dolor de la herida—. Vayamos a la isla ahora, ahora mismo. Así nadie se empeñará en seguirnos; no se imaginan que vayamos a dejarlos en la orilla después de haberlos traído hasta aquí.

Gwenn meneó la cabeza, poco convencida.

—Deberíamos esperar a que se te pase la fiebre —murmuró.

—Se me pasará cuando ellas me curen.

Con una mirada, Arturo pidió apoyo a Lance para que lo ayudase a caminar. Salieron los tres de la tienda, Gwenn delante, Arturo y Lance detrás. A su alrededor, los guerreros de la escolta habían montado sus propias tiendas, separándolos del campamento de los peregrinos. No obstante, llegaron a sus oídos sus voces, sus risas, y a su nariz el olor

a sidra, a humo, a carne asada. Todo el mundo necesitaba reponer fuerzas después de una jornada de viaje tan larga. No tenían tiempo para fijarse en lo que ellos tres hacían. Era un momento idóneo para deslizarse sin ser vistos hasta el embarcadero entre los árboles.

Allí encontraron esperándolos un bote de remos pintado de negro, y tan frágil de aspecto como un cascarón de nuez. Gwenn se vino abajo al verlo.

—Esto no es lo que yo esperaba. Ni siquiera tiene mástiles, ni velas.

—Mejor, así no llamaremos la atención. —Arturo parecía resuelto a ignorar todos los peligros e inconvenientes que la princesa le iba señalando—. Para tres personas, es más que suficiente. Lance, ¿me ayudas?

Lance dejó que Arturo se apoyase con fuerza en sus hombros para salvar el desnivel entre el muelle y la barca. Una vez en ella, Arturo se sentó con una mueca de dolor.

Sin esperar a que Lance la auxiliase, Gwenn saltó a su vez al interior del bote y se acomodó detrás de Arturo. El guerrero saltó en último lugar y, colocándose frente a sus dos compañeros de viaje, aferró los remos.

—Yo también puedo remar, si hace falta —dijo Arturo, a pesar de que su debilidad era más que evidente.

—No, yo lo haré —se ofreció rápidamente Gwenn.

Lance sonrió.

—Prefiero hacerlo solo, gracias.

Gwenn asintió, pero sus ojos no estaban pendientes de él, sino fijos en la distancia, donde se encontraba la isla.

—Supongo que os dais cuenta de que estas aguas no son como las demás —murmuró—. Ni la niebla que protege la isla es solo niebla. Es un lago mágico. Si no quieren que lleguemos hasta ellas, no llegaremos nunca.

—Pronto lo sabremos —dijo Lance.

Comenzó a remar. Tuvo la sensación de que el agua, al principio, ofrecía una resistencia antinatural a su avance, de tal forma que la barca parecía estar abriéndose paso a través de barro en lugar de líquido. Sin embargo, después de un rato sus brazos se acostumbraron al ritmo que les había impuesto y se le hizo un poco más fácil manejar los remos.

Concentrado en la tarea de hundirlos y sacarlos del lago, se fue sumergiendo en una especie de letargo consciente, sin pensar ni recordar nada.

Lo sacó de aquel estado hipnótico la silueta de una barca estrecha y elegante que navegaba un poco por delante de ellos. Llevaba una vela negra con bordados en rojo y dorado. Lance nunca había visto velas tan ricas.

Dentro de la barca, de pie, había tres mujeres.

La embarcación se encontraba tan cerca, que no podía explicarse cómo no la había detectado antes. Y con cada golpe de remos que daba, parecía acercarse aún más.

Iba a advertir a Gwenn y a Arturo de su presencia cuando un presentimiento lo detuvo.

—Mirad detrás vuestro —pidió, con cautela—. ¿Qué veis?

Arturo y Gwenn miraron hacia la barca, y luego volvieron a mirarlo a él.

—La isla, a lo lejos —dijo Gwenn.

—La niebla y la isla. ¿Por qué? —quiso saber Arturo.

—Por nada —contestó él.

Ellos no la veían. No veían la barca. Solo la veía él. Había aparecido para guiarle hasta Ávalon, ¿o para extraviarle, quizá?

Empujó los remos con más fuerza. Quería comprobar si la visión desaparecía o si lograba aproximarse todavía más.

Poco a poco, imperceptiblemente, fue acortando la distancia. Hasta que pudo distinguir con toda claridad a los pasajeros de la barca, que no eran tres, sino cuatro. Porque a las tres damas que había visto desde el principio había que sumar un hombre que yacía acostado sobre un tapiz, con los ojos cerrados y aspecto de moribundo.

Lance sintió un estremecimiento al reconocer aquel rostro noble y envejecido: era el del Rey Pescador.

Recordó su conversación con él; y la herida. Al parecer, había empeorado desde aquella charla, porque ahora la sangre empapaba sus calzas y caía al suelo formando una mancha espesa y negra.

Las tres mujeres que lo acompañaban parecían pendientes de él en todo momento. Iban ataviadas con túnicas negras, como las damas de Ávalon. Dos de ellas llevaban el cabello recogido, y la tercera suelto, pero ceñido por una fina corona de oro. A esta última no podía verle el rostro porque se encontraba de espaldas, pero algo en su porte, en su forma de moverse, le resultaba familiar.

Continuó remando con fuerza para no alejarse de la embarcación fantasma. Sus ojos no se apartaban de la mujer que llevaba la corona de oro.

—¿Qué te pasa, Lance? —preguntó Arturo—. ¿Te encuentras bien?

En ese momento la dama se volvió, como si hubiese oído la pregunta. Lance soltó los remos, anonadado.

Era Gwenn. Era la propia Gwenn la que iba en esa barca. Solo que una Gwenn distinta, mayor, con las huellas de la edad bien visibles en su semblante, aunque todavía muy bella.

Gwenn.

Olvidándose de los remos y de sus compañeros de travesía, clavó los ojos en el Rey Pescador, y sintió que el corazón se le desbocaba.

¿Cómo era posible que no lo hubiese reconocido desde el principio? El fuego de sus ojos, la mandíbula firme, la boca risueña. Era Arturo.

No tenía sentido, pero Arturo era el Rey Pescador.

Capítulo 42

Tres damas de Ávalon estaban esperándolos en la orilla. Mientras ayudaba a Arturo a desembarcar, Lance miró por última vez hacia el lago envuelto en brumas. La barca del Rey Pescador se había disuelto unos instantes antes en aquellas nieblas, pero su recuerdo no sería fácil de borrar. Ya nunca volvería a ver a Arturo ni a Gwenn de la misma manera. Ahora sabía que estaban destinados el uno al otro, que permanecerían juntos hasta el final.

En cuanto tocaron tierra, la dama del medio avanzó un paso hacia ellos y los acogió con una breve inclinación de cabeza. Era una mujer de aspecto joven y largos cabellos negros que realzaban la blancura deslumbrante de su rostro.

—Sed bienvenidos a Ávalon. Soy Viviana, la dama del Lago —les saludó con una voz que parecía hecha de agua y de viento—. Se os ha permitido llegar hasta nosotras porque los hilos del espacio y del tiempo querían que hoy estuviésteis aquí. ¿Y vosotros, qué queréis? ¿Por qué habéis decidido afrontar el peligro de las aguas mágicas para venir hasta nosotras?

Gwenn se inclinó profundamente, en señal de respeto.

—Señora, necesitamos que sanéis a Arturo —explicó—. Tiene una herida que empeora cada día, y sin vuestra ayuda no sabemos qué será de él.

—Una herida temible, sí —murmuró Viviana clavando en Gwenn sus extraños ojos felinos—. Porque fue abierta por la espada Excalibur. Os repetiré la pregunta, porque no me habéis dicho toda la verdad. ¿Vosotros, qué queréis?

—Forjar de nuevo Excalibur —dijo Arturo, intentando sin éxito que su voz sonase enérgica—. Devolverle a la gente el velo, que al romperse la espada se desvaneció.

La dama lo miró con expresión curiosa.

—De modo que quieres volver a forjar la espada. ¿Significa eso que te crees digno de ella? —preguntó.

—Significa que la necesitamos.

En los labios de Viviana se dibujó una leve sonrisa.

—Sobre la espada, no tengo una respuesta que daros —dijo—. Antes de tomar una decisión, necesitamos reflexionar. En cuanto a la curación de Arturo, dependerá de ti.

Sus ojos se deslizaron hacia Lance.

—De los tres, tú eres el único que nos interesa —dijo con gravedad—. Tenemos una misión que encomendarte. Si aceptas, sanaremos a Arturo. Aunque tal vez no sea eso lo que desees. Tal vez desees todo lo contrario.

A Lance no le pasó inadvertida la mirada de alarma de Gwenn.

—No —dijo con viveza—. Quiero que lo curéis. ¿Cuál es la misión?

El bello rostro de Viviana reflejó, al oír la pregunta, un profundo pesar.

—Pelínor, cuyo linaje había sido elegido para custodiar el Grial, faltó a todos sus votos y lo llevó a la batalla contra los sajones. Allí se perdió su rastro. Tu misión, Lance,

consiste en recuperarlo y traérselo. Te advierto desde ahora que no será tarea fácil. Puede consumir años enteros de tu vida, y exigirá de ti un compromiso y una virtud que ahora mismo estás muy lejos de poseer.

—En ese caso, ¿por qué elegirme a mí? —preguntó Lance—. ¿No puede ser otro?

La dama no respondió de inmediato.

—Puede ser otro —concedió al final—. Pero te preferimos a ti.

Lance miró a Gwenn, buscando en su rostro las respuestas. Si ella lo necesitaba a su lado, no aceptaría la misión. Le importaban poco la gloria y el conocimiento, ahora se daba cuenta.

Ojalá lo hubiese sabido antes. No habría dejado que nada lo apartase de la princesa.

Pero no se había atrevido a dejarse llevar. No se había atrevido a sentir.

Y ahora, ella estaba deslumbrada con Arturo. Quizá no fuera amor, sino la misma admiración devota que había llevado a cientos de hombres y mujeres a atravesar media Britannia detrás de él para acompañarlo hasta las orillas del lago sagrado. ¿Qué importaba, si ella lo confundía con amor?

Gwenn, a su vez, lo miraba con ojos implorantes. No estaba pensando en lo que significaba para Lance aceptar aquella misión, en los años que le llevaría. Solo quería que dijese que sí para que las damas accedieran a curar a Arturo.

—Sí —dijo, mirando de nuevo a Viviana—. Acepto la misión.

Viviana sonrió sin ocultar su satisfacción.

—Perfecto, entonces. Eyla, Deirth, llevaos a Arturo y ocupaos de que sea atendido cuanto antes. Princesa, podéis ir con él.

Lance los vio alejarse con las dos damas por el camino de piedra blanca que conducía hacia el palacio donde vivían. Esperaba, quizá, una mirada agradecida de Gwenn antes de irse. Pero ella se olvidó de regalársela.

—Creo que es mejor que me vaya con ellos —murmuró—. Si me disculpáis.

—Espera —exigió Viviana—. Tengo algo que decirte, ahora que ellos no pueden oírnos. Es sobre la princesa. Tienes que alejarte de ella. Tienes que arrancarla de tu pensamiento. Si no, nunca encontrarás el Grial, y fracasarás en tu misión.

—No puedo arrancarla de mi pensamiento —replicó Lance con pasión—. No quiero. ¿Por qué tendría que hacerlo? No hago ningún mal a nadie sintiendo así.

—Cada día que pase sin que encuentres el Grial, estarás haciendo daño, aunque tú no te des cuenta. Hazme caso, Gwenn no está en tu destino. Cuanto antes lo aceptes, mejor.

—No está en mi destino porque está en el destino de Arturo, ¿es eso?

Viviana hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, Lance —dijo—. Gwenn no está en el destino de Arturo. No está en ninguno de los destinos posibles.

Lance la miró perplejo.

—No entiendo. Yo la he visto. La he visto con Arturo, en una barca.

—Quizá crees que la has visto, pero no era ella. Hay muchos futuros escritos en las páginas del libro del Destino, tantos como estrellas en la noche. Tal vez más. Pero Gwenn no está en ninguno de ellos. Hay otras con su rostro, con una parte de su vida, con su mirada o con su linaje. Se las conoce por distintos nombres, según la página del libro que consultemos. Está Morgana, la hechicera, también llamada Morwen, hermana y amante de Arturo. Está Ginebra, la de los hermosos cabellos, la reina, la esposa, la traidora, a veces las tres cosas a la vez. Pero Gwenn no está, Lance, y por eso no debe estar tampoco en tu vida.

—¿Y en la de Arturo sí?

—No —replicó la dama con gravedad—. Tampoco en la de él. Vosotros sí estáis en esas páginas. Los dos. Tenéis un papel que representar, una misión que cumplir. Eso no significa que vayáis a lograrlo, porque el destino se escribe a medida que se inventa. Nosotras lo único que sabemos es que Gwenn no entra en ninguno de los futuros posibles. Es una perturbación, una anomalía, algo que no sabemos clasificar ni entender. Y eso nos preocupa.

—Por eso enviasteis a una de las vuestras a matarla.

—Nimúe actuó por su cuenta, pero sí, fue por eso. Intentó impedir que la línea de su vida y la tuya se cruzaran. No lo consiguió. Ahora se nos ofrece una nueva posibilidad de restaurar el equilibrio. Nosotras podemos lograrlo. Con tu ayuda. Quizá, incluso, con la de ese joven ambicioso que se hace pasar por el hijo de Uther. Pero ella debe irse, Lance. En esta historia no hay sitio para la princesa Gwenn.

Capítulo 43

La mezcla de láudano y amapola que las damas le habían administrado a Arturo para aliviar su sufrimiento había hecho su efecto, y el joven, por fin, se había quedado dormido. Por primera vez desde su llegada, Gwenn tuvo tiempo para reflexionar sobre todo lo que había visto desde su llegada a Ávalon.

Había soñado miles de veces, desde niña, con aquella isla. Solía imaginarse la morada de las damas como un palacio de altura imposible y paredes de cristal, o, ya de adolescente, como una gran construcción de piedra adornada con esculturas bellísimas y tapices de factura perfecta. Pero ninguno de aquellos sueños se parecía en nada a la realidad. El verdadero palacio de Ávalon era una construcción de líneas rectas y sencillas, con grandes ventanas cuadradas protegidas por cristales transparentes y paredes blancas. La monotonía de las formas arquitectónicas provocaba en la mente una especie de vacío, ideal, según le había explicado una de las jóvenes novicias, para la meditación.

Al contemplar la habitación en la que se hallaba con Arturo, Gwenn comprendió que aquella limpieza y simplicidad en la arquitectura suponían un descanso para la mente. El exceso de decoración, por bella que fuera, terminaba agotando los sentidos. Debería tenerlo en cuenta cuando fuese reina, a la hora de decidir las construcciones que se llevarían a cabo en Britannia.

Cuando fuese reina.

La idea le hizo sonreír con amargura. Tal y como se estaban desarrollando las cosas, ya nunca sería reina. Como mucho, tal vez, se convertiría en la reina consorte, en la esposa del rey. Al parecer, era lo que querían todos: su madre, sir Héctor, ambos le habían dado a entender que verían con buenos ojos un matrimonio entre Arturo y ella.

Observó el rostro dormido de Arturo. Sí, podía imaginarse una vida entera a su lado; algo que jamás le había ocurrido con Lance.

El caballero la turbaba demasiado. No podía permitirse pensar en él porque esos pensamientos rápidamente se transformaban en obsesiones. Lo que le hacía sentir era de una intensidad destructiva. Con Arturo, en cambio, no perdía la capacidad de pensar y de ser ella misma. Mantenía la cabeza en su sitio. Se veía capaz de hacer cosas.

Y al mismo tiempo, él la deslumbraba. Nunca había conocido a nadie con su carisma, con su capacidad para seducir y encantar a los demás.

Con un suspiro, se levantó de la silla que ocupaba y se dirigió hacia la puerta.

Una vez en el pasillo, tuvo que hacer memoria para recordar dónde se hallaba su cuarto. Tres puertas más allá, a la izquierda.

La aparición de una figura al final del corredor le hizo olvidar su búsqueda.

—Te estaba esperando —dijo una voz que conocía bien—. Gwenn, necesito hablar contigo.

Inmóvil, Gwenn esperó a que Nimúe se aproximase a ella. No podía apartar los ojos

de su semblante hermoso y apacible.

Nimúe. La mujer que había intentado asesinarla.

Debería haber sentido odio, pero se alegraba de verla. Se alegraba muchísimo.

—Pensé que habías muerto —dijo con voz entrecortada por la emoción—. El hechizo de Broceliande, con el que te aislaste de todos, no pensé que pudiera romperse. Parecía muy poderoso.

—Me obligaron a regresar —contestó la dama con un leve acento de tristeza en la voz—. Al parecer, aún me quedan cosas que hacer aquí. Gwenn, sé que nunca podrás perdonarme por lo que hice, y no tengo nada que alegar en mi defensa. Pero tienes que saber que atentar contra ti fue tan doloroso como si lo hubiera hecho contra mí misma.

Lo decía con absoluta sinceridad, y Gwenn no puso en duda sus palabras. A fin de cuentas, Nimúe era una dama de Ávalon, y estas amaban la verdad por encima de todo.

—Pero ¿por qué, Nimúe? —preguntó—. ¿Por qué lo hiciste? No lo entiendo. Yo siempre te respeté. Te quería. ¡Tenía tanta confianza en ti!

Nimúe asintió con una sonrisa melancólica.

—No puedo explicártelo. Pero sí puedo asegurarte que no se repetirá. Nuestra misión no es alterar la realidad, solo conocerla. Estaremos atentas a los cristales del destino, y, desde el conocimiento, trataremos de influir en lo que ocurre, como hemos hecho siempre. Pero no volveremos a interferir en lo que se refiere a ti. Ya es todo suficientemente complicado. Si actuamos, introduciremos un nuevo elemento imprevisible que solo añadirá caos e incertidumbre al futuro de Britannia. Y ya tenemos bastantes, créeme. No, es mejor dejar las cosas como están.

Gwenn asintió. La luz blanca y fría del pasillo la hacía sentirse excesivamente expuesta, como si se encontrase desnuda. Nimúe se dio cuenta de su incomodidad.

—Ven, acompáñame a la rosaleda —sugirió—. Tengo algo que decirte.

Descendieron ambas por una escalera de madera hasta la galería acristalada que daba acceso al jardín. Más allá del huerto de plantas aromáticas se extendía un paseo de arcos cubiertos por rosales trepadores, que exhibían un sinfín de variedades de rosas de distintos colores y formas. El aroma de todas aquellas flores juntas resultaba embriagador.

—Es como estar de nuevo en Britannia —murmuró Gwenn, maravillada.

—Sí. Solo que no es Britannia, es la realidad —contestó Nimúe—. El problema de Britannia es que hace que la gente se habitúe a vivir en un mundo de apariencias y que deje de luchar por mejorar las cosas en el mundo real. Fíjate en toda esta belleza que nos rodea. ¿Qué puede añadir el velo a un lugar así? Britannia no es necesaria, si se enseña a los hombres a vivir y a cuidar lo que tienen.

—Ya, Nimúe, pero no todo el mundo puede disfrutar de un jardín de rosas a la puerta de su casa. Britannia pone esta belleza al alcance de todo el mundo. Por eso es necesaria.

—Sí. Distribuye belleza a cambio de un precio. Porque no todas las conexiones son iguales.

—Tienes razón, y hay demasiadas injusticias en ese terreno —coincidió Gwenn—. Pero, a pesar de todo, ese precio del que hablas es más asequible que el que tiene la belleza en el mundo real.

Nimúe sonrió.

—Empiezas a hablar como una mujer de Estado —dijo—. Como una reina.

—Nunca he estado más lejos de ser reina —contestó Gwenn, sin disimular su amargura—. Arturo es ahora el candidato del pueblo a la corona. Terminará reinando.

—Es muy probable —coincidió Nimúe—. Y lo que me sorprende es que tú le estés apoyando. Que hayas intercedido ante Viviana para que permita que vuelva a forjarse la espada.

—Para mí lo más importante es restaurar el velo, y que Britannia regrese. Yo la hice colapsar con mi estupidez. Necesito que la recuperemos para no cargar con esa culpa toda mi vida; y, si el precio es que Arturo se convierta en rey, me parece bien.

—Viviana ha accedido. La espada será forjada de nuevo. Arturo se sumergirá con ella en las aguas mágicas del lago mañana. Esas aguas, el poder que poseen se basa en la magia de los Antiguos, y ni siquiera nosotras entendemos cómo opera esa magia. Lo que sabemos es activarla. Y lo haremos. Pero debes entender que es un camino sin retorno. Con Excalibur, no habrá ningún obstáculo que se interponga entre Arturo y el trono.

Gwenn asintió.

—Lo sé. Y lo que no puedo perdonarle es que me haya utilizado. Yo le convencí de que viniésemos aquí para pedir consejo a Merlín, y que él nos ayudase a restablecer Britannia. Arturo accedió, pero en lo que de verdad estaba pensando era en volver a forjar la espada.

Nimúe la observó con extrañeza.

—¿Querías venir a Ávalon para ver a Merlín? ¿Qué te hizo pensar que lo encontrarías aquí?

—Tuve un sueño. Un sueño que en realidad era algo más, un mensaje, una llamada de auxilio, quizá. Vi cómo capturabas a Merlín, cómo lo metías en la prisión de cristal. Pero tienes que liberarlo. Necesitamos a Merlín, Nimúe.

—No lo entiendes. —Nimúe meneó la cabeza, más alterada de lo que era normal en ella—. Esa prisión de cristal, como tú la llamas, es, en realidad, una liberación para Merlín. Lo mantiene aislado de su avatar, que llevaba meses manipulándolo.

—Pero Britannia ya no funciona —argumentó Gwenn—. Y sin el velo, ese avatar no podrá volver a influir en él, ¿no es así?

—No lo sé, Gwenn. Parece que se las arregló para comunicarse contigo, incluso sin Britannia. Ignoramos cómo funciona y el alcance de su poder. Solo sabemos que es una base de datos muy poderosa y con una autonomía tan absoluta que, en la práctica, opera como una conciencia artificial. En todo caso, Britannia no tardará en volver a funcionar. Mañana, si todo sale bien, Excalibur restablecerá el velo. Así que no podemos liberar a Merlín para que caiga una vez más bajo el poder de esa cosa.

—Lo que no podéis es mantenerlo prisionero indefinidamente. En tiempos como estos, Merlín nos hace muchísima falta. Él conoce como nadie Britannia. Puede ayudar mucho con sus consejos.

—Ya no. Después del sitio de Londres, no sabemos exactamente lo que le ocurrió, pero no ha vuelto a ser el mismo. Es como si hubiese perdido la razón. A ratos, se comporta como un loco. El avatar aprovechaba esos momentos de debilidad para convertirlo en su títere y suplantarle. ¿Quién crees que le entregó Excalibur a Arturo?

—¿Fue Merlín?

—Sí, pero por influjo de su avatar. Ha sido el avatar quien ha decidido convertir a Arturo en rey. El verdadero Merlín nunca estuvo seguro: prefería mantener abiertas todas las opciones. Por eso te apoyaba a ti a la vez que a él. Merlín nunca le habría entregado a Arturo la espada de Uther en circunstancias como las que vivimos, pero el avatar lo hizo. No solo eso: le explicó cómo utilizarla. Puso en sus manos los resortes que necesita para convertirse en rey.

—Entonces, Arturo... ¿fue eso lo que siempre quiso?

—Siempre, desde que tuvo uso de razón, soñó con ello. No, soñar no es la palabra adecuada, porque Arturo nunca se ha limitado a fantasear con la idea de ser rey; se ha preparado para ello. Lleva haciéndolo toda la vida. Ha viajado, ha estudiado y también ha aprendido a luchar.

—O sea, que siempre me ha utilizado desde que me conoció. Su intención siempre ha sido arrebatarme el trono.

Gwenn pronunció aquellas palabras sin emoción, como si no le hiciesen daño. Como si nada de aquello realmente le importara.

Nimúe asintió.

—Todavía estás a tiempo de impedir que forje de nuevo la espada. Si decidieses hacerlo, yo te ayudaría. Aprovecharemos su estado para arrebatarle Excalibur. Sin ella no podrá quitarte el trono.

Gwenn observó a Nimúe con curiosidad.

—¿Por qué me haces esa oferta? Va contra la decisión de Viviana.

—Viviana y yo no siempre estamos de acuerdo —contestó Nimúe con una expresión gélida en sus bellos ojos claros—. Y no será la dama del Lago para siempre. Piensa en ello, Gwenn. Ahora podría ser un buen momento, aprovechando que Arturo duerme.

—No. Excalibur debe ser fundida de nuevo para restablecer el velo.

—¿Y te da igual que eso te cueste la corona?

Gwenn se encogió de hombros.

—Hay muchas formas de llegar a ser reina, y algo me dice que antes o después lo seré.

Capítulo 44

Se contaban muchas leyendas sobre los poderes de las aguas del lago. Decían que en ellas se conservaba una parte de la magia de los Antiguos, y que alguien que supiese pescar información en ellas como los pescadores lo hacen en el mar podría reconstruir a partir de las capturas toda la grandeza de aquel mundo desaparecido. Por supuesto, eran solo leyendas. Pero Arturo necesitaba creer que en aquellas historias latía un eco de la realidad.

Necesitaba creerlo porque precisaba curarse. La herida tenía que cicatrizar, y si no lo había hecho hasta entonces, era porque se trataba de una lesión provocada con una espada mágica. Sin magia, nunca se cerraría. Y no serviría la magia superficial del velo, tenía que ser un poder más profundo, como el que se les atribuía a las aguas de Ávalon.

Además, estaba Excalibur. Viviana le había dicho que, cuando se sumergiera, las aguas soldarían de nuevo los dos pedazos. La espada recuperaría su conexión a Britannia y el velo volvería a proteger la tierra como antaño.

Con un fragmento de la espada en cada mano, Arturo se adentró despacio en el agua. Primero, los pies; un paso más allá, los tobillos; después, las rodillas...

Ahogó un gemido cuando el agua mágica bañó la llaga del muslo. No parecía agua, sino fuego.

La túnica negra que vestía flotó empapada alrededor de su cuerpo. Tenía que seguir avanzando, pero vaciló. Sabía que las damas de Ávalon condenaban Britannia, que la acusaban de todos los males del presente. Y él había puesto el futuro de Britannia en sus manos. ¿Y si lo que Viviana le había dicho no era cierto? ¿Y si, en lugar de reparar la espada, aquellas aguas mágicas la destruían definitivamente? Sería el fin de Britannia, lo que ellas deseaban. Lo tenían tan fácil...

Pero las damas de Ávalon decían siempre la verdad. Al menos, eso era lo que se esperaba de ellas.

Además, tenía una intuición. Era cierto que las damas odiaban el velo, pero al mismo tiempo, tenía la sensación de que lo necesitaban. No sabía para qué, ni con qué fin, pero también ellas, a su modo, echaban de menos la protección de Britannia. Por eso habían accedido a curarlo. Por eso iban a permitirle forjar de nuevo a Excalibur.

Dio un paso más, y otro. Y otro. El agua le llegaba ya por la cintura.

Pero el siguiente paso no encontró arena ni roca bajo sus pies. Comenzó a caer. No sospechaba que el fondo del lago pudiese ser tan profundo. Se hundió durante tanto rato, que el reflejo del sol fue apagándose a su alrededor, hasta dejarlo sumido en una completa oscuridad.

«He caído en su trampa», se dijo, intentando dominar la sensación de pánico que se había apoderado de él. «Voy a morir. Quizá ya estoy muerto».

Para comprobar si lo estaba o no, luchó contra la gravedad, y empezó a agitar los

brazos y las piernas rítmicamente para tratar de ascender. Resultó inútil. Seguía cayendo.

Iba a ahogarse. Iba a ahogarse a tal profundidad, que nadie encontraría nunca su cuerpo.

Pensó en Gwenn. Le vino a la mente su perfil delicado, sus ojos inteligentes y llenos de luz. Tan hermosa, tan hermosa que no necesitaba las transformaciones sutiles del velo.

Tendría que haberle dicho la verdad. Ahora ya no podría hacerlo. No volvería a verla nunca.

¿Se podía llorar dentro del agua? Habría jurado que tenía lágrimas en los ojos.

Sus pies rebotaron blandamente contra algo viscoso. ¿Algas? No podía haber algas a tanta profundidad. Aunque quizá, después de todo, no había caído tanto. Una débil luminosidad volvía a filtrarse en el agua, tornándola verdosa. Pero no estaba seguro de que fuese la luz del sol.

No, no era el sol. Era la espada. ¿Cómo no se había dado cuenta? La aleación de la hoja emitía un resplandor verde que iluminaba el agua en el fragmento de la empuñadura.

Tal y como le había indicado Viviana que hiciera, acercó el otro fragmento y encajó los bordes dentados de la fractura. La punta de la espada también se iluminó. Un cosquilleo profundo hizo vibrar sus dedos y desde ellos se propagó a sus brazos, a su pecho, a las piernas. Sintió un bienestar que no recordaba haber experimentado en mucho tiempo. Ya no le dolía la herida de la pierna. No le dolía nada. Y a pesar de estar bajo el agua, respiraba sin ninguna dificultad, o al menos eso le parecía.

Tal vez era una alucinación, pero ¡tan agradable! Lo único que quería era dejarse llevar y quedarse allí tanto tiempo como fuese posible.

—No. Despierta. Tienes que regresar —le dijo una voz que conocía bien.

Abrió los ojos y vio delante de él una figura borrosa y oscura.

—Merlín —dijo, asombrado—. ¿Qué haces tú aquí?

—No soy Merlín, sino su avatar o, si lo prefieres, su sombra. Merlín está prisionero en una jaula de cristal, y ya no tengo ninguna manera de comunicarme con él. Por eso me presento ante ti de este modo.

—Ya nos conocemos, ¿verdad? —preguntó Arturo—. Fuiste tú quien me dio la espada. No el verdadero Merlín.

—Sí, fui yo. Merlín no te la habría dado. Tenía muchas dudas sobre ti, siempre las tuvo. Aunque vio tu potencial desde que eras un niño, eso hay que concedérselo.

—Es lógico que tuviera dudas. Él ha sabido siempre que yo no era hijo de Uther, ¿no? Y tú también lo sabías.

—Por supuesto.

—Sabías que la espada no me pertenecía a mí, sino a Dyenu.

—Sabía que el único que podría extraerla de la piedra sería Dyenu —precisó la sombra—. Pero ahora es tuya.

—Me has convertido en un usurpador —dijo Arturo, intentando distinguir en la silueta oscura del avatar los rasgos de Merlín—. No tengo derecho a llevar Excalibur, ni a reclamar ninguna herencia en su hombre.

—Y entonces, ¿quién debería reclamar el trono de Britannia? ¿Dyenu?

Arturo meneó la cabeza.

—No, Dyenu no. Es sanguinario, y lo único que quiere es destruir Britannia. Todavía no entiendo por qué.

—Hay muchas cosas que aún no sabes, Arturo, y que tendrás que ir descubriendo por ti mismo. No serviría de nada que yo te las contara. Únicamente a través de la

experiencia llegarás a comprender. Y cuando eso ocurra, espero que recuerdes que fui yo el único que apostó por ti cuando nadie más creía. No lo olvides cuando seas rey.

—Ni siquiera estoy seguro de querer ser rey. Deseaba serlo porque creía que era mi derecho y lo que Uther quería. Pero ahora me doy cuenta de que he vivido engañado toda mi vida. Merlín debió decirme la verdad. Y tú no debiste engañarme.

—No te engañé, Arturo. Nunca te dije que fueses el hijo biológico de Uther. Te dije que eras su heredero y es lo que creo.

—¿Cómo voy a ser su heredero, si no llevo su sangre?

—¿Y qué importa la sangre? Tienes su curiosidad, su imaginación, sus deseos de saber. Y tienes, además, algo que él no tuvo nunca. Uther era valiente cuando se trataba de enfrentarse a los demás, pero no cuando tenía que mirar dentro de sí mismo. Tú, en cambio, sí tienes ese valor. Cuando sea necesario, te atreverás a cambiar. Serás un buen rey.

—Tú no puedes saberlo.

—Sí puedo. Si alguien puede saberlo, soy yo. No estás ante un avatar corriente, muchacho. No podría estar aquí conversando contigo si fuese una sombra de Merlín nada más. Merlín me convirtió en la base de datos más amplia y compleja de Britannia. Me dotó de algoritmos para analizar y correlacionar esos datos, y eso, Arturo, es poder. Porque cuando eres capaz de relacionar los datos del presente, puedes predecir el futuro. Soy, si quieres llamarme así, un vidente, un profeta.

—Nadie puede ver en el futuro, porque el futuro no está escrito —afirmó Arturo con convicción—. Si lo estuviera, ¿dónde quedaría la libertad?

—Digamos que no hay un solo futuro, sino muchos futuros posibles. Los humanos vais eligiendo, con vuestros actos, cuál de ellos se hará realidad. Y tú puedes hacer realidad un futuro que es, en mi opinión, el mejor para Britannia. Basta con que lo quieras, con que te atrevas a imaginarlo. Yo te estoy dando los instrumentos para alcanzarlo, pero no puedo llevarte hasta allí. Tendrás que hacerlo solo.

—Un hombre solo no puede construir el futuro de un pueblo. Para llevar a cabo el futuro que yo deseo, necesitaría mucha ayuda.

—Búscala, entonces. Rodéate de los hombres y mujeres que creas que pueden ayudarte a construir ese futuro. Está en tus manos ahora, muchacho.

—¿Y qué pasa con Dyenu? ¿Qué ocurrirá si se descubre que es él el destinado a poseer Excalibur?

—Lo que importa no es quién esté destinado a poseer la espada, sino quién merece poseerla. Hazte merecedor de la espada y el destino cambiará. Si no queremos caer en los errores que destruyeron la civilización del Mundo Antiguo, tenemos que guiarnos por principios distintos de los suyos. Yo he visto un futuro posible, Arturo, un futuro en el que Britannia no es el espejo de una sociedad injusta y despiadada, sino un lugar realmente mágico, con la magia de la voluntad y la imaginación humana, que es la más poderosa que existe. Y para construir ese futuro, haces falta tú.

Arturo dejó que las palabras de la sombra resonasen unos instantes en su interior. Se dio cuenta de que las creía.

—Estás preparado —dijo la sombra con un temblor de emoción en la voz—. Es hora de que regreses a la superficie. Una última advertencia, Arturo. No confíes en las damas de Ávalon. Te han permitido restaurar la espada porque te necesitan para sus propios fines, pero ellas odian todo lo que Excalibur representa. Y, cuando descubran lo que eres capaz de hacer con ella, también te odiarán a ti.

—¿Qué es lo que quieren, en realidad?

La sombra había comenzado a desdibujarse en el agua.

—No lo sé —dijo—. Solo ellas lo saben. Buena suerte, muchacho, y recuérdame.

—¿Volveré a verte?

La silueta negra se había disuelto ya completamente en las aguas mágicas del lago, pero Arturo creyó oír, en el murmullo que resonaba en sus oídos, un lejano «sí».

Capítulo 45

Al principio, cuando el cuerpo de Arturo apareció flotando boca abajo a escasos pies de la orilla, Lance creyó que estaba muerto. Había pasado demasiado tiempo bajo el agua: era prácticamente imposible que hubiese sobrevivido.

Sin atreverse a mirar a Gwenn para no ver su angustia, observó cómo tres de las mujeres mágicas de Ávalon se echaban al agua para sacarlo. Vio cómo le daban la vuelta al cuerpo de Arturo y cómo una sucesión de convulsiones lo agitaba, devolviéndolo a la vida.

Arturo salió del agua por su propio pie. Ya no cojeaba. Estaba muy pálido, y llevaba en una mano a Excalibur, de nuevo entera.

Entonces sí se atrevió a volverse hacia la princesa.

—Lo ha conseguido —dijo—. La espada ha sido forjada de nuevo.

Gwenn lo miró sin sonreír.

—Sí, pero él dijo que Excalibur nos devolvería Britannia —replicó en voz baja—. Y eso no ha sucedido. ¡Mira a tu alrededor!

Lance miró. Era cierto, nada en el paisaje había cambiado. Los colores del cielo tenían el mismo matiz deslavazado al que se había acostumbrado después de la caída del velo.

—Quizá no lo notemos porque estamos en Ávalon —sugirió—. Aquí no les gusta Britannia. Quizá el velo no funcione en este lugar.

—Le preguntaremos a Viviana —dijo Gwenn señalando a la dama del Lago, que se había acercado a la orilla para recibir a Arturo—. Y de paso le preguntaremos qué quería la mensajera que ha venido a buscarla mientras Arturo estaba sumergido.

—¿Crees que nos lo dirá?

Sin responder, Gwenn observó cómo Viviana abrazaba a Arturo al llegar a tierra, y cómo, separándolo de las otras mujeres, le ceñía ella misma un cinturón de hilo de oro con una vaina del mismo material. Arturo enfundó en ella a Excalibur. Después, dejó que la dama del Lago lo guiase hasta el mirador donde ellos se encontraban.

Aguardaron en silencio a que Arturo y Viviana llegasen hasta ellos. Él parecía tremendamente cansado; pero su rostro, al menos, ya no reflejaba dolor.

Sin reparar en lo que pudiesen pensar o sentir los que les rodeaban, Gwenn rodeó con sus brazos el cuello de Arturo y, estrechándose contra su túnica empapada, lo besó en la mejilla.

Arturo la miró con una sonrisa derrotada.

—No ha funcionado, ¿verdad? —preguntó—. Britannia no ha vuelto.

Los tres miraron a Viviana, que se había apartado un poco del grupo.

—Aparentemente no, no ha vuelto —dijo la dama—. Pero no sabemos cómo funciona la conexión entre la espada y el velo. Quizá Britannia regrese de una forma gradual.

Hizo una pausa con la vista fija en Arturo, como calculando si estaba en condiciones de escuchar.

—Tengo algo que comunicaros —anunció—. La muchacha que vino a buscarme durante el ritual ha venido en bote desde la costa para traernos una noticia muy preocupante. Dyenu se ha presentado en el campamento de peregrinos con un escuadrón de hombres armados, y sostiene que ha venido a arrebatarte Excalibur, Arturo. Dice que él es el dueño legítimo de la espada y te desafía a un duelo para probarlo ante todo el mundo.

A Lance no le pasó inadvertida la ausencia de sorpresa en la expresión de Arturo. Gwenn, en cambio, parecía asombrada.

—Dyenu se ha vuelto loco —dijo—. ¿De verdad piensa que va a poder vencerte en un duelo si combates con la espada de tu padre?

Arturo le sostuvo unos segundos la mirada antes de contestar.

—Uther no era mi padre —dijo—. Y Excalibur no es mi espada. No tengo ningún derecho sobre ella. Dyenu, en cambio, sí.

Gwenn lo miró con los labios entreabiertos.

—No puede ser —murmuró—. Pero tú sacaste la espada de la piedra.

—No, Gwenn. Yo no la saqué, lo hizo él. Y en cuanto la sacó, intentó romperla en pedazos. Cuando traté de impedirselo, me hirió. Solo quiere a Excalibur para destruirla, porque Excalibur es la llave de Britannia, y él quiere destruir Britannia. No sé por qué, pero la quiere destruir.

Una idea empezó a abrirse paso en la mente de Lance. Conocía a Dyenu mucho mejor que Arturo, sabía cómo combatía y lo que se podía esperar de él en un duelo individual. Si alguien podía vencerlo no era Arturo, sino él.

—No tienes por qué combatir con Dyenu —dijo Viviana mirando a Arturo—. Permanecerás aquí hasta que te restablezcas completamente, nosotras te mantendremos a salvo.

Arturo la miró con suspicacia.

—¿Por qué? A vosotras tampoco os gusta Britannia. ¿Por qué ibais a protegerme a mí en lugar de a él?

La sonrisa de Viviana se torció en una mueca de desdén.

—Dyenu no sabe escuchar —dijo—. No se le puede arrebatar a la gente el velo sin prepararla antes, es una temeridad que solo va en contra de nuestros objetivos. Lo que nosotras queremos es ir preparando el terreno poco a poco para que, un día, el velo no sea necesario. Pero Dyenu no quiere entender.

Lance creyó que había llegado el momento de hablar.

—Combatiré yo en tu nombre —dijo—. Yo conozco bien a Dyenu, es un gran luchador. Pero creo que tengo posibilidades de ganarle. Conozco sus tácticas, le he visto combatir docenas de veces. Y con la espada no soy peor que él.

Arturo lo miró muy serio.

—Por lo que sé, estoy seguro de que eres mejor que yo. Pero no puedo dejar que luches mi batalla por mí. Tengo que ser yo el que se enfrente a Dyenu. Debo intentarlo.

Viviana arqueó levemente las cejas.

—Lance tiene razón, Arturo. No eres rival para Dyenu. Y no puedes combatir con una espada mágica que pertenece a tu adversario. No saldría bien.

Arturo se encogió de hombros.

—Eso ya lo veremos.

La dama del Lago clavó sus ojos de color ámbar en Gwenn, que llevaba largo

tiempo callada.

—Convéncele tú —dijo—. A ti te escucharé. Cuando tengas una decisión tomada, Arturo, házmelo saber y enviaré una mensajera a Dyenu con tu respuesta.

La dama descendió con elegancia las escaleras de piedra del mirador y se encaminó hacia el edificio que compartía con sus compañeras.

Lance observó que Gwenn tenía los labios apretados y el ceño fruncido. Estaba haciendo esfuerzos para no llorar.

Arturo también la estaba mirando.

—Lo siento —murmuró con la voz quebrada—. Debí decírtelo, pero no sabía cómo.

Gwenn se encaró con él.

—¿Crees que me importa algo que seas o no el hijo de Uther o que Excalibur sea tuya? A mí eso me da igual. Lo que me duele es que hayas estado conspirando todo este tiempo para arrebatarme el trono. ¿Pensabas que no lo sabía? Pues ya ves que lo sé.

Arturo alargó una mano para coger la de Gwenn. Ella forcejeó para retirar la suya, pero Arturo no quiso soltarla. Al final, ella dejó de intentarlo.

—Nunca he querido quitarte el trono —dijo Arturo—. Al menos, desde que te conocí. Yo quería, yo quiero ese trono para los dos. Ya sé que yo no tengo ningún derecho, y ahora tú lo sabes también. Pero, aun así, lucharé por él hasta el final, y lo haré, entre otras cosas, porque es tu trono, y porque quiero defenderlo para ti.

—Entre otras cosas —dijo Gwenn con sarcasmo.

—Entre otras cosas, sí —admitió Arturo con gravedad—. Lo quiero porque he visto el mundo, porque he viajado y he conocido las ruinas del Mundo Antiguo, y he visto de lo que son capaces los hombres, las cosas tan increíbles que pueden construir. Aunque no sea hijo de Uther, yo admiro lo que él construyó y quiero defenderlo. Tengo los conocimientos y la voluntad para hacerlo. Quiero proteger Britannia porque creo en ella. Pero también quiero cambiarla. Cambiarla para mejor.

Gwenn tragó saliva. Sus esfuerzos por contenerse no pudieron impedir que una lágrima rodase por su mejilla.

—Pero has oído a Viviana —dijo—. No tienes ninguna posibilidad.

Arturo sonrió.

—Sí la tengo. El destino no está escrito en ninguna parte. Dyenu es el hijo de Uther, ¿y qué? De momento, Excalibur está en mi cinturón. Tiene que ser por algo.

Parecía tan convencido, que Lance le creyó.

—Tienes razón —concedió—. Este es tu combate, pero cuando estés delante de Dyenu, recuerda una cosa. No estás solo. Hay mucha gente que empieza a creer en ti. Dyenu, en cambio, no piensa en la gente. Para él solo son peones en un gigantesco tablero de ajedrez.

Sus ojos se encontraron con los de Gwenn, y ella le sonrió.

—Lo que dice Lance es cierto. Aunque la espada la empuñes tú, no olvides que combates por todos nosotros.

Arturo asintió. A Lance le pareció que él también luchaba por contener las lágrimas.

—¿Eso significa que, si gano, estarás conmigo?

La sonrisa de Gwenn se ensanchó hasta iluminar todo su rostro.

—Estaré contigo si ganas —contestó—, y si pierdes también.

Capítulo 46

Decían del círculo de piedra que era anterior al Mundo Antiguo, y que los hombres que lo levantaron estaban aprendiendo a leer en el cielo los ciclos de las estrellas y del sol. Algunos lo consideraban el primer calendario de la humanidad; otros, un santuario o un templo. Se encontraba muy cerca de Ávalon, y era el lugar que Dyenu había elegido para su duelo con Arturo.

Mientras caminaba hacia el centro del círculo, donde su rival lo aguardaba, Arturo observó de reojo a la multitud enfervorecida que había acudido a presenciar el combate. Exceptuando algunos mercenarios de Dyenu, todos estaban a su favor. Sabían que combatiría con Excalibur, y creían que lo hacía como heredero legítimo de Uther.

Se situó frente a Dyenu en medio de los vítores y aclamaciones de la gente, que ocupaba los espacios vacíos entre las rocas del círculo. Su adversario llevaba una espada de dos manos, tan larga como Excalibur y de factura parecida. Al tratarse de armas que requerían ambos brazos para combatir, lucharían sin escudos. El duelo sería brutal, y acabaría, casi de manera inevitable, con la muerte de uno de los contendientes.

Arturo se concentró en la máscara dorada de Dyenu y trató de olvidarse de todo lo que les rodeaba. Sabía que, en alguna parte del círculo, Gwenn y Lance estaban mirando. Lance, que se había ofrecido a combatir por él. Y Gwenn, que le había prometido estar a su lado tanto si ganaba como si perdía. Aunque solo fuera por eso, tenía que defender su vida hasta el último aliento. Quería vivir para estar con ella.

Al ver a los dos rivales preparados, se fueron acallando los rumores de la multitud. Arturo desenvainó Excalibur y, empuñándola con las dos manos, la alzó vertical por delante de su pecho. Dyenu, a su vez, hizo amago de desenvainar, pero, en cambio, su mano derecha fue hacia sus cabellos y desanudó las cintas que mantenían la máscara de oro en su sitio.

Cuando Dyenu arrojó la máscara a un lado, se oyeron gritos de asombro. Los que habían conocido a Uther advirtieron de inmediato el parecido.

—Gente de Britannia, habéis sido engañados por este usurpador —gritó Dyenu a pleno pulmón—. Creéis que es el heredero de Uther Pendragón, pero su verdadero sucesor soy yo, y en este combate recuperaré la espada que legítimamente me pertenece.

—Diles lo que quieres hacer con la espada, Dyenu —le desafió Arturo—. Diles que quieres destruirla para desgarrar definitivamente el velo.

—El velo es una jaula de mentiras y ficciones. Y Excalibur es mía. Puedo hacer con ella lo que quiera.

En medio del silencio asustado de la gente, Arturo fue girando sobre sí mismo para mirarlos a todos.

—Reclamo ante vosotros que yo soy el legítimo heredero de Uther, porque quiero proteger su creación. Él creó Britannia, e hizo forjar Excalibur para que Britannia

evolucionara. No quería que Britannia fuese destruida. Dyenu puede ser el hijo de Uther, pero no quiere proteger su legado.

—Si Uther viviese hoy y pudiese ver el refugio de iniquidad y corrupción en el que se ha convertido Britannia, también querría destruirla. Que la espada decida —dijo Dyenu, mirando también a la gente—. ¿Aceptaréis el juicio de la espada?

Algunas voces se alzaron para contestar que sí.

Los dos contendientes volvieron a mirarse. Se acercaron paso a paso, midiéndose con los ojos. Sin el tapiz de datos que brindaba el velo para los guerreros, Arturo comprendió que debía guiarse por la intuición. Iría aprendiendo sobre su enemigo a medida que transcurriese el combate. No dejaría escapar nada. Y no se empeñaría en demostrar nada. Al menos al principio. Tenía que empezar con calma para que Dyenu se fuese envalentonando poco a poco.

Desde los primeros golpes quedó claro quién era mejor luchador. A pesar de su delgadez, Dyenu atacaba con una contundencia sorprendente, alternando mandobles horizontales con otros verticales o en diagonal mientras se movía a un lado y otro de su adversario con la agilidad de un bailarín.

Arturo iba rechazando, como podía, cada golpe de espada. Detenía con Excalibur los ataques que recibía, pero no podía hacer otra cosa que defenderse. Dyenu llevaba la iniciativa. Saltaba hacia atrás, atacaba desde la izquierda, volteaba la espada delante de Arturo y le lanzaba una estocada desde el lado contrario.

Todo se volvió borroso menos la hoja de aquella espada que Arturo debía detener. Brillo de acero, silbido cortante, metal que relumbraba al sol. Chasquido, metal, chasquido. Sentía su cuerpo como una peonza girando al ritmo que le imponía aquel arma que no era la suya.

Excalibur paraba los golpes, rechazaba al enemigo, de vez en cuando lanzaba un tímido ataque. Pero aquella no era la Excalibur por la que le habían seguido los peregrinos, la que hacía soñar a todo un pueblo. En sus manos, la espada de Uther no era más que una espada corriente, incapaz de sorprender al enemigo.

De todas formas, no debía perder la calma. Estaba allí para defender a aquella Excalibur que él también se había atrevido a soñar y la defendería hasta el último aliento.

Un nuevo ataque de Dyenu. Esta vez, lo esquivó por tan poco, que el filo de la espada enemiga le desgarró la manga del jubón y le arañó el brazo.

Cerró un instante los ojos, agotado. No tenía ninguna posibilidad. Dyenu estaba haciendo lo que quería con él.

—Reacciona, Arturo —oyó que le decía una voz en su interior—. Esto se puede hacer mejor. Te falta técnica, pero a mí no. Y estoy contigo.

Arturo abrió los ojos, sobresaltado. Por detrás de su adversario y justo delante de uno de los menhires del círculo de piedra flotaba el avatar de Gawain, mirándolo con una sonrisa alentadora.

En ese momento Dyenu le lanzó una nueva estocada, que Excalibur detuvo como si fuese ella la que guiase el brazo de Arturo y no al revés. En los golpes que siguieron, Arturo advirtió que sus brazos realizaban movimientos tan coordinados y precisos como si se hubiesen entrenado en aquel tipo de combate durante largo tiempo. Dyenu redobló la fuerza de sus ataques, irritado por el cambio de ritmo. No entendía lo que estaba pasando.

No entendía que, a través de Excalibur, Gawain estaba compartiendo su arte en el manejo de la espada con Arturo.

Los golpes sucedían a los golpes, ahora más simétricos y equilibrados. Arturo podía

oír su respiración entrecortada, y sentía el sabor de la sangre en su boca, producto del agotamiento.

—Esto va a durar toda la vida si seguís así —oyó que le decía una nueva voz, que no reconoció—. Soy Yvain, hijo de Uriens, el que combate con la furia de un león de montaña. Puedes arriesgarte más, mucho más. Yo estoy contigo ahora.

Sobre otro menhir del círculo, había aparecido el avatar del hijo de Uriens, cubierto por una deslumbrante armadura blanca.

Arturo sintió el impulso de sorprender a Dyenu, de hacer lo que su contrincante menos esperaba. Se le acercó de manera temeraria y le lanzó un golpe de costado que se deslizó sobre la cota de malla de su enemigo, haciendo saltar una fila entera de anillas.

Ahora, Excalibur le estaba prestando la audacia de Yvain, sus intenciones, su forma incomprensible y temeraria de moverse en el terreno de combate.

Empezaban a estar igualados. Arturo descargaba golpes de una habilidad técnica impensable al principio del combate, y atacaba con una fiereza de la que nunca se había creído capaz.

Pero Dyenu era temerario también, y combatía como si no le importase jugarse la vida en cada mandoble. Técnicamente, sus golpes eran perfectos. La desventaja de Arturo al principio del duelo había desaparecido, pero eso no significaba que estuviese ganándole.

—No basta con hacer hablar a tu espada —oyó que le decía una voz de mujer—. Tienes que escuchar a la suya. Soy Laudine. Atiende, mira, estudia. Puedes ver más de lo que crees.

Ante otra de las piedras vio flotar la imagen de una mujer armada con una cota de malla sobre una ligera túnica gris. Laudine, según recordaba, era la dama que había guiado a las Amazonas de la batalla del monte Badón. Y ahora también combatía a su lado gracias al poder de Excalibur.

Se fijó en que sus percepciones se volvían más intensas. Su campo de visión se había ampliado, y ahora podía captar el dibujo que iban trazando los pies de Dyenu sobre la arena. Allí había un patrón. Dyenu alternaba unos ataques con otros, pero su repertorio de movimientos no era infinito. Bastaba comprenderlo bien para anticiparse. Arturo comenzó a hacerlo.

Su adversario estaba poniéndose cada vez más nervioso a medida que iba perdiendo superioridad. Eso le hacía cometer errores, pero también lo volvía más imprevisible.

Con un rugido que no parecía humano, se lanzó sobre Arturo e incrustó certeramente la punta de su espada entre las dos piezas de su coraza. Después, utilizando la espada como una cuña, consiguió separarlas. Los dos caparazones de acero labrado cayeron al suelo, ya inútiles. Dyenu apartó uno de ellos con una patada.

Siguieron intercambiando golpes, pero Arturo ya no podía arriesgarse como antes. Solo un peto de cuero se interponía entre su pecho y la espada de su adversario. Eso le otorgaba a Dyenu una ventaja sustancial, quizá decisiva.

Por primera vez desde el comienzo del duelo, Arturo comenzó a flaquear.

Excalibur le estaba proporcionando la ayuda de tres guerreros con mayor experiencia y destreza que la suya. Tenía en sus manos la técnica de Gawain, el valor de Yvain y la percepción y la estrategia de Laudine. Aun así, iba perdiendo. Lance tenía razón, debería haber dejado que combatiese en su lugar. A fin de cuentas, ¿qué importaba quién empuñase la espada de Uther? Lo importante era que ganase para impedir su destrucción, y Lance habría tenido más posibilidades de ganar que él.

—No. No pienses eso —le advirtió en su interior una voz desconocida—. Para

ganarle tienes que creer en ti. Y en nosotros. Soy Perceval, Arturo. Utiliza mi fe.

Por un instante flotó delante de uno de los menhires la imagen de un muchacho vestido como un campesino y con una espada en la mano. Nunca antes lo había visto, pero se dio cuenta de que Excalibur lo había conectado a él.

Creer. Esa era la clave. No bastaba con creer en sí mismo, o en su derecho a empuñar Excalibur, o en la suerte, o en el destino. Debía creer, sobre todo, en Britannia. En lo que era y en lo que podía llegar a ser.

Un chasquido metálico. Un nuevo golpe. Lo había rechazado, pero Dyenu volvía a atacar. Una estocada más. Y otra. Volvía cada vez que lo esquivaba, cada vez que lograba pararlo. Incansable. Creía, Arturo creía; pero creer no era suficiente.

Se lanzó rugiendo contra Dyenu, sin pensar en que ya no tenía coraza, y lo atacó en diagonal sobre el costado izquierdo. Pareció que había logrado desequilibrarlo, pero el hijo de Uther se recompuso en un momento y le asestó un mandoble desde arriba.

Arturo oyó el chasquido de su clavícula al romperse. Sintió el dolor, la humedad de la sangre empapándole la camisa bajo el peto de cuero.

Iba a retroceder cuando oyó la voz de Lance dentro de su mente.

—No, no lo prolongues —dijo—. Ahora que te tiene a su merced, se acercará. No vas a tener mejor ocasión.

Arturo comprendió que Lance tenía razón. Al mismo tiempo, era consciente de que, si no se protegía en ese mismo instante, Dyenu podría aprovechar para darle la estocada definitiva. El dolor del hueso roto le impedía pensar con claridad.

—¿Es lo que harías tú? —preguntó en voz alta.

La respuesta de Lance resonó a la vez en su mente y en el exterior, rebotando con su eco en el círculo de piedra.

—Sí. Es lo que yo haría.

Arturo sonrió. Era como si el tiempo se hubiese congelado para permitirle tomar aquella decisión, aunque sabía que realmente seguía transcurriendo al mismo ritmo de siempre.

Podía sentir la virtud que hacía a Lance el más valioso de los aliados. Lo que lo convertía en un guerrero único.

Era su capacidad para el sacrificio.

Lo único que importaba era salvar a Excalibur de Dyenu. Salvar Britannia.

Se acercó dos pasos más al hijo de Uther, tambaleándose. Le estaba ofreciendo su costado para que volviese a herirlo.

En el preciso momento en que la espada de Dyenu se hundió en su carne, destrozándole las costillas, utilizó las pocas fuerzas que le quedaban para clavar la punta de Excalibur en el abdomen de su adversario.

El muchacho lo miró aterrorizado antes de doblarse sobre sí mismo y caer de rodillas al suelo. Su rostro se estrelló contra la arena con un ruido sordo.

Luego se derrumbó hacia un lado y se quedó en posición fetal, inmóvil.

No estaba muerto. Todavía podía oír su respiración, débil, jadeante.

Tomando impulso, Arturo alzó la espada sobre su cabeza para, de un último golpe, rematar al hijo de Uther. Pero antes de dejarla caer oyó una última voz en su interior. La voz de Gwenn.

—Déjalo, Arturo. Ya has ganado.

—Pero aún vive. Nos perseguirá siempre si no termino con él ahora —contestó Arturo sin mover los labios mientras sus ojos buscaban entre la multitud de espectadores el

rostro de Gwenn.

—Nosotros no somos como él. No lo seremos nunca. No hace falta que lo mates. Mira, Britannia ha vuelto. Has ganado el combate.

Arturo bajó la espada y observó el cielo sobre su cabeza. Era azul, intensamente azul. La brisa agitó sus cabellos sudorosos, deliciosa y fresca.

No sentía el dolor de ninguna de las dos heridas.

La multitud estalló en vítores. Gritaban su nombre. Y otra palabra: rey.

Rey. Rey. Rey. No cesaban de repetirla.

Con ambas manos, levantó Excalibur, haciendo que su punta señalase al cielo. Los gritos y aclamaciones redoblaron su entusiasmo.

Lo había conseguido. Pero no lo había logrado solo.

Pensó en todas las voces que había oído en su interior y en las seis sombras que le habían ayudado: Gawain, Yvain, Laudine, Perceval, Lance y Gwenn. Iba a necesitarlos a todos para terminar lo que había empezado.

Porque Britannia había vuelto, pero eso era solo el principio.

Ahora, entre todos, tendrían que encontrar la manera de transformarla en lo que siempre habría debido ser.

Epílogo

Un chirrido metálico en los cerrojos de la celda sobresaltó a Dyenu, que se había quedado adormilado en el jergón. Se sentó de golpe, perplejo. La brusquedad del movimiento le provocó una punzada de dolor en la cicatriz de la herida.

La puerta de hierro se abrió con un breve chasquido, y en el umbral apareció una silueta femenina. Se recortaba a contraluz sobre el resplandor de la antorcha que portaba un sirviente detrás de ella.

—Déjala ahí —le dijo la mujer a su criado señalando una anilla en la pared.

Después, avanzó un par de pasos hacia Dyenu, y este pudo por fin distinguir su rostro. Un rostro que se había pasado años contemplando en retratos y miniaturas cuando estaba a solas.

—Igraine, Majestad —saludó con voz temblorosa, y se puso en pie para esbozar una torpe reverencia.

—Siéntate. Y no me llames Majestad. Ya no soy la reina de Britannia, ¿no lo sabías? Mi hija me ha destronado. Gracias a ti.

—¿La reina ahora es la princesa Gwenn?

—Lso será a partir de hoy. Reina junto a Arturo. Iguales en derecho, iguales ante la ley. Hoy se casan, ¿no has oído las campanas tañendo sin parar desde la madrugada? Me están volviendo loca.

—Las he oído, sí. Pero no sabía que era por la boda. No sabía que se casaban hoy.

El criado, que había salido un instante, regresó con una silla de terciopelo para Igraine y la depositó frente al jergón. Después, a una señal de su ama, se inclinó para saludar y salió de la celda.

—Tengo entendido que quieres hablar conmigo.

—Llevo meses solicitando hablar con vos —dijo Dyenu con suavidad, procurando evitar el tono de reproche en su voz—. ¿Por qué habéis tardado tanto?

Igraine le clavó sus ojos azules, sorprendentemente jóvenes a pesar de las finas arrugas que los enmarcaban.

—No me gusta la humedad de las mazmorras. Me hace daño a los bronquios —dijo con frialdad—. Y además, no estoy segura de querer oír tu historia. Me han llegado rumores.

—¿Sobre mi padre?

—Es cierto que te pareces a Uther. No quería creerlo, pero es cierto. Uther nunca me habló de ti, aunque eso no debería sorprenderme. Me amó mucho, pero nunca fui su confidente, ni su amiga.

—¿Qué es lo que os han dicho de mí? —preguntó Dyenu con curiosidad.

—Que apareciste de la nada reclamando Excalibur. Que eres idéntico a Uther. Que has combatido del lado de los sajones. Eso fue un error estúpido si de verdad querías

reivindicar tu derecho a ser rey.

—Creéis que Uther me engendró con otra mujer —dijo el muchacho con un leve temblor en la voz—. No lo entendéis, madre.

El rostro de Igraine se contrajo en una mueca tensa al oír aquella palabra.

—No te atrevas a burlarte de mí. Yo solo tuve un hijo varón, y murió a las pocas horas de nacer. Le llamamos Mordred. Y no era hijo de Uther, sino de Gorlois.

—Mordred no murió. Mordred soy yo, madre. Y mi padre es Uther, aunque me engendró bajo la apariencia de Gorlois. ¿Recordáis la noche de la fiesta de presentación de Britannia? Vuestro esposo apareció muerto a la mañana siguiente, pero en realidad murió durante el baile. Se peleó con Uther y este lo mató sin querer. Uther se disfrazó con el avatar de Gorlois para ocultar el crimen, y aprovechó su disfraz para...

—Basta. —Igraine tenía lágrimas en los ojos, habitualmente tan fríos—. Sé lo que pasó esa noche. He atesorado su recuerdo en mi memoria durante todos estos años como mi joya más preciada. La última noche de amor con mi marido. Y ahora me dices que fue un engaño. Que no fue él.

—Pero también amasteis a mi padre. Más tarde.

—Siempre fue una mezcla de amor y odio lo que sentí hacia Uther. Me impuso su pasión. Yo era demasiado joven para resistirme, me dejé seducir.

Con un gesto brusco, Igraine se limpió una lágrima que caía rodando por su mejilla.

—Qué más da. Todo eso ocurrió hace una eternidad, y ellos están muertos. Los dos. Mordred asintió, y durante unos instantes ninguno de los dos dijo nada.

—¿Sabía Uther que eras su hijo? —preguntó Igraine al fin.

—Sí, Merlín se lo dijo. Pero no podía hacerlo público; se habría sabido lo de aquella noche, y la gente habría atado cabos. Lo habrían terminado relacionando con la muerte del duque. Así que Merlín lo convenció de que me alejase de la corte y me entregase a las damas de Ávalon para que ellas me educasen. En Ávalon nadie podría encontrarme, porque nadie puede llegar a la isla sin el permiso de las damas.

—Es cierto. Lo que no comprendo es cómo consiguió Merlín convencerlas de que accedieran.

Dyenu asintió.

—No debió de resultarle nada fácil —dijo—. En fin, ahora ya conocéis mi historia.

—Mordred —murmuró Igraine, mirando con fijeza al muchacho—. Qué distinto habría sido todo si te hubiesen dejado aquí conmigo. Ni tú ni yo estaríamos ahora donde estamos.

—Si os sirve de consuelo, no tuve una mala infancia. Aprendí mucho en Ávalon, cosas que luego me han sido de gran utilidad.

—Sí, pero ¿un mercenario de los sajones? ¿Por qué?

—Porque Britannia tiene que caer antes de levantarse. Eso es algo que ellas no comprenden.

—¿Ellas?

—Viviana, las otras damas. Me echaron. Piensan que voy demasiado deprisa. No quieren entender.

Igraine asintió. Seguía mirándole con la misma atención dolorosa. Tal vez buscaba en su rostro huellas del niño que había sido, y que ella nunca había llegado a conocer.

Dyenu tuvo la sensación de que solo había estado escuchándole a medias.

—Tengo que sacarte de aquí —dijo ella con decisión—. Quizá hoy mismo, aprovechando la boda.

—¿No vais a ir?

Igraine torció el gesto en una sonrisa de desdén.

—Tengo que ir; no me conviene mostrar abiertamente mi rencor. Pero ahora que sé quién eres, ahora que sé lo que Uther me arrebató... Van a pagar por ello, Mordred. Todos y cada uno de ellos. Vamos a hacerles pagar por lo que nos hicieron, a ti y a mí.

—Liberadme y yo me encargaré de que paguen. Arturo y Gwenn no aguantarán mucho en el trono. No saben de guerra ni de alianzas. La nobleza no los respeta, y todo el mundo es consciente de que son unos advenedizos. Dadme tiempo y armaré un ejército contra ellos. Los derrocaré.

Igraine lo miró con un brillo extraño en los ojos.

—Te daré más que tiempo. Te daré dinero, hombres, aliados. Puedo proporcionarte todo eso, pero debes prometerme que no actuarás de manera precipitada. Si queremos ganar esta guerra, no nos bastará solo con la fuerza. Necesitaremos, sobre todo, astucia.

—Vos pondréis la astucia, madre; yo, el valor. Os prometo que os escucharé, y que me dejaré guiar por vuestros consejos. Juntos seremos invencibles.

—No saben lo que les espera...

Por primera vez en muchos meses, Dyenu se permitió el lujo de sonreír.

Agradecimientos

Este libro es hoy una realidad gracias a la apuesta decidida de varias personas a quienes queremos agradecer su entusiasmo por *Britannia*.

En primer lugar, queremos dar las gracias a Sandra Bruna y a todo el equipo de su agencia literaria por haber creído desde el principio en el proyecto y por haber sabido encontrar la casa perfecta para él. Esta casa la encontramos en SUMA, a cuyo director, Pablo Álvarez, agradecemos muy especialmente su fe en *Britannia* y su visión a la hora de dar forma editorial a esta tetralogía. Nuestro agradecimiento se extiende a Gonzalo Albert y a Mónica Adán, por su exquisita labor editorial y por habernos facilitado las cosas en todo momento, así como a Luisa y Alberto, por sus aportaciones y sugerencias.

No puede faltar aquí una mención a nuestros lectores más fieles, los que nos siguen a través de cada nueva saga y aventura. Ellos saben vivir las historias desde dentro, y desde esa lectura intensa y rica en emociones iluminan nuestra labor, haciendo que siempre merezca la pena.

Para terminar, queremos manifestar nuestra gratitud hacia nuestras familias por su comprensión hacia este extraño trabajo nuestro de inventores de mundos, que no siempre resulta fácil de compaginar con las exigencias de la vida cotidiana. Y muy en especial, nos gustaría reconocer el apoyo que siempre recibimos de nuestro hijo Alejandro, por quien hacemos todo y a quien dedicamos nuestros sueños, nuestras palabras y nuestras vidas.

Ana Alonso y Javier Pelegrín.

Magia, aventura, lucha y una historia de amor que trasciende la leyenda.

***Excalibur* es la primera de las cuatro entregas de «Britannia», la saga que te redescubrirá el mito artúrico como nunca te lo habían contado.**



Gwen es la hija de la reina Igraine y Lance es un caballero de la corte. La princesa, heredera del trono, está en apuros porque los sajones han entrado en Londres y quieren conquistar el reino.

Merlín (el famoso mago) y Uriens han trazado un plan para que la princesa escape sana y salva. Pero en la oscuridad de la ciudad, tras cada esquina, los espías de los sajones están al tanto de una maniobra de salvación que puede que sea más complicada de ejecutar de lo que al mago le parece...

La saga «Britannia» recorre una historia épica, mágica y llena de aventuras que transporta al lector a épocas y lugares únicos, en los que el valor y el ingenio son fundamentales para salvar la vida y el honor.

Sobre los autores

Ana Alonso, Tarrasa (Barcelona), 1970. Se licenció en Ciencias Biológicas y amplió sus estudios en Escocia y París. Ha publicado ocho poemarios y, entre otros, ha recibido el Premio de Poesía Hiperión (2005), el Premio Ojo Crítico de Poesía (2006) y, recientemente, el Premio Antonio Machado en Baeza (2007) y el Premio Alfons el Magnànim Valencia de poesía en castellano (2008). Firma su obra poética como Ana Isabel Conejo. Junto con Javier Pelegrín, es coautora de la serie de fantasía *La llave del tiempo* y la novela juvenil *El secreto de If*.

Javier Pelegrín, Madrid, 1967. Se licenció en Filología Hispánica y completó sus estudios en París y Turín. Actualmente trabaja como profesor de Enseñanza Secundaria. En coautoría con Ana Alonso ha publicado ocho títulos juveniles, todos ellos pertenecientes a la serie de fantasía y ciencia ficción *La llave del tiempo*. En el año 2008, junto con Ana Alonso recibió el Premio Barco de Vapor por su obra conjunta *El Secreto de If*.

© 2016, Ana Alonso y Javier Pelegrín
© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-039-1
Diseño de cubierta: Opalworks
Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Excalibur (Britannia. Libro 1)

Dedicatoria

Cita

Libro I. El reino invisible

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Libro II. El escudo de Britannia

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Libro III. El rey sin espada

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Libro IV. El puente bajo el agua

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Libro V. La tierra baldía

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre los autores

Créditos

